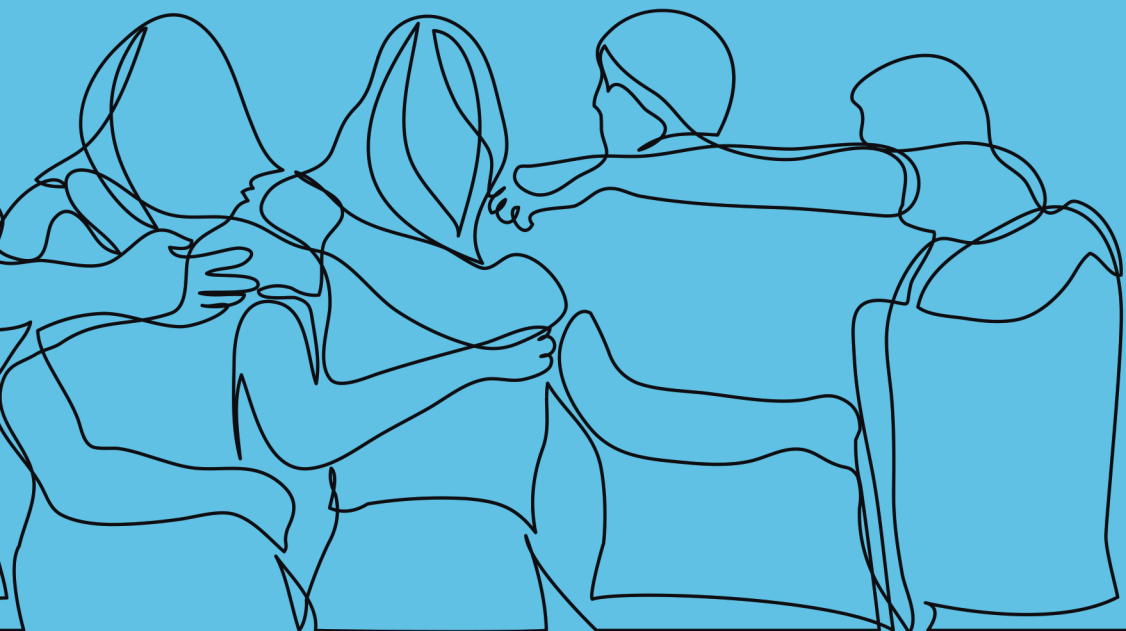




Pasión por la fraternidad

Javier Aguirregabiria

 **COLECCIÓN
materiales**

Javier Aguirregabiria Aguirre

Pasión por la Fraternidad

 **EDICIONEScalasancias**
www.edicionescalasancias.org

Pasión por la Fraternidad

Autor: Javier Aguirregabiria Aguirre



icce

Publicaciones ICCE

(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)

Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid

www.icceciberaula.es

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pasión por la Fraternidad

Índice

Presentación del libro desde el P. General	9
Pasión por la Fraternidad, algo más que un libro... ..	9
Presentación del libro desde el Consejo de la Fraternidad General	11
Presentación	13
Situando este libro	13
Pasión por la misión... con pasión por la Fraternidad	18
Una breve historia de la Fraternidad	22
Comunidad, nuestra identidad	29
Pueblo de Dios desde el inicio de los tiempos	29
La comunidad de Jesús... hasta hoy	34
Una Iglesia sinodal, misionera y comunitaria	41
El laicado en la Iglesia	48
La vida religiosa	59
Nuestra vida comunitaria escolapia	66
Compartir misión, carisma, comunidad escolapia	72

Fraternidad escolapia, otra forma de vivir el carisma	87
La riqueza de la vida religiosa en y para la Fraternidad	88
El lugar de la Fraternidad en el futuro de las Escuelas Pías	92
Escuelas Pías enriquecidas con la Fraternidad	96
Poner en marcha la fraternidad	103
La decisión para comenzar	103
Opción por las pequeñas comunidades en red	110
Qué es la pequeña comunidad	118
La vocación a la comunidad	123
Elementos de toda comunidad	136
Diversidad de vocaciones en la vocación común	147
Cuidar la Fraternidad como cuerpo vivo	150
Etapas en la Fraternidad y Opción Definitiva	156
Escuelas Pías en fraternidad, un horizonte que se abre	163
Vivir en clave de presencia escolapia	164
Posibilitar las diferentes formas de participación	169
La Comunidad cristiana escolapia	174
Ministerios escolapios encomendados al laicado	178
Los envíos a otros países y presencias	183
Los escolapios laicos y laicas: integración también jurídica	189
Red internacional Itaka – Escolapios	193
Distintos modelos comunitarios	203
El movimiento Calasanz	208
Cultura vocacional y formativa	214
Experiencias que hacen crecer	220

Para avanzar en fraternidad	231
Fraternidad es compartir cada vez más	231
Compartir lo material	236
Compartir lo afectivo	242
Compartir lo espiritual	246
Enfermedades de la comunidad	250
Para curar las dolencias comunitarias	261
Felices en Fraternidad	271
Para seguir la vida de la fraternidad	277
Situación actual de la Fraternidad	277
Momentos especialmente significativos	281
Los desafíos de la Fraternidad	316
No es un final... ..	326

Presentación del libro desde el P. General

Pasión por la Fraternidad, algo más que un libro...

Alegría, agradecimiento y compromiso. Esos son mis sentimientos a la hora de escribir esta breve presentación del libro PASIÓN POR LA FRATERNIDAD, del P. Javier Aguirregabiria, actual Provincial de Brasil y Bolivia. Tengo la impresión de que todos los que lo leáis los podréis comprender y compartir.

ALEGRÍA, porque estamos ante un libro que no solo presenta o describe la rica realidad de la Fraternidad de las Escuelas Pías, sino que, sobre todo, comparte una historia construida por muchas personas a lo largo de estos años. Se trata de un libro “lleno de vida”, que destila vida y propone vida. Para todos los que somos y nos sentimos hijos de Calasanz es una gran alegría ver como el carisma de Calasanz, que lo es del Pueblo de Dios, se encarna en tantas personas y comunidades a lo largo del mundo escolapio.

AGRADECIMIENTO al P. Javier por su trabajo, pero también a todas las personas que han contribuido y contribuyen a consolidar, poco a poco, esta rica realidad comunitaria y apostólica que es la Fraternidad. Damos gracias a Dios en nombre de los niños y de los jóvenes, sobre todo los pobres, porque el carisma de Calasanz continúa creciendo y engendrando nuevas respuestas de vida y misión.

COMPROMISO, porque creo que esto es lo que debemos sentir, vivir y hacer crecer todos los escolapios cuando hablamos de la Fraternidad de las Escuelas Pías. Estamos ante una realidad todavía

muy joven, que necesita ser tan cuidada como desafiada. Invito a todos a crecer en esta mentalidad.

“Pasión por la Fraternidad” es un libro ameno, que combina muy bien la reflexión teórica con la experiencia contrastada a lo largo de estos años. Su lectura nos puede ayudar no solo a comprender, sino a amar la Fraternidad.

Creo que es un libro que ayudará mucho a la Fraternidad y a la Orden. Se podrá trabajar en las comunidades, se podrá utilizar para la formación y para el discernimiento de nuevas opciones. Pero sobre todo ayudará a que esta preciosa realidad carismática vaya poco a poco creciendo y consolidándose, en fidelidad a Calasanz y en respuesta a los desafíos de los pequeños, de las Escuelas Pías y de la Iglesia. Disfrutad de su lectura.

*P. Pedro Aguado Sch. P.
Padre General de las Escuelas Pías*

Presentación del libro desde el Consejo de la Fraternidad General

Pasión por la Fraternidad, además de ser, en primer término, el resultado de la larga experiencia y precisa reflexión de quien lo firma, es también, un entramado de vocaciones, experiencias, testimonios y sueños de multitud de personas que, de un modo u otro, hemos optado por vivir nuestra vida vinculada a la Fraternidad de las Escuelas Pías.

La larga lista de nombres con las que termina el libro recuerda a las genealogías bíblicas con las que se intenta transmitir que la historia que se cuenta es la historia de una comunidad, que, con sus aciertos e infidelidades, intenta hacer camino juntos, en este caso, siguiendo a Jesús de Nazaret por la senda que abrió José de Calasanz. Esa lista puede leerse también, como una invitación a quien, después de leer este libro, sienta que esta historia puede ser también su propia historia.

Como se recoge en alguno de los documentos de referencia que se anejan, la identidad de un grupo humano es como el tapiz tejido con las innumerables hebras vocacionales e identitarias de cada persona que los compone. Hilos de distintas calidades, grosores, y colores que conforman un conjunto singular vinculado a una historia que se va viviendo juntos y que va reforzando ese tejido, a veces tan fino, que es, precisamente esa identidad común.

Reconocer la importancia de cada hebra que conforma nuestra identidad es reconocer la propia capacidad de asumir la novedad y de responder a los retos que la Historia nos va deparando.

La Fraternidad escolapia, humildemente, aspira a ser una parte del entramado identitario escolapio y aportar sus propios colores, sus

propias experiencias, al precioso tejido que empezó a tejer Calasanz hace más de 400 años. Aquí habrá quien, no sin razón, recuerde la advertencia evangélica de no remendar una tela noble y antigua con retales de tela nueva, que hagan imposible el arreglo. Pero La Fraternidad escolapia, aunque nueva, no pretende enmendar ni remendar lo que no necesita serlo, sino incorporar a la vivencia del carisma escolapio a personas que desde su vocación laical quieren recorrer con los religiosos escolapios su propio camino vocacional.

En este sentido, la Fraternidad escolapia, es un don del Espíritu Santo, ya que pone de especial relieve la significatividad de tantos religiosos escolapios, cuya vocación, que, como toda la vida religiosa, ha servido para atraer a los creyentes a un seguimiento más intenso de Jesús y a una vinculación más fuerte a la Iglesia. Es de esperar, por tanto, que, en este camino conjunto, también la Fraternidad escolapia pueda aportar algo de significatividad a la historia y la misión escolapia. Para ello, es imprescindible que todas y todos nos demos cuenta de la trascendencia de esta vocación. Somos vasijas de barro, pero compartimos un tesoro que nos trasciende y que requiere de nosotras y nosotros el máximo compromiso y fidelidad: hacer llegar a las niñas, niños y jóvenes que nos son encomendados, la Buena Noticia de Jesús, la cual, estamos convencidos, es fuente de libertad y felicidad, de salvación para todas y todos ellos.

Este libro, es una pequeña, aportación en ese camino de clarificación y toma de conciencia que todas y todos, religiosos, laicas y laicos estamos recorriendo. Solo nos queda agradecer la dedicación y el empeño del P. Javier Aguirregabiria por este trabajo y la experiencia acumulada. Si después de leerlo, rezarlo y trabajarlo conseguimos fortalecer nuestra propia vocación escolapia habrá valido la pena el esfuerzo.

Presentación

En el seno de las Escuelas Pías viven hoy diversas Fraternidades escolapias, que... son un extraordinario don para las Escuelas Pías y para la misión que estamos llamados a impulsar en el seno de la Iglesia y al servicio de la sociedad.

P. General, Pedro Aguado, en la presentación de “La Fraternidad de las Escuelas Pías”, (2011)

Situando este libro

Este libro quiere contagiar la pasión que despierta la Fraternidad cuando se descubre como regalo y desafío que llama a la responsabilidad. Ese es nuestro deseo y quisiéramos que fuera el tuyo cuando vayas avanzando por estas páginas.

La Fraternidad enamora y compromete. Nos gana el corazón... ¡y nos lo roba! No en vano es la otra cara de la misión, que también atrae y nos complica la vida. Y en medio de esta maravilla y lucha diaria nos encontramos con Jesucristo, que siempre está vivo y actuando en la comunidad y en la misión.

Es una publicación que puede leerse personalmente y también colectivamente, como no podía ser de otra manera, cuando su contenido es precisamente la comunidad. Se ofrece como posible formación y también como recurso para poner en marcha o seguir avanzando en Fraternidad en las distintas presencias escolapias.

Es un libro para leer en común, en fraternidad, en familia. Al menos, entre tú, querido lector, y nosotros. Y siempre con quien nos hace hermanos, que es el mismo Dios a quien llamamos Padre nuestro.

Y, si quieres que la familia sea más amplia, incluiremos, como le gustaría a Calasanz, a nuestra madre María, que es la protectora de las Escuelas Pías. Y ojalá también incluyamos a otros hermanos de la comunidad religiosa, o de la Fraternidad, o del Movimiento Calasanz... o de quienes quieran dar pasos hacia la comunidad.

Es necesario compartir este regalo de la Fraternidad, porque no es nuestro, sino de Quien nos ha hecho hermanos. Y es siempre un regalo colectivo, para descubrir y disfrutar juntos, porque nadie lo puede guardar como si fuera de su única propiedad.

En 1988 comenzó la Fraternidad de las Escuelas Pías. En este tiempo ha habido muchas experiencias, muchas iniciativas, muchas reflexiones, mucha vida. Y hoy seguimos haciendo camino, demasiadas veces pensando que somos los primeros, que estamos inventando... y hemos de evitar errores comunes, no perder tiempo y esfuerzo (a veces también personas) en decisiones ya experimentadas. Necesitamos escribir lo vivido, recopilar lo ya experimentado, compartir nuestros descubrimientos y nuestras equivocaciones, no para quitar el protagonismo necesario en cada lugar, sino para enriquecernos mutuamente y transitar con estilos más escolapios... porque la Fraternidad es siempre compartir. Esta tarea la asumimos desde el Consejo de la Fraternidad General como un servicio a las Fraternidades actuales, a las que vayan surgiendo y a las Escuelas Pías.

En estas páginas queremos recoger diversas reflexiones, documentos, materiales, propuestas que puedan servir para quienes quieren conocer más la Fraternidad, para quienes quieren ponerla en marcha, para quienes ya están viviendo en Fraternidad y desean conocer la experiencia en otros lugares, para quienes ven la necesidad de profundizar en este apasionante mundo de la Fraternidad de las Escuelas Pías.

Está dirigido a religiosos y personas laicas que quieran mejorar su vida comunitaria, que sienten que la Fraternidad es un tesoro que hay que cuidar, mantener vivo, hacer que dé fruto y disfrute. Vale tanto para la comunidad religiosa como para la comunidad de la Fraternidad, o para el grupo de personas que quieran compartir fe y vida en grupo cristiano. Evidentemente son comunidades bien diferentes, pero con un elemento común: ser signo y sacramento vivo de la presencia de Jesús en medio de los hermanos: “En esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13, 35).

Está escrito para los escolapios, religiosos y laicos, porque tienen la misma sangre, son de la misma familia. Es necesario caer en la cuenta de que uno de los frutos más preciosos de la Orden de las Escuelas Pías es haber dado a luz a la Fraternidad. Es una hija preciosa, un regalo de Dios, que está llamada a tener vida propia manteniendo el ADN del carisma escolapio. Es una hija quizá no buscada y deseada por todos, pero una hija que llena de ternura a la madre y le hace sentir la grandeza de ser instrumento de Dios para crear nueva vida escolapia.

La Fraternidad convierte a la Orden en madre (ya lo era de los miles de niños, niñas, adolescentes, jóvenes, pobres que ha ido criando y acompañando): ahora también es madre de una comunidad que lleva sus propios genes por gracia de Dios. Como madre ha de ser ejemplo y esforzarse en educar a esa hija cuando es pequeña, de darle lo mejor para que crezca, de dejarle crecer y ser ella misma, de mantener siempre abierta la puerta de casa, de guardar ese regalo de la maternidad siempre en el corazón...

La Orden ha dado la vida a la Fraternidad. Y esta ha de reconocer en la Orden a su madre y quererla siempre, y respetarla, y dejarse guiar mientras va creciendo y tomando su propia identidad... y descubrirse cada día más familia escolapia y más corresponsable. Y tomar conciencia de que también la Fraternidad está llamada a ser madre de muchos niños y jóvenes, de muchas personas necesitadas, del Movimiento Calasanz que es hijo compartido con la Orden, y de todos aquellos que el Señor ponga bajo nuestro cuidado.

Esto pretende transmitir este libro, compartir contigo, con vosotros... en la presencia del Señor que es quien nos convoca, nos hace hermanos y hermanas, nos da su Espíritu y nos acompaña.

El libro tiene su lógica de presentación, como puede verse en el índice. Pero también puede leerse en los capítulos que resulten de más interés en cada momento, porque cada uno de estos apartados tiene sentido completo en sí mismo.

Es importante leer estas páginas con actitud abierta, sabiendo que nos adentramos en un espacio sagrado. Porque la comunidad cristiana es siempre sacramento de la presencia de Jesús, que nos convoca como hermanos de un mismo Padre y nos da su Espíritu para descubrir la forma más adecuada de seguirle en cada momento. Es un espacio sagrado porque la Fraternidad es un compromiso de

quienes la formamos y, a la vez, es un regalo de quien nos ha convocado a cada miembro. Es un espacio sagrado porque recoge mucha vida escolapia que ha intentado, y sigue intentando, actualizar hoy y aquí el carisma de Calasanz. Es un ámbito sagrado porque es una oportunidad al Espíritu para que ayude a cada lector a discernir lo que el Señor quiere pedirle hoy.

Y, al mismo tiempo, quiere ser un libro que ayude a la vida fraterna de las comunidades religiosas escolapias. La Fraternidad es hija de las Escuelas Pías y es una llamada a refrescar la vida comunitaria de los religiosos que es, junto con la misión, el gran desafío de quienes queremos seguir a Jesús y sabemos que solo es posible con los hermanos que Él nos da.

Han sido muchas las personas que han colaborado: el P. General, el Consejo de la Fraternidad General, más de treinta personas que han mandado su testimonio, algunos que leyeron el primer borrador y mandaron sus aportaciones (Pablo, Alberto). Gracias. Sobre la comunidad siempre es necesario escribir en grupo.

Está escrito en capítulos cortos que sugieran, que posibiliten la reflexión personal y grupal, que favorezcan el diálogo comunitario, que ayuden al cambio de corazón y animen a la acción.

Al final de cada capítulo hay un testimonio, un texto, una oración, que pueda servir para profundizar, para rezar, para comprobar que esto no es papel, sino vida de muchas personas, que da mucha vida a los demás y que deja traslucir a quien es el Autor de la Vida.

Testimonio desde Gobernadores Valadares – Brasil

Hablar de la alegría por haber escogido este maravilloso estilo de vida renueva mis expectativas y esperanzas en cuanto persona, profesional y misionera que soy desde el primer sacramento, el bautismo.

Pertenecer a la Fraternidad es para mi estado de espíritu, alimento agradable, que nutre mis necesidades, pues viviendo cada momento con los hermanos de la Fraternidad, me hace sentir una persona mejor y me vuelve más consciente de la importancia de servir a la Iglesia y al Señor Dios.

Hoy, ya está impregnando en mí el deseo antiguo de ocuparme de los trabajos cristianos y caminar junto a Jesucristo, disfrutando con el carisma Calasancio. Tengo a San José de Calasanz como ídolo de mi vida profesional y, por supuesto, también en la vida personal, experimentando la alegría de trabajar en la Escuela Pía. Comulgar con los colegas de trabajo la belleza de ser escolapia es un privilegio. Procuro no medir los resultados alcanzados con las enseñanzas de la pedagogía Calasancia, pues soy una persona que recibe mucho y quiero hacer siempre de mi oblación un acto de desprendimiento, pues es así que Dios quiere y los hermanos necesitan.

Comencé con los escolapios hace bastantes años, matriculando mis hijos en el colegio Ibituruna. En la primera reunión de padres, nos informaron que iniciarían la catequesis en el colegio y pidieron ayuda a las familias para el trabajo voluntario de catequista: me coloqué a disposición, “fue amor en el primer encuentro”, hasta ahora estamos juntos y espero que sea para siempre.

Tengo recorrido como agente de pastoral, pasé por la pastoral del menor en Carapina, continué en la catequesis del colegio Ibituruna coordinando (dos amigas y yo) un equipo de 53 catequistas y casi 400 catequizandos. Vivimos juntos la profundidad de la evangelización de acuerdo con las directrices del movimiento Calasanz.

Inicié la vida profesional en el colegio como monitora de Educación Infantil, fui profesora del maternal de 2 años, del 1º y 2º años, y desde noviembre de 2013, ejerzo la función de orientadora educacional del Enseñanza Fundamental I.

Soy animadora de la comunidad oración, estoy en el consejo demarcativo y participo del equipo de presencia de gobernador Valadares. Y naturalmente, también soy hija, hermana, esposa, madre, amiga... De todo lo que hago, lo que más me satisface es estar con las personas. Sentir, cuidar y velar por ellas. Siempre pido a Calasanz la inspiración para cuidar mi misión y a Dios mucha perseverancia y sabiduría. Me realizo trabajando como voluntaria y profesionalmente en las obras escolapias. Me siento orgullosa de estar en la Escuela Pía y percibo que crezco en conocimiento y gracia en cada paso que doy en este lindo caminar.

Los padres escolapios son para mí referencia en la espiritualidad orante y también en la acción transformadora de nuestra sociedad. Me siento útil, una verdadera misionera consciente de las actitudes que preciso continuar sembrando entre todos aquellos con quien convivo no trabajo, en la familia, en la iglesia, en el mundo. ¡Muy agradecida, mis queridos padres, religiosos hermanos de la Fraternidad!

¡Todos vosotros sois un diferencial en mi vida! ¡Estamos juntos en esta causa tan noble que es la construcción del REINO!

Riselha Dantas Santos Amorim, Fraternidad
de Valadares – Brasil

Para iniciar una reunión

Aquí nos tienes, Señor, reunidos por Ti.

Necesitamos tu presencia.

Ven, sigue con nosotros.

Enséñanos lo que hemos de hacer, muéstranos el camino.

Sé el inspirador de nuestras decisiones.

No permitas que faltemos ni al respeto ni a la justicia.

Que la ignorancia no nos pierda ni el afecto nos engañe.

Únenos a Ti para que seamos una sola cosa y caminemos en la verdad.

Pasión por la misión... con pasión por la Fraternidad



En 2015 salió el libro “Pasión por la misión”¹ que, a partir del capítulo de la misión escolapia de las Constituciones, desarrollaba cómo llevar adelante la misión en nuestro momento.

Ahora queremos complementarlo con otro aspecto fundamental, la pasión por la Fraternidad, aprovechando el doble sentido de esta palabra (el genérico que alude a la vivencia de hermanos en la comunidad y el aplicado en concreto a la Fraternidad de las Escuelas Pías).

1 Lo podemos encontrar en <https://www.escolapios21.org/recursos-escolapios/libros-y-articulos/>

A veces se plantea qué es antes, la misión o la comunidad. Hay quien piensa que primero es la misión, la necesidad de servicio a los demás, el envío a construir el Reino... y tienen razón... y no la tienen. Otros argumentan que hay que comenzar por la comunidad que es quien lleva adelante la misión, que es lo más central de la misión y su razón de ser... y tienen razón y no. Cuando una mujer tiene su primer hijo, simultáneamente se produce el milagro de que ella se convierte en madre y el bebé en hijo: la madre hace al hijo y el hijo a la madre. Algo así pasa con la misión y la comunidad: la misión crea la comunidad y la comunidad crea la misión.

Porque misión y fraternidad son las dos caras de la misma moneda, son inseparables.

Quien lleva adelante la misión es la comunidad: no es posible la misión con una sola persona. La Fraternidad es siempre el agente de la misión cristiana y escolapia. Y, a la vez, la Fraternidad es la referencia de la misión, el horizonte, la oferta de desembocadura de la tarea educativa, evangelizadora y transformadora.

La Fraternidad es para la misión, no es para sí misma, ni para satisfacción de sus miembros. La comunidad cristiana es convocada por Jesús, uno a uno, para ser las personas que le acompañen y para ser enviados a predicar la Buena Noticia con palabras y con milagros (Mc 3, 13-19).

Hemos de repetirlo una y mil veces: la misión y la comunidad van intrínsecamente unidas. Sin comunidad no hay misión y sin misión no hay comunidad.

Calasanz comenzó con la labor de educación a los niños, buscando personas que le acompañasen. Y así estuvo veinte años viendo cómo aquel trabajo no conseguía la consistencia necesaria para mantenerse en el tiempo. Solo cuando constituye la primera comunidad de vida comienza aquella tarea a ser misión (envío), reconocida por la Iglesia y con frutos duraderos.

Hemos de insistir sin cansarnos: quien trabaja mucho por los demás yendo solo no hace misión, quien quiera tener una comunidad solo hacia dentro para sentirse a gusto y sin descubrirse enviado a la misión no hace comunidad.

Comunidad y misión nunca se contraponen. A veces escuchamos que el mucho activismo daña la comunidad y es verdad, porque la

actividad de cada miembro ha de ser querida, aceptada, asumida y referida a la comunidad entera. Y si no es así, esa acción es capricho, orgullo, interés personal, pero no misión. Y lo mismo podríamos decir en sentido inverso: el estar demasiado dedicado a la vida interna de la comunidad, si impide el pleno desarrollo de la misión a la que está llamada, está incumpliendo su razón de ser.

Saber vivir en armonía estos dos aspectos es un reto y una maravilla, que hemos de hacer posible cada día en fraternidad.

Nos puede valer de ejemplo el desafío de la familia que ha de dedicar tiempo a los hijos, a la vez que ha de procurar los medios para la vida familiar y para atender la vida social y eclesial tan necesaria para que los hijos puedan crecer en ambiente sano.

En estas páginas nos vamos a fijar en el aspecto comunitario y no tanto en la misión. Pero, desde el inicio, hemos de ser muy conscientes de que hacer comunidad, cuidarla, vivirla, es ya hacer misión y nos ha de llevar a hacer mucha misión también fuera del grupo comunitario.

Vamos a ir acompañando todas las páginas con las experiencias vividas en la Orden y en la Fraternidad (especialmente recogidas en las Constituciones, en documentos y en la experiencia).

Testimonio desde Belo Horizonte (Brasil)

“Bienvenidos a las Escuelas Pías a los que, de corazón, ya se sentían escolapios” (P. Balcells)

¡Qué honrada y feliz me siento por participar de la “misión escolapia”! Con la llegada de los padres escolapios Jesús y José Félix a la Parroquia de San Marcos, en 1984, el trabajo que ya se hacía de catequizar a los niños y niñas, ganó un nuevo impulso. Yo, que estoy haciendo casi las bodas de plata como catequista, pues con 14 años comencé este camino que considero el más importante y el que más me realiza como evangelizadora: preparar los niños y niñas para la vida de fe, me sentí renovada con el acompañamiento de esos alegres y comprometidos religiosos. Cuántos desafíos y alegrías al ver a muchos de aquellos niños, que un día llegaron de la mano de sus padres, participando ahora de la misma misión como catequistas y coordinadores del movimiento

Calasanz. Otros que pasaron por nuestra catequesis, trayendo ahora a sus hijos y hasta sus nietos, para seguir sus pasos. También tenemos decepciones, viendo muchos jóvenes que se desvían del camino del bien, pero no nos desanimamos.

Pasaron algunos años, y me comprometí con una nueva tarea como seguidora de Calasanz: la PASTORAL DEL MENOR, colaborando con las escuelas públicas de nuestra Parroquia. Nuestra misión era “educar para la vida” a nuestros pequeños estudiantes, teniendo como base las palabras del P. José Carlos, religioso escolapio: “sabemos que la persona se estructura a partir de los valores que son sembrados en la infancia y en la adolescencia”. Comenzamos en dos escuelas, en 1995. Las experiencias de este trabajo se fueron consolidando y extendiéndose a otras escuelas. Fue necesario producir materiales para tener un programa para ser llevado a la práctica y uniformizar nuestros trabajos. Nos reunimos una comisión de cinco educadores durante un año y, después de investigar temas, planear cada encuentro, crear dinámicas para trabajar con os alumnos y alumnas de tercero y cuarto año, editamos un libro pequeño: EDUCACIÓN EN VALORES HUMANOS. Algún tiempo después fue publicado, y hasta el día de hoy es utilizada en las escuelas y centros educativos escolapios.

Superamos grandes desafíos en los trabajos en torno de la educación para una vida digna y feliz, entendiendo que lo más necesario es el amor a los pequeños, disponibilidad de tiempo y preocupación constante de formación. Nunca me encuentro preparada. Voy construyéndome en cada encuentro. Es en la relación con los religiosos escolapios, con los compañeros en la misión, en la Fraternidad escolapia, en la oración y en las celebraciones eucarísticas, que encuentro la fuerza y entusiasmo para mantenerme firme en mis objetivos y no apartarme de esta misión tan digna.

En 2009, el P. Carlos Aguerrea me hizo una nueva propuesta: iniciar en Brasil, en las presencias de Belo Horizonte y Governador Valadares, la FRATERNIDAD ESCOLAPIA. Después del período de discernimiento, el día 10 de diciembre de 2011, día de mi cumpleaños (65 años), hice la promesa de laica escolapia con otros hermanos. El carisma de Calasanz es como un fuego que alimenta mi misión y el compromiso documentado con las Escuelas Pías. Siempre agradezco a Dios por todas sus llamadas frente a mi pequeñez: catequesis, pastoral do menor, fraternidad escolapia, y misionera da arquidiócesis de Belo Horizonte que me envía a muy diferentes lugares para hablar del infinito amor de Dios por todos nosotros.

Padre Nuestro

*Hermanos nuestros, que estáis en el primer mundo:
para que su nombre no sea blasfemado,
para que venga a nosotros su reino y se haga su voluntad,
no solo en el cielo sino también en la tierra,
respetad nuestro pan de cada día,
renunciando vosotros a la explotación diaria;
no os empeñéis en cobrarnos la deuda que no hicimos
y que os vienen pagando nuestros niños, nuestros hambrientos,
nuestros muertos;
no caigáis en la tentación del lucro, del racismo, de la guerra;
nosotros miraremos de no caer en la tentación del odio o de la sumisión,
y librémonos unos a otros de cualquier mal.*

*Solo así podremos rezar juntos
la oración de la familia que el hermano Jesús nos enseñó.*

*Padre nuestro, Madre nuestra,
que estás en el cielo y estás en la tierra*

(Dom Pedro Casaldáliga)

Una breve historia de la Fraternidad



Toda historia es una narración particular de muchas historias personales y colectivas y, por ello, siempre es parcial. Sabiendo esto, es útil presentar algunos rasgos de estos años de Fraternidad para poder enmarcar el momento en el que nos encontramos.

El inicio oficial

El 25 de junio de 1988 se publicaba el documento “La Fraternidad de las Escuelas Pías”² donde

2 Lo podemos encontrar en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2019/06/La-Fraternidad-de-las-EEPP-1988.pdf> e

el P. General, José M^a Balcells, constituye “oficialmente la Fraternidad de las Escuelas Pías”.

En el prólogo decía

- Nos asiste el derecho de “refundar” las Escuelas Pías en nuestro presente y en nuestro futuro, que es de Dios. Decía Calasanz: *“No dé el hábito más que a personas que sean muy a propósito para fundadores”* (carta 4.031).
- Nos hacemos todo corazón de acogida y abrimos casa, espiritualidad, carisma a los que con ellos se identifiquen. Y sentimos una no estrenada y estremecida fraternidad, que va abriéndose como una primavera no soñada. Son hermanos habidos del Espíritu.
- ¡Bienvenidos a vuestra casa los que os sentís, en las Escuelas Pías, como en vuestra propia casa! ¡Bienvenidos a las Escuelas Pías los que de corazón os sentís ya escolapios!
- Esta “Fraternidad de las Escuelas Pías” nace del corazón de Calasanz. Son muchos los que a través del camino vivido por Calasanz intentan recorrer un camino similar, que los va a conducir al corazón mismo de Cristo, Maestro y Pastor.
- Así pues, constituyo oficialmente la “Fraternidad de las Escuelas Pías”, augurando al mismo tiempo un renacer del ministerio eclesial de la educación cristiana entre padres, profesores, ex-alumnos, alumnos y amigos en plena comunión con el carisma calasancio.

Van surgiendo a partir de esa fecha las primeras experiencias de fraternidad que, aunque no llegaron a cuajar en el tiempo, fueron abriendo un camino y una sensibilidad hacia ellas.

La “prehistoria” de la Fraternidad

La cercanía del laicado es un camino que siempre ha estado presente, desde el mismo Calasanz al crear la Congregación y seguir contando, incluso en la misma comunidad religiosa, con algunos laicos muy vinculados. De esta vida comunitaria participarán algunos maestros seglares, el más famoso de los cuales es el dibujante y calígrafo Ventura Sarafellini.

Un camino que, con diversas iniciativas (la figura del agregado, las cartas de hermandad, experiencias en algunas demarcaciones), había realizado un importante recorrido.

El Concilio Vaticano II trae una importancia renovación en la visión de la Iglesia y el papel complementario de las distintas vocaciones. A partir de este acontecimiento eclesial del Concilio la Orden va incluyendo la reflexión sobre el lugar del laicado en las Escuelas Pías, tanto en el Capítulo General especial de 1967 como en todos los siguientes Capítulos Generales hasta hoy en día.

La carta del P. General, Ángel Ruiz, sobre las “Comunidades Eclesiales Calasancias” (P. Ángel Ruiz: “Comunidades Eclesiales Calasancias”. Salamanca, 1983) es también un hito de gran importancia para crear al caldo de cultivo de las primeras fraternidades y la aparición del primer documento oficial de la Fraternidad.

Algunos apuntes de la historia hasta hoy

Después del nacimiento de la Fraternidad en 1988, van surgiendo las primeras fraternidades y otras experiencias en torno al modelo de las comunidades eclesiales calasancias. Fueron tanteos importantes que, aunque no cuajaron, dejaron una semilla que hoy está dando mucho fruto.

El Capítulo General de 1991 volvió a aprobar “ad experimentum” el documento de la Fraternidad de 1988. Esto supuso un refuerzo en el enfoque pastoral y en el nacimiento de núcleos comunitarios que darían origen a las primeras Fraternidades como ahora las entendemos.

Todo ello ayudó igualmente al planteamiento de diversas modalidades de participación en las Escuelas que se plasmó en el “Proyecto institucional del laicado: “El laicado en las Escuelas Pías”” aprobado en el Capítulo General de 1997.

En el año 2001 se publica el primer “Directorio del laicado”, modificado después en 2004 todavía “ad experimentum” y aprobado ya

3 El laicado en las Escuelas Pías, 1997: <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2014/08/El-laicado-en-las-EEPP-PIL-del-Cap%C3%ADtulo-1997.pdf>

de forma más estable en el Capítulo General de 2015 con el nombre de “Directorio de participación en las Escuelas Pías⁴”.

En este tiempo se ponen en marcha iniciativas de gran interés que están presentes hoy: comunidades conjuntas de religiosos y de miembros de la Fraternidad (1995), envío de personas de la Fraternidad a otros países para compartir vida y misión escolapias (1995), el inicio de los ministerios escolapios encomendados a laicos y laicas (2000), nacimiento de la Fundación Itaka – Escolapios (2001) agrupando entidades que ya venían funcionando, los primeros escolapios laicos con la integración también jurídica (2002), el nacimiento de las comunidades cristianas escolapias y el funcionamiento en clave de presencia escolapia... y, sobre todo, mucha vida cristiana escolapia, compartida de diferentes maneras por religiosos y laicos escolapios.

En el 2011 la Congregación General constituye oficialmente la Fraternidad General, aprueba un nuevo documento, “La Fraternidad de las Escuelas Pías”⁵ y nombra un Consejo provisional para acompañar las fraternidades existentes, intervenir en el proceso de creación de otras nuevas y preparar la primera Asamblea general de la Fraternidad⁶ que se celebró en Peralta de la Sal en julio de 2014 y nombró el Consejo de la Fraternidad General hasta la siguiente Asamblea de 2020.

En la actualidad contamos con las siguientes Fraternidades⁷, iniciadas en Demarcaciones que a veces han visto modificada su composición por el proceso de nueva estructuración de la Orden, en las que indicamos el año de nacimiento: Chile (1989), Emaús (1996), Betania (2006), Bolivia (2008), Venezuela (2009), República Dominicana (2010), Brasil (2011), Argentina (2012), México (2013), Polonia (2013), Nazaret (2014), Eslovaquia (2016), Hungría (2017).

4 Directorio de participación en las Escuelas Pías, Capítulo General de 2015: <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2015/11/La-participaci%C3%B3n-en-las-Escuelas-P%C3%ADas.pdf>

5 La Fraternidad de las Escuelas Pías, 2011: <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2014/04/2011-La-Fraternidad-y-m%C3%A1s.pdf>

6 Primera Asamblea de la Fraternidad General, 2014: <http://www.escolapios21.org/fraternidades/i-asamblea-de-la-fraternidad-general-y-encuentro-ic-mc/>

7 En ocasiones han funcionado otras “fraternidades”, como iniciativas de algún religioso, pero no reconocidas por la propia Provincia y que hoy no continúan.

Gracias a Dios la historia de la Fraternidad está muy viva y cabe esperar el surgimiento de nuevas Fraternidad en otras latitudes. Será necesario por ello complementar esta brevísima historia con los acontecimientos que vayan acaeciendo en cada momento.

Contamos con una página donde, desde el Consejo de la Fraternidad General, intentamos mantener siempre actualizado el censo de Fraternidades con algunos datos de sus miembros⁸ así como las informaciones y documentos de interés y actualidad.

Testimonio desde Belo Horizonte - Brasil

Cuando llegué al colegio San Miguel Arcángel, nada sabía de la misión escolapia. Había acabado de pasar por una experiencia transformadora: dos años dando clases en un complejo penitenciario. Experiencia fantástica que contribuyó mucho para mi formación. Salir de algo tan diferente, para entrar en una escuela particular, fue desafiante.

En la primera reunión, cuando el padre Carmelo, director en aquel tiempo, comenzó a hablar de “un tal” Calasanz y su obra, despertó mi curiosidad y, como en aquel tiempo (1988) no teníamos tanto acceso digital, fui directa a la biblioteca para ver qué encontraba sobre el fundador de esa escuela en lo que yo acababa de entrar.

Leí todo lo que encontré y, después de aquel estudio, me llené de coraje y pedí hablar con el director. Hablamos horas sobre Calasanz y quedé apasionada.

Mi historia era un poco parecida a la de aquellos niños y jóvenes de Roma, que despertaron en Calasanz el deseo de transformar la realidad con la educación. Nací en una familia muy humilde de cinco hijas, madre y padre sin instrucción. Mi madre era ama de casa y mi padre era obrero. Vida difícil. Estudié en la escuela pública y, a los 11 años, por ser excelente alumna, gané una beca de estudios en una escuela particular. ¡Esta fue la gran oportunidad de mi vida!

Poder tener acceso a una educación de calidad, estar en una escuela que exigía mucho de mí, me hacía sentir como una necesidad de

8 <https://www.escolapios21.org/fraternidades/panoramica-de-la-fraternidad-hoy/>

querer más. Esa “beca de estudios” fue la gran transformación de mi vida. De las cinco hijas, yo fui la única que consiguió hacer un curso superior en aquella época.

Escuchando sobre Calasanz, percibí cómo podemos transformar la vida de otros por la educación. Pensando así, no me limité solo a dar clase en el colegio San Miguel, di un paso al frente. Me aproximé a los escolapios y, como voluntaria, me ofrecí para ayudar en la formación de catequistas. Siempre que era convocada, iba a la parroquia para ayudar en la catequesis. Fueron muchas mañanas de los domingos enseñando a hacer actividades pedagógicas, artísticas, dinámicas, etc.

Años después, vi la necesidad de ayudar a los alumnos que entraban en el colegio a través de la asistencia social. Muchos llegaban de las escuelas públicas y encontraban dificultad en seguir el ritmo de las clases en el colegio. Comencé a dar clases particulares después del horario. La noticia se extendió y los alumnos no dejaban de llegar. La solución fue invitar (mejor, seducir) a otras compañeras para que hicieran lo mismo. Conseguí tres profesoras que comenzaron a ayudarme. La única exigencia era que fuesen alumnos que no pudiesen pagar.

Más tarde, en 2009, el padre Carlos Aguerrea me llamó para participar de un grupo de discernimiento para formar la Fraternidad escolapia. Cuando me fue explicando de qué se trataba, mis ojos brillaron una vez más. ¡No tenía dudas!

Mi trayectoria en el colegio fue marcada por desafíos y propuestas. De profesora fui convidada a ser supervisora, después la propuesta fue asumir la dirección pedagógica. Esto me asustó y me entraron muchas dudas, pues tenía un cargo público y tendría que pedir la dimisión. Conversé mucho con Dios y, en el silencio del corazón, coloqué mi vida en sus manos. De esta forma mi SÍ se consolidó.

Hoy, en la dirección pedagógica y como miembro de la Fraternidad, siento que mi compromiso con la misión escolapia está aumentando. Cada día, pido discernimiento para saber actuar con justicia en todas las situaciones. Sabiduría para mejorar y actuar mejor. En cada decisión que tengo que tomar me pregunto: ¿Qué haría Calasanz? Así intento seguir firme en la propuesta principal de transformar vidas a través de la educación.

Fraternidad... en la misma dirección

Una pareja de novios preguntó al maestro: “¿Qué debemos hacer para que nuestro amor dure para siempre?”

“Amar juntos otras cosas”, respondió el maestro.

Los amigos no se miran a los ojos, sino que miran los dos en la misma dirección

(Bruno Ferrero. “El canto del grillo”, p. 54)

Comunidad, nuestra identidad

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”.

(Juan 13, 34-35)

Nuestra identidad como humanos, cristianos, escolapios, nos viene dada por la pertenencia a un colectivo donde nos ha sido regalada la vida, la fe, el carisma y es ahí donde hemos de encontrar nuestro puesto, nuestra vocación, nuestra identidad. Lo que nos define, más allá de las siempre necesarias e importantes particularidades de cada persona, es la pertenencia a la comunidad.

Pueblo de Dios desde el inicio de los tiempos

A lo largo de todo el Antiguo Testamento se manifiesta un Dios que quiere hacer una alianza con el pueblo. “Dios quiere salvar a las personas, no aisladamente, sin conexión alguna con los demás, sino constituyendo un pueblo”, nos dice el Concilio Vaticano II (Lumen Gentium 9).

Dios no habla directamente a su pueblo, sino que lo hace por medio de personas concretas a quienes llama para que hablen y actúen en su nombre ante el pueblo.

Así sucede con Abrahán y las primeras palabras que Dios le dirigió: “El Señor dijo a Abrahán: Vete de tu tierra (...) a la tierra que yo te mostraré. De ti haré un gran pueblo y te bendeciré” (Gen 12, 1-2). Esta promesa fue confirmada posteriormente con una alianza (Gen 15,18; 17, 1-14) y proclamada solemnemente después del sacrificio de Isaac

(Gen 22, 16.17). En efecto, Abrahán estaba destinado a convertirse en “padre de todos los creyentes” (Cfr. Gen 15, 6; Gal 3, 6-7; Rom 4, 16-17).

Fiel a su alianza con Abrahán, Dios llamó a Moisés y le dijo: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor (...). He bajado para librarles de Egipto” (Ex 3, 7-10). Moisés es un instrumento, un mensajero de Dios para manifestar el amor de Dios a su pueblo. “Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo”, leemos en el libro del profeta Oseas (11, 1). Dios nos quiere “no porque seáis el más numeroso de todos los pueblos..., pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres” (Deut 7, 7.8).

Esta iniciativa divina toma forma de alianza. Así sucedió con Abrahán. Y también después de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. El mediador de esa alianza establecida a los pies del monte Sinaí es Moisés: “Vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras del Señor y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor... Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, tras lo cual recibió una vez más de los presentes la promesa de obediencia a las palabras de Dios (Ex 24, 3.8).

De este modo, Israel se convierte en “un pueblo consagrado al Señor su Dios” (Cfr. Deut 26, 19), y eso significa una particular pertenencia a Dios: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Jer 7, 23). Dios se compromete a sí mismo en la Alianza. Todas las infidelidades del pueblo, en las diversas etapas de su historia, no alteran la fidelidad de Dios a esa alianza, sino que abren el camino a la Nueva Alianza, anunciada ya en el libro del profeta Jeremías: “Esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días (...): pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones le escribiré” (Jer 31, 33).

Dios no cesa de dirigirse al pueblo elegido con su palabra. Le habla muchas veces por medio de los jueces, de los profetas. El principal mandamiento sigue siendo siempre el del amor a Dios sobre todas las cosas: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza” (Deut 6, 5). Este mandamiento va unido el mandamiento del amor al prójimo (Lev 19,13.18).

De los textos bíblicos surge también el deseo de Dios de hacerse presente en medio de su pueblo: en el desierto será en la nube, en

la tienda del encuentro (Ex 33, 8.11). Más adelante será en el templo que el rey Salomón construye en Jerusalén.

Y siempre estará el deseo de la llegada del Mesías que hará más visible ese pueblo de Dios.

Vemos así que nuestro Dios es un Dios del pueblo, de la historia, del deseo de seguir caminando hasta construir un pueblo de Dios, un reino de Dios. Dios nos da una identidad particular basada en su amor incondicional, en la oferta de una alianza, en la historia compartida colectivamente con Él, en los mandamientos que llevan a vivir como pueblo de Dios.

Es muy rico analizar los distintos momentos en que Dios hace una alianza con su pueblo:

- El pacto con Adán y Eva: les da el paraíso, todo lo deseable... a condición de no probar del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gen 2, 17). Se trata de usar siempre bien la libertad para no desencadenar el mal.
- El pacto con Noé (Gen 9, 1-17), una nueva oportunidad a la humanidad.
- La alianza con Abraham (Gen 15,18), como pacto de confianza plena en Dios.
- La alianza con Moisés (Ex 19, 25) con unos mandamientos para convivir como pueblo de Dios.
- El pacto con Israel al llegar a la tierra prometida y después, con la necesidad de ser continuamente renovado por las constantes infidelidades del pueblo.
- El pacto con David (2 Samuel 7, 8-17) prometiendo un reino definitivo
- La nueva alianza con Jesús en la última Cena y sellada en la muerte y resurrección (1Cor 11, 23-26)
- El pacto que el Señor siempre quiere renovar (Hb 8, 8) y que sigue haciendo también hoy a cada uno de nosotros, a la Iglesia y a la humanidad entera.

La identidad de Israel es ser el Pueblo de Dios, de poner a Dios como único Señor, de cumplir la alianza reflejada en los mandamientos y

en la tradición de su historia. Esta identidad es un regalo que viene de Dios, que permite la convivencia mutua y que recibe todas las bendiciones.

Dios no es un dios a la medida de cada uno, no es para la experiencia exclusivamente particular. Dios nos hace formar parte de una comunidad y ahí se manifiesta. Sin comunidad, Dios se desdibuja y perdemos la más profunda identidad, la que nos viene de ser amados aun antes de haber nacido.

Jesús vive en esta cultura y pensamiento... y la mantiene al mostrarnos siempre un Padre nuestro, de todos. Nos presenta un Dios que nos quiere personalmente y siempre dentro de la comunidad. Seguir hoy a Jesús implica hacerlo en grupo, en comunidad, en Iglesia. Quien intente vivir una relación filial con Dios sin los hermanos es como el hijo mayor de la parábola que jamás ha sido hijo ni ha conocido la voluntad de Dios (Lc 15, 28s).

Seguimos a Jesús en pequeña comunidad, en Fraternidad, en Escuelas Pías, en la Iglesia local y universal, porque no es posible hacerlo de otra manera. Somos Pueblo de Dios, pecador demasiadas veces, muy lejos del ideal que deseáramos. Pero jamás hemos de olvidar que no somos Pueblo de Dios por nuestros méritos, sino porque Dios nos eligió y porque Él lo quiere así.

Testimonio desde Governador Valadares - Brasil

Soy Claudia Lópes, Directora titular y educadora en el colegio Ibituruna, miembro de la Fraternidad escolapia de la presencia de Governador Valadares, participante del movimiento Calasanz y agente de pastoral en algunas actividades de la misión escolapia. Para mí es una alegría muy grande poder traducir el sentimiento de pertenecer a las Escuelas Pías, pues ellas son parte de mi historia de tal forma que hablar de mi vida es también hablar de esta pertenencia.

Desde 2003 estoy en el equipo de educadores del colegio, como profesora de portugués. No obstante, solo en 2008 me pude implicar en las acciones pastorales, siendo catequista y ayudando en las eucaristías dominicales. Así fui conociendo más íntimamente el carisma y la mística de San José de Calasanz y comprendiendo la importancia de la misión escolapia.

La catequesis se convirtió como una segunda casa para mí. Y el grupo de catequistas, otra familia. Con el acompañamiento de un religioso escolapio, fuimos trabajando junto con la catequesis parroquial, avanzando en la formación y frecuentando el curso de teología para laicos en la parroquia Nuestra Señora de las Gracias. Compartíamos las actividades catequéticas e intentábamos estar en los encuentros de catequistas. Pero todavía pensaba que faltaba algo, me parecía tener un vacío existencial para ser llenado. Cuando en 2009 fui invitada a la Fraternidad escolapia, respondí positiva y alegremente y fui percibiendo que estar en un grupo compartiendo la oración, la vida, la misión y la formación era el complemento de mi vocación. Ya experimentaba un sentimiento de pertenencia a la Iglesia, a la que amo y a la que procuro cuidar. Sin embargo, ser miembro de la Fraternidad se reveló como un retornar al Reino, del cual parecía que me había separado. Me emociona percibir que recuperé algo que no era consciente que había perdido. Así, ahora estoy impregnada por lo calasancio que se concreta en mi vivir, de forma completa y apasionante. Y el amor que ya experimentaba por el santo de los niños y jóvenes, se fue ampliando y me animó a conocer más a Calasanz, su mística, carisma, su forma de vivir y su entrega a Dios y a los otros.

Poco a poco, me adentraba en el universo escolapio, rehaciendo la trayectoria personal, profesional y espiritual. El deseo adormecido de comprometerme, más profundamente, con una causa se encendió dentro de mí y fue haciéndose parte de mí. Junto con otros hermanos, compañeros de la catequesis y del trabajo, me fui adentrando en la misión escolapia, a partir de la Fraternidad. La interacción con las otras plataformas de misión fue consecuencia natural, por lo que el centro social y la parroquia ya son parte de mi vida. Como escolapia, me siento responsable por las obras y comprometida con las acciones relacionadas en los diversos aspectos de la misión. Como escolapia, me descubro miembro de una grande familia, y un sentimiento audaz de universalidad que me lanza a ser protagonista y a la acción.

Percibo que mis hermanos fraternos y yo vamos pasando por un proceso continuo de conversión y cambio de actitud. Redimensionamos nuestras debilidades y, juntos, fortalecemos el espíritu y el deseo de transformar la realidad, según los valores evangélicos. Percibimos que el seguimiento de Cristo, en la perspectiva de la propuesta escolapia, nos hace sentir personas más maduras, reflexivas y comprometidas. Podemos afirmar, con convicción, que la Fraternidad nos confirió más dignidad a nuestro “ser” Iglesia. Y nos ha ayudado a ser cristianos mejores todos los días.

Somos necesarios

Si la piedra dijese “una piedra no puede construir una casa”, no habría casa. Si la gota dijese “una gota no puede formar un río”, no habría océano. Si el grano dijese “un grano no puede sembrar un campo”, no habría cosecha. Si el ser humano dijese “un gesto de amor no puede salvar a la humanidad”, nunca habría justicia, ni paz, ni dignidad, ni felicidad sobre la tierra

(Raúl Berzosa, “Parábolas para una nueva evangelización”, p. 194)

La comunidad de Jesús... hasta hoy

Jesús siente al Dios del cielo como Dios del pueblo, como Padre suyo y Padre nuestro, de todos. Sabe que necesita de la comunidad en todo momento. Primero en el grupo de seguidores de Juan el Bautista y pronto en la comunidad que Él convoca.

La primera comunidad

Jesús llama a un grupo:

“Subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él, y Jesús instituyó a doce para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios. Así instituyó a los Doce: Simón, al que puso el sobrenombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, a los que dio el nombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno; luego, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, el Cananeo y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó (Mc 3, 13s).

Aquí tenemos los elementos fundamentales de la Fraternidad: ser llamados personalmente por Jesús, responder a esa llamada, para estar con Jesús, anunciar la Buena Nueva y echar el mal construyendo el reinado de Dios. Así de sencillo y así de grandioso. De esta manera Jesús nos cambia el nombre, la identidad anterior, nos hace otras personas. Y, a la vez de este modo, instituye la comunidad, que no es un grupo informal, variable, indefinido, sino la entidad de “los Doce”. Nosotros podríamos decir la Fraternidad.

Esta comunidad nos sirve de referencia. Tampoco nosotros elegimos a los hermanos de comunidad: es el Señor quien nos los da. La comunidad es un don... y una tarea. Cada compañero es un hermano y una misión: la misión de hacerle hermano, de hacernos hermanos. Hemos de aspirar al ideal de comunidad ¡con mucho realismo! La convivencia no es fácil. Dios no nos pide que cambiemos al hermano, sino que lo amemos, le escuchemos y le valoremos. No debemos ser como el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11s). Siempre habrá momentos difíciles, hermanos difíciles... y yo puedo ser uno de ellos. El descubrir que es Dios quien me da esos hermanos, el aprender de cada uno, el compartir, el comunicarse, el poner siempre en el centro a Jesús y no a mí mismo, son actitudes que nos acercan a aquella primera comunidad de Jesús.

Jesús me ha escogido personalmente. Y también ha elegido a ese hermano que me cuesta aceptar, que me resulta difícil de comprender. He de agradecer esa llamada que me ha hecho, aunque me complique la vida. Y he de dar gracias por cada hermano, porque siempre es un regalo.

Jesús nos cambia la vida, nos da nueva identidad de bienaventurados. He de dejarme moldear por Jesús y por los hermanos. Y he de ayudar al Señor a moldear a cada uno de mis hermanos.

La elección de aquella primera comunidad es curiosa: algunos eran hermanos, otros amigos, algunos muy diferentes de los demás: Mateo era un recaudador de impuestos, Judas era zelote y extremista, otros pescadores... Surgían discusiones: algunos pedían los primeros puestos y eso no gustaría a los demás (Mt 20, 21), Pedro diciendo delante de todos que él no negaría aunque lo hicieran los demás (Mt 26, 33)...

La comunidad de Jesús no era ideal, sus miembros no eran demasiado valientes ni fieles... pero Jesús era quien les unía. No era una comunidad de perfectos, ni siquiera después de la resurrección. Y, sin embargo, esa comunidad es nuestra referencia. Con esa comunidad la Buena Nueva ha llegado a todo el mundo. Aquella comunidad, con sus fallos, era y sigue siendo signo del Reino y referencia para quien quiere formar comunidad cristiana.

No es solo un grupo de discípulos que deben aprender, sino que esa comunidad es ya signo de la presencia del Reino en el mundo. No son únicamente relaciones de discípulo a maestro, sino también

relación de hermanos que deben amarse, perdonarse, ir de dos en dos a predicar el Evangelio, lavarse los pies mutuamente. Se trata de una fraternidad, donde quien quiera ser el primero ha de estar al servicio de los demás.

La misión de la comunidad es triple:

- estar con Jesús, acompañarle, dejar que nos acompañe, ser sus amigos, celebrar su presencia en la Eucaristía, en la oración personal y comunitaria, en la escucha de su Palabra, en la lectura creyente de la realidad...
- anunciar la Buena Noticia, con palabras y con el signo de la Fraternidad, con la labor educativa, evangelizadora y transformadora que nos define a los escolapios, con el testimonio de vida personal y sobre todo comunitaria...
- echar los demonios de la injusticia, la insolidaridad, la violencia... dentro de nosotros mismos y colaborando en la construcción de una sociedad como Dios manda...

La comunidad de Jesús mantenía niveles de pertenencia. Estaba el grupo de los Doce bien definido, y también estaban presentes algunas mujeres. Este era el núcleo, pero había más discípulos, hasta 72 nos dice el Evangelio, a los que Jesús mandaba de dos en dos (Lc 10, 1s). Había colaboradores que le ayudaban, le acogían en sus casas...

Aquella comunidad no era un grupo de amigos que se habían elegido mutuamente. Se van descubriendo amigos y hermanos entre sí porque Jesús les ha convocado para serlo con Él. Jesús va a ser amigo, hermano, maestro, pastor... que va enseñando a cada uno y a la comunidad entera a ser amigos, hermanos, maestros, pastores de otros.

Y así lo van a entender tras la muerte y resurrección de Jesús: “Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). Y no es esta una misión que pueda hacer cada uno por su cuenta, sino todos juntos. Por eso deben ser uno (Jn 17,20), porque trabajando unidos será como el mundo creará en él (Jn 17,21).

Jesús no fundó la Iglesia tal como la tenemos, con cada una de las decisiones que la han ido conformando a lo largo de los siglos,

pero sí puso en marcha una comunidad que fuera más allá de su vida terrenal, que da continuidad a su presencia y mensaje, que se convierte en el signo fundamental del Reinado de Dios que ha de llegar. Y le dio, y le sigue aportando, una serie de rasgos que la hacen seguir siendo “la comunidad de Jesús”, cuando predomina la centralidad de Jesús y el Evangelio, el servicio fraterno, la misión, la comunidad, el compartir fraterno, el envío misionero, el trabajo por las personas más necesitadas, la celebración del bautismo y la eucaristía así como los demás sacramentos, los ministerios en la comunidad...

Aquella comunidad, con sus debilidades, va a conseguir que casi todos sean capaces de descubrir que Jesús sigue vivo después de la muerte en la cruz y que den la vida por el Evangelio y la misión.

La comunidad eclesial, siempre diversa

Tras la muerte de Jesús, esa comunidad de apóstoles se transforma en comunidad eclesial y nace la Iglesia. Es Cristo resucitado quien la convoca por medio de su Espíritu en Pentecostés. El libro de los Hechos insiste en la vida comunitaria: tenían todo en común, un mismo espíritu, iban juntos... Da la impresión de que esa comunión es precisamente lo que atrae la simpatía y los elogios del pueblo. Más que las palabras de Pedro o las curaciones milagrosas. La vida en común es un signo más visible que una curación excepcional, pues dura en el tiempo, se extiende en el espacio y está abierta a todos.

La comunidad de Jerusalén se presenta como modelo de cristianos que se aman: viven juntos, lo poseen todo en común, asisten juntos a la oración y celebraciones (Hech 2, 42s; 4, 32s; 5, 12s). Pronto aparece el fraude (Hech 5, 1-11) y las disensiones (Hech 6,1). La situación económica se hace difícil, dada la radicalidad con se vive esta espera del Señor. Y la comunidad se dispersa en el año 70.

Las comunidades paulinas son diferentes. Se reúnen para escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía, pero no lo ponen todo en común (1 Co, 11, 17-22), sino solo una parte para ayudar a la Iglesia de Jerusalén (2 Cor 8, 9) o al mismo Pablo (Flp 4, 10-20). Pablo se esfuerza por crear vínculo entre ellas. A finales del siglo I ya hay conciencia de Iglesia universal, formada por numerosas comunidades locales, muy diversas, pero unidas en la fe y aceptando la autoridad apostólica.

La comunidad evoluciona con la historia y los lugares donde llega, siempre con la nostalgia de la primera comunidad ideal.

Aquellas comunidades iniciales eran, a pesar de las dificultades, modelo y referencia que contagiaban e invitaban con el testimonio de su vida a formar parte de ellas. Algunos, como Pablo, se “caen del caballo” y dan un giro total a su vida, pasando siempre por el catecumenado, acompañado por los catequistas y la comunidad (Hech 9). Otros son invitados a iniciarse a la vida de la comunidad haciendo un camino de ir reconociendo a Jesús vivo a su lado. Siempre es necesaria la comunidad que acompaña y va mostrando el Evangelio (Hech 8, 31).

Los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo nos van indicando cómo el Espíritu va guiando el nacimiento y crecimiento de las comunidades, bien diversas en los diferentes lugares. Leer esas páginas es introducirse en la acción del Espíritu conduciendo a su pueblo... entonces y ahora.

Las situaciones son difíciles (persecuciones de los propios judíos y también de los romanos, expulsión de la sinagoga, dispersión por muchos países...) y la comunidad sigue caminando con la fuerza de Jesús y el esfuerzo de aquellos primeros cristianos. Es muy interesante, y podría valer como formación de la Fraternidad, el libro de Carlos Mester, “Vivir y anunciar la Palabra; las primeras comunidades”. Verbo Divino, 2001. En él se profundiza en los Hechos de los Apóstoles y algunas cartas viendo cómo se van tomando decisiones que configuran aquella primera iglesia.

Cuando el cristianismo deja de ser perseguido y cobra carta de ciudadanía, aquellas comunidades vivas y misioneras van dejando paso a una forma de vivir más institucional donde la fe se hace social, oficial y a veces más cómoda y apagada. Va tomando forma la organización territorial más estructurada, incluida la parroquia, que permite llegar a todas las personas, ofrecer todos los servicios y quizá dejarse contagiar demasiado por la mentalidad y sociedad del momento.

Entonces, y siempre que en la Iglesia se ha producido alguna crisis, van apareciendo experiencias comunitarias que intentan vivir con más radicalidad el Evangelio y se convierten en signo profético que recuerdan a la Iglesia entera y al mundo el valor de la fraternidad.

Podríamos citar a los anacoretas en torno al maestro Pacomio, las reglas de vida comunitaria de Agustín, Basilio y Benito que van

creando la primera estructura de una vida comunitaria reglada. Los consejos evangélicos se convierten en votos. Los monjes son custodios de la cultura y de la intervención política y eclesial. Al final de la Edad Media aparecen los mendicantes (frailes, hermanos), luego los distintos tipos de congregaciones dando respuesta a necesidades concretas y tratando de vivir con más radicalidad el Evangelio, los institutos seculares, las comunidades de base que propician la comunión de comunidades, etc.

Hoy también sigue la Iglesia recreándose de formas diversas según las circunstancias en que se encuentra: perseguida en muchos lugares, adormecida en otros, buscando nuevos caminos...

Acercarnos a la historia de la Iglesia, a la diversidad de modelos, a la acción del Espíritu en los diferentes contextos, nos ayuda a sentirnos muy libres a la vez que muy atentos a los signos de los tiempos y a la voz del Espíritu que va guiando a su pueblo.

El elemento central de la comunidad será siempre mantener a Jesús en el centro, avanzar en la fraternidad con los hermanos y lanzarnos a la misión de anunciar el Evangelio y colaborar en la construcción del reino de Dios. Entonces podremos invitar como Jesús a acercarse a la comunidad y descubrir en ella al Resucitado: “Venid y veréis” (Jn 1, 35-42).

Testimonio desde Zaragoza (España)

¡Paya rabuda! Han pasado muchísimos años desde la primera vez que oí esas palabras, pero ellas aún me sacan la sonrisa y me hacen volver a mis inicios en el voluntariado. Surgió sin buscarlo, en una conversación de café, de terracita, de un verano relajado con selectividad aprobada, donde te cuentan, falta gente para un proyecto infantil de Cáritas, coordinado entonces por la hermana de una amiga. Así que, aunque soy persona poco decidida, cuando oyes que algo falta, te pican los pies y te tira a que vayas allí, algo me llamaba.

Encontré lo que no había imaginado. Descubrí otras miradas en los niños. Niños que no lo tienen fácil pero sobre todo encontré sonrisas, muchas sonrisas, muchas ganas de vivir. Fue un REGALO, regalo que para mí será la palabra que más asocie con voluntariado.

El regalo fue doble, triple, fue inmenso porque me hizo ese regalo de vida a mi persona pero también me trajo el regalo del compañero de vida que iba a acompañarme en mi camino y que me traería el descubrimiento de la Escuela Pía.

El voluntariado supone para mí un regalo cuando tras un duro traspas de la vida (una enfermedad que afortunadamente superé) vuelve a regalarte vida, ánimo.

Podría decir que incluso es una postura egoísta, pero te devuelve mucho más de lo que tú das.

El voluntariado en Chino Chano es especial. Lo inicié tras esa etapa diferente dura y de reseteo vital, surgiendo como una luz. Fue y sigue siendo una llamada ilusionante, tras haber disfrutado de la maternidad, estar en la lucha por cada precioso amanecer...y por sentir lo bueno que me aporta mi fe, mi pertenencia a la fraternidad. Podía compartir y transmitir el sueño de Calasanz a los peques, con la misma ilusión que se lo transmitimos a nuestro hijo.

Da alegría esperar cada semana para poder vivir la sesión de Chino Chano con los peques, ver cómo se les ilumina la cara y esperan el juego para comenzar o el intentar apagar la vela mientras la oración o cuando plasman en su cuaderno un dibujo o texto...

Volver a disfrutar con mis “taitantos” de un fin de semana o campamento con los niños es como un anuncio de MasterCard, es lo que repito, tripito y no me canso: Un regalo.

A los peques les choca, ya que muchos me conocen cómo la mama “de” y que esté ocupando mi tiempo en ellos en vez de otras cosas que hacen los papás, puede resultarles diferente, pero para mí creo que es el ejemplo más gráfico y la mejor manera de demostrarles que se pueden hacer cosas y un ejemplo vivo y cercano. Como padres también nos parece que es la mejor manera de que conozca nuestro hijo la realidad, y que se “enganche”, igual que vive desde su mirada y prisma de niño, nuestra pertenencia a la Fraternidad.

Es curioso ver como gente alrededor tuyo te interpela por ese rato que pierdes, que podrías estar en una clase de zumba, o tomando unas cervezas,... pero el voluntariado hay que conocerlo y sobre todo, hay que vivirlo. E igual que a los chicos les choca ver a la mama “de”, para los padres también sirve al menos para que vean que se puede ser generoso, se puede compartir.

El voluntariado es más que una acción de ayuda a la gente. Es una manera de entender la vida donde la acción generosa, gratuita, es un pilar importante.

Es una manera de entender la vida junto con otros, más allá de lo que una persona puede hacer sola.

Es una manera de ver la vida en la que uno se da cuenta que da muy poco en comparación con lo que recibe día a día, dejándose interpelar por lo que recibe.

El voluntariado, la acción generosa en una manera de hacer camino, sin tener la certeza de a dónde te tiene que llevar porque lo verdaderamente pleno es caminar junto a otras personas.

Irene Buelta. Fraternidad Betania de Emaús.

Contamos contigo

Cuando el sol se escondía detrás de las montañas, preguntó:

- ¿Hay alguien que quiera sustituirme?

- Se hará lo que se pueda, respondió la lámpara de aceite.

(R. Tagore)

Una Iglesia sinodal, misionera y comunitaria

Nuestra Iglesia, especialmente desde el Vaticano II, se ha reforzado por ser una Iglesia de comunión, de mayor actualización y diálogo con el mundo, de renovado funcionamiento con mayor transparencia y comunicación, de insistencia en la evangelización con la Palabra y con el testimonio de su compromiso.

Hay aspectos que hoy tienen especial significado: ser una Iglesia sinodal (en constante discernimiento conjunto), estar en salida de sus espacios naturales para hacerse más presente en la humanidad entera reavivando su acción misionera y ser más comunitaria buscando mayor comunión.

Son llamadas que nos implican muy especialmente a todos los ecopapies, religiosos y laicos, que asumimos la responsabilidad de colaborar con nuestra Iglesia en las líneas que nos va señalando.

Tenemos pues que conseguir un entorno escolapio más participativo, una comunidad cristiana escolapia donde los religiosos y los miembros de la Fraternidad seamos agentes de convocatoria y de invitación a la corresponsabilidad en la vida y misión escolapias. Y también tenemos la responsabilidad de ponernos en salida de nuestras comunidades, obras y presencias para transmitir el tesoro de Calasanz que hemos encontrado y queremos compartir y hacer que llegue allá donde sea necesario.

Merece la pena dar un repaso a los Sínodos, momentos de reflexión y discernimiento eclesial, desde el final del concilio Vaticano II, con muchos y excelentes documentos que siguen muy vigentes hoy, a nuestros días para conocer los planteamientos de nuestra Iglesia, para apreciarlos y para asumirlos en nuestra vida escolapia.

Breve historia de los Sínodos de Pablo VI a Francisco⁹

El sínodo de los obispos fue instituido por San Pablo VI el 15 de septiembre 1965 a través del Motu Proprio *Apostolica Sollicitudo*. Su creación tuvo lugar en el contexto del concilio Vaticano II convocando a una mayor participación de los obispos *cum et sub Petro* (bajo la autoridad del Papa), en las cuestiones que interesan a la Iglesia Universal.

Pablo VI

1. 1967. Sobre asuntos derivados del concilio Vaticano II: propuso el establecimiento de una comisión teológica internacional, que ha seguido actuando hasta el momento actual.
2. 1969. Sobre las conferencias episcopales y su colaboración con la santa Sede, donde se puso de relieve la importancia de la teología de la comunión.
3. 1971. Sobre el ministerio sacerdotal y la justicia en el mundo.
4. 1974. Sobre la misión de la Iglesia en el mundo. El Sínodo renunció a elaborar un documento propio y entregó el material estudiado al papa Pablo VI, quien promulgó su exhortación

9 Xabier Pikaza en Religión Digital: https://www.religiondigital.org/el_blog_de_x_pikaza/Pablo-VII-Francisco-anos-Sinodos_7_2165553438.html

postsinodal **Evangelii Nuntiandi**, sobre La evangelización en el mundo moderno (1976), uno de los documentos más lúcidos e influyentes de la Iglesia en la modernidad, centrado en el tema de la evangelización, la justicia y la liberación

Juan Pablo II

5. 1977. Sobre la catequesis. El sínodo se celebró bajo la presidencia de Pablo VI; pero la exhortación postsinodal la promulgó ya Juan Pablo II, con el título **Catechesi tradendae** (La catequesis en nuestro tiempo, 1978).
6. 1980. Sobre la familia. La exhortación postsinodal se tituló La familia cristiana en el mundo moderno. Como fruto de este sínodo se estableció instituto internacional de estudios sobre el matrimonio y la familia.
7. 1983. Sobre la reconciliación sacramental y social, con una exhortación sobre La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy.
8. 1985. Este sínodo estudió las cuatro constituciones del Vaticano II (LG, DV, SC y BS), pidiendo que se redactara un catecismo universal, cosa que se hizo en el **Catecismo de la Iglesia Católica** (CEC, 1992).
9. 1987. Sobre los laicos, con las orientaciones recogidas en exhortación **Christifideles laici** (Los laicos en la Iglesia y en el mundo).
10. 1990. Sobre los sacerdotes, con la exhortación posterior: **Pastores dabo vobis** (La formación de los sacerdotes en las circunstancias de la Iglesia actual).
11. 1994. Sobre la vida consagrada con su exhortación **Vita Consecrata** (La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo).
12. 2000. Como preparación del Jubileo del 2000 se han celebrado sínodos especiales para los cuatro grandes continentes: África (1994), América (1997), Asia (1998) y Europa (1999), con las exhortaciones postsinodales correspondientes (Ecclesia in Africa, in América etc.).
13. 2001. Sobre los obispos; exhortación: Pastores gregis (pastores del rebaño).

Benedicto XVI

14. 2005. Sobre la eucaristía: Fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Sínodo celebrado bajo Juan Pablo II. Exhortación **Sacramentum Caritatis**, preparada y firmada por Benedicto XVI (2007).
15. 2007. Sobre la palabra de Dios, con la exhortación de Benedicto XVI: **Verbum Domini** (Sobre la palabra de Dios, del año 2010)

Francisco

16. 2012. Se ha convocado y celebrado el nuevo sínodo sobre la nueva evangelización (Documento postsinodal **Evangelii gaudium** firmado por papa Francisco, 2013).
17. 2015. Sínodo sobre la familia con la exhortación final **Amoris laetitia** (La alegría del amor)
18. 2018. Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, con la exhortación **Christus vivit** (Cristo vive)
19. 2019. Sínodo de la Amazonía.

La frecuencia de estos Sínodos y los temas abordados nos permite comprobar la importancia de la colegialidad y la constante búsqueda y discernimiento para vivir con mayor fidelidad el Evangelio en cada momento. Habría que añadir a estos acontecimientos eclesiales otras muchas reuniones, encuentros, cartas pastorales, que permiten a nuestra Iglesia seguir avanzando con sinodalidad, fidelidad y creatividad.

La corresponsabilidad de todo cristiano adulto y de toda comunidad es conocer, en la medida de sus posibilidades, esta riqueza eclesial, apreciarla, darla a conocer a los demás y, sobre todo, vivirla. Queda aquí ese desafío de acercarnos a esta realidad.

Además de sinodal, comunitaria y en salida

Esta dimensión sinodal es de gran importancia y ha de complementarse con la dimensión comunitaria y misionera.

En la Iglesia caben distintas posturas en cuanto a la forma de organizarse, la acción con los más necesitados, el diálogo con el mundo, la manera de hacerse presente en la sociedad, la forma de conjugar los distintos aspectos fundamentales de nuestra fe...

Nuestra vida escolapia, por ser siempre comunitaria, por estar en la frontera (en las escuelas, parroquias, obras sociales y demás obras) donde es siempre necesario el diálogo fe y cultura, la cercanía a quienes más lo necesitan, la urgencia de ampliar nuestra labor a otros lugares y países, la actualización constante en nuestra misión, la colaboración de religiosos con muchos laicos y laicas, nos sitúa en una gran aportación propia a la Iglesia y a la sociedad.

Aquello en lo que somos más expertos es lo que ofrecemos: los procesos educativos y pastorales que favorecen personas adultas, formadas, solidarias, en comunión con nuestra Iglesia y con todas las personas de buena voluntad.

Eso supone una Iglesia comunitaria, que es quien asume la responsabilidad de la misión y quien se ofrece como posible desemboadura de inserción eclesial y social. Es también una comunidad amplia, con diversas formas de participación, impulsando carismas y ministerios. Es una comunidad comprometida con la sociedad y con el mundo, con especial dedicación a los más necesitados. Es una comunidad corresponsable, disponible para las nuevas llamadas del entorno, misionera para acudir allí donde sea necesario. Es una comunidad donde el laicado, la vida religiosa y el ministerio ordenado se complementan y enriquecen mutuamente, sin prevalencia ni minusvaloración de ninguna de estas vocaciones. Es una comunidad donde niños, jóvenes, adultos y mayores tienen su lugar destacado; donde hombres y mujeres, personas de distintas procedencias o formas de vivir la fe pueden encontrar su propio espacio (Gal 3, 28). Es una comunidad en camino, descubriendo siempre nuevas sendas. Es una comunidad abierta, convocante, flexible, dialogante, donde el centro está en Jesús y la misión escolapia a donde nos envía.

En las Escuelas Pías tenemos la suerte de contar con las que son llamadas “las tres grandes vocaciones cristianas”: el sacerdocio o ministerio ordenado, la vida consagrada y el laicado. Esto conlleva una mentalidad de integración, de complementariedad, de necesidad mutua, que enriquece nuestra acción y nuestra capacidad de convocatoria.

Podemos interiorizar estas opciones de nuestra Iglesia Católica y de nuestras Escuelas Pías elaborando cada uno, y compartiendo en

la comunidad después, “la Iglesia que yo quiero”. En esa puesta en común podríamos complementarla pensando cómo podría ser “la Iglesia que quiere Jesús”... y, finalmente, “la Iglesia que estamos haciendo nosotros”.

Testimonio desde Medellín (Colombia)

Mi nombre es José Antonio Becerra Medina, soy un hijo de Dios, ser de luz, a quien Dios ilumina todos los días y me alimenta de su amor. Me ilumina tanto el conocimiento como la fe. Mi conversión ha sido de la mente al corazón; el Señor me ha desviado del camino que llevaba, que yo mismo me tracé, con un buen fin, pero no con los mejores medios, pues estaba de manera inconsciente, haciendo uso de las herramientas o muletas de mis heridas. ÉL me llevo de trabajar en el laboratorio clínico y de investigación, examinando muestras biológicas, para acompañar el proceso de salud de las personas, a trabajar en el laboratorio interno de las personas, donde está la fuente de todo, lo mejor de cada uno (su interna inclinación).

Por eso evangelizo mediante la educación formal y no formal, ambos con el mismo propósito, y es que, como cooperador de la verdad, así como San José de Calasanz, pueda cumplir con el llamado que el Señor me encomienda, ayudar a renovar su iglesia y ayudar en la transformación de la sociedad, para mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo, primero empezando por mí.

Para llegar a donde estoy, he tenido que recorrer un camino largo, primero de 26 años en Venezuela, mi país de origen, donde mi familia, mis padres y mis hermanas me criaron y me enseñaron. Donde estudié mi profesión de bacteriólogo, donde tengo lindos recuerdos especiales de mis abuelos, mis tíos y tías, mis primos... siempre en busca de la verdad, siempre acompañado de Jesús, pero incursionando por sed de conocimiento, en los gnósticos, los masones, la nueva era, la logia blanca y los hermanos Cristianos. Todo para dar con que la verdad es una persona, no un pensamiento, ni una idea, ni una cosa. Una persona que siempre me acompañó pero que no reconocía. Ya en Colombia en el año 2012, donde estudié mis posgrados, por diosidencia llegamos mi esposa y yo a la comunidad de Calasanz, nos empezamos a congregarnos en la parroquia San José de Calasanz, un templo pequeño, sencillo, creíamos que era la capilla del colegio. Estando en eucaristía otro llamado de Dios, a em-

pezar una formación para ser catequistas y compartir de los dones que teníamos; mi esposa de una aceptó y me metió obligado para acompañarla, pues tenía miedo, ya que no conocíamos a nadie en la ciudad.

Qué ironía, que luego de 5 años desde ese momento, ahora reconozco que, en mi vida, me ha contribuido más la educación no formal, que toda la educación académica formal que he recibido. Pues es por medio de la educación no formal recibida por los escolapios, por los jesuitas, la arquidiócesis de Medellín y otras instituciones de nuestra Iglesia, de la que Dios se ha valido para enseñarme a conocerme primero a mí mismo, mi relación con Él, conocerlo más a Él y cuidar mis relaciones con los otros. De abajar mis conocimientos de la mente al corazón, y cómo poner mis dones al servicio de los otros para mayor utilidad del prójimo.

Todo lo anterior, siempre con la guía del espíritu santo, como dice Calasanz: “La voz de Dios es voz del espíritu que va y viene, toca el corazón y pasa; no se sabe de dónde venga o cuándo sople; de donde importa mucho estar siempre atento vigilante para que no venga de improviso y pase sin fruto”. Este camino me ha llevado a estar hoy como miembro de la fraternidad de las escuelas pías, a ser coordinador de formación en la parroquia, a estar participando en varios consejos como el consejo de identidad calasancia Medellín, consejo pastoral parroquial, a ser un laico escolapio comprometido con la misma misión de mi iglesia, discípulo del Maestro, trabajando en un colegio salesiano en el área de ciencias, teniendo como ejemplo y camino comunitario la vida de San José de Calasanz y su espiritualidad. Hoy descubro algo que el padre Diego me enseñó, las responsabilidades se ganan con fidelidad, esfuerzo, pero, sobre todo debido al compromiso e identidad con el carisma.

Hoy, haciendo este ejercicio, retomando y observando la obra de Dios en mí, en mi conversión y la transformación que el Señor ha hecho en mí, me hace preguntarme: ¿Qué más será capaz Dios de hacer en mí en los próximos 5 años? Eso definitivamente es algo que vale la pena ver para mí, me llama al constante discernimiento. La pregunta que queda es: ¿Cuál ha sido la obra de Dios en tu vida? ¿Cuál ha sido la transformación que ha hecho el Señor en ti?

Señor ilumíname, muéstrame el camino y úsame para servir allí donde más lo necesitas, Amén.

Somos embajadores de Cristo

“Somos embajadores de Cristo y es como si Dios exhortara por nuestro medio. Por Cristo os lo pido, deaos reconciliar con Dios... Secundando, pues, su obra, os exhortamos también a no echar en saco roto esta gracia de Dios... Para que no pongan tacha a nuestro servicio nunca damos a nadie motivo de escándalo; al contrario, continuamente damos pruebas de que somos servidores de Dios con tanto como aguantamos: luchas, infortunios, angustias, golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, saber, paciencia y amabilidad, con dones del Espíritu y amor sincero, llevando el mensaje de la verdad y la fuerza de Dios. Con la derecha y con la izquierda empuñamos las armas de la honradez, a través de honra y afrenta, de mala y buena fama. Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos, los penados nunca ajusticiados, los afligidos siempre alegres, los pobres que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen”.

(2 Corintios 5, 20 - 6, 10)

El laicado en la Iglesia

Comenzamos aclarando dos términos: “laico” (pueblo) tiene hoy un doble sentido: en el lenguaje civil se refiere a la independencia de cualquier credo religioso (una sociedad laica es independiente de cualquier fe), mientras que en el ámbito eclesial se refiere a los que son “pueblo” y no jerarquía de la Iglesia. A veces se utiliza de forma semejante la palabra “seglar”, que hace referencia a quien no forma parte de la vida religiosa. Veamos la historia de estos conceptos en la Iglesia.

Jesús, al iniciar su vida pública, comienza eligiendo a los compañeros de su comunidad (Mc 3, 13s) con los que va conviviendo y a los que va formando para ser sus seguidores y colaboradores en su misión. Además de este grupo de los Doce, había más personas: algunas mujeres, otros discípulos (Lc 10,1s), colaboradores que le acogían... pero no conocemos apenas sus nombres ni qué hacían en concreto.

En la primera comunidad, después de la muerte y resurrección de Jesús, también los apóstoles con Pedro a la cabeza tienen un papel especial (Hech 2, 42), eligen a siete “diáconos” para atender las me-

sas (Hech 6, 1-6), en las comunidades paulinas van surgiendo responsables (1 Tes 5, 12-13): enviados, profetas, doctores, presbíteros (Tito 1, 5)... como podemos comprobar en cantidad de momentos de los Hechos de los Apóstoles.

Un sencillo y buen resumen lo encontramos en 1 Cor 12, 5-28:

Hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos. En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común. El Espíritu da a uno la sabiduría para hablar; a otro, la ciencia para enseñar, según el mismo Espíritu; a otro, la fe, también el mismo Espíritu. A este se le da el don de curar, siempre en ese único Espíritu; a aquel, el don de hacer milagros; a uno, el don de profecía; a otro, el don de juzgar sobre el valor de los dones del Espíritu; a este, el don de lenguas; a aquel, el don de interpretarlas. Pero en todo esto, es el mismo y único Espíritu el que actúa, distribuyendo sus dones a cada uno en particular como él quiere... En la Iglesia, hay algunos que han sido establecidos por Dios, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como doctores. Después vienen los que han recibido el don de hacer milagros, el don de curar, el don de socorrer a los necesitados, el don de gobernar y el don de lenguas.

Es interesante destacar que el don de gobernar se cita en el penúltimo lugar, muy por detrás de otros.

Estas diferencias, carismas y ministerios, no hacen olvidar que todos formamos el mismo cuerpo. Y que la iglesia en su conjunto es Pueblo de Dios, sacerdocio real, linaje escogido, nación consagrada pueblo adquirido por Dios (1Pe 2, 9). Otras designaciones globales son “los llamados” o “elegidos”, “los santos”, “los creyentes”, y sobre todo, “los hermanos”. Los seguidores de Jesús son los consagrados a Dios por el bautismo y miembros de pleno derecho del pueblo de Dios (láos). En este sentido se utiliza “láos” no en contraposición a los dirigentes, sino a los no creyentes, a los no bautizados. La línea divisoria profano - sagrado no pasa por la comunidad sino que segrega a esta frente al mundo increyente.

Los ministerios tampoco fijan términos que distingan a ministros sagrados y no ministros con nombres colectivos diferenciados (cle-

ro - laicos): sacerdote es solo Cristo o toda la comunidad (Heb 4, 14ss y 1 Pe), no a los titulares de ministerios.

En la literatura cristiana se utiliza por primera vez “laico” en la carta de Clemente 95-96 en referencia al modo judío de organización en la liturgia. “Laikós” es persona profana separada de lo religioso.

En el siglo III Clemente de Alejandría habla de que los presbíteros, diáconos y laicos tienen que tener una sola mujer. Por primera vez en el interior del lenguaje cristiano, laico es el que no es obispo, presbítero ni diácono. Estos grupos no conllevan efectos significativos en delimitación de campos ni en funciones de gobierno de la comunidad.

La palabra laico empieza a tomar consistencia cuando aparece el término “klerós” designando un grupo reducido: los sujetos del ministerio. Pero tampoco supone más santidad, ni cualidad especial sino una función dentro del pueblo de Dios. Poco a poco se va generalizando el término laico como el “no ministro”, el “no ordenado”. Se van creando “ordos” (estados de vida, órdenes) a semejanza del imperio romano que divide la sociedad en clases sociales o estados: grupos cerrados sobre sí mismos y separados de los demás.

El asunto se complica al unir la idea de “estados de vida” con las ideas neoplatónicas que distingue verdades inmutables y mundo de las ideas cambiantes (espíritu - materia; alma - cuerpo). La jerarquía va siendo reflejo del ordenamiento divino y los ministros son representación de Dios y de Cristo: se va sacralizando el ministerio ordenado como mediador y administrador de la gracia. El mundo (en sentido negativo) va siendo asociado al laico.

El edicto de Milán (313) pone fin a la era de los mártires y la Iglesia deja de estar perseguida. Supone también el comienzo del entendimiento entre Iglesia e imperio lo que culminará con el giro constantiniano (381). Hasta entonces el mártir daba una visión muy positiva de muchos laicos que optaron por el Evangelio. Con Constantino, la Iglesia adquiere condición de sociedad pública de derecho divino y sus representantes públicos adquieren un lugar de honor social, privilegios y tareas de gobierno también del estado.

Los fieles y el clero dejan de mirar juntos en la misma dirección para mirarse mutuamente y discutir su relación, lo que debilita la misión y el espíritu evangelizador. La contraposición pueblo y “no

pueblo” cambia por la de pueblo - dirigentes y el laico se va definiendo como “no clero”. Desde entonces la manera de definir al laicado y su identidad va a depender del concepto de clero.

Va desapareciendo el término “hermano” para la relación de los miembros de la iglesia y solo se llamarán así entre sí los portadores del ministerio (obispos y clérigos) y los miembros de la comunidad monástica. Ambos grupos se van a convertir en los representantes de la vida eclesial. El concepto de Pueblo de Dios deja de tener contenido bíblico teológico y ya no expresa la totalidad de la Iglesia en unión y fraternidad; sino con significado sociológico para la gente sencilla. La jerarquía no era pueblo. En lugar de hermanos y hermanas, van apareciendo los padres y madres, hijos e hijas.

San Agustín planteará su teoría de los tres “órdenes” o estados de vida eclesiales contrapuestos: pastores, monjes y laicos. Esto supondrá, además de la definición por la vía negativa del laico (“el que no es ni clérigo ni monje”), la ruptura de la comunión esencial. Lógicamente el laico deja de asumir responsabilidades, de participar activamente en la iglesia. A esto se suma que la formación teológica se concentra en el clero y el monje (ellos son los letrados “que saben latín”). Los laicos se configuran como no sabios ni letrados. Desde el siglo V la dinámica de afirmación negativa se va repitiendo: si los clérigos llevan vestido propio y desde finales del VI se afirma el celibato, el laico es quien no vive eso.

Los movimientos de reacción que darán cuerpo a la vida religiosa son en gran medida laicales en sus comienzos (siglo III San Antonio se retira al desierto de Egipto para llevar una vida de ermitaño). Suponen una reacción contra la clericalización y ante las conversiones en masa tras el edicto de Milán que van relajando el estilo de vida cristiano. Hay una clara intención de vocación laical plena. Se reunían en comunidad para practicar los consejos de vida que Jesús daba a los discípulos (consejos evangélicos) y consagrar su vida a Dios. Frente a los ministros ligados a funciones eclesiales, el monje encuentra su identidad en una forma de vivir: salir del mundo y vivir para el Reino que no es de este mundo. Clero y monje se distinguían claramente: uno consagrado para el sacro servicio y el otro por la renuncia personal al mundo.

Para la comunión eclesial y las comunidades tuvo grandes consecuencias que el monacato dejara las comunidades en las que parti-

cipaban habitualmente junto con todos los fieles. Esta opción de los monjes es para la Iglesia una gran riqueza y significatividad pero, por otro lado, los laicos se fueron definiendo en contraposición a los monjes y, pertenecientes al mundo, tenían que cuidar de los negocios mundanos que eran vistos en sentido negativo. A esto se va añadiendo a progresiva vinculación de los monjes al ministerio eclesial. La vida monástica atrae al clero. Se acuña la idea de que los sujetos del ministerio debían tener la virtud de los monjes y entregarse a Dios. Monjes y presbíteros se van fusionando. El monacato pierde su carácter de movimiento laical. Van coincidiendo los requisitos del ministerio con el ideal monástico.

En la Edad Media se consolida la espiritualidad “fuga mundi” (huida del mundo) basada en el menosprecio a lo terreno. Clérigos y monjes son los cristianos auténticos y la perfección se sitúa en relación con el mayor desapego de los bienes terrestres. El estado laical queda como una concesión a la debilidad humana: se ocupan de las cosas del mundo que no valen y que ensucian (no santidad). El matrimonio es sagrado pero, desde la ley del celibato de Gregorio VII, es una “imperfección”, pues la plenitud es el clérigo.

A pesar de todo lo dicho, solo se llegó a una neta contraposición teológica y política entre el clero (sujeto) y los laicos (objeto) con la reforma gregoriana del XI. Los laicos protagonistas son los nobles, príncipes y reyes que buscaban emanciparse de la tutela del clero y ocupar puestos importantes en la Iglesia. Estos laicos ejercían una gran influencia a través del “derecho eclesiástico propio”: este laicado poderoso tenía pleno poder directivo sobre su clero. Los templos eran propiedad de los señores y los sacerdotes celebraban para él. El rey llegó a tener poder decisivo en el nombramiento de obispos (les entregaba anillo y báculo como signo de jurisdicción y recibía juramento de fidelidad). Estamos en una época de un “mundo cristiano y confesional”. Los emperadores germánicos llegaron a nombrar y deponer papas. El rey es el ungido, representante de Dios, “Vicario de Cristo” sobre la tierra.

Gregorio VII (1073-1085) era un monje del monasterio reformado de Cluny, cuya refundación (909) consistió en una adscripción a Roma: ningún rey, ni obispo, ningún príncipe secular debía tener influencia en la comunidad de monjes. Gregorio trasladó ese programa a toda la iglesia: libertad de los monasterios del poder civil y de los

influjos no papales. Consecuencia directa de ello será la dependencia de las iglesias locales solo de Roma y vinculación absoluta a ella.

Entre sus luchas, la que nos interesa aquí es su oposición a la “investidura de los laicos”: práctica de que obispos y presbíteros fueran nombrados por emperadores, reyes, señores. El objetivo es eliminar todo influjo de estos laicos en la iglesia. Esto supone un poder absoluto de jurisdicción del obispo de Roma sobre toda la Iglesia. Se extiende que la Iglesia no es de los laicos sino solo de los eclesiásticos. Bonifacio VIII (1294-1303) desarrolla la “teoría de las dos espadas”: Cristo entregó al Papa la espada espiritual y la temporal: la primera la detenta el Papa y la segunda se la presta o delega a los príncipes que ejercen su poder en representación del Papa y que puede quitársela y disponer de ella en cualquier momento. Dicho en sus palabras “someterse al Papa romano es para todos los hombres absolutamente necesario para la salvación”. Se produce una especie de teocracia que impide la autonomía de la realidad temporal, del estado y su correcta laicidad y neutralidad en materia religiosa.

Y por si fuera poco en 1296 emite la bula “Clerecis laicos” donde se sostiene explícitamente que los laicos son hostiles a los clérigos. Este paso importante para la libertad de la Iglesia del poder civil, va a traducirse en una concentración del poder del clérigo. El concepto de comunión entre clero y pueblo no solo ha desaparecido sino que se postula una especie de oposición. Es importante saber que “ministerios laicos” eran las tareas de gobierno de los príncipes, las responsabilidades político-sociales en el marco feudal. Eran por tanto peligrosos y debían evitarse a toda costa.

Hubo movimientos laicales entendidos como intentos de salir de la inferioridad e indiferencia pasiva que vivían. Surgían continuamente desde inquietudes puramente religiosas y no, en principio, en oposición al clero, pero la estructura les llevaba, o bien a clericalizarse, o bien a enfrentarse al clero. Algunos se van uniendo a los movimientos de emancipación también social, cultural, profesional... Hay un auge y valoración de las profesiones como la realización de la vocación al reino de Dios; el trabajo desde la clave de autorrealización en Dios. Se empieza a aceptar por primera vez el término “laico religioso” para quien busca armonizar su ámbito profesional y familiar con las exigencias del evangelio.

También va cuajando una nueva idea: lo que cuenta no es el “orden” o “estado de vida”, sino la rectitud y santidad personal. Surgen movimientos laicales de pobreza desde los siglos XI y XII. Pero la historia se repite una vez más: bien entraban en conflicto radical con la jerarquía y se separaron de ella, o bien se sumaron a la vida religiosa.

Un ejemplo son los cátaros (“los puros”) que entendía la sucesión apostólica como sucesión del estilo de vida, no en clave sacramental y mucho menos jurídica. El clero consideró que hacían cosas que no correspondían a los laicos, o sin mandato eclesial (como predicar), o que cuestionaban la autoridad para predicar auténticamente de quienes no eran pobres y espirituales como ellos. Del conflicto surge la idea del laico como “preso del mundo” que no puede predicar pues vive según la carne y no posee el espíritu (solo los miembros ordenados). Hay que señalar también que muchos de estos grupos carecían de la formación teológica suficiente para desempeñar estas funciones. Los que no rompieron la comunión eclesial se hicieron órdenes mendicantes, frailes.

Otros intentos serios de salir de la marginalidad en la Edad Media son las confraternidades y posteriormente cofradías. Cabe señalar la interesante experiencia de las “beguinas”: mujeres pudientes que se reunieron para vivir juntas, practicando la castidad y la pobreza, para dedicarse al cuidado de los enfermos, pero sin querer convertirse en monjas. Intentaban desarrollar su vocación laical como forma de vida alternativa, pero aquello fue mal visto y se tuvieron que vincular a terceras órdenes franciscanas y dominicanas.

Se da también en la Edad Media un voluntariado laico: atención a peregrinos pobres que pasan por Europa, laicos agrupados en fraternidades... Se multiplican hospederías, hospitales, casas de acogida para atender pobres, ancianos, enfermos, marginados. Lamentablemente obtuvieron infinidad de donaciones y de poder y se fueron situando al margen de las iglesias locales y de la jurisdicción del Obispo. Se habla entonces de “iglesias paralelas” que rompieron la comunión y murieron de éxito. Repitieron errores de relación con el mundo del clero.

En el Renacimiento surge el individuo como sujeto activo del desarrollo histórico y político. En ese contexto, el primer intento de adaptación a los tiempos lo representa Lutero. La reforma comienza como

una reacción ante la superioridad de los clérigos respecto a los laicos. Se quiere subrayar la igualdad fundamental de todos los bautizados y recuperar el Evangelio. Pero, debido a la dinámica de confrontación, Lutero pasó de nuevo del límite y rompió la comunión al afirmar que “solo la Escritura” es vinculante (cuestiona la tradición y el magisterio), al no reconocer el ministerio ordenado (y la sacramentalidad) y asociarlo solo a las diferencias funcionales... Curiosamente terminó en manos de los príncipes, lo que pretendía combatir. La “guerra fría eclesial” termina dando más fuerza a lo que nos separa de los hermanos reformados: reafirmación de la jerarquía y del clero.

A pesar de todo, va calando ciertos aires humanistas: visión optimista del hombre y el mundo, importancia de la transformación y construcción social. Surgen corrientes de espiritualidad para el laicado (no espiritualidad laical) impulsadas por congregaciones, dirección espiritual para laicos, se subraya un cristianismo exigente, se fomentan expresiones de religiosidad popular y de evangelización. Estos impulsos apenas cuajaron debido al contexto todavía de contrarreforma.

En el siglo XIX se desarrollan los procesos de secularización y laicismo. El cisma en esta ocasión es entre fe y cultura. La religión pasa a ser un asunto privado que no debe determinar la vida pública. Bajo el liderazgo de la ilustración y racionalismo hay corrientes anticlericales que no son contrarrestadas por la situación de pasividad y de falta de protagonismo del laicado.

Nacerán las primeras organizaciones modernas de seglares por propia iniciativa y animadas por la jerarquía. Su objetivo es competir con las corrientes socialistas y liberales para restaurar la república cristiana. La dinámica es de frentes (movimientos laicales como escudo de la Iglesia frente a fuerzas enemigas), de cerrazón y de subcultura (el catolicismo como un bloque social autosuficiente).

La idea de la división funcional de tareas también llega a la Iglesia: el mundo para los laicos, lo eclesial para el clero. Esto provocará conflictos continuos con la jerarquía. El Papa León XIII condenará las ideas de libertad, democracia, decisión personal de conciencia y organización activa del mundo.

Cuando el papa Pío IX cayó en la cuenta de la escasa eficacia de sus intervenciones personales, del aislamiento de la Santa Sede y del

inicio de desmoronamiento del poder temporal de la Iglesia, consideró que la defensa de la Iglesia y la oposición práctica a los males del siglo solo podía hacerse por medio de la promoción de fuerzas católicas que, desde dentro de la nueva sociedad, actuaran según los valores y las directrices proclamadas por la jerarquía eclesiástica. Eran los católicos laicos los primeros y más inmediatos cooperadores de la reanimación religiosa ante lo que se venía encima. Se están sembrando así los primeros pasos de lo que se llamará la Acción Católica. Está surgiendo un organismo de laicos organizados, sostenido por la Santa Sede, que trabajarán en los medios más agresivos o distantes de la Iglesia.

En el siglo XX, con Pío X, surgen las “obras sociales” desde la clave de preservar de los ataques del mundo lo que quedaba de cristiandad al abrigo de las instituciones confesionales. Laicos activos eran apremiantemente deseados, pero siempre actuando por envío y dependencia del clero. Las iniciativas de obras laicales tenían que tener como presidente a un miembro de la jerarquía. Pío X exigió la incorporación de todas las asociaciones católicas a la naciente Acción Católica, también las que trabajaban en ámbitos no eclesiales. Era fundamental preparar a sacerdotes consagrados al estudio de los problemas sociales para ponerse al frente de las obras. Los intentos de autonomía en ámbitos políticos, sociales y económicos llevaban a conflictos permanentes entre laicos y jerarquía.

Será Pío XI quien dé unos estatutos y reconocimiento eclesial a la Acción Católica (1922) concediendo mayor espacio de actuación a los laicos. Este apostolado de los laicos se considerará como “participación de los laicos en el apostolado de la jerarquía” dado que solo hay un apostolado, que es el que dio Cristo a los obispos y al Papa: más allá de ese límite delegan en los laicos el poder que se les ha concedido para que cristianicen el mundo de parte de los pastores. Su acción no está fundamentada en el bautismo, sino en la estricta subordinación a la jerarquía. El laico es un “auxiliar” que llega y es testigo donde la jerarquía no puede.

Se consolida la Acción Católica como un brazo de la jerarquía en el mundo. Esto supone un paso clave para la plena reincorporación de los laicos al adquirir una misión fundamental en la iglesia, aun cuando no puedan asumir tareas ministeriales internas. La Acción Católica se desarrolló en movimientos especializados JOC y HOAC

(obreros), JAC, JEC (estudiantes), JIC (profesiones independientes), masculinos y femeninos, sobre todo juveniles y también de adultos. Impulsan ideas e iniciativas muy valiosas como el método “ver – juzgar – actuar”, la presencia y el testimonio laical en el mundo, el compromiso con las realidades temporales, la necesidad de mayor colaboración de laicos y clero.

Pío XII sustituirá el término “participación” por “cooperación”, lo que profundiza la distancia entre el clero y el laicado. Esto será cuestionado con las experiencias de sacerdotes obreros que cuestiona la delimitación que se pretendía. Se da pie también a la idea de “laicos militantes” (los de la Acción Católica), como si los seglares funcionaran a dos velocidades (laicos comprometidos y sociológicos).

El 25 de enero de 1959, Juan XXIII anunció la intención de convocar un Concilio ecuménico. Según sus propias palabras “el primer anuncio del Concilio fue como la menuda semilla que echamos a la tierra con ánimo y mano trémula”. Es ahora, después del susto y confusión inicial, cuando empezamos a ver los enormes frutos que puede llegar a dar aquella semilla si impulsamos y desarrollamos sus grandes intuiciones en el desarrollo del laicado como vocación cristiana plena.

En estos últimos años van tomando fuerza orientaciones de gran valor: la recuperación del concepto de Pueblo de Dios, la llamada universal a la santidad, los ministerios encomendados al laicado, las experiencias de otras iglesias cristianas, las aportaciones de la sociedad civil en cuanto a la participación de todas las personas, el papel de la mujer, la revalorización del laicado, el matrimonio como principal signo de Dios, la centralidad del Evangelio y el estudio teológico también para el laicado... Hoy es urgente seguir despertando al laicado y recuperar la fraternidad.

Testimonio desde México

La comunidad escolapia formada por religiosos y laicos, me ha impulsado a vivir de manera profunda mi compromiso como bautizado, como hijo de Dios. Esta pequeña comunidad me permite estar en comunión con mis hermanos fraternos, tanto religiosos escolapios como laicos de la fraternidad, donde comparto experiencia de la misión, carisma y espiritualidad escolapia.

Esta experiencia de comunidad me ha fortalecido con entusiasmo y convicción por compartir la misión de evangelizar educando a los niños y jóvenes de la obra en la que participo y en las que estoy en contacto a través de los miembros de la fraternidad. Mi testimonio es de un cristiano convencido del llamado que Dios me hace a pesar de mis limitaciones personales, pero también en el entusiasmo de evangelizar a niños y jóvenes, sabiendo que Dios tiene la última palabra el amor a ellos.

En la comunidad de fraternos que coordino desde hace más de cuatro años, hemos analizado la necesidad espiritual que debemos alimentar, con el acompañamiento de religiosos escolapios y haciendo posible un encuentro de Dios en la vida con la liturgia de las horas, la oración continua, eucaristías con niños y jóvenes, visitas la Santísimo, todo en comunidad. Ejerciendo el apostolado sacramental en niños y jóvenes para la comunión y la confirmación.

Esto me exige dar testimonio de vida fraterna, que de manera sencilla lo asumo, convencido del amor de Dios, disponible para apoyar el carisma escolapio en diferentes momentos. La formación humana, cristiana y calasancia recibida y compartida en comunidad, me enriquece y ayuda a ser mejor cristiano, a cualificarme como persona comprometida con el carisma calasancio en la provincia escolapia de México

Ahora formo parte del consejo de la Provincia escolapia de México, me permite compartir y participar en distintas obras y con distintos fraternos, compartiendo la vida, misión, carisma y espiritualidad, todos ellos han embellecido la vida, asumiendo responsabilidades a nivel provincial y colaborando en ello. Esta oportunidad me da la posibilidad de asumir mi convicción y entusiasmo en la provincia escolapia.

Me entusiasma mucho el llamado del Señor a través del carisma calasancio, contribuir como instrumento del Señor para construir el reino de Dios entre mis hermanos, promover y ser constante en colaborar con los religiosos escolapios y fraternos, para que juntos seamos responsables de la educación de niños y jóvenes, esforzándome en dar testimonio del amor de Dios a mi persona y comunidad.

Alejandro Domínguez Zamora.

Yo soy la vid y vosotros los sarmientos

Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador...

Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

Yo soy la vid, ustedes los sarmientos El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer. Pero el que no permanece en mí, es como el sarmiento que se tira y se seca; después se recoge, se arroja al fuego y arde.

Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán...

Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor...

Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado.

No hay amor más grande que dar la vida por los amigos.

Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando.

(Jn 15, 1-14)

La vida religiosa

La vida consagrada ha tenido un papel muy destacado en la historia de la Iglesia y de la sociedad. Ella, además de los carismas de cada una de las entidades y otras aportaciones, ha sido quizá el mayor guardián y promotor del seguimiento de Jesús en comunidad.

Cuando la Iglesia va ganando reconocimiento, van acabando los martirios y la identidad cristiana va creando cultura social a la vez que se va asimilando al entorno, algunos cristianos intentan vivir con mayor radicalidad el Evangelio... y así va surgiendo la vida religiosa.

La intención es vivir con plena intensidad el mismo estilo de Jesús. No es otro tipo de cristiano, ni nadie separado. Se trata de una manera de vivir el seguimiento de Jesús asumiendo algunas claves de su vida que configuran a la persona y al grupo de personas que viven de esta manera su fe cristiana. Simplemente, y de forma maravillosa a pesar de sus muchas debilidades, intentan “exagerar” lo que son rasgos de todo cristiano.

Y así van tomando forma algunas opciones que van configurando en el tiempo la vida consagrada. Podemos destacar las siguientes:

El atrevimiento de intentar ser signo en medio de la sociedad

Todo cristiano está llamado a ser sal y luz en medio de la sociedad. Los religiosos intentan hacerlo de forma pública, cuidando su vida personal y comunitaria, para ser signo de Jesús y su Evangelio en el lugar donde se encuentran.

Por eso han utilizado y siguen haciéndolo símbolos de su vocación consagrada con algún signo en su vestir, en su forma de presentarse, en su actuación, en las instituciones que han creado, en su presencia de identidad comunitaria...

La vida religiosa no pertenece a la jerarquía de la Iglesia, no está llamada a organizar la vida y el funcionamiento de la comunidad eclesial sino a ser signo de la santidad, signo de que es posible vivir con radicalidad el Evangelio, signo de que la propuesta del Evangelio es para todas las personas, signo de la bienaventuranza encarnada en personas y comunidad concretas...

Por eso, con frecuencia, las congregaciones religiosas se han convertido en maestros de espiritualidad y de vida comunitaria para todos, en voces proféticas, en vidas admirables de entrega a los demás...

Esta pretensión de ser signo en medio de la Iglesia y de la sociedad es muy atrevida. Porque puede caer en el fariseísmo de creerse mejores. Porque los religiosos son, como todas las personas, débiles en muchos momentos. Porque los fallos y pecados en la vida consagrada se convierten justamente en lo contrario de su identidad: en anti-signos del Evangelio.

Y, sin embargo, los religiosos siguen respondiendo como humildad y mucha osadía a lo que entienden como llamada de Dios, sabiendo que necesitan el auxilio del Señor y de la comunidad para mantenerse fieles en este estilo de vida.

La opción para siempre con carácter casi sacramental

Ese signo de la vida religiosa tiene el rasgo de la perseverancia, de la opción para siempre, de la apuesta definitiva y sin vuelta atrás en el seguimiento de Jesús... ¡como para todo cristiano!

Pero bien sabemos que en nuestra sociedad no son frecuentes las decisiones para siempre. Que parece más libre quien va cambiando su palabra y su compromiso sin más.

Los religiosos, después de un largo proceso de formación y discernimiento compartido con los formadores y los responsables del Instituto correspondiente, hacen su profesión por esta vida consagrada para siempre, destacando el valor de la respuesta a una llamada que es de Dios y que no puede cambiar, que la comunidad y los destinatarios de la misión pueden contar con él para siempre, que está dispuesto a no echar la vista atrás en el seguimiento de Jesús (Lucas 9, 62)...

Esta profesión no es uno de los sacramentos oficiales de la Iglesia, pero tiene un carácter semejante por ser público, renovado durante los primeros años antes de hacerse perpetuo, aceptado por la autoridad de la propia Congregación, en el marco de una celebración de la Eucaristía.

De nuevo, el compromiso para siempre parece difícil y demasiado atrevido. Pero el religioso lo vive como liberación al entregarse a Quien descubre como maestro y Señor que sabe mejor que él mismo lo que conviene en su vida.

La vida en comunidad

Jesús formó un grupo con el que vivió los años de su vida misionera. Compartía con ellos la oración, la misión, las preocupaciones, la vida, la caja común de dinero, el destino, el caminar de cada día.

Todo cristiano vive su fe en la Iglesia, en la parroquia, en algún grupo o comunidad... porque es esencial en nuestra fe. Los religiosos quieren, además de eso, vivir bajo el mismo techo, formando familia religiosa, compartiendo la fe, la espiritualidad, la vida, la misión, los bienes, el día a día.

Sabemos que la convivencia es maravillosa y, a la vez, tiene muchos desafíos. Y así pasa en las familias, en los grupos, en todo tipo de agrupación.

Los religiosos aportan el signo de una convivencia basada en la centralidad de Jesús que es quien les ha convocado, quien les hace hermanos, quien les envía el aliento de su Espíritu. Y así la vida comunitaria se convierte en signo destacado de la misma presencia de Jesús vivo y resucitado.

No nos detenemos en este aspecto central porque es precisamente lo que más desarrollaremos en estas páginas.

El voto de castidad

Un elemento de Jesús del que apenas se suele hablar es el de su celibato, de su vida plenamente dedicada y centrada en el Padre Dios y en la misión recibida. Jesús, que tenía mujeres en su grupo y mantenía una relación con ellas incluso más abierta de lo habitual en su época, se mantuvo célibe.

El matrimonio y la creación de la familia es una vocación plenamente cristiana y hemos de recordar que es el mejor signo del Dios creador y criador, Padre y Madre que nos da hermanos con lazos de sangre y para siempre.

Los religiosos aquí también quieren imitar a Jesús asumiendo su condición de célibe, intentando poner su mayor amor al Señor que les llamó y con quien mantienen una relación de amistad íntima. No se trata solo de tener una mayor disponibilidad para la misión, sino también de ser signo de que Dios puede llenar plenamente el corazón. La imagen tradicional de que el religioso se casa con Dios, con Jesús... puede valer también hoy.

Cuando hablamos de castidad no hablamos solamente del ejercicio de la sexualidad, sino de centrar la propia afectividad y la manera de relacionarnos con todas las personas desde esta vocación a poner en primer lugar el corazón en el Señor.

Esto es también una llamada para todo cristiano (Mt 10, 37-39). El religioso intenta hacerlo más visible al no tener una esposa o esposo, unos hijos, que evidentemente llaman a un amor pleno también hacia ellos.

El voto de pobreza

Jesús renuncia a su trabajo y se pone en camino a predicar la Buena Nueva sin contar con bienes e instando a sus discípulos a hacerlo también así (Lc 10, 4s). En su grupo tenían también la bolsa común (Jn 13, 29).

El compartir los bienes con los necesitados, la ayuda a los pobres, es una constante en la predicación de Jesús, así como la llamada a no tener el dinero como dios. De nuevo nos encontramos con una invitación a todos los cristianos.

Los religiosos, con su voto de pobreza, quieren avanzar por este camino y ser mayor signo también en este sentido. Para ello renuncian a tener nada como propio pues todo lo tienen en común en la Congregación viviendo en dependencia de la comunidad.

Con frecuencia se plantea la dificultad de la pobreza personal y comunitaria con la necesidad de recursos para llevar adelante la misión que habitualmente requiere de recursos económicos importantes. Aun siendo un asunto delicado, es bastante sencillo diferenciar ambos ámbitos y, todavía más, si se cuenta con la ayuda de un laicado bien preparado e identificado que pueda hacerse cargo, con más capacidad y vocación, de estos aspectos de gestión de las obras.

Renunciar a poseer nada propio es un paso bien importante y todo un desafío. Y, por ello, se convierte también en signo del estilo de Jesús.

El voto de obediencia

Jesús nos llama a todos los cristianos a responder a lo que el Padre nos llame, a orar para que se haga su voluntad y no la nuestra, a mostrarnos disponibles para las llamadas de Dios por medio de las necesidades del prójimo...

Los religiosos quieren responder a esta llamada por medio de una de las mediaciones más cristianas: el discernimiento en comunidad. Y colocar en manos de la persona escogida por la propia comunidad para discernir esa voluntad de Dios. ¡Impresionante! Evidentemente se trata de una obediencia compartida en comunidad, en comunión con el equipo de gobierno de la Congregación, en diálogo con la persona, en ambiente de oración...

En una sociedad como la nuestra donde parece primar la libertad individual el signo de la obediencia es muy llamativo, siempre que se entienda como un ejercicio de la propia libertad que deja en manos de la comunidad y el Superior la última palabra en las decisiones.

Y es también un signo comunitario de gran valor que acepta esta mediación y pide a algunas personas que ejerzan por un tiempo ese difícil papel de ser instrumento del Señor para discernir la voluntad para la comunidad y sus miembros.

Esto no solo da mayor eficiencia a la vida comunitaria y su misión, sino sobre todo ayuda a crecer en disponibilidad, humildad, compartir comunitario...

El carisma particular con sus componentes

Cada Congregación o entidad de vida consagrada tiene también algún carisma propio, algún enfoque del Evangelio que enriquece a la Iglesia en su conjunto y que se convierte en la seña de identidad de ese instituto religioso.

Se trata de una llamada del Señor a un grupo de religiosos, por medio de su fundador o grupo inicial, que la Iglesia reconoce como carisma valioso para la Iglesia y la humanidad.

Cada persona tiene sus propios talentos, sus cualidades, que ha de poner al servicio de los demás. En la vida religiosa, además de este ámbito personal, se destaca el carisma compartido que ser un don y un compromiso de todos para con toda la Iglesia.

Entre los escolapios el descubrir al niño pobre, al joven necesitado, a quien carece de educación y futuro, es la llamada que recibe Calasanz y que nos ha contagiado a todos los que seguimos sus pasos. Y así vivimos una espiritualidad donde el niño y el joven se convierten en sacramento de Jesús en nuestro entorno. Y así asumimos la educación cristiana transformadora como nuestra aportación al bien de la humanidad y de la Iglesia. Y así, en el grupo escolapio, descubrimos las personas que el Señor ha puesto en nuestro camino como hermanos y compañeros en la misión de hacer un mundo mejor a través de este carisma escolapio.

Todos los cristianos se sienten llamados, atraídos por algún carisma, algún estilo de comunidad. Los religiosos centran su vida en hacer de este carisma su vocación, su dedicación completa.

La vida religiosa quiere volver a la primera comunidad, ser “parábola del Reino y profecía de la nueva humanidad” (Atilano Alaiz): “El Reino de los Cielos es como una comunidad de hermanos que comparten sus bienes y sus vidas, que oran y celebran juntos la Eucaristía, que se aman y juntos sirven al mundo, que descubren la felicidad en las bienaventuranzas...”. Un sueño que se está haciendo realidad.

La Iglesia necesita de la vida religiosa para mostrar al mundo su comunión universal, que une a personas de diferentes países, historias, culturas, edades... en un carisma común, que es el documento de identidad de esa congregación.

La vida consagrada es hoy una referencia y una maestra para la vida cristiana en comunidad de todos los cristianos y, por ello, de la Fraternidad.

Testimonio desde Belo Horizonte - Brasil

Soy Fernando Aguinaga, religioso escolapio y tuve la oportunidad de ser alumno de los escolapios en Estella y Tolosa (País Vasco). Desde niño, admiré los escolapios por la alegría de servir, por la proximidad con los niños y jóvenes y por la pasión de evangelizar y educar a partir de los valores cristianos. Siempre me gustó la visión humana y social: abierta al mundo, a favor de los humildes, en actitud de servicio y respetando la dignidad de las personas.

Cuando decidí ser religioso escolapio, pensaba que era un privilegio poder servir a Jesús Cristo en el camino de Calasanz, a quien siempre admiré mucho por la entrega, simplicidad, amor a los niños y por la opción por los pobres. Tuve mucha suerte en la formación inicial escolapia, pues conté con maestros extraordinarios, formados en la escuela del Concilio Vaticano II recién realizado. Los jóvenes escolapios con los cuales conviví en esa época eran, también, muy buenos y apasionados por la misión. Fue una formación en diálogo con el mundo moderno, enraizada en la pasión por Jesús y por su mensaje, orientada al servicio de una educación integral de los niños y jóvenes, cuyo centro es el Evangelio.

Todavía bien joven, la misión escolapia estaba siempre presente como una invitación maravillosa, principalmente a la catequesis, por la cual siempre estuve apasionado. Adoraba ser catequista en el grupo de niños, adolescentes o jóvenes. La catequesis parte de la persona humana, nace de la comunidad cristiana y desemboca en ella. De ahí la necesidad de articular la Iglesia a partir de pequeñas comunidades cristianas, en actitud de servicio y de integración con otros niveles de comunión. Otro desafío es la participación del laicado en la Iglesia, especialmente de la mujer, que todavía no es reconocida ni valorizada como debiera.

La Fraternidad escolapia surgió como una realidad natural del trabajo pastoral y catequético, como un paso importante y necesario para fortalecer el sujeto evangelizador de forma adulta, con madurez y justicia. Así pues, yo soñé en poder contribuir con su implantación en la realidad de los escolapios de Brasil, en la cual me encontraba.

En Brasil tuve la suerte de encontrar una Iglesia abierta y comprometida a favor de los pobres, a partir de una eclesiología de participación del laicado con dignidad y reconocimiento, con comunidades eclesiales de base que testimonian el Evangelio, lo anuncian con obras y palabras y que muestran el rostro de una Iglesia más próxima a Jesús y a los pobres, más comunitaria y servidora. Todo esto combina muy bien con la Fraternidad escolapia, cuya implantación en Brasil considero extremadamente feliz y fecunda.

Actualmente, la presencia escolapia en Brasil es otra con la participación activa de la Fraternidad. En cada obra, en cada actividad, en cada sueño escolapio de servir mejor, ella está presente. Hoy, gracias a la Fraternidad, mi vivencia como religioso escolapio es diferente, la misión se presenta como mayor sentido, mejor orientada e acompañada. Siento que, en medio de tantas dificultades, nuestro sujeto es más fuerte, con mayor mística y poesía. Siento una alegría intensa, una confianza mayor, un servicio al evangelio con mucho capricho. Me siento, en síntesis, un religioso mejor y más feliz.

P. Fernando Aguinaga, Fraternidad de Belo Horizonte – Brasil

La primera comunidad en Jerusalén

Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y señales que los apóstoles realizaban. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando.

(Hechos 2, 42-47)

Nuestra vida comunitaria escolapia

En la historia escolapia lo primero que surge es la acción educativa. La vida comunitaria aparece más tarde, como consecuencia y

en función de las escuelas. La misión precede a la comunidad, al menos históricamente, aunque teológicamente sabemos que es la comunidad la que permite la misión¹⁰.

Aunque sea muy brevemente, merece la pena recoger algunos apuntes de esta historia, especialmente en los inicios.

En julio de 1604 se determinó en una reunión de los Operarios de las Escuelas Pías (nacidas a finales de 1597) que estos vivieran en común. Eran dieciocho en aquella época, de los que solo perseverarían dos: el propio Calasanz y Ventura Sarafellini, siempre laico¹¹. Entre esa fecha y la compra definitiva de San Pantaleón (1612) fueron 73 los colaboradores de los que solo once entraron en la nueva casa. Tras la efímera unión con los luqueses, habrá que esperar a la fundación de la Congregación de las Escuelas Pías (1617) para que esta vida común se consolide como vida religiosa canónica.

Durante los primeros veinte años las escuelas funcionaron con éxito notable y empezaron a ser conocidas y apreciadas. Lo que no debió funcionar tan bien fue la vida comunitaria, dado el vaivén de personas en estos años.

Calasanz va a escribir las primeras Constituciones a finales de 1620, después de haber encargado al P. Casani la tarea y no ser de su agrado la propuesta elaborada. Calasanz se retiró durante cuatro meses a Narni para redactar él mismo las Constituciones a partir de su propia experiencia y los modelos de otras congregaciones.

Llama la atención, aun sabiendo que eran otros tiempos y que se trataba de un documento canónico, lo poco que se habla de la comunidad. Aun así, es preciso destacar que sí habla de la caridad y de tener un solo corazón y una sola alma, inspirado en la comunidad de Jerusalén. También habla de la unión, de la paz, de la oración como fundamento de la comunidad y de las reuniones comunita-

10 Tomamos esta información del interesante libro de José Pascual Burgués. "La experiencia comunitaria del escolapio... un largo camino por andar". ICCE, 1993.

11 Josep Miró y Miguel Ángel Asiain, en "Vivir hoy el carisma de Calasanz", ICCE, 2000, en la página 97 dicen que el que se mantuvo desde el inicio con Calasanz fue Dragonetti. En cualquier caso es muy significativa la presencia del laico Ventura Sarafellini para ver la importancia del laicado en el nacimiento de las Escuelas Pías.

rias o “congregaciones” así como de aspectos muy concretos de la vida en común (papel del superior, número de miembros, organización, etc.).

La urgencia de la misión y las constantes llamadas a iniciar nuevas escuelas hace que el crecimiento de las Escuelas Pías sea muy rápido y no siempre cuidando demasiado la formación de los nuevos escolapios y la vida comunitaria. Como dato podemos apuntar que a las once casas que existían en 1622 se añadieron otras 35 hasta 1646.

El concepto de comunidad ha ido evolucionando en estos siglos, dependiendo también de los lugares y de las trayectorias concretas en cada lugar. En una visión muy general podemos decir que la comunidad escolapia ha estado siempre muy centrada en la labor educativa y con mucha autonomía de cada comunidad local que era casi soberana de las obras que llevaba a cabo. La teología y eclesiología de estos años insistía en la salvación personal, en la organización jerárquica y en otros aspectos que han ido marcando también el estilo de las comunidades escolapias.

El Concilio Vaticano II supone también un replanteamiento de la vida comunitaria al dar un nuevo enfoque a la eclesiología y a sus diversos componentes.

A partir del final de los años 1960 se va reflexionando mucho en la Iglesia sobre la vida comunitaria, la vida religiosa, la comunidad de comunidades... y van surgiendo muchas experiencias que nos llegan hoy con los frutos logrados en estos años y también con problemas y errores. Podríamos citar algunas de estas novedades comunitarias:

- Nuevos institutos y entidades de vida religiosa y también comunitaria laical
- Florecimiento de los movimientos apostólicos
- Surgimiento de comunidades de base de diferentes tipos
- Experiencias de vida comunitaria religiosa diversa
- Renovación del funcionamiento de muchas parroquias y diócesis
- Mayor participación del laicado en todos los ámbitos eclesiales...

Esto también ha llegado a las comunidades escolapias. Y nos encontramos hoy con bastante diversidad: sigue habiendo comunidades relativamente grandes y más “clásicas”, muchas son de número muy reducido (tres o cuatro personas... ¡o menos!), algunas situadas en el interior de los colegios y las obras, otras de inserción en zonas populares, algunas conjuntas con laicos, algunas viviendo en lugares diferentes y compartiendo momentos semanales...

Hoy también hemos de citar como comunidades escolapias las pertenecientes a la Fraternidad. Normalmente se reúnen semanalmente para compartir la oración, la vida, la misión y la formación. Colaboran con mucha dedicación en las obras escolapias, como profesionales y, sobre todo como voluntariado. Conviene destacar el compartir económico hacia dentro de la propia Fraternidad y también para la misión escolapia, normalmente por medio de la red Itaka – Escolapios. Pueden ser más o menos numerosas, contar con una presencia mayor o menor de religiosos escolapios, tener una trayectoria diferente en años y en identidad, ser más o menos estables...

La vida comunitaria escolapia, sea de la Orden o de la Fraternidad, se convierte en un elemento fundamental para las Escuelas Pías y su misión. Valorar la vida compartida como primera misión y fuente de la misión escolapia se convierte hoy en una prioridad.

El estilo y características de esa vida comunitaria la tenemos definida en las Constituciones¹² y también en el documento marco de la Fraternidad¹³ y en los documentos de cada Fraternidad. Se convierten en la referencia concreta y en el espejo donde revisar nuestra vida comunitaria y plantearnos las mejoras correspondientes.

El Señor no nos envía a educar a un niño, a miles de niños, para que cada cual sea feliz y responda a Dios: nos envía a la humanidad entera para anunciar y construir un Reino en el que todos seamos solidarios, todos miembros del mismo Cristo, salvándonos juntos. La comunidad es el fondo que da cuerpo a lo más visible, a la misión.

12 Las encontramos en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2014/04/2004-Constituciones-CC-C.pdf>

13 Lo podemos encontrar en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2014/04/2011-La-Fraternidad-y-m%C3%A1s.pdf>

La comunidad es el punto en que se encuentran la vocación de cada cual, la respuesta semejante de varias personas a esa misma comunidad escolapia, una historia que comenzó antes que nosotros y confiamos que siga después, una misión y un proyecto que viene de Calasanz y que siguen muy vivos en cada época y lugar. La vida comunitaria es la piedra angular de la vida religiosa escolapia... ¡y de la Fraternidad!

Nuestra vida comunitaria, Capítulo III de las Constituciones

Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Sal. 132, 1

nº 25.- Reunidos en Comunidad de fe por el amor que el Padre nos ha dado y por la vocación calasancia, e imitando el estilo de vida de Cristo con sus discípulos y de la Iglesia primitiva con María, somos en cierto modo ministros de la esperanza del Reino futuro y de la unión fraterna entre los hombres.

nº 26.- En nuestra vida comunitaria, la castidad nos mueve a amar en plenitud a los hermanos; la pobreza, a compartirlo todo; la obediencia, a unirnos estrechamente para cumplir con certeza mayor la voluntad de Dios. Y nos animamos unos a otros a vivir fielmente las exigencias de nuestro bautismo y de nuestra consagración religiosa con espíritu de conversión interior.

nº 27.- Convocados por la Palabra de Dios a una vida de comunión, somos en la Eucaristía signo de unidad, actualizando en nosotros la muerte y resurrección de Cristo, para crecer de continuo en el servicio de los hermanos.

nº 28.- Nuestra Comunidad religiosa se centra en la Eucaristía, se fundamenta en la fe y se consolida en las relaciones interpersonales. Aceptamos de corazón a los demás tal como son, y les ayudamos activamente a madurar en sus aptitudes y a crecer en el amor, procurando que el ambiente comunitario sirva a cada uno para dar respuesta fiel a la propia vocación.

nº 29.- La vida comunitaria exige, por una parte, aptitudes para la convivencia; por otra, favorece la plena madurez mediante la caridad y aquellas virtudes humanas que conducen a la comunión fraterna, en particular, la sinceridad, la afabilidad, el respeto a las personas, sin constituirnos en jueces de nadie. Esto crea un ambiente de diálogo y evita cuanto puede ser motivo de división entre hermanos.

nº 30.- El Espíritu de Cristo siempre presente en nosotros deja transida nuestra caridad de una delicada sencillez para adelantarnos en el respeto mutuo, amarnos como hermanos, ayudarnos con benignidad y tolerancia e, incluso, con fraterna corrección.

nº 31.- Las relaciones comunitarias cobran vida y vigor con la caridad y la corresponsabilidad: el espíritu de colaboración nos lleva a olvidarnos de nosotros mismos.

nº 32.- Hacemos auténtica comunidad, cuando sentimos preocupación e interés por las situaciones en que se hallan los hermanos; cuando participamos en los actos comunitarios de oración, en los que Cristo se hace presente; cuando intervenimos activamente en las reuniones de comunidad para programar y revisar nuestra vida espiritual y actividad apostólica y cuando somos fieles al horario fijado por la Comunidad y aprobado por el Superior Mayor con su Consejo.

nº 33.- Con especial cuidado y amor fraterno nos preocupamos por quienes acaban de abrazar nuestra forma de vida, por los angustiados con dificultades personales, por los enfermos y ancianos. Finalmente, con nuestros sufragios, como se prescribe en las Reglas, ayudamos en el Señor a quienes nos han precedido con el signo de la fe.

nº 34.- Este compromiso de crear y fomentar la comunidad lo hemos asumido todos al abrazar la vida religiosa; pero recae principalmente sobre quienes han recibido la responsabilidad de animar la comunidad y quienes tienen el encargo de constituir comunidades en cada Provincia.

nº 35.- Nos preocupamos de que todos dispongan de tiempo suficiente para reparar las fuerzas, para su oración personal y para renovarse en lo cultural y en lo espiritual. Por nuestra parte, ponemos a disposición de los hermanos energías, tiempo y cuanto poseemos. Para fomentar la intimidad de la familia religiosa mantenemos algunos lugares reservados solo a la Comunidad, según lo mandado en las Reglas.

nº 36.- La Familia escolapia, formada por los escolapios de todo tiempo y lugar, se concreta y hace visible en la Comunidad Local, constituida por los religiosos a ella asignados. Toda la Comunidad Local, a su vez, forma parte de comunidades escolapias más amplias, como son las Provincias y la Orden entera. De la vida de la comunidad escolapia participan también, a su modo, los formandos no profesos y los laicos que comparten nuestra vocación en distintas modalidades.

nº 37.- Sintiendo intensamente la vivencia de auténtica comunión con la Iglesia, entablamos relaciones de fraternidad con diócesis y parroquias, con las Congregaciones hermanas de la Familia Calasancia y con los demás Institutos religiosos, en especial los comprometidos en obras de educación, y fomentamos en todo lo que podemos la mutua colaboración.

nº 38.- Nuestra comunidad, miembro de toda la familia humana y siempre dispuesta a servir, hace suyos, con gusto y decisión, los gozos y las esperanzas, las tristezas y afanes de todos los hombres, particularmente los de la comunidad local en que vivimos.

nº 39.- Con esta vida comunitaria respondemos mejor al Señor que llama. Y esa respuesta será, con la gracia de Dios, nuestra mejor recomendación para que, quienes tienen trato más asiduo con nosotros, especialmente niños y jóvenes, se sientan fuertemente atraídos a trabajar en la mies del Señor.

Nos llamas a vivir en fraternidad

Señor, Tú nos llamas a vivir en comunidad y quieres que edifiquemos la comunidad; nos quieres en comunión con otros, no para ser más fuertes ni para servirnos de ellos, sino para ser nosotros mismos y para servir.

La comunidad es fuerte si se anima, la comunidad es verdadera si ama, la comunidad es santa si cada uno es santo, la comunidad existe para el servicio, la comunidad existe para la misión.

La comunidad es encontrarse con los otros en el Señor, es orar y vivir con ellos en la unidad, es dar signos de esperanza porque espera.

Solo así podremos anunciar al Señor, solo así podremos anunciarlo a aquellos que a duras penas lo conocen.

Compartir misión, carisma, comunidad escolapia¹⁴

Conviene situar las actuales comunidades escolapias, religiosas y también de la Fraternidad, en el marco eclesial que va tomando forma desde el Concilio Vaticano II y desde la vida consagrada y laical de nuestra Iglesia. El camino que vamos recorriendo en las Escuelas Pías se entiende en ese contexto general, al que también vamos contribuyendo con las experiencias y reflexiones escolapias.

14 Este capítulo se basa en buena medida en la Revista Sal Terrae. Diversos carismas, el mismo Espíritu» (1 Cor 12,4) Misión compartida. Junio / 2011 (Tomo: 99/6- Nº: 1157) y en reflexiones de Antonio Botana, hermano de La Salle.

Las Congregaciones religiosas tienen su origen en un carisma dado a un fundador, o a un pequeño grupo, que lo ofrece a la Iglesia para el bien del mundo. La continuidad del carisma se realizaba, prácticamente de forma única, a través de los cristianos que se sentían llamados a formar parte del Instituto correspondiente.

La situación ha cambiado en las últimas décadas. Los institutos de vida religiosa, desde el Concilio Vaticano II, y especialmente a partir de los años ochenta, han ido incorporando a sus reflexiones, debates y textos legislativos declaraciones sobre lo que se ha llamado “misión compartida”. El Concilio abrió nuevos horizontes y nos transmitió una imagen de Iglesia como “koinonía” o comunión del Pueblo de Dios, siguiendo la imagen de la Trinidad. En 1985, el segundo Sínodo extraordinario de los Obispos confirmó el camino postconciliar a partir de una afirmación central que Juan Pablo II retomó en su Exhortación Post-sinodal *Christifidelis laici* (ChL): “La eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio” (ChL 19).

La exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, de 1996, fue el primer texto del magisterio en que apareció la formulación de compartir el carisma:

«Debido a las nuevas situaciones, no pocos institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados, por tanto, a participar de manera más intensa en la espiritualidad y la misión del instituto mismo. En continuidad con las experiencias históricas de las diversas Órdenes seculares o Terceras Órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico en esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado».

Posteriormente (2007), la Congregación para la educación católica elaboró un importante documento titulado “Educar juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos”, donde se decía, entre otras cosas:

«El poder compartir la misma misión educativa en la pluralidad de personas, de vocaciones y de estados de vida es, sin duda, un aspecto importante de la escuela católica en su participación en la dinámica misionera de la Iglesia y en la apertu-

ra de la comunión eclesial hacia el mundo. En esta óptica, una primera y preciosa aportación viene dada por la comunión entre laicos y consagrados en la escuela».

En nuestros días, la expresión ha sido reformulada y profundizada y, así, suele hablarse ya de “compartir carisma y misión”. Y esto conlleva algunas convicciones y actitudes que debemos conocer y desarrollar:

- La misión carismática, que no nace de iniciativa humana sino del Espíritu, requiere de atención a los signos del Espíritu, de discernimiento y de docilidad a sus inspiraciones. Con esta actitud hemos de abordar este camino conjunto de religiosos y laicos en las Escuelas Pías.
- En principio, no deberían establecerse jerarquías ni rangos entre los agraciados con el carisma. El laicado no debería ser considerado “de segunda categoría”. Esto quiere decir que las instituciones de la vida religiosa no deberían autoerigirse en “la primera instancia” de gobierno, de economía, de liderazgo. A lo más, deberían hacerlo para iniciar y facilitar el proceso, como una especie de tutoría iniciática, para dar lugar después a una responsabilidad y un liderazgo compartidos.
- La participación en la misión y carisma se basa en una vocación recibida de Dios y no en una mera colaboración por amistad o simpatía en diversos trabajos o personas. Hablamos de una nueva identidad a partir de esa vocación recibida.
- La vocación carismática se despliega a través de un proceso de configuración con Cristo Jesús, tanto en la forma de vida religiosa como en la forma de vida laical. Hay un camino espiritual y formativo que ha de ser compartido por una parte, y diferenciado por otra. De este requisito no se debe prescindir para evitar que tanto la misión como la espiritualidad se deformen. Por eso, entre todos deben establecer estructuras formativas de “misión conjunta o compartida”.
- La misión compartida no es discriminatoria ni excluyente. Acogemos a los hermanos o hermanas que Dios nos da, respetando la identidad de la forma de vida cristiana de cada uno: no desdibuja la identidad del religioso ni del laico, del

célibe ni del casado. Esto pide un respeto exquisito hacia el otro, el diferente: respetar sus ritmos, sus procesos, sus comunidades más íntimas de pertenencia.

- La misión compartida tiene un perfil carismático que hay que cuidar y favorecer, que no pretende solo trabajar más, sino contribuir más a la misión de la Iglesia con el propio carisma.

Todo esto nos resitúa a religiosos y laicos. La vida consagrada no es un círculo cerrado, un “estado de perfección”, los únicos responsables del carisma recibido y de la pastoral vocacional a esa vocación religiosa. El laicado no solo es un destinatario de la misión, sino auténtico protagonista, llamado a la santidad y a colaborar en la construcción del reino de Dios.

Desde esa eclesiología de comunión, las distintas vocaciones no están separadas ni independientes, sino que se complementan y enriquecen mutuamente: se necesitan mutuamente. El primer ministerio de los religiosos es ser signo de lo que debe caracterizar a todo cristiano, recuperando así su función original de ser “memoria estimulante” para todos. Por eso, cualquier cristiano puede sentirse participante de la esencia de la vida consagrada, aunque él o ella misma no sea religioso/a, y también puede sentirse urgido a buscar quien continúe esa “memoria estimulante”, porque es necesaria para la Iglesia.

Es necesario un cambio de mentalidad y de actuaciones

La visión de la “misión compartida” está implicando mucho más de lo que sospechábamos. Nos está llevando más allá de las barreras, antes establecidas, de los “estados de vida cristiana”. Los estados de vida cristiana (clerical, religioso y laical) eran considerados auténticos compartimentos estancos, cerrados. Ahora hablamos más bien de “formas estables de vida cristiana”, que están sometidas a procesos de transformación por la correlación carismática de una Iglesia de comunión. Esto requiere una apertura de mente y de corazón:

- Desterrar de nuestras mentes la confusión de identificar “misión compartida” con “trabajo compartido” sin la espiritualidad de envío que implica. O con un voluntariado que ayuda gratuitamente a los institutos religiosos, que pueden contar con él o prescindir a discreción.

- Llegar a la convicción de que los religiosos no somos los propietarios del carisma, que los laicos hemos de ayudar a actualízalo en cada momento. Por ello todo lo carismático ha de ser reflexionado conjuntamente.
- Pasar, de la creencia de que la misión compartida es algo opcional, al convencimiento de que es algo necesario, porque la misión nunca es solo de una persona o un grupo.
- La misión compartida nace de modo espontáneo cuando hay conciencia de que es el mismo Señor quien nos ha llamado, de que la misión va siempre unida a una espiritualidad y a una vida, de que somos familia que compartimos un mismo “espacio” en la Iglesia, de que es necesaria la aportación de todas las vocaciones en una Iglesia de comunión. La misión compartida se convierte así en el modo normal de misión para todo Instituto religioso... y para todos los laicos.
- Asumir actitudes positivas: frente a la resistencia al cambio, anticiparnos a lo que está ya apareciendo: frente a la rigidez de organización y funcionamiento, flexibilidad; frente a la centralización, cultura de red donde se aprovechen todas las personas; frente al miedo a la supervivencia institucional, innovación y creatividad desde el carisma inicial; frente al victimismo, mayor protagonismo a más personas; frente a personalismos, cooperación, mucho trabajo conjunto.
- Será necesario poner en marcha procesos formativos, de convocatoria de diferentes ofertas vocacionales, donde cada cual pueda encontrar aquello a lo que el Señor la llama. Especialmente los que tenemos una responsabilidad educativa y pastoral hemos de desarrollar estos procesos de crecimiento personal y descubrimiento de la propia vocación, al mismo tiempo que ofrecemos posibilidades concretas de vivirla. La labor en las escuelas, centros educativos, el Movimiento Calasanz, serán fundamentales junto con una presentación de posibilidades vocacionales y de inserción eclesial donde puedan desembocar y donde no pueden faltar las ofertas que estamos viviendo los escolapios en la vida religiosa, en la Fraternidad y en las demás modalidades de participación en las Escuelas Pías.

- Hemos ido descubriendo que compartir un mismo espacio eclesial (el escolapio en un centro educativo o parroquia, u obra...) es una maravilla. Pero se puede avanzar compartiendo tareas concretas (colaboradores con muchísimas posibilidades). Y también es posible crecer como misión compartida, como enviados conjuntamente a la misma misión. Y también cabe compartir el carisma, que supone espiritualidad, vida y misión. Y también puede ser la comunidad, en distintos niveles: la Comunidad Cristiana Escolapia, la comunidad de referencia, la misma comunidad conjunta de religiosos y laicos en una misma vivienda, la comunidad parroquial... ¿Y a qué más nos estará llamando el Señor en este compartir?

Tenemos camino por delante

En la Iglesia nadie debería “ir por libre” (sea individuo o grupo) sino colaborar cada cual desde sus posibilidades, sumar esfuerzos para la misión, avanzar en armonía: “La vida de comunión eclesial será así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo” (ChL 33).

Evidentemente, el camino es largo. Se ha avanzado, pero queda tarea por delante. Y no solo porque estamos todavía en “tiempos de recepción posconciliar”, sino porque se trata de un tema sujeto a discernimiento donde hay mucha novedad e intereses (unos legítimos y otros no tanto) que es conviene revisar para potenciar o purificar.

Podemos señalar algunos puntos particularmente delicados, intentando subrayar los riesgos y tentaciones más habituales.

Recordar quién nos convoca y para qué

Quien nos ha convocado es Jesús y no nuestro deseo. Esto nos debe ayudar a estar permanentemente atentos a la tentación de la “apropiación”. En los religiosos y/o sacerdotes suele manifestarse como tendencia a adueñarse de la misión o del carisma en el que esta se concreta; en los laicos, como inclinación a creerse los “renovadores” auténticos de la Iglesia, a la que devuelven su original frescura. Evidentemente, ni lo uno ni lo otro marca la dirección adecuada.

No es destacando unos sobre otros como comunicamos la bondad de nuestro Dios, sino teniendo paz unos con otros (Mc 9,50) y devolviendo al Señor el lugar que le corresponde.

Situar las vocaciones complementarias, precisamente por ser diferentes

Uno de los puntos más delicados en la misión compartida es el modo de comprender el vínculo entre el laico y la institución religiosa. El laicado tiene protagonismo que debe desempeñar en sintonía con la jerarquía o de cualquier tipo de autoridad reconocida. La cuestión es la naturaleza de la relación.

Ahora parece claro que el laico no está llamado a trabajar para una congregación, sino a colaborar en una misión común; lo cual implica que los religiosos y sacerdotes deberán mirar, a su vez, cómo colaborar con los laicos. Este giro del “para” al “con” tiene implicaciones notables para todos.

El sacerdote o el religioso/a no debe hacerlo todo, porque la misión no es suya. Forma parte de su obligación potenciar los dones de los fieles y ayudarles a ponerlos al servicio del bien común. La experiencia muestra que este punto suele ser conflictivo, pues muchas veces el laico termina siendo más un “ejecutor” de órdenes. Y, por otro lado, también al laico se le cuela el deseo de querer estar en lugares antes inaccesibles, con una inconfesable pretensión de control y poder. El Evangelio va por otros derroteros (Rm 15,7). “Para edificar solidariamente la casa común es necesario, además, que sea depuesto todo espíritu de antagonismo y de contienda y que se compita más bien en la estimación mutua, en el adelantarse en el recíproco afecto y en la voluntad de colaborar, con la paciencia, la clarividencia y la disponibilidad al sacrificio que esto a veces pueda comportar» (ChL 31).

Una buena colaboración no debería dar como resultado la confusión de vocaciones, como si fueran iguales y diera lo mismo ser una cosa que la otra. Desde hace tiempo la Iglesia ha alertado del peligro de “clericalización” de los laicos, así como de una excesiva secularización de sacerdotes y religiosos. Puede pasar, y hay que estar atentos. De hecho, un rasgo característico de una sana cooperación sería que cada vocación se reconociera más a sí misma en el encuentro con el otro. Para ello es necesario conocimiento mutuo y discernimiento compartido.

Cultivar la confianza recíproca

Una relación de cooperación mutua tiene que contar la confianza.

No se puede delegar en otro sin un conocimiento previo serio; y así como los sacerdotes y religiosos cuentan con un tiempo largo de formación, donde la persona “curte” su fe, es necesario buscar medios de “probación” de los laicos para que su presencia no se deba únicamente a “padrinos” o amistades particulares, a cuestiones ideológicas (que en la Iglesia también funcionan), a buenos propósitos poco elaborados. Un deseo excesivo de promocionar a los laicos lleva con frecuencia a tomar decisiones en las que la intención no es del todo recta y, a la larga, va quebrantando la confianza mutua.

Este punto es extremadamente delicado e importante, especialmente en los casos en que se quiere que un laico ocupe un lugar preeminente en una comunidad o en una institución. Antes de llevarlo a cabo, es fundamental “pulsar” la recepción que puede tener en los otros laicos, así como “contrastar” por diversas vías (y no solo por las de las personas interesadas) la honestidad de la persona elegida. Es fundamental que el sujeto se sienta legitimado en su cargo por la comunidad, por la Congregación y por aquellos que van a colaborar de forma directa con él (laicos, religiosos, sacerdotes).

La confianza hay que ganarla cada día. Los laicos sienten a menudo un cierto recelo hacia sacerdotes y religiosos porque “no entienden las cosas del mundo”; pero, a su vez, se saben mirados con sospecha en sus motivaciones (particularmente en las materiales), pues pocos creen de verdad que Dios puede ser lo primero y el Primero también para ellos.

Cuando la desconfianza pesa más que la confianza, se suele apostar por la reserva y las “agendas ocultas” (sobre todo en lo que a la información se refiere), más que por la prudencia y la transparencia. Pero sin estas dos últimas virtudes, las relaciones se van deteriorando irremisiblemente.

Mantener el espíritu del carisma

Otro reto primordial es cómo garantizar la pervivencia del carisma fundacional de la institución religiosa en la que los fieles laicos van a colaborar. Probablemente sea uno de los aspectos que mayor preocupación despiertan. De hecho, suele ser causa de dudas y suspi-

cacias. Cualquier carisma es un don de Dios para la edificación de la comunidad y para el bien de todos. Es cierto que las congregaciones son depositarias del carisma del fundador y encargadas, por tanto, de cuidarlo y conservarlo; pero los llamados a participar del mismo no se reducen a los miembros de dicha institución. En ocasiones, las miradas nuevas logran sacar a la luz aspectos olvidados o ensombrecidos, e igualmente pueden ser motivo de una reinterpretación del mismo al encarnarse en personas que pertenecen a otro estado de vida con sus características propias.

De parte de sacerdotes y religiosos suele asomar la tentación de una actitud paternalista que humilla. De parte de los laicos puede darse la tentación del “rebajamiento” del valor de la tradición, de pensar que ya “se las sabe todas” y que no necesita a nadie. El carisma no debería ser sino un lugar de encuentro, de agradecimiento, de enriquecimiento mutuo y de servicio a los demás.

Reconocer diversas formas de autoridad y de poder

Otro aspecto al que prestar atención es el del poder y la autoridad, que se manifiestan de forma distinta en los diferentes partícipes de la misión compartida. No es lo mismo colaborar con una institución consolidada que cuenta con numerosos medios (materiales y humanos) que pertenecer de hecho a ella. Ciertamente, los modos y grados de implicación en una obra religiosa son muy variados: conducir la catequesis, animar la oración, ser guía de grupos, dar ejercicios espirituales, enseñar como profesor en un colegio, hacerse cargo de una casa de espiritualidad, ocupar puestos de dirección en una obra... Pero en todos los casos el laico debe convivir con el hecho de que hay un margen de responsabilidad (y, por tanto, de poder de decisión sobre las cosas y las personas) que pertenece en último término a las figuras de autoridad de la congregación con la que trabaja (superiores, provinciales, etc.).

Ahora bien, existe un punto de difícil equilibrio que es necesario cuidar de compartir responsabilidades, decisiones... en un marco de diálogo básico y fraterno.

Otro camino sería ir creando obras o instituciones realmente compartidas, donde siempre será necesario cuidar estas formas de autoridad y de poder. Es un camino iniciado ya en la red Itaka – Escolapios.

Examinar la interrelación entre el ámbito de lo profesional y el de lo religioso

La colaboración en la misión en una institución cuyo titular es una orden religiosa o una diócesis debe realizarse dejando claro que hay cierta autonomía de las realidades terrenas, determinados valores y normas del mundo que tienen cierta autonomía –que no separación– de lo religioso. Saber historia, marketing, diseño gráfico, informática, gestión, idiomas, filosofía o psicología es algo independiente de profesar o no unas creencias religiosas, de ser laico o religioso. La contratación de personal, las condiciones laborales (económicas, horarios de dedicación, responsabilidades, etc.), la promoción de empleados, e incluso los despidos, deberían hacerse con criterios profesionales claros en los ámbitos institucionales cuando se está hablando de misión compartida entre creyentes, sean laicos, religiosos o sacerdotes. “Los hijos del dueño”, sean quienes sean, no deben tener más privilegios que el de servir más profunda y desinteresadamente. La misión compartida incluye también el cuidado de las condiciones laborales, la forma de gestionar las instituciones. Todo esto sin ingenuidad ni “buenismos”, pero también sin discriminaciones ni vulneración de derechos.

Una vez integrados unos mínimos de justicia, es cuando cabe plantearse hablar del compartir misión y carisma y comunidad.

También cabe preguntarse por laicos que buscan en la misión compartida algunas ventajas profesionales o laborales, un reconocimiento personal... o donde se pretende una participación en decisiones sin asumir las correspondientes obligaciones y responsabilidades.

Revisar y actualizar los lugares concretos de misión

Hoy se da una deficitaria presencia pública de los cristianos, que están centrados fundamentalmente en la educación, la acción social, los hospitales, las cárceles, las misiones en el tercer mundo... mientras que la presencia en lo político, sindical, económico, medios de comunicación, arte y cultura es escasa. Quizá la misión compartida debería llevar a replantear nuevas presencias y renovadas maneras de llevarlas a cabo.

Evaluar las experiencias

En general, la misión compartida está generando un cristianismo más adulto y más eclesial. La experiencia está resultando positiva,

y sería injusto no agradecer mucho a Dios esta gracia de trabajar juntos. Sin embargo, hay una serie de cuestiones de fondo que, después de unas décadas de colaboración, conviene evaluar.

No siempre se ha acertado, y es fundamental integrar los fracasos, las limitaciones, las cegueras y las injusticias. La colaboración no ha fomentado en todos los casos el desarrollo de sujetos responsables. La misión compartida ¿nos ha hecho más adultos y responsables a todos? Ciertamente el reduccionismo ha supuesto que la mayor parte de la formación para los colaboradores siga orientándose a formar catequistas, profesores y ayudantes, más que adultos responsables en la fe. ¿Hemos abandonado del todo el paternalismo que tanto infantiliza? No está claro si la formación que recibimos (laicos, sacerdotes y religiosos) nos capacita para vivir una fe adulta y madura en una sociedad secularizada, una fe en una sociedad donde cada vez se hace más difícil creer. ¿Ha estado la misión compartida a la altura de nuestro tiempo?

Tres cuestiones parecen nucleares en la evaluación: la construcción de sujetos adultos y responsables, la mutua escucha de la Palabra y la creación de formas de vida cristianas.

Ese espíritu es el que se descubre en los textos de Mateo que hablan de la misión de los apóstoles (caps. 10 y 18). La misión compartida es misión que busca curar y purificar, que se dirige a las ovejas perdidas, que da gratis porque gratis lo ha recibido, que no se procura ni oro ni plata, que bendice con paz, que es prudente como las serpientes y sencilla como las palomas, que es consciente de que se nos manda en medio de lobos, que no tiene miedo, que toma la cruz y sigue al Señor, que pierde la vida y la encuentra, que se hace como un niño, que no escandaliza a los pequeños, que corrige fraternalmente cuando un hermano llega a pecar, que ora en común y que perdona hasta setenta veces siete. Ese estilo de Jesús es el que nos invita a preocuparnos por el cómo y el adónde vamos en la misión compartida, más aún que por los frutos.

Misión compartida y también visión compartida

Está muy bien profundizar en la misión compartida, en la identidad compartida, en el envío común a desarrollar una misión... pero hemos de ir avanzando también a compartir la visión de la realidad, del momento que estamos viviendo, del horizonte al que caminamos.

Además de profundizar en la misión, en lo que somos y hacemos, hemos de elaborar juntos los religiosos y laicos los valores, las creencias de fondo, la cultura de las Escuelas Pías y las líneas de futuro.

Distinguir bien el liderazgo, la autoridad y el poder, siempre desde la clave del servicio

En el trasfondo de algunas dificultades en la misión compartida está un mal entendimiento de quién es el protagonista, quiénes somos nosotros (¿solo los religiosos, solo los laicos, la Orden y la Fraternidad...?). La clave siempre es el servicio a los niños, jóvenes, pobres... Para ello es necesario un liderazgo (capacidad de aunar en un proyecto común y acompañar), una autoridad (reconocimiento de algunas personas por su experiencia, capacidad...) y también un poder (la capacidad de decidir). En nuestro mundo actual, complejo y cambiante, es necesario no confundir estos aspectos y saber aprovechar todas sus potencialidades desde el servicio y distinguiendo los ámbitos concretos.

Testimonio desde México

Soy Cecilia Oliveros Alvarado, mi vocación como educadora surgió desde hace muchos años y decidí formarme como maestra de Educación Primaria, y desde hace 22 años he impartido cursos de distintos niveles. Desde hace ya una década he brindado mi servicio a niños de primero y segundo año.

Soy una maestra que me preocupa el buen desarrollo de los niños, tanto en sus aprendizajes básicos como en su madurez psicomotriz y emocional. He visto cómo poco a poco han ido cambiando sus formas de comportarse, el estado de habilidades cognitivas desarrolladas en el preescolar y el apoyo que le brindan sus padres en casa para acompañarlo en su vida.

Ya conocemos los profesores cómo son esas dinámicas de planear, ordenar el aula, jugar con ellos, y principalmente estar siempre atentos a las necesidades e inquietudes del niño para adecuar nuestros planes de clase y lograr sacar lo mejor de ellos.

Durante este camino puedo decir que había realizado mi vocación como educadora. Pero Dios tiene otros planes.

Confieso ser una persona inquieta, me gusta mucho viajar, cuidarme y cultivar buenas relaciones interpersonales y aprender a vivir en plenitud mis días. Y ahí fue que Dios me fue llamando a conjugar mis intereses personales y lo que en ese momento llamaba vocación.

Me invitaron a estar en la Fraternidad de las Escuelas Pías, fuimos teniendo reuniones, asistiendo a algunos retiros fuera de la ciudad, y entre reflexiones y dinámicas de integración fue pasando el tiempo. Iniciamos muchas personas y poco a poco cada quien va decidiendo continuar o no. Yo opté por estar atenta y dispuesta a estar, participar y a colaborar en las reuniones de comunidad y en algunos servicios que nos solicitaban de parte del colegio. Confieso que no era muy atractivo pero era nuestra comunidad.

Fue hasta hace dos años en los que fui viviendo experiencias tanto en mi vida personal como en la fraternidad que fui comprendiendo que Dios nos va llamando a buscarle y encontrarle. No fue fácil, pero decidí seguir la invitación por ir al centro social Calasanz a apoyar a niños con rezago educativo.

Quienes me conocen saben que lo que me gusta y encanta lo comparto con mis personas más queridas y así invité a una hermana de mi comunidad paulina y a otra amiga con la que trabajé en el colegio durante una década, a ir y emprender este vuelo.

Llena de sentimientos encontrados, entre alegrías y temores a lo desconocido, me asaltaron en el camino al Centro. Fue al llegar y que los niños nos recibieron con gran alegría cuando me ganaron el corazón y todo tuvo sentido. Ellos me han transformado a lo largo de más de un año de acompañarles, de amarles o quizás de sentirme amada, esperada y querida por ellos. En verdad, son niños maravillosos que en medio de sus vidas quebradas por la violencia en sus casas, por la falta de recursos emocionales y familiares, están dispuestos a salir adelante con solo estar con ellos y animarles a hacer lo necesario para que aprendan a leer, escribir y a gestionar sus emociones de manera pacífica.

Ellos me han hecho comprender la vocación escolapia, que no solo consiste en ser educador o maestro, sino persona que siente con los niños más vulnerables y poner todos los recursos para que ellos mismos logren salir adelante por sí solos. Miren que me gusta disfrutar de la vida y viajar, pero el servicio a los más pequeños del Centro Social me han hecho despertar a una experiencia de vida que va transformando mi persona en alguien mejor y eso me encanta. Dios me ha mirado a los ojos a través del rostro de estos pequeños y llenado el corazón de bendición y amor.

Y como quien tiene una gran noticia, no he podido quedarme callada, se lo he platicado a mis niños de primero de primaria y algunos se han inquietado para ir a apoyar con sus mamás al Centro. He invitado a otros maestros del cole y a hermanos de mi comunidad a colaborar con nosotros. Es que las buenas noticias se nos notan y se comparten.

Ya tengo seis años de haber ingresado a la Fraternidad, y aunque cada uno ha sido importante, éste último no ha tenido precedentes. Hoy me siento más plena e inquieta por aprender más, por servir, por mejorar la atención de los niños, no solo del centro social, sino también de aquellos que se están en situación de vulnerabilidad por la falta de atención y amor de sus padres...

Dios me ha ido despertando, en este trayecto, al conocer a distintas personas que en comunidad se acompañan, sueñan y trabajan por educar a los niños más necesitados. Dios me ha amado y me ha enviado a vivir la experiencia de José de Calasanz. Creo haber sido una buena maestra, pero al llegar al Centro Social (mi Trastévere) Dios me ha hecho escolapia y no lo dejaré por nada del mundo.

“Lo que se hace por estos niños pobres se hace por Cristo” San José de Calasanz 1638.

Cecilia Oliveros Alvarado

Oración (Mateo 10, 38-42)

El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará.

El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió.

El que recibe a un profeta por ser profeta, tendrá la recompensa de un profeta; y el que recibe a un justo, tendrá la recompensa de un justo.

Les aseguro que cualquiera que dé a beber, aunque solo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa.

Fraternidad escolapia, otra forma de vivir el carisma

“Invito a los religiosos escolapios a acoger las Fraternidades como un don que enriquece y fortalece a las Escuelas Pías, y a todas las personas que forman parte de las Fraternidades escolapias para que, todos unidos, contribuyamos al fortalecimiento y renovación de las Escuelas Pías, para bien de los niños y niñas, de los jóvenes, de los pobres y de todas las personas a las que estamos enviados por Dios, a través de la Iglesia, por el afortunado atrevimiento y tesonera paciencia de san José de Calasanz”.

(P. General Pedro Aguado, en el prólogo de “La Fraternidad de las Escuelas Pías”. ICCE, 2011)

La Fraternidad escolapia es, por reconocimiento de la Orden, una nueva realidad donde se vive también el carisma de Calasanz. La integración carismática que define esta modalidad de participación en las Escuelas Pías es un salto en la historia escolapia: anteriormente quien encarnaba plenamente el carisma escolapio eran los religiosos en comunidad; ahora también es el laicado agrupado en Fraternidad quien se convierte, junto con los religiosos, en el rostro de Calasanz hoy, en un nuevo sujeto escolapio que, junto con la Orden, tiene la encomienda de dar continuidad a la espiritualidad, vida y misión escolapias.

Esta todavía naciente realidad escolapia enriquece la vida religiosa y abre un nuevo espacio al laicado vinculado a las Escuelas Pías.

La riqueza de la vida religiosa en y para la Fraternidad

Un rasgo fundamental de toda persona que sigue a Jesús es el compartir comunitario de su fe, su vida, su misión. Sin embargo, este aspecto comunitario no siempre ha sido suficientemente destacado en la Iglesia. La vida religiosa, además de otras aportaciones, tiene el mérito de haber sido salvaguarda de la comunidad en la Iglesia y signo de fraternidad tanto hacia el interior de cada Instituto como hacia las personas a quienes dirige su dedicación.

Curiosamente se ha puesto más de manifiesto la misión de la vida religiosa y los votos que la definen que la propia comunidad, cuando es precisamente esta comunidad religiosa la que hace posible la misión, la continuidad de la misma, el gran alcance que ha tenido y sigue teniendo hoy para muchísimas personas... y el signo, no siempre claro, una vida comunitaria convocante y de referencia en su entorno.

Cuando el concilio Vaticano II relanza el modelo de Iglesia como Pueblo de Dios, como comunidad de comunidades... van resurgiendo pequeñas comunidades de muy diferente estilo en todo el mundo. La vida religiosa ha sido impulsora de este relanzamiento y maestra de cómo vivir en plenitud en comunidad. Hoy muchas comunidades se inspiran en la experiencia y la sabiduría de esta realidad eclesial tan asentada que es la vida consagrada.

Se planteó en su día, y todavía está presente hoy, una posible disyuntiva de la vida religiosa como signo visible y palpable con una clara presencia e instituciones propias o como levadura escondida e inserta en realidades sociales que puede ser transformada desde dentro sin apenas manifestar la propia identidad cristiana y religiosa. Son dos actitudes bien diferentes, cada vez más compatibles, que conviene conocer.

La vida religiosa, y también lógicamente la vida escolapia, presenta como propuesta y como realidad consolidada una comunidad que es una familia, donde se intenta dejar el espacio fundamental al Padre Dios y al Espíritu, para vivir la experiencia de Jesús con los hermanos y hermanas.

La vida religiosa es una comunidad de vida, de estar a los pies de Jesús escuchándole día a día, de hacerle presente en la Eucaristía y en la fraternidad, de compartir los bienes en una caja común re-

nunciado a la propiedad particular, de centrar los afectos en Jesús y en los hermanos que Él ha escogido, de discernir la voluntad de Dios con plena generosidad y disponibilidad, de sentirnos enviados a la misión de anunciar el Evangelio y transformar el mundo, de perseverancia y fidelidad hasta la muerte... Se trata de vivir en familia con los hermanos que Él nos da compartiendo el destino, como hijos del Padre del cielo y al servicio de la humanidad entera.

Hoy los religiosos escolapios podemos estar orgullosos del nacimiento de la Fraternidad, porque el Señor nos ha dado una hija preciosa, con nuestro mismo código genético, con nuestra misma sangre. Y eso es una señal de que le hemos dejado obrar al Jesús en nuestro entorno, llamando también a laicos y laicas a la mies escolapia del seguimiento de Jesús al estilo de Calasanz y a la misión de colaborar con su Reino por medio de la educación cristiana transformadora, especialmente para las personas más necesitadas.

Pero el regalo no es solo el don de la maternidad de la Fraternidad, que multiplica nuestras posibilidades comunitarias y de misión, sino también la aportación que la Fraternidad hace a la Orden en la permanente revitalización a la que está llamada: el nacimiento de este nuevo sujeto escolapio, portador también del carisma de Calasanz, es un nuevo impulso del Espíritu que nos da nueva vida a los religiosos y la Orden.

La realidad trinitaria de nuestra imagen de Dios nos invita a descubrirnos siempre en relación, ahora con la Fraternidad y las demás maneras de participación en las Escuelas Pías, para dejar que sea el Espíritu quien nos dé un nuevo aire de fidelidad en el momento que nos toca vivir.

Las posibilidades que abre la Fraternidad para las Escuelas Pías son un nuevo horizonte para la vida comunitaria, para la misión, para la relectura del carisma escolapio hoy, para nuestras instituciones y obras, para nuestra manera de situarnos en la Iglesia y en la sociedad.

Como muestra de ello nos puede valer la riqueza que supone para un religioso, o para una comunidad entera, la participación en la Fraternidad, el compartir la vida y la fe con el laicado escolapio, el discernir junto con ellos la voluntad de Dios en cada momento, la posibilidad de poner en marcha con mayor intensidad el modelo de presencia escolapia donde los religiosos junto con otras personas van asumiendo la misión y la presencia escolapias...

Testimonio desde Serra (Brasil)

Últimamente he escuchado mucho de mi madre la siguiente frase: “Hoy ya no es necesario que yo les acompañe a la Iglesia, cuando erais pequeños hice todo lo que pude, os enseñé el camino, no dejaba un solo domingo de participar en la misa, fuisteis bautizados, participasteis de la catequesis... ahora vosotras crecisteis y ya podéis caminar conforme a vuestras propias decisiones”. Pues bien, me parece que está siendo exactamente así. Mi nombre es Jéssica dos Anjos, tengo 23 años, soy Fraterna de la comunidad Shemá en Serra (Espíritu Santo), educadora, psicóloga, trabajo más directamente con adolescentes en la Obra Social Itaka - Escolapios y puedo decir que estoy caminando conforme a “mis propias decisiones”.

Desde siempre estuve presente en la Iglesia, me considero católica, apostólica, romana, y no desde siempre, y sí desde muy reciente, tengo la alegría de descubrirme escolapia. ... La primera impresión que se tiene es que fue de repente, fue llegar de otra ciudad e ir para una parroquia nueva, con un nombre hasta entonces desconocido, “Parroquia San José de Calasanz”, con un santo simpático y carismático, de nombre español y que vive rodeado de niños, niños y jóvenes, pobres y necesitados. Pero, pensando bien, no sé si puedo decir que fue así “tan de repente” o que fue una “elección propia”, porque cuando uno dice SÍ a algo tan grandioso es porque ya está dentro de ti, de forma que una no escoge y sí va haciéndolo vida día a día.

Conocer los escolapios fue despertar para un carisma que siempre fue parte de mí, que era necesario compartir, hacerlo presente en comunidad y ser transformado en misión.

Siempre serví en la Iglesia y, hasta conocer a los escolapios, nunca me había dado cuenta de que podía hacer algo más. A partir de entonces, las inquietudes que ya estaban dentro de mí comenzaron a incomodar hasta tal punto que el preocuparse ya no era suficiente y que, como José de Calasanz, sentí que necesitaba hacer algo, ir al encuentro del otro, entender las necesidades de ese otro y entregarme totalmente. Así ha sido mi vida como fraterna, educadora, hija, hermana, joven, psicóloga. En todos los ambientes, en todos mis grupos de trabajo y de la parroquia, he buscado vivir ese carisma, que te supera, se expande y cautiva a todos, de la misma forma que un día yo fui cautivada.

Hoy vivo, comparto y me siento responsable por esa misión, responsable por cada niño que encuentro y por cada adolescente de mi ambiente de trabajo. Doy gracias a Dios por esta oportunidad de estar aquí,

por la posibilidad de mostrar un camino, como un día mi madre me mostró, como san José de Calasanz ha mostrado a tantos laicos y religiosos: un nuevo camino, una nueva manera de servir. Que san José de Calasanz siga inspirando mi vida y que me haga, cada día, más entera y cuidadosa al “tocar” la vida de estos pequeños.

Jéssica dos Anjos Ribeiro, Shemá de la Fraternidad de Brasil

Ser caminante de Emaús

+ Quiero hacer un camino, ser caminante de Emaús.

Encontrarme con personas distintas con las que caminar y dejarme inundar por sus realidades, dejar que broten en mí los sentimientos que sé que serán en muchos momentos contradictorios.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Lanzarme a la tarea de formarme para cometer el menor número de errores en el trato, en mi forma de hablar, en mis gestos y actitudes, para no dañar a ninguna de esas personas con las que me gustaría caminar.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Y empezar la aventura maravillosa de conocer historias concretas, compañeros que ven la vida de forma distinta a como yo la veo. Empaparme de sus sentimientos, escuchar, contemplar y dialogar.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Adherirme a sus luchas, solidarizarme con sus ilusiones, compartir sus sueños y sinsabores. Subir cuestas empinadas y pasar baches pero con ellos y ellas de la mano.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Formando grupo, elaborando proyectos, porque no quiero caminar solo. Quiero caminar con otros hermanos y hermanas que sienten lo mismo que yo y andar el sendero unidos, aunque vayamos más despacio pero llegar, a donde lleguemos, juntos.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Dejarme evangelizar por quienes voy a encontrar en mi andadura. Quiero hacer un camino, ser caminante de Emaús. Compartir el pan, el vino y la vida, el trabajo, el sudor y la alegría, la fiesta y el llanto. Sen-

tir mi corazón ardiendo mientras comparto lo que soy y tengo y miro la historia de cada persona como Dios la mira: con inmensa ternura.

+ Quiero ser caminante de Emaús.

Y descubrir en cada rostro, en cada mirada, al caminante... al Señor de la Vida.

El lugar de la Fraternidad en el futuro de las Escuelas Pías

La Fraternidad es un fruto de la Orden, no solo por la labor educativa y pastoral que la ha hecho nacer, sino también y sobre todo porque la Orden es, de alguna manera, la referencia que orienta el crecer de la Fraternidad y su estilo.

La imagen de la Fraternidad como hija de la Orden nos permite visualizar esta realidad que va tomando forma en nuestra geografía escolapia. La Fraternidad nace de la Orden, con sus mismos genes, su mismo carisma. Esto es un regalo de Dios a la Orden por este don de otra forma de maternidad. Y es también un gran regalo a la Fraternidad porque es el don de la vida. Los lazos de una madre con su hijo y del hijo con la madre son imborrables.

En la medida que la Fraternidad va creciendo, van pasando los años, va madurando, la Fraternidad toma conciencia de ser otro sujeto. Al igual que el adolescente y el joven tiene que buscar su propio lugar en la familia y en la sociedad, así también la Fraternidad ha de hacer ese recorrido.

Es un desarrollo que ojalá sea hecho desde el cariño, desde la comprensión mutua, desde el respeto a la identidad de una y otra (Orden y Fraternidad), desde el convencimiento de que son de la misma sangre, con la misma misión... desde dos realidades con vida propia.

Las Fraternidades que han ido haciendo este recorrido van descubriendo que deben valerse por sí mismas en las decisiones, en la autonomía económica, en la preparación de los propios miembros de la Fraternidad sin depender siempre de los religiosos... y siempre desde el caminar junto a la Orden, de aprovechar su sabiduría comunitaria. Y lo mismo la Orden ha de animar a la autonomía de

funcionamiento, a orientar sin imponer, a aprender también de la juventud de estas comunidades.

Y para ello será fundamental compartir elementos básicos, desde el reconocimiento de ser dos entidades con vida propia: religiosos que pertenecen y participan en la Fraternidad, laicos y laicas que pertenecen a la Orden (escolapios laicos), trabajo compartido en las diferentes plataformas de misión escolapia (colegios, parroquias, obras sociales, Movimiento Calasanz...), impulsar la entidad compartida jurídicamente que es la red Itaka – Escolapios, los ministerios escolapios encomendados a seglares conjuntamente por la Orden y Fraternidad, así como los envíos, las comunidades conjuntas...

La Fraternidad está llamada a ocupar un lugar importante en las Escuelas Pías y solo será posible si es consciente de su propia identidad y de la vinculación intrínseca que tiene con la Orden. Y también si la Orden es capaz de admitir que “la hija” va creciendo y ha de ocupar un lugar importante en la vida y misión de las Escuelas Pías. La hija ha de saber que está creciendo y la madre también.

La Fraternidad aporta más manos para la misión. Son manos que no solo colaboran con los religiosos, sino que son portadoras también del carisma de Calasanz. Salvando las distancias, está sucediendo de nuevo lo que hizo San Pedro en casa del centurión Cornelio, cuando dijo: “¿Se puede acaso negar el agua del bautismo a éstos, que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?”. Viendo lo que no pocos laicos desean y hacen junto a nosotros, ¿podemos negar que ellos tengan también el carisma de Calasanz?

La Fraternidad puede aportar frescura, novedad, juventud, un complemento eclesial imprescindible como es el laicado adulto y comprometido en la Iglesia.

En la historia escolapia ha habido momentos de grandes y muy valiosos cambios, como pudo ser la salida de Europa a otros continentes con sus culturas, el desarrollo de nuevos ámbitos de misión escolapia, el creciente papel de la mujer en nuestras obras... Con la Fraternidad están naciendo unas nuevas Escuelas Pías.

La espiritualidad escolapia muy vinculada siempre a la vida religiosa va tomando también otras características con la vivencia del laicado, de las familias, de los pequeños compartiendo también vida

de nueva manera con los religiosos. La misión se enriquece con más manos y con diferentes manos: demasiadas veces los religiosos han tenido que asumir tareas (directivas, de gestión, de construcción...) que posiblemente son más propias del laicado: esta complementación es un gran cambio. La vida religiosa aporta mucho a la vida comunitaria de la Fraternidad y, a la vez, se ve apremiada a ser más ejemplo, a aprender de las nuevas comunidades que surgen a partir de la Fraternidad. La organización escolapia, de estilo más clerical, puede enriquecerse con nuevas formas de participación real en la vida y la misión escolapia de hoy y del futuro.

Una obra ya clásica de R. Hostie ("Vida y muerte de las Órdenes religiosas". DDB. 1973), presenta las crisis que sufren las congregaciones religiosas a lo largo de tiempo y la necesidad de introducir cambios profundos para dar nueva vida. Quienes no introducen estas transformaciones están condenadas a desaparecer. Quizá la Fraternidad es uno de esos cambios necesarios que el Señor nos envía para mantener vivo a Calasanz en nuestro tiempo.

La participación y la cercanía de los religiosos enriquece la Fraternidad y también a ellos mismos. Unas nuevas Escuelas Pías están naciendo.

Testimonio desde Barquisimeto (Venezuela)

La Fraternidad escolapia ha significado en mi vida la referencia necesaria para alcanzar la meta concreta de ser parte de la Iglesia y del proyecto de Dios, lógicamente que del deseo al hecho se necesitan muchas conquistas, estas son menos difíciles si hay un grupo de hermanos recordándote con palabras y obras cómo es la manera de vivir para no desligarte del objetivo. Desde 1995 conocí a los padres escolapios en el colegio de Barquisimeto; más tarde, en el año 97, a dos extraordinarios hermanos que me sembrarían el deseo de vivir como laica comprometida en el carisma escolapio, Alberto y Bea, una pareja de vascos que tocó el corazón de muchos durante 3 años y que dejaron una huella imborrable por cada calle recorrida en su voluntariado; pero, no es sino hasta el 2010 cuando di el paso a la Fraternidad en la ciudad de Carora, en ese momento éramos 30 personas locas por Jesús y de su manera particular de llamarnos; el Provincial para ese entonces, Juan Mari Puig, nos invitó a consolidar la relación con la Escuela

Pía y continuar en los distintos ámbitos donde sentíamos que éramos útiles a Dios (el colegio, los barrios donde hacíamos apostolado, la comunidad fraterna, nuestras propias familias) ya en edad madura y luego de reencontrarnos de la adolescencia que estuvo signada con experiencias de iglesia similares; ese mismo año vuelvo a Barquisimeto y entre la misiones que se me encomendaron estaba acompañar la creación de la Frater en esta ciudad junto al padre Edgar Romero, en la actualidad somos cinco y conformamos la comunidad Divina Pastora de El Trompillo; las 5 trabajamos en el barrio donde tenemos una Vicaría, un Liceo, un centro de Capacitación Laboral, un centro cultural y cuatro núcleos con sus capillas. Hasta el momento todas las hermanas hemos asumido la misión escolapia con gran cariño y responsabilidad y, aunque no exista comunidad religiosa en nuestra ciudad, hacemos lo posible por mantener cada una de las obras con la dirección y apoyo de los padres escolapios desde Carora.

En el año 2013 fui convocada por mis hermanos fraternos a formar parte del Consejo de Fraternidad local, lo hice hasta el año 2016 y doy testimonio de una misión extraordinaria de conocimiento, servicio y escucha en el crecimiento de nuestra fraternidad venezolana. La frater ha sido para mí el punto de apoyo en las decisiones vitales, en el estilo de vida, aunque ello implique algunas renunciaciones al confort y a las personas que alguna vez formaron parte de mi historia; lo mejor de todo es que la comunidad se convierte en el espejo donde nos vamos mirando en un camino de conversión y aunque todavía falte, con la ayuda de Dios y el cariño entrañable de los hermanos, incluyendo a los sacerdotes, vamos caminando en la senda que hemos hecho nuestra en plena libertad y con conciencia. Espero ser parte de la concreción del plan pastoral de mi país y provincia que contempla el crecimiento y consolidación del movimiento Calasanz, de los centros culturales, colegios, parroquias y vicarías con atención integral y muy especialmente con la vocacional, todo de la mano de la fundación Itaka y de la Orden. En Venezuela hacemos un trabajo humilde, pero lleno de la presencia de Dios y María Santísima y con la bendición de san José de Calasanz.

Carolina Paredes P. Comunidad Divina Pastora.
Barquisimeto, Venezuela.

Nuestra comunidad

Padre nuestro, te presentamos nuestra comunidad con sus debilidades y sus riquezas. Mírala con bondad. Dale tu gracia para que se transforme en lo que aspira a ser.

Que sea una familia en la que se encuentra vida y entusiasmo, donde cada uno puede expresar lo que piensa y lo que siente, lo que cree y lo que busca; una comunidad de libertad.

Que sea una familia en la que se escucha antes de hablar, se acoge antes de juzgar, se perdona sin querer condenar, donde se anuncia y no tanto se denuncia; una comunidad de misericordia.

Que sea una familia en la que el Espíritu Santo pueda ser huésped ya que no todo está previsto, regulado y ya decidido; Una comunidad que mira al futuro.

Que sea una familia que al verla digan: “mira cómo se aman” y no tanto “mira qué bien organizados están”; una comunidad de vida que siempre vaya creciendo a la escucha de tu Palabra. AMÉN.

Escuelas Pías enriquecidas con la Fraternidad

La Fraternidad de las Escuelas Pías es una riqueza para sus miembros que encuentran en ella un espacio comunitario idóneo para vivir su fe y seguimiento de Jesús. También enriquecen a la Orden porque la posibilidad de contar con una realidad así es un regalo de Dios para los religiosos que participan de la Fraternidad, para la vida y misión escolapia en el lugar, para vivir más a fondo la espiritualidad escolapia. Y también las Escuelas Pías, entendidas ahora como Orden y Fraternidad con todas las personas y entidades que la forman, se sitúan en un nuevo mapa donde la misión tiene más posibilidades por tener más personas identificadas y disponibles, donde la vida escolapia puede desarrollarse de nuevas formas y donde la misma espiritualidad escolapia recibe nuevas aportaciones del mundo laical escolapio y de la interrelación de vocaciones que supone la Fraternidad.

La misión, la vida, la organización escolapia reforzadas con la Fraternidad

Es evidente que la misión escolapia tiene más manos, más personas, más posibilidades por los cientos de miembros de la Fraternidad que asumen esta misión corresponsablemente.

Quizá no es tan visible la riqueza que supone para la vida escolapia, incluso para la vida comunitaria escolapia. La Fraternidad y la comunidad religiosa de un lugar pueden encontrar espacios compartidos de oración, de celebración, de reflexión... de vida. Cuando la comunidad religiosa o la Fraternidad son reducidas en número o en fuerzas, el compartir momentos es un apoyo muy importante. La existencia de algunas comunidades conjuntas es una experiencia que está siendo muy valiosa. La Comunidad cristiana escolapia adquiere más fuerza y visibilidad cuando es una realidad impulsada juntamente por la comunidad religiosa y la Fraternidad.

La organización escolapia con la Fraternidad también gana considerablemente. No solo por el número y las posibilidades conlleva, sino también porque facilita opciones escolapias importantes como son la puesta en marcha del modelo de presencia escolapia y la misión compartida institucional en la red Itaka – Escolapios.

Merece la pena detenerse más en la riqueza que supone para la espiritualidad escolapia.

La espiritualidad escolapia, más encarnada y visible

La espiritualidad escolapia, que tiene su fuente en Calasanz, es sumamente rica aunque no siempre suficientemente conocida y presentada en los entornos en que nos encontramos. Son muchas las publicaciones que ayudan a descubrirla, a hacerla viva, a darla a conocer a los demás (las podemos encontrar en <https://edicionescalasancias.org/espiritualidad/>).

La Fraternidad asume la espiritualidad escolapia como propia, se forma en ella, la encarna en sus miembros y comunidades... y ayuda a que sea más visible y convocante en los lugares en que se encuentra.

Conviene recordar brevemente algunos elementos de esta espiritualidad que nos configura a los escolapios, religiosos y laicos:

De la espiritualidad de Calasanz, místico en la acción

- Centralidad de la misión, del servicio y atención a los demás y, especialmente, a los más pobres.
- Creatividad y liderazgo para llevar adelante la misión escolapia.

- Conocer y aprovechar espiritualidades del entorno como hizo Calasanz con los franciscanos, los carmelitas, jesuitas.
- Permanente actitud de conversión, de escucha de las necesidades de los necesitados, de despojamiento de los propios planes... como fue la trayectoria entera de nuestro Fundador.
- Pobreza personal, austeridad para dedicar todos los recursos a los más desfavorecidos, cercanía a los pobres, entrega total a los pequeños y necesitados.
- Fidelidad, disponibilidad, autenticidad y coherencia hasta el final, como actitudes permanentes para llegar a la voluntad de Dios.
- Humildad, sencillez, obediencia, paciencia, perdón, magnanimidad, amabilidad, mansedumbre, suavidad, modestia, en la vida comunitaria y con las demás personas.
- Oración personal y comunitaria, también como elemento fundamental en la educación de los niños y jóvenes.
- Consuelo, gozo, alegría, felicidad, esperanza, confianza, dones de Dios encontrados en la oración y la dedicación a la misión
- Configuración con Jesucristo meditando en Cristo crucificado, imitando a Jesús, viendo a Cristo en los pequeños

De la vida escolapia a lo largo de la historia

- La profundización en la vida religiosa con sus elementos constitutivos: profesión de votos, vida comunitaria, misión escolapia...
- La vivencia de la espiritualidad ministerial como sacerdotes
- La adecuación escolapia a la historia social, teológica y eclesial
- La creciente importancia de la Palabra y de la comunidad viva en nuestra Iglesia
- La necesidad de un testimonio de vida personal y comunitario en nuestra misión

- La creciente conciencia misionera en los escolapios
- La vivencia espiritual como Orden, con sus componentes de interculturalidad y universalidad

Actualizar la espiritualidad con la aportación de la Fraternidad

La vida de la Fraternidad introduce nuevos elementos que enriquecen la ya valiosa espiritualidad escolapia:

- Importancia de los relatos vocacionales personales y de la Fraternidad, donde toma forma la vivencia espiritual: símbolos, lugares, metáforas que utilizamos.
- Las experiencias vividas que han llevado a la Fraternidad: los procesos educativos, el Movimiento Calasanz, la dedicación a los más pobres, las celebraciones significativas, la vida en grupo y comunidad, el acompañamiento, la relación con otras realidades escolapias, los testimonios de vida, las propuestas personales...
- La valoración de nuestras plataformas de misión: la pequeña comunidad, la Fraternidad, la Provincia, la Orden, los colegios, los centros sociales, el Movimiento Calasanz, las parroquias, proyectos sociales... Itaka – Escolapios como novedad de misión compartida internacionalmente.
- Los nuevos desafíos de nuestra realidad: la innovación pedagógica y pastoral, las nuevas pobreza y focos de marginación y exclusión, el feminismo, la ecología integral y el cuidado de la casa común, la multiculturalidad e interculturalidad, la denuncia social y profética, el compromiso político, los nuevos lenguajes para transmitir la fe, los nuevos modelos de familia...
- La necesaria mayor formación y participación del laicado, de los jóvenes, de las comunidades en la vida eclesial y escolapia
- Importancia de la Eucaristía como centro de la vida de la comunidad, con liturgia viva, con signos más transparentes y transformadores.

- Vivencia espiritual en pequeña comunidad, en Fraternidad, en Escuelas Pías, en Iglesia universal, en la humanidad entera, en la creación.
- Vivencia de la diversidad vocacional, de la complementariedad de las espiritualidades laical, religiosa y presbiteral, vivida en esta Comunidad cristiana escolapia tan rica.
- Importancia de ser referentes, significativos/as, atractivos/as y convocantes

Estos apuntes son claramente incompletos, pero nos pueden servir como explicitación del enriquecimiento que supone para la Fraternidad y desde ella para los demás de la espiritualidad escolapia de ayer, de hoy y del futuro. Un buen ejercicio comunitario puede ser completar estos guiones con la propia experiencia vivida en la Fraternidad.

Testimonio

Fraternidad escolapia es... ¡una escuela de amor!

Señor, enséñanos a amar, a aquellos que no tienen quien los ame. Hay millones de seres humanos, tus hijos y nuestros hermanos, que mueren de hambre sin haberlo merecido, que mueren de sed, sin haber hecho nada para morir de sed, que no te conocen, sin ser culpables de esta ignorancia.

Señor, no permitas que vivamos felices y satisfechos en nuestro pequeño mundo. Haznos entender la angustia de la miseria universal y líbranos de nuestro yo, ciego y solitario. Esta es nuestra ardiente oración.

Nuestra fraternidad es...

... mantenerse unido a Jesús, vid que da vida, y dar fruto abundante. Y todo ello desde esa faceta de Jesús que tan bien desarrolló Calasanz: la atención a los niños, a los pobres, a los jóvenes.

Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador. Todo sarmiento mío que no da fruto lo corta; los que dan fruto los limpia para que den más. Vosotros ya estáis limpios por el mensaje que os he comunicado.

Seguid conmigo, que yo seguiré con vosotros. Si no sigue en la vid un sarmiento no puede dar fruto solo; así tampoco vosotros si no seguís conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que sigue conmigo y yo con él es quien da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no sigue conmigo, lo tiran como a un sarmiento y se seca; los recogen, los echan al fuego y los queman. Si seguís conmigo y mis palabras siguen con vosotros, pedid lo que queráis, que se cumplirá. En eso se manifiesta la gloria de mi Padre: en que deis fruto y seáis discípulos míos.

(Juan 15, 1-8).

.....

Poner en marcha la fraternidad

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos”.

(1 Juan 1, 1)

La puesta en marcha de la Fraternidad es un paso de gran importancia para la vida y misión de la Demarcación correspondiente y para su misión. Conviene por ello presentar algunas orientaciones para ello y recordar que siempre se puede contar con la ayuda del Consejo de la Fraternidad General, con las demás Fraternidades y con la Orden.

La decisión para comenzar

La apertura de la Orden al laicado es una constante desde su inicio, que cobra todavía más intensidad con el Concilio Vaticano II y las orientaciones que van surgiendo en la Iglesia y en la vida consagrada. Desde la aprobación en el Capítulo General de 1997 el documento marco “Los Laicos en las Escuelas” y desde entonces en todas las directrices escolapias, la apertura al laicado y a compartir juntos, religiosos y laicos, es una realidad viva y creciente.

Caben diversas modalidades de participación en las Escuelas Pías, que solemos agrupar en cuatro grandes capítulos para mejor comprensión: la colaboración en la misión, los equipos de misión compartida, la Fraternidad que supone la integración carismática y los Escolapios Laicos con una integración carismática y jurídica.

Cuando se plantea dar pasos para iniciar la Fraternidad es necesario tomar una decisión fundamental: estar preparados y dispuestos

a compartir el carisma con la Fraternidad, otra entidad diferente de la Orden y, a la vez, muy próxima. Esta es la decisión: que los religiosos de esa Demarcación y los laicos que pudieran entrar en la Fraternidad estén dispuestos a prepararse para asumir junto, Provincia y Fraternidad, el carisma escolapio hoy.

Conocer lo que supone el reconocimiento de una Fraternidad

La Congregación General publicó en 2011 “La Fraternidad de las Escuelas Pías”. Es un documento de gran importancia que es necesario conocer en profundidad y aplicarlo a la realidad concreta de cada Provincia antes de poner en marcha la Fraternidad. Esta es la tarea primera.

En las Escuelas Pías siempre ha habido colaboradores y es impensable nuestra historia sin ellos. En los últimos tiempos la puesta en marcha de la integración carismática (la Fraternidad) y jurídica introduce una importante novedad en la Orden.

En el Congreso de espiritualidad calasancia de Bogotá en abril de 2014, José Pascual Burgués decía: “Creo que este es el cambio más importante que se está produciendo en la Orden en nuestros días, más incluso que la restructuración porque tendrá mayores consecuencias... comparable a la apertura a otros continentes y a otros ministerios”.

Es preciso conocer la reflexión que se está llevando y que se presenta muy ordenada en unos pocos documentos, entre los que conviene ahora destacar:



El laicado en las Escuelas Pías (Capítulo General de 1997)



La Fraternidad (Congregación General 2011)



Participar en las Escuelas Pías (Secretariado General IC-MC 2012)



Directorio de la Participación en las Escuelas Pías (Capítulo General 2015)

Tras el estudio de esta reflexión conviene destacar algunas consecuencias que comporta la puesta en marcha de la Fraternidad en una demarcación escolapia:

1. A lo largo de la historia ha sido una constante la participación, por parte de seglares, del espíritu y misión de Calasanz (*"La Fraternidad de las Escuelas Pías"*, nº 2.). Aun así, los responsables del carisma escolapio hemos sido los religiosos. Nos hemos sentido interpelados por el descubrimiento de Calasanz, por la necesidad de tantos niños y jóvenes que reclaman nuestra actuación y por la llamada de Dios a consagrar nuestra vida a esa misión. Esto que sigue siendo realidad está experimentando un cambio.
2. El concilio Vaticano II, la reflexión posterior de la Iglesia y de las Escuelas Pías nos han hecho que el carisma escolapio no es propiedad de nadie más que del Espíritu y que puede y debe ser compartido con aquellas personas que se sientan llamadas a ello (*"La Fraternidad de las Escuelas Pías"*, nº 3. *Vita consecrata*, nº 54). El Espíritu llevó a las primeras comunidades cristianas a salir a los no judíos (Hechos 15, 7-8), nos ha llevado y nos sigue llevando a los escolapios a nuevos países y obras, nos está llevando también a nuevas formas de participación del laicado con lo que supone de cambio de mentalidad y de organización de las Escuelas Pías.
3. La Orden nos invita a poner en marcha la Fraternidad escolapia (*"La Fraternidad de las Escuelas Pías"*, nº 7-8.), reconfigurando las Escuelas Pías como lugar de inserción eclesial para aquellas personas que se sientan llamadas a ello y como espacio de caminar juntos religiosos y laicos (*"La Fraternidad de las Escuelas Pías"*, nº 12.).
4. El inicio de la Fraternidad en una Provincia implica responsabilidades para la Provincia y para los religiosos: poner en marcha los itinerarios y procesos de convocatoria y formación hacia la Fraternidad, compartir el carisma, acoger a los hermanos y hermanas de la Fraternidad, acompañarles desde el propio ministerio, participar adecuadamente en la Fraternidad,... (*"La Fraternidad de las Escuelas Pías"*, nº 15)
5. Iniciar la Fraternidad es que todos, religiosos y laicos, seamos conscientes de que comienza no un grupo más de colaboradores, sino la comunión de comunidades que encarna junto con

la Provincia el rostro de Calasanz. La coherencia personal y comunitaria, la calidad del testimonio de vida, la disponibilidad y dedicación, son consecuencias inmediatas.

6. Iniciar la Fraternidad supone un cambio profundo que obliga a reconfigurar la Provincia y su funcionamiento, buscando formas de participación real en las decisiones, en los trabajos, en los compromisos mutuos. Conviene poner en marcha encuentros periódicos de la Provincia y Fraternidad, así como de la Congregación con el Consejo (“La Fraternidad de las Escuelas Pías”, nº 15 f).
7. Es importante situar bien la participación de los religiosos en la Fraternidad: todos la apoyamos y la reconocemos, aquellos que puedan y sean llamados a ello participan en las comunidades de la Fraternidad enriqueciendo así su vocación religiosa escolapia. El papel del religioso en la Fraternidad es muy rico: es un hermano más en la comunidad y también ha de aportar su especificidad vocacional y ministerial. En la medida de lo posible conviene que haya también otros encargos y ministerios en la Fraternidad para situar mejor entre todos el papel del religioso y del sacerdote en la diversidad vocacional de la comunidad.
8. Es fundamental cuidar la admisión, formación y discernimiento de las personas que van a acceder a la Fraternidad¹⁵, especialmente los primeros que se convierten en referencia para quienes irán llegando en el futuro.
9. Itaka – Escolapios, red de demarcaciones y fraternidades escolapias, es una plataforma que encarna esta realidad de misión compartida. Sirve así como ayuda a la misión en red internacional y se convierte en un lugar privilegiado de participación compartida de la Provincia y de la Fraternidad, no solo para el desarrollo de determinados proyectos o solo para la misión, sino también como espacio de vida y discernimiento compartido.

15 Las Constituciones dicen en su nº 9: “Como esta tarea que traemos entre manos es de tanta trascendencia y exige personas dotadas de la mayor caridad, paciencia y otras virtudes, habrá que considerar con gran atención quiénes deben ser admitidos o excluidos a la formación para nuestro ministerio”. Aunque se refiere a los religiosos, es aplicable de forma análoga a los hermanos y hermanas de la Fraternidad.

10. La puesta en marcha de la Fraternidad ha de ser una decisión del Provincial con su Congregación y, en la medida de lo posible, conviene que cuente con el decidido y manifiesto apoyo de todos los religiosos que conforman la Provincia. Ha de contar también con el visto bueno del Consejo de la Fraternidad General.

Iniciar la Fraternidad es enriquecer y transformar las Escuelas Pías de una Demarcación

Dar los pasos para comenzar una Fraternidad es estar dispuesto y preparado para hacer esta transformación profunda de la realidad escolapia de la Provincia.

Y también supone seguir algunos pasos concretos:

1. Convocar al grupo de personas que podrían iniciar la Fraternidad, darles la información necesaria e invitarles a hacer un proceso de discernimiento a la Fraternidad.
2. Desarrollar este plan de preparación. En las páginas siguientes se aportan unas cuantas indicaciones para ello.
3. La participación de los religiosos es muy importante en este momento, para acompañar y para una mejor comprensión para ellos mismos de su participación y pertenencia a la naciente Fraternidad.
4. Elaborar el documento concreto que define la Fraternidad en esa demarcación. Se debe utilizar como marco fundamental el documento marco, “La Fraternidad de las Escuelas Pías” y también se pueden aprovechar los documentos de otras Fraternidades¹⁶.
5. Entrar en contacto con el Consejo de la Fraternidad General para mantenerle informado y para recibir la asesoría necesaria y, en su momento, el visto bueno necesario para la aprobación del documento de la Fraternidad.
6. Preparar el momento de inicio de la Fraternidad, con la información conveniente a las personas que forman parte de algu-

16 Los podemos encontrar en <https://www.escolapios21.org/fraternidades/estatutos-de-fraternidades/>

na manera en la vida escolapia y con la celebración apropiada donde harán su promesa los primeros miembros.

7. Discernir quién puede entrar en cada momento a la Fraternidad. En un primer momento será importante el papel del Superior Provincial, de los religiosos que acompañan el proceso... y más adelante será el propio Consejo de la Fraternidad con los acompañantes en la preparación de los nuevos componentes quienes asuman esta responsabilidad. Debe cuidarse que sea una decisión personal, quizá con la presentación de una carta personal pidiendo la entrada que dé pie a un diálogo con algún responsable de este proceso.

A continuación presentamos algunos capítulos que pueden ayudar en este proceso previo.

Testimonio desde Serra - Brasil

Conocer la misión escolapia cambió mi mirada para los niños y adolescentes, principalmente los más pobres.

Después de una larga trayectoria, mi familia y yo llegamos al municipio de Serra/ES, y comenzamos a participar de la Parroquia San José de Calasanz en los barrios de Feu Rosa, Vila Nova de Colares y Nueva Zelandia, región de la periferia del municipio. Renata, mi hija, me presentó al padre José Carlos, párroco de la parroquia a la que pertenezco y Director del centro social San José de Calasanz.

Nací en una pequeña ciudad en el Estado de Minas Gerais, donde inicié la vida cristiana a través del bautismo e hice el proceso de una niña, pasé por el grupo de adolescentes y, posteriormente, por los grupos de jóvenes. En las ciudades donde viví, estuve siempre presente en la vida y en las acciones de las parroquias.

Todo lo que aprendí y viví en la infancia, adolescencia y juventud son los pilares de la vida adulta que me colocaron en el camino. Hasta llegar a Serra pasé por nueve parroquias, siempre aprendiendo y actuando: grupos de jóvenes, pastoral familiar e catequesis, pero todavía faltaba por llegar lo que sería un punto de inflexión, el encuentro con los escolapios.

Entrando en el centro social como voluntaria, inicié una nueva etapa en mi vida de caminar en la fe. Y, para mayor alegría, me encon-

tré con el P. José Luis que, con mucha sabiduría, nos acompaña, nos orientan y nos obsequia con sus enseñanzas. Descubrí un espacio que invita a creer que es posible luchar por un mundo mejor, un espacio que permite mirar a los niños y pensar en su desarrollo y crecimiento humano y espiritual. Un espacio de vida, pues ahí están los niños y adolescentes con brillo en los ojos, con sueños y esperanzas.

Fui invitada a ser parte de un equipo que desarrolla el trabajo con las familias de los niños y adolescentes que están en el centro social: Proyecto Familia. Una acción que desde el comienzo me encantó, y con el objetivo de crear un espacio con posibilidad de acoger y escuchar a tantos padres y madres repletos de ansiedades y esperanzas. El Proyecto Familia anima al diálogo y a compartir la vida, y estos elementos son capaces de promover la transformación. Se trata de una propuesta que invita al cuidado en su plenitud: mirar a los niños a través de sus familias.

Conocer los padres y la misión escolapia me tocó profundamente y ese sentimiento se amplió cuando fui invitada a ser parte de la Fraternidad escolapia. Al final, Dios nos llama de las más diferentes formas. Después de dos años y medio de discernimiento, estudiando y conociendo al santo padre José de Calasanz y su carisma, me encontré frente al gran momento: decir SÍ emitiendo la promesa junto a la Orden escolapia y colocándome a su servicio.

Al decir SÍ se reproduce en mí una nueva y apasionante manera de vivir una vida en comunidad de hermanos que comparten la vida y la Palabra de Dios, que sueñan los mismos sueños, que asumen la misma misión como sustento para sus vidas.

Un SÍ que me lleva a formar parte de algo mayor, un compromiso: Vivir la fe, siguiendo los pasos de Calasanz. Servir a Dios y a los niños, preferencialmente a los más pobres.

Maria Emília da Silva Jorge, Fraternidad de Serra – Brasil

Vida de las comunidades cristianas primitivas

Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres sabios, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana, sino que, habitan-do ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo,

y adaptándose en comida, vestido y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros: toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña. Se casa como todos, como todos engendran hijos, pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en carne, pero no viven según la carne. Obedecen a las leyes, pero sobrepasan a las leyes con su vida. A todos aman y de todos son perseguidos. Se les desconoce y se les condena. Se les mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a todos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonorados y en las mismas deshonras son glorificados. Se les maldice y se les declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen el bien y se les castiga como malhechores. Condenados a muerte, se alegran como si les dieran la vida.

(Carta a Diogneto, año 86)

Opción por las pequeñas comunidades en red

En la Iglesia existen diversos conceptos de comunidad. Y no todos son igualmente válidos, ni mucho menos. La Iglesia ha asimilado la palabra comunidad como muchas de las grandes palabras que tenemos (amor, perdón...). Así se habla de comunidad universal, comunidad parroquial, comunidad de los cristianos...

Hay que decir bien claro: la Iglesia Universal puede ser comunión, pero no comunidad. Una parroquia puede tener espíritu comunitario, debe ser comunidad de comunidades, pero no es comunidad en el sentido que aquí estamos presentado: la comunidad es un grupo pequeño de personas, que se conocen entre sí y son reconocibles.

Por otra parte, la comunidad no es para unos pocos, para los más radicales. Al igual que los grandes elementos de nuestra fe, como la oración o el servicio, la comunidad es para todos. Será diferente el estilo concreto de comunidad al que está llamado cada persona, pero no la llamada a compartir la fe en comunidad.

Hoy predomina el individualismo y la competencia sobre el compartir. Domina la desconfianza en los demás, quizá porque no nos

fiamos de nosotros mismos. Sí se dan experiencias generosas puntuales, pero el comprometer el futuro personal en comunidad es algo que resulta muy costoso. En una situación así, el presentar el seguimiento a Jesús en la pequeña comunidad es una audacia.

Pero no solo es el ambiente social y cultural el que no apoya esta opción. Tampoco en la Iglesia es siempre apoyado y valorado lo comunitario, pues se prefiere la organización, la presencia pública cristiana numerosa... Incluso hay recelo a lo comunitario por lo que puede suponer de posturas críticas, de fragmentación eclesial...

Hoy existen en nuestra Iglesia distintos modelos de inserción eclesial. Son fundamentalmente cuatro: las parroquias, los movimientos, las pequeñas comunidades y la asociación de pequeñas comunidades. Todas son consideradas válidas en nuestra Iglesia y pueden servir al cristiano en su seguimiento a Jesús. Pero no son iguales. Nosotros proponemos el modelo de las pequeñas comunidades asociadas entre sí.

Las parroquias pueden ser realidades muy vivas, con elementos comunitarios de gran valor... aunque no suele ser, desgraciadamente, lo más habitual. Los movimientos se fijan más en el equipo de misión, en el “ver, juzgar, actuar”, en las acciones de misión. Las pequeñas comunidades comparten con fuerza la vida pero tienen la debilidad de estar más aislada y dificultad para mantenerse en el tiempo. Las pequeñas comunidades asociadas entre sí tienen el valor de las pequeñas comunidades con el añadido de contar con una entidad que posibilita la mayor visión y permanencia.

¿Por qué, entonces, proponer la pequeña comunidad asociada como la forma más normal de ser cristiano?

Por motivos teológicos

Cuando Dios actúa produce siempre liberación y reunión fraterna. Esto se deduce del principio básico de que “Dios es amor” (1 Carta de Juan). Es el fundamento de la idea trinitaria de Dios. El amor no puede expresarse individualmente.

Mirando el Antiguo Testamento vemos que el Pueblo de Israel surge en la liberación de la esclavitud de Egipto que nos relata el Éxodo y de la asamblea de Siquem. Ahí es cuando se comienza a conocer

a Yahveh. Esto es algo nuclear: Israel siempre se definirá como una gran asamblea. Los profetas van en esta misma línea.

En el Nuevo Testamento, la experiencia es similar. Lo primero que hace Jesús, incluso antes de comenzar su vida pública, es reunir a un grupo para anunciar la Buena Noticia y liberar, que se manifestaba en aquellos tiempos y siempre en curar a los enfermos y expulsar a los demonios, el mal y la injusticia en el mundo. Los mismos apóstoles se liberan de lo cotidiano, dejando sus casas y sus trabajos, para participar de esa reunión fraterna de Jesús. En ese grupo se crean relaciones novedosas: nadie tiene que ser el primero, nadie oprime a nadie... Esa primera comunidad, con todos los fallos que va teniendo (a pesar de ser Jesús su catequista), es el que va a anunciar a Jesús después de muerto y resucitado. Por ellos nos llegará a nosotros el Evangelio.

Estrada nos lo explicaba de esta manera: Jesús intenta en primer lugar la conversión de todo el pueblo de Israel. Pero aquello fracasa. Se produce la crisis de Galilea. Jesús se da cuenta de que todo el pueblo no se va a convertir. Hay un cambio de estrategia: preparar a un grupo pequeño que mantenga la predicación del Reino y viva ya en esa realidad. Será la comunidad de Jesús con sus apóstoles.

Hoy nos pasa lo mismo: si esperamos la conversión de todo el mundo, la vuelta al estado de cristiandad... no será fácil ver frutos. Será preciso ir creando pequeños núcleos, como el de Jesús, que haga realidad en sí mismo y en su entorno ese Reino que propugnamos para todos.

Una vez muerto Jesús, continúa la misma experiencia: el Espíritu Santo les vuelve a reunir (desde Galilea donde estaban algunos) y les lanza a dar la Buena Noticia. El Espíritu Santo les reúne y les da fuerzas para la tarea de liberación.

Por eso, en la fe lo comunitario no es un añadido, sino que es algo que nos precede: por ella nos ha llegado el testigo de Jesús y la fe y la Iglesia es la única comunidad en que podemos sobrevivir como cristianos y seguidores de Jesús.

Por motivos eclesiales

En el Vaticano II, la Iglesia se presenta a sí misma como signo, sacramento e instrumento de salvación y reconciliación de la humanidad.

A pesar de esta realidad, la Iglesia puede ser anti-signo que no da fruto. Hoy en la Iglesia se produce una crisis de relevancia y signifi-

catividad. En lugar de ser un signo, muchas veces la gente tiene una sensación negativa de la Iglesia.

¿Cómo recuperar la significatividad? El único medio es que la fe se use, se valore, sea significativa para nosotros mismos. Y aquí tiene mucho que decir la comunidad. La comunidad es vivir el Evangelio. Y además es una manera de vivirlo que impacta, que crea interrogantes irresistibles. El vivir el Evangelio siempre sorprende. Hoy es imprescindible grupos de cristianos que vivan a fondo el Evangelio, que se atrevan a compartir, que cuestionen los valores de la sociedad.

La comunidad es un hogar y un taller, donde primero se experimenta lo que se quiere ofrecer a toda la sociedad. Este es el camino de toda comunidad centrada en Jesús. Si la Iglesia fuera así sería sorprendente, como lo está siendo en muchas ocasiones.

Por motivos socioculturales

No solo es cierto que la experiencia de fe es comunitaria, que la Iglesia se juega su futuro en la comunidad, sino que también cada persona necesita de la comunidad como de un oasis en medio del desierto.

Ser cristiano es ser seguidor de Jesús. Pero esto no es ser admirador de Jesús, ni dedicarle un rato, sino poner toda la persona a su servicio. Hoy, en una sociedad que no persigue a los cristianos pero en la que se da un ambiente que erosiona las convicciones creyentes, es precisa la comunidad. Y en aquellos países donde es perseguida, de forma sutil o violenta, es todavía más necesaria la vivencia comunitaria para perseverar en la fe y el seguimiento del Crucificado.

Hay tres relaciones que nos definen como cristianos: la fe como relación con Dios, el amor con los hermanos y el servicio al mundo. Las tres relaciones están amenazadas hoy en muchos de los entornos en que nos movemos. La fe por la secularización como sensación general. La experiencia de amor y fraternidad por la sociedad burguesa, consumista e individualista. El servicio se ve cuestionado por la injusticia estructural, que parece que desborda cualquier posibilidad de transformación.

La experiencia comunitaria hace posible la fe porque crea un espacio de plausibilidad. Se precisan espacios donde se valore lo que uno mismo valora. Ninguna creencia se mantiene sin un grupo que la respalde.

En cierta ocasión previno Dios al pueblo de un terremoto que había de tragarse las aguas de toda la tierra. Y las aguas que reemplazarían a las desaparecidas habrían de enloquecer a todo el mundo.

Tan solo el profeta se tomó en serio a Dios. Transportó hasta la cueva de su montaña enormes recipientes de agua, de modo que no hubiera ya de faltarle el líquido elemento en los días de su vida.

Y efectivamente, se produjo el terremoto, desaparecieron las aguas y una nueva agua llenó los arroyos y los lagos y los ríos y los estanques. Algunos meses más tarde bajó el profeta de su montaña a ver lo que había ocurrido. Y era verdad: todo el mundo se había vuelto loco y le atacaba a él y no querían tener que ver nada con él. Ya hasta se convenció todo el mundo de que era él el que estaba loco.

Así pues, el profeta regresó a su cueva de la montaña, contento por haber tenido la preocupación de aguardar agua. Pero, a medida que pasaba el tiempo, la soledad se le hacía insostenible. Anhelaba tener compañía humana. De modo que descendió de nuevo a la llanura. Pero nuevamente fue rechazado por la gente, tan diferente de él.

Entonces el profeta tomó su decisión: tiró el agua que había guardado, bebió del agua nueva y se unió a sus semejantes en su locura”.

(Anthony de Mello. “El canto del pájaro”. Sal Terrae)

Nuestra fe proviene de una comunidad y solo en ella se puede mantener. Los apoyos sociales a nuestra fe son escasos y hacen falta estructuras de plausibilidad para que permanezcan las creencias, porque en caso contrario se pierden o se enquistan en una secta o en el fanatismo. Pero la llamada de la Iglesia es ser fermento en medio del mundo, y todavía más con los seglares. Se nos pide no salirnos del mundo, pero sin perder la identidad

“Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. (...) adaptándose en comida, vestido y demás géneros de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de vida superior y admirable y por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman

parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria y toda patria tierra extraña. Se casan como todos, como todos engendran hijos, pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en carne, pero no viven según la carne. Obedecen las leyes, pero sobrepasan a las leyes con sus vidas. A todos aman y de todos son perseguidos. Se les desconoce y se les condena. Se les mata y con ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a todos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se les maldice y se les declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se les castiga como malhechores. Condenados a muerte, se alegran como si les dieran la vida”.

(Carta de Diogneto)

Es preciso tener una comunidad para poder seguir creyendo en un mundo secularizado. Hace falta un grupo que confirme la fe, esa relación con Dios. Muchas dificultades en la fe no vienen del Evangelio, sino del hecho de que la sociedad no la valora. La fe necesita el grupo. Cuando la sociedad entera era cristiana, quizá podría ser suficiente la misa dominical, pero hoy esto no es posible.

La experiencia de amor necesita una comunidad donde se compruebe la verdad de lo que afirmaba Jesús. La comunidad es el espacio donde se prueban las bienaventuranzas, donde se ve que el compartir es mejor que el competir. La comunidad es una especie de laboratorio de humanidad, algo imprescindible para hacer un anuncio creíble. Es fundamental el “a mí me ha pasado esto”. La comunidad tiene que ser, además de esa experiencia de Dios, un laboratorio de fraternidad y un compromiso de equipo.

El servicio, el compromiso, es imposible que dure y que tenga cierta calidad sin el apoyo de otros, sin la crítica, el aplauso y los ánimos de los demás. Los fracasos son numerosos en una sociedad como la nuestra y necesitamos de la comunidad para ello.

Nos puede pasar como en la parábola que plantea cómo los cristianos no debemos anteponer nuestros proyectos, legítimos, a la comunidad y a la transformación social:

“Un hombre daba un banquete y convidó a mucha gente. A la hora del banquete mandó al encargado a avisar a los invitados: ‘Venid, que ya está preparado’.

Pero todos, como de acuerdo, se fueron excusando. El primero le dijo: 'He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Dispénsame, por favor'. Otro dijo: 'He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor'. Otro dijo: 'Me acabo de casar y, naturalmente, no puedo ir'.

El encargado volvió a contárselo al amo. Entonces, el dueño de la casa, indignado, le dijo: 'Sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos'.

El encargado dijo: 'Señor, se ha hecho lo que mandaste y todavía queda sitio'.

Entonces el amo le dijo: 'Sal por los caminos y senderos e insísteles hasta que entren y se me llene la casa, porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi banquete'".

(Lc 14, 16-24)

La situación actual viene indicada por las siguientes características:

- Las comunidades existentes son pocas. Toda la Iglesia debería estar articulada en grupos primarios, con otras estructuras que las agrupen. La diócesis no puede ser signo de amor, porque para ello hay que verse y estar cerca y esto solo es posible en grupos donde las personas se ven y se reconocen.
- Las comunidades existentes difícilmente se entienden entre sí. Cada una se reproduce a sí misma. Y así, al juntarse, se convierte en una torre de Babel donde nadie se entiende: cada una habla su propia lengua.
- El clero está poco predispuesto a lo comunitario y prefiere y está más entrenado para organizar estructuras. Y más todavía cuando llegamos a los pastores y obispos, que esperan grandes manifestaciones juveniles y poco esperan de las pequeñas comunidades. Y así, en lugar de ser respaldadas, son, a lo más, consentidas.
- Hacer comunidad es algo apasionante y difícil. Porque no es sencillo ponerse de acuerdo. "Cuando dos están plenamente de acuerdo, es porque uno no piensa". Tras el primer momento de guardar las apariencias, van apareciendo las diferencias.
- No es lo mismo querer hacer un tipo de comunidad que hacerla. Del mismo modo que tampoco lo es el querer buscar

novia que encontrarla. Más que criticar a mis compañeros de comunidad, tendríamos que dar gracias porque hay hermanos que me aguantan.

Testimonio desde Governador Valadares (Brasil)

En agosto de 2011 comencé el Discernimiento de la Fraternidad escolapia en Governador Valadares –Minas Gerais y comencé a experimentar algo diferente y positivo en mi vida al participar en una pequeña comunidad, Emaús, en la que hoy soy miembro activo.

En cada encuentro tengo la sensación de que “quiero más”, pues creamos un ambiente de familia cristiana, donde compartimos la fe y la vida de todos los miembros. Siento una transformación diaria en mi persona, como miembro y coordinador de un consejo pastoral (Comunidad de santa Efigênia de la parroquia Nuestra Señora de las Gracias).

El carisma escolapio me lleva a entender que podemos transformar pequeñas gotas de agua en grandes océanos, siempre que procuremos dar oportunidades a nuestros hermanos en Cristo, marginados por la sociedad, sin derecho a voz ni sitio.

Con este sentimiento de pertenecer al carisma y misión escolapios, dejo estas palabras agradecido por ser parte de este gran proyecto.

Antônio Pinto Neto, Fraternidad de Valadares (Brasil)

Asamblea en la carpintería

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia, pero la asamblea le notificó que tenía que renunciar. ¿La causa? ¡Hacía demasiado ruido! Y, además, se pasaba el tiempo golpeando.

El martillo aceptó su culpa, pero pidió que también fuera expulsado el tornillo; dijo que había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo.

Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero a su vez pidió la expulsión de la lija. Hizo ver que era muy áspera en su trato y siempre tenía fricciones con los demás.

Y la lija estuvo de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro que siempre se la pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto.

En eso entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Finalmente, la tosca madera inicial se convirtió en un lindo mueble.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Fue entonces cuando tomó la palabra el serrucho, y dijo: “Señores, ha quedado demostrado que tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestros puntos malos y concentrémonos en la utilidad de nuestros puntos buenos”.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija era especial para afinar y limar asperezas y observaron que el metro era preciso y exacto.

Se sintieron entonces un equipo capaz de producir muebles de calidad. Se sintieron orgullosos de sus fortalezas y de trabajar juntos.

Ocorre lo mismo con los seres humanos. Observen y lo comprobarán. Cuando en un grupo se buscan a menudo defectos en los demás, la situación se vuelve tensa y negativa. En cambio, al tratar con sinceridad de percibir los puntos fuertes de los demás, es cuando florecen los mejores logros humanos.

Es fácil encontrar defectos, cualquiera puede hacerlo, pero encontrar cualidades, eso es para espíritus superiores que son capaces de inspirar todos los éxitos humanos.

(Martha Lambrechts)

Qué es la pequeña comunidad

La fórmula de la comunidad es: “C = C (C C C C C)”, es decir, la comunidad es compartir cinco elementos: contemplación, comunicación, conocimiento (formación), compromiso y la celebración. Jesús nos convoca para compartir estas dimensiones que son más que cristianas, pues son también experiencias profundamente humanas.

¿Qué diferencia hay entre un grupo cristiano y una comunidad? Un grupo suele centrarse en alguno de estos aspectos. La comunidad trata

de llegar a todos. Siempre estamos en un proceso hacia la comunidad y no vale ni un planteamiento legalista (comunidad es cuando se cumplen determinados puntos y no es comunidad cuando falta alguno) ni tampoco todo grupo es comunidad por el simple hecho de llamarse así.

La imagen de la comunidad es una planta o un árbol. La semilla, las raíces, es la oración: Dios que nos convoca, nos sustenta y nos da el soporte. Esa relación de cariño y amistad con Jesús es la raíz de la que dependerá toda la planta. Si el ambiente en el que está la planta es desértico, las raíces tendrán que ser mayores y más profundas.

“Una comunidad dice mucho cuando es de Jesús. Cuando habla de Jesús y no de sus reuniones. Cuando anuncia a Jesús y no se anuncia a sí mismas. Cuando se gloria de Jesús y no de sus méritos. Cuando se reúne en torno a Jesús y no en torno de sus problemas. Cuando se extiende para Jesús y no para sí misma. Cuando se apoya en Jesús y no en su propia fuerza. Cuando vive de Jesús y no vive de sí misma... Una comunidad dice mucho cuando es de Jesús. Una comunidad dice poco cuando habla de sí misma. Cuando comunica sus propios méritos. Cuando anuncia sus reuniones. Cuando da testimonio de su compromiso. Cuando se gloria de sus valores. Cuando se extiende en provecho propio. Cuando vive para sí misma. Cuando se apoya en sus fuerzas... Una comunidad dice poco cuando habla de sí misma. Una comunidad no se tambalea por los fallos, sino por la falta de fe. No se debilita por los pecados, sino por la ausencia de Jesús. No se rompe por las tensiones, sino por el olvido de Jesús. No se queda pequeña por carencia de valores, sino porque Jesús dentro de ella es pequeño. No se ahoga por falta de aire fresco, sino por asfixia de Jesús. Una comunidad solo se pierde cuando ha perdido a Jesús. Una comunidad es fuerte cuando Jesús dentro de ella es fuerte. Una comunidad pesa cuando Jesús dentro de ella tiene peso. Una comunidad marcha unida cuando Jesús está en medio. Una comunidad se extiende cuando extiende a Jesús. Una comunidad vive cuando vive Jesús. Una comunidad convence y lleva cuando es la comunidad de Jesús”.

(“Una comunidad que convence y llena”
de Patxi Loidi. Gritos y plegarias).

El tronco es la fraternidad. Normalmente, lo que nos une es la amistad y esto es más fuerte que cualquier cosa que nos pueda separar. Fraternidad es compartir lo que sentimos, aquello que hacemos, lo

que decidimos, las ilusiones... La fraternidad no puede caer en el legalismo. Ponemos en común lo bueno y también lo pobre de cada uno, porque muchas veces lo bueno se hace malo y al revés.

Las ramas son la formación, que no sirve en sí misma sino en el conjunto. Ponen en contacto el tronco con las hojas y los frutos. Es necesaria esta formación para no apropiarnos de la fe, para enriquecernos, para poder hacer comunión en la Iglesia teniendo un lenguaje común y para comprometerse.

El fruto es el compromiso transformador. “Por los frutos los conoceréis” (Mt 7, 15). Pero es preciso reconocer todos los frutos, los grandes y los pequeños. No solo son importantes los resultados llamativos, sino también los detalles simples de cada día que es preciso reconocer y agradecer.

La celebración, la fiesta, son las flores. Aparentemente no sirven para nada, pero son las que nos hacen vivir, las que evitan los agobios. El problema de lo celebrativo es el de autenticidad, de tener un motivo conjunto de fiesta. Si faltan las flores, quizá es porque no hay fruto o ramas... La celebración es final de algo y comienzo de otra realidad.

La comunidad no es una suma de cinco dimensiones, sino una articulación donde se produce una nueva realidad. No basta juntar unas raíces de cualquier lado, con unas hojas y algunas ramas... para que sea un árbol con vida. La vida le viene de tener bien articulados y propios los cinco elementos.

Toda comunidad debe tener estas dimensiones. Pero no hay un único modelo. El ritmo, la forma, el lugar dependerá de los miembros y de cada comunidad concreta. Lo más importante es estar en una dinámica de crecimiento de todas estas dimensiones.

Como definición de comunidad podríamos decir: una comunidad es un grupo reunido por Jesús, establemente, para orar juntos, querernos, reflexionar juntos, ayudar a los demás y festejar todo ello. Y cuando se relativiza todo lo demás desde esta realidad.

Cuatro criterios para valorar nuestra comunidad:

- Cuando Jesús se va haciendo centro de la vida y no un simple valor más. Y esto para todos los miembros de la comunidad. Y esto es una pelea diaria contra los ídolos que siguen estando bien presentes.

- Se va siendo más comunidad cuando se comparten más aspectos de la vida y se orientan desde el Evangelio. De las palabras a los sentimientos, de ahí a las opciones, y a los bienes y a la fe...
- Se es más comunidad cuando van creciendo los sentimientos de vocación, estabilidad, pertenencia...
- Y cuando se ve la fe en todas sus dimensiones, no limitándose a algunos de sus aspectos únicamente.

El trabajo de construir una comunidad es el trabajo de un “arquitecto”. Éste, antes de construir y mientras lo está haciendo, mira el clima del lugar (el contorno en el que se mueve la comunidad), el suelo donde irán los cimientos (el estrato eclesial en que se va a insertar), los materiales de construcción (las personas concretas que forman la comunidad), el diseño y características de la casa (el estilo de comunidad), los posibles riesgos que tenga que afrontar, etc.

Experiencia desde Cochabamba (Bolivia)

Mi vida adulta está estrechamente ligada a la fraternidad escolapia. En 1991 acabé mis estudios universitarios de Biología. A la vez que para mí era el momento de discernir y tomar decisiones clave, se forma la comunidad de Itaka en Bilbao ofreciendo una desembocadura a personas que procedíamos del catecumenado de jóvenes y de adultos. Esos primeros años de los 90 fueron muy intensos tanto personalmente como para la comunidad. En esta época la comunidad de Itaka va definiendo y tomando conciencia de su identidad, constituyéndose como Fraternidad escolapia en 1996.

Una de las características que más admiro de nuestra Fraternidad escolapia de Itaka es el estar siempre en proceso de búsqueda, en continuo movimiento, buscando responder a lo que el mundo y la iglesia necesitan. En este ambiente me ha resultado fácil el estar disponible a las necesidades de la fraternidad y de la misión escolapia e ir asumiendo diferentes retos y compromisos: cuatro años como “liberado” en la asociación Itaka (después Itaka-Escolapios), tres años de envío a Valencia (Venezuela), trabajo como profesor en el colegio Calasancio de Bilbao tomando progresivamente diferentes responsabilidades pastorales y de gestión, formar parte de la comunidad conjunta Mikel Deuna, ser animador y miembro del Consejo Local de la fraternidad,...

Esta actitud de apertura a la acción del Espíritu ha llevado a la Fraternidad a ampliar horizontes, a abrir pistas, hacia dentro y hacia fuera desarrollando ministerios, canalizando la diversidad vocacional, asignando diferentes encomiendas, responsabilizándose de la misión escolapia, alumbrando Itaka-Escolapios,... Haciéndose más universal, estando presente en nuevos lugares, sintiéndose parte de una realidad eclesial y escolapia mucho más grande,...

Desde esta vivencia de Fraternidad, rica en ministerios y diversidad vocacional, abierta a las necesidades del mundo y de la Iglesia, en 2010 recibo la llamada a ser religioso y sacerdote escolapio. En el sí que doy a esta propuesta la Fraternidad juega un papel muy importante: por las experiencias vividas con anterioridad y por el apoyo dado en ese momento.

En 2011 hago mi profesión simple como religioso tras el año de noviciado. Desde entonces, cada cuatro años he sido enviado a un nuevo destino. Primero, a Vitoria-Gasteiz donde hice mis estudios de Teología y en 2015 mi profesión solemne. Después, en 2015 soy enviado a mi ciudad de origen, Bilbao, donde recibí las ordenaciones diaconal y sacerdotal. Y, por último, en 2019, a la provincia de Brasil-Bolivia, concretamente a la ciudad de Cochabamba.

En los tres lugares formando parte de una comunidad conjunta formada por religiosos y escolapios laicos (temporales, definitivos o enviados), compartiendo la vida, la fe y la misión con familias. En los tres lugares, viviendo en fraternidades diversas, sobre todo en número, pero volcadas en la misión, abiertas a nuevos horizontes misioneros, ofreciendo caminos a los jóvenes y dejándose renovar por ellos. En los tres lugares trabajando y viviendo desde el modelo de presencia.

Al mirar hacia atrás, el sentimiento que domina es el de agradecimiento por todo lo vivido. Al mirar hacia delante, desde esta tierra boliviana, esperanza en lo que está por venir. Le pido a Dios que me dé, que nos dé fidelidad a la vocación recibida y a las promesas realizadas. Seguro que nos seguirá sorprendiendo.

P. Alberto Prieto

Nos necesitamos

En el centro de un gran bosque había un gran árbol, un magnífico árbol. A su sombra se sentaban a descansar. Los caminantes y en sus ramas los pájaros construían sus nidos.

Pero un día las ramas dijeron: “¿Veis lo importantes que somos? Causamos la admiración de todos los que nos ven y los pájaros están muy contentos de vivir con nosotras... Además ¡qué colorido tan maravilloso tienen nuestras hojas! ¿Qué tenemos nosotras que ver con ese sucio y viejo tronco, tan feo y horrible, y cuánto menos con esas apestosas raíces que están todo el día bajo tierra?”

Y decidieron que desde aquel día vivirían solas, sin necesitar de nadie.

El tronco por su lado dijo: “¿Qué sería del árbol sin mí? Soy quien sustenta a las ramas y doy vigor a todo el árbol. Si yo no estuviese aquí las ramas no tendrían fundamento ni savia que les diese colorido y vida... Soy ciertamente el más fuerte e importante”.

Nosotras sí que somos bien importantes, dijeron las raíces. El árbol no podría subsistir sin nosotras que absorbemos de la tierra, la sustancia con la que producimos el alimento que sustenta al tronco y a las hojas. Por eso no tenemos nada que ver con ese tronco tan antipático y gordo y menos con esas ramas tan creídas. Desde hoy nos alimentaremos nosotras solas y no daremos nuestra savia a nadie. Y así lo hicieron.

El gran árbol comenzó a secarse. Las hojas se cayeron, y el tronco se quedó sin una gota de savia. Las raíces estaban más tristes que nunca. Los pájaros abandonaron los nidos construidos en las ramas, y la gente que pasaba por el bosque, ya no se sentaba a tomar la sombra... Todo el bosque estaba muy triste porque el gran árbol se estaba muriendo.

Pero poco a poco las raíces, las ramas y el tronco, se dieron cuenta de que no podían vivir separados, que estaban hechos unos para otros, que la importancia no era de cada uno, sino del árbol que todos formaban... Así que las raíces dejaron de guardarse la savia, solo para ellas, y se las dieron al tronco. Este, al principio, se negaba a participar pero al fin también colaboró. Las ramas se alegraron al recibir la primera gota de savia, y pidieron perdón al tronco y a las raíces por haberlos despreciado. Todo volvió a ser como antes. Los pájaros siguieron anidando en sus ramas y la gente sigue tomando la sombra bajo su copa.

El árbol ya está de nuevo feliz y el bosque se alegra con él.

La vocación a la comunidad

Rompiendo mitos que nos dañan

Conviene comenzar desmontando algunos mitos sobre la comunidad que se convierten en grandes enemigos de la comunidad real.

Los mitos son creencias que, sin ningún tipo de crítica, aceptamos e influyen en nuestros comportamientos. Los mitos nos frenan, precisamente porque tienen una parte de verdad.

Intenta identificar cuáles de estas expresiones te has dicho muchas veces en tu experiencia de grupo o en la imagen que te haces de lo que debiera ser una comunidad y añade otras de tu propia cosecha que has ido descubriendo.

1. Porque conozco y me entusiasma Jesús, soy ya seguidor suyo
2. Porque somos amigos y creemos en Jesús, somos comunidad
3. Los demás esperan de la comunidad lo mismo que yo
4. En la comunidad todos vamos a ser iguales y haremos lo mismo
5. En la comunidad no debe mandar nadie, debemos ser totalmente democráticos
6. Las comunidades fracasan porque cada uno va a lo suyo
7. Que lo haga el que sepa, el responsable. Yo no valgo.
8. En la comunidad no hay normas ni legalismos
9. Todos estamos igual de convencidos del proyecto de la comunidad
10. Somos un grupo abierto: cualquiera puede entrar sin mayores consideraciones
11. Las discusiones, broncas, conflictos y críticas rompen la comunidad
12. Ser sincero es poder “cantar las cuarenta”
13. La fraternidad implica pensar, sentir o hacer lo mismo
14. En la comunidad satisfaré todas mis necesidades
15. Comunidad: grandes expectativas a bajo costo
16. Lo esencial es el esfuerzo y las técnicas de grupo
17. Lo más auténtico y sincero es lo espontáneo
18. Tengo que simpatizar con todos y sentirme a gusto
19. Yo tengo derecho a elegir a los compañeros de mi comunidad
20. Los de fuera son mejores que nosotros en todo

21. El tiempo arreglará los problemas
22. El causante del problema es X
23. Todos somos responsables de lo que pasa
24. La comunidad es mi manera de entender mi inserción eclesial
25. Los independientes y autónomos frenan la comunidad
26. Basta hacer comunidad para crecer
27. Si algo no funciona hay que remontarse a pasadas discordias
28. Los demás deberían intuir que a mí me pasa...
29. Para mejorar, la clave es analizar y criticar los fallos de la comunidad
30. Cuando se discute: ¡que gane el mejor!
31. La buena comunidad es cuestión de suerte en los miembros que la compongan
32. Con esta persona o problema no hay solución posible, perdón o esperanza de arreglo
33. Cada uno sabe cuál es la vocación de la comunidad
34. La comunidad ideal es la que coincide conmigo y mis criterios
35. Si hay problemas en la comunidad, la solución es una “buena dinámica de grupos”
36. Si mi pareja no está en comunidad no tiene sentido que yo lo esté
37. La comunidad la intuyo como el modo adulto de vivir mi fe cristiana
38. ...

Qué es la vocación

*Nadie fue ayer, ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios
por este mismo camino que yo voy.*

*Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen Dios.*

(León Felipe)

La llamada de Dios a cada uno es única e irrepetible. Cada uno tiene su camino, que Dios mismo ha escogido y soñado para él, y lo importante es descubrirlo. Helder Câmara decía que “el secreto de la eterna juventud es tener una causa a la que dedicar la vida”.

De esto se trata ahora. ¿Cómo pasar del deseo a la realidad? ¿Cómo concretar el sueño en una opción? ¿Cómo hacer real la ilusión en una profunda motivación? ¿Cómo discernir si estoy llamado a la comunidad?

Y esto es la vocación. La llamada que Dios nos hace a cada uno. La vocación que puede aplicarse a cualquier campo (misión, estado de vida...), pero que ahora concretaremos en la vocación a la comunidad. Una llamada que sigue siendo única para cada persona concreta.

Es importante caer en la cuenta de que la propia vocación tiene dos dimensiones: se descubre por un lado y, por otro, se riega y se va trabajando en el día a día. Y no basta con una sola de ellas, si no se produce la otra.

Toda vocación tiene siempre tres rasgos:

- Descubro una posibilidad de ser feliz en profundidad. Una alegría profunda cargada de problemas, pero que siento como llamada a vivir más plenamente. No es un deber ni esfuerzo, aunque también lo supone, pero no como elemento primero. Hay que ver si esa llamada me hace feliz, más que cualquier otra. No es lo primero la cruz, sino una felicidad que es cara. O se quiere vivir una vida apasionante con grandes riesgos y eso es lo vocación o no se vive a fondo.
- Toda vocación es elección y renuncia. Esto es algo que cuesta al joven, porque elegir es renunciar. No se puede ser todo a la vez. Así como estamos llamados a seguir a Jesús (y eso es lo que hemos ido viendo en las etapas anteriores de nuestro propio proceso), ahora tengo que descubrir cuál es mi forma concreta de vivir este seguimiento. Toda vocación es definirse. Al elegir se escoge lo que cree uno que más le va a valer, pero al hacer esta elección se está renunciando a otras posibles opciones. Si uno estudia una carrera deja todas las demás, si uno se casa con una persona renuncia al resto, si uno se compromete en una actividad deja el resto. Por eso, es preciso definirse: eso es la vocación.

- Toda vocación tiene un elemento de cruz, de carga. Cualquier elección (unos estudios, un trabajo, un estado de vida, una opción en cualquier campo) exige esfuerzo. Toda vocación tiene un coste, sus momentos difíciles y negros. Solo el que no elige se evita los problemas. Pero al precio de no vivir.

Analizando los elementos de la vocación

En cualquier vocación hay que considerar siempre cuatro elementos.

ME GUSTA	CONOZCO
ME SIENTO CAPAZ	ME ARRIESGO

Para estar motivado realmente tengo que decir sí a los cuatro elementos. Últimamente hemos insistido demasiado en el riesgo, pero hay que tener claro que por generosidad y empeño no se mantiene una vocación: al final se convierte en tal peso que no se mantiene: se puede lograr una fidelidad, pero a costa de la amargura. Por ello, tienen que compaginarse el gusto, el conocimiento, la capacidad y el riesgo que se asume. Quizá hoy los jóvenes no pequen de eso, sino de conceder demasiado peso al “me gusta”. Pero, en cualquier caso, son precisos los cuatro.

Lo primero en una vocación es que me guste, que me seduzca, me enamore, me cargue de ilusión, que conlleve para mí cariño y afecto, que me encante, que lo haya personalizado y esté motivado. Lo que no cumpla esto difícilmente me va a ser posible de seguir. Lo afectivo es lo efectivo. La racionalidad permite resolver problemas, pero lo afectivo nos permite disfrutar. Esto es la ilusión. El mundo de lo afectivo, de lo placentero, es una dimensión fundamental de la persona y por aquí viene mucho de la felicidad: lo que llega al corazón, lo que hace dichoso. Para ser vocación, tiene que gustarme. Lo que me gusta no es malo, como pueden decir algunos cristianos. La vocación no es renuncia para otra cosa; es el sentirse querido, valorado... Si no se tiene en cuenta este factor, acaba pasando factura, se vuelve en contra de uno como un boomerang. Pero tampoco

puede ser el único elemento. El niño es el que se mueve solo por lo que le gusta. Una vocación no es el simple “me apetece”.

Un segundo elemento es el conocimiento. Esto hace referencia a la capacidad de pensar. No tengo vocación si no conozco adecuada y suficientemente aquello en lo que me meto. Antes de optar, hay que conocer. En caso contrario, surge el fanático. Esto provoca infantilismo y una falsa opción. Somos también cabeza y tenemos que calcular los medios, las posibilidades... No se trata de saberlo todo, pues puede llegar a la paralización hasta que lo conozca todo, tarea que jamás acaba. Pero sin conocer, se va a ciegas.

También tengo que sentirme capaz. Tengo que verlo posible para mí. Nadie nace con una vocación ya hecha, sino que se va haciendo, regando y cuidando. Pero para ello es preciso sentirse capaz de ello. En los cristianos falta, a menudo, valoración y autoestima. Si creo que voy a pasarlo fatal porque no soy capaz, es mejor no empezar siquiera. Otras veces puede faltar realismo y desconocer las propias capacidades y actitudes que podrían llevarme a no ser capaz.

Finalmente, hace falta que me arriesgue. La fe tiene que ver en todos los niveles, pero aquí todavía más. Hay un riesgo en abrirse, en que no me acepten, que me fallen, que yo mismo les falle,... Porque el otro es otro y no es como yo. Aquí no hay garantías. Si la vocación es comunitaria, es con otros y tengo que fiarme de ellos y estar dispuesto a cargar con los costes que pueda suponer.

La vocación se realiza en las cuatro dimensiones que se complementan entre sí. En la medida en que me gusta voy conociendo más. Y mientras conozco me puede ir gustando. Si me siento capaz es más sencillo arriesgarse y si me arriesgo es sencillo el verse capaz. Si conozco puedo arriesgarme más fácilmente y si me arriesgo conozco más. Etc., etc.

En lo que respecta ahora a mi vocación a la comunidad me tengo que preguntar: ¿me gusta?, ¿conozco lo que supone?, ¿me siento capaz?, ¿estoy dispuesto a arriesgarme? ¿Tengo las cuatro dimensiones igualmente desarrolladas?

Pero no solo intervienen estos elementos en positivo. También podemos darle la vuelta. ¿Qué no me gusta? ¿Qué desconozco? ¿Cuáles son mis límites? ¿Qué miedos tengo? Es importante identificar estos

aspectos negativos y ponerles nombre. Los cristianos tenemos tendencia a idealizar la realidad y eso es peligroso. Hay que partir de la realidad: de lo que me atrae y me repele, lo que conozco e ignoro, de mis posibilidades y limitaciones, de mis opciones y mis miedos. Si conozco mis fallos (límites, miedos, desconocimientos,...) me será más fácil comprender a los demás. Esto nos lleva, además de conocernos a nosotros mismos, a ser menos críticos con los otros y más tolerantes.

Estos elementos más negativos a menudo se dejan de lado. Así, por ejemplo, hay parejas que después de largos noviazgos, en el último momento se rompen por haber olvidado esto. No hay que negar estos aspectos, sino quererlos y aceptarlos también. El que no tiene miedos, ni limitaciones, ni ignorancias ni nada que le disguste, está en claro riesgo, porque lo importante es la realidad y no solo mis expectativas o ilusiones. Para evitar que nadie quede tirado en la cuneta y quemado, hay que ser consciente de esto.

Complementariedad vocacional y capacidad de cambio

Hecho este doble análisis, todavía nos quedan dos pasos que dar: descubrir la complementariedad y nuestra capacidad de cambio.

Lo primero, ver la complementariedad que hay en nosotros, en lugar de criticar de los demás. Lo ideal es el equilibrio y la complementariedad. Ésta se da en el grupo. Uno querría que los demás fueran como yo, pero la comunidad enseña que no es así, que los otros quieren y valoran distinto y esto es precisamente la riqueza de la comunidad.

“Es un hecho que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, pero los miembros, aun siendo muchos, forman entre todos un solo cuerpo. Pues también Cristo es así... Y además tampoco el cuerpo es todo el mismo órgano, sino muchos. Aunque el pie diga: ‘como no soy mano, no soy del cuerpo’, no por eso deja de serlo. Y aunque la oreja diga: ‘como no soy ojo, no soy del cuerpo’, no por eso deja de serlo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo podría oír?; si todo el cuerpo fuera oído, ¿cómo podría oler? Pero, de hecho, Dios estableció en el cuerpo cada uno de los órganos como él quiso. Si todos ellos fueran el mismo órgano, ¿qué cuerpo sería ése? Pero no, de hecho hay muchos órganos y un solo cuerpo.

Además, no puede el ojo decirle a la mano: ‘no me haces falta’, ni la cabeza a los pies: ‘no me hacéis falta’. Al contrario, los miembros que parecen de menos categoría son los más

indispensables y los que nos parecen menos dignos los vestimos con más cuidado. Lo menos presentable lo tratamos con más miramiento, lo presentable no lo necesita.

Es más, Dios combinó las partes del cuerpo procurando más cuidado a lo que menos valía, para que no haya divisiones en el cuerpo y los miembros se preocupen igualmente unos de otros. Así, cuando un órgano sufre, todos sufren con él; cuando a uno le tratan bien, con él se alegran todos.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte es miembro”.

(1 Cor 12, 12-27)

La comunidad necesita de todos, porque somos distintos y esto es bueno. “Cuando dos coinciden de pleno, es que uno no piensa”. Lo que yo veo no lo ve el otro y viceversa. Esto permite que progrese-mos. Uno se arriesga en una cosa y otro en otra. A uno le gusta algo que al otro no le atrae y valemos para cosas diferentes...

Tanto en mí, como en el grupo, los polos son complementarios:

- El gusto y el riesgo van unidos pues me arriesgo más en la medida que me gusta y me gusta más según más me meto. Y lo mismo pasa con la conciencia de mis límites y el saber más. Y con cada uno de los elementos en relación con los demás.
- Cuando veo en mí mis puntos fuertes y débiles, comprendo mejor a mi hermano que también tiene sus puntos fuertes y débiles.
- Es preciso caer en la cuenta de que los defectos y cualidades son intercambiables. El más perfecto suele hacer daño a la convivencia, por ejemplo. La complementariedad existe en todos los sentidos. Todos valemos para algo. La misericordia brota al mirarse a uno mismo en su debilidad. Ninguna cualidad vale siempre, ni ningún defecto lo es siempre.
- En un grupo hay cualidades y defectos múltiples que son precisamente la riqueza de la comunidad. La cruz y la posibilidad de la comunidad es la diversidad, el ser distintos. Los que nos molestan son nuestra riqueza, porque normalmente los que más nos molestan nos indican lo que más nos falta.

José Antonio García escribe en su libro “Hogar y taller” que en toda comunidad hacen falta cuatro papeles. No es que se trate de papeles siempre acomodables a personas concretas, sino en situaciones determinadas pueden ir variando.

Siempre es necesario el profeta, el que denuncia, protesta, molesta, se mete con los demás y el grupo. Es el que saca los aspectos débiles de las personas y el grupo. Quien está preocupado por ese futuro ideal que no llega nunca al presente.

Frente al profeta, es necesario el juglar, el cantor, el que sabe disfrutar de los detalles cotidianos, el que siempre destaca los aspectos positivos del grupo y sus miembros, el que no ve nada que cambiar sino seguir como se está, quien quizá parece tomarse a la ligera el avance del grupo pues ya se está bien. No le preocupa el futuro, sino el presente.

También en toda comunidad hace falta el médico, el que se preocupa por los heridos, por los que lo pasan mal, el que evita todo enfrentamiento y discusión, el que quiere la paz y tranquilidad en el grupo, conciliando lo que haga falta. Es la madre de la comunidad, que pretende que todo el que quiera pueda estar en la comunidad.

E igualmente es preciso el rector, el organizador, el que tiene autoridad y coordina los distintos aspectos comunitarios.

Son papeles tremendamente complementarios. Si solo hubiera profetas, la comunidad sería un infierno. Si solo juglares, el grupo se atascaría. Si solo médicos, tampoco habría avance. Si solo organizadores, nadie propone lo nuevo. Pero si falta el profeta no hay progreso, si el juglar falta la paz, si el médico no hay lugar para los que anden mal, si el organizador no hay posibilidad de funcionar. Pero el profeta no se puede ver con el juglar que es su opuesto, ni el rector al médico, ni el médico al profeta,... Y, mientras tanto, todos se necesitan.

El descubrir la necesidad de la complementariedad nos permite huir de las excomuniones y el comprender la importancia de los demás, especialmente del que más contrario me parece. El máximo de la comunidad es ver como una gran suerte tener a alguien bien distinto a mi lado, en mi comunidad.

Pero además del paso de la complementariedad, hay que ser muy conscientes de la posibilidad e interés del cambio. Todos somos ca-

paces de cambiar: podemos cambiar en gustos, conocimientos, aptitudes y capacidad de riesgo. Esto supone la urgencia de una pedagogía, de un camino para avanzar en estas dimensiones. Ninguno es apto para la comunidad, pero podemos irnos haciendo desde ella misma. Nadie nace sabiendo, sino que hay que regar e irnos trabajando nuestra vocación comunitaria.

¿Cómo trabajar en estas cuatro dimensiones?

En el “me gusta”, las experiencias de grupos son ya un aprendizaje del disfrutar. Convivir y juntarse con los que ya hacen comunidad. O por contagio. O de ningún modo. Quizá se puede hacer una experiencia temporal.

El avance en el conocer se puede conseguir con libros, cursillos, seminarios, textos del evangelio, visitando y conociendo otras comunidades.

La capacitación se trabaja demostrando a todos que se les valora, escuchándoles, cuidando los detalles, siendo puntuales... A pesar de que los cristianos nos sabemos hijos de Dios, muchos nos sentimos malos. Es preciso hacer una teología positiva, destacando lo bueno, el saborear lo positivo de cada uno, no permitiendo chivos expiatorios, agradeciendo lo que cada uno hace. Hay que caer en la cuenta de que se nos agota la vida si luchamos contra los fallos en lugar de aprovechar los filones y cualidades que tenemos. El evangelio presenta el tema de la progresividad: nos habla de metas para las que son precisos los pasos. No se trata de querer llegar ya al final, sino de ir avanzando. Todos tenemos muchas capacidades, pero hay que buscar un ritmo adecuado para desarrollarlas.

La capacidad de riesgo tiene que ver con todo lo que favorece la fe: la oración, el contacto con otras comunidades, la fortaleza de nuestra amistad con Jesús... La pedagogía de la fe y del respaldo tiene que ver mucho con la progresividad en este aspecto. Pero sabiendo que, al final, siempre hay que dar un salto al vacío.

La dinámica vocacional parte de una relación personal que no acaba nunca. Lo importante es vivir esas cuatro dimensiones desde la relación personal con Jesús. Aquí se produce una llamada personal que no es solo cabeza. No es proyecto solo mío, sino una llamada de Jesús. De ahí que un discernimiento tiene que ser muy rezado.

Las opciones para toda la vida son las que se renuevan todos los días. Quien no cuida todos los días su vocación la pierde. Cada día Jesús, como a Pedro, me pregunta: “¿Me amas?”. El asunto es seguir siempre avanzando. El seguimiento de Jesús es lo propio del cristiano y es preciso seguirle, moverse, progresar. Es preciso renovar cada día el bautismo y nuestra opción por Jesús, por la comunidad y por nuestra vocación personal.

En esta desembocadura me pregunto a qué me llama Jesús en los puntos antes indicados: estado de vida, profesión, vivencia comunitaria, compromiso...

Para seguir profundizando

Revisa tu vocación personal. ¿Cómo son los rasgos que definen tu vocación comunitaria? ¿Cuáles son los elementos que la hacen más difícil? ¿Cómo te puedes ir trabajando tu propia vocación? ¿Cómo puedes trabajarte los cuatro aspectos de toda vocación (me gusta, conozco, me siento capaz, me arriesgo)?

Algo semejante puedes hacer con tu vocación en otros campos de tu vida. ¿Cómo es tu vocación en el trabajo? ¿En el estado de vida? ¿En el compromiso con los demás que has asumido? ¿Cómo puedes seguir avanzando en dar respuesta a esa vocación, esa llamada que Jesús te hace? ¿Cómo se complementa todo esto con tu vocación a la comunidad?

Todo el Nuevo Testamento está escrito desde la comunidad para personas que estaban con comunidad. Dedicar un rato a redescubrir este Nuevo Testamento. Entiéndelo como la primera comunidad que se dirige a ti. Ten tu rato de oración personal.

Unido a lo anterior, escoge una lectura que te haya llegado a fondo. Rézala, coméntala con Jesús.

Testimonio desde Pamplona – Iruña (España)

Siento que he dado muchos pasos en los años que he tenido la suerte de formar parte del catecumenado y del discernimiento en Lurberri (Presencia Escolapia de Pamplona-Iruña), todos ellos me han traído hasta la Fraternidad y me han forjado tal y como soy hoy.

Hubo pasos en la claridad del evangelio cuando en la Pascua celebrábamos que la vida reinaba nuevamente por encima de todo; hubo pasos en la oscuridad de la incertidumbre cuando las decisiones vitales no dieron los frutos soñados; hubo pasos en la niebla del miedo cuando las decisiones académicas me alejaban aparentemente de la vida escolapia; hubo pasos en la alegría del compartir con los demás cuando la vida en grupo me permitió abrirme a Dios y a mis hermanas y hermanos para saborear que lo de Jesús es más si se comparte en fraternidad; y hubo pasos en la tristeza del perder a un ser muy querido cuando el anhelo de vida y agua en abundancia fueron mayores que la muerte y la desesperanza.

Si pienso y rezo con los años dedicados al catecumenado y al discernimiento, siento que todos ellos fueron siempre guiados por la mano de Dios. Es muy suave, muy leve, tanto que parece que no está; siempre presente mientras jugaba en Mikel Gurea de los 10 a los 14 años, siempre atento a cada paso que daba en mi adolescencia en Bidean desde los 15 hasta los 18 años. Siempre dispuesto a acompañarme junto a mi grupo y mis monitores del movimiento Calasanz, en las sombras de las dudas y los miedos y en las luces de la fe y los síes. Y en todos esos sentimientos, en todas esas sombras y luces, se escondía la mirada de Jesús: paciente, cálida, cercana, cariñosa y suave esperando a que mi corazón se dejase abrir un poquito; lo justo para que Él pudiera entrar, abrazarme fuerte y ya no soltarme nunca más hasta que diera un nuevo paso camino de la Fraternidad.

En todos estos años de vida, de crecer como cristiano y escolapio, de estudiar en la universidad y de compartir mi vida con mi grupo de referencia, lleno de experiencias brillantes, de equivocaciones, de personas y de momentos inolvidables, de soledades y de pasiones, siempre ha permanecido un sentimiento claro y profundo: quiero que en mi vida haya algo más importante que yo mismo, quiero que en mi vida haya espacio para los demás, quiero que en mi vida haya agua en abundancia. Todas esas intuiciones fueron tomando forma, fueron haciéndose realidad y fueron convirtiéndose en un sueño hecho realidad: llego el día en el que me invitaron a dar un paso más, a entrar en la Fraternidad escolapia y así poder hacer realidad todos esos sueños de vivir como Jesús vivió siendo agua para los sedientos y luz para aquellos a los que las circunstancias les han alejado de la suavidad de la vida. Y al igual que me pasó durante mis primeros pasos por el movimiento Calasanz, detrás de todos estos grandes sueños y deseos, ¿sabéis quién andaba? Ese mismo. Paciente, cálido, sereno y profundo.

En tándem con Jesús

Al principio yo pensaba que la vida espiritual era un empeño completamente mío, y que mi fatiga y mi trabajo era responsabilidad únicamente mía. Y así me entregué día tras día a ella, cargando sobre mí todo el peso del camino. Pero la cosa era extraordinariamente fatigosa. E incluso yo mismo noté algo extraño en todo el asunto, como si yo fuera una persona que va ella sola en un tándem y siente una fatiga que no es proporcional al resultado obtenido. En resumidas cuentas, un estrés único ¿cuánto habría durado?

Pero en cierto momento encontré a Jesús, que me propuso sencillamente montar en mi tándem. Tal vez yo le moví a compasión... Y naturalmente acepté: yo iba delante, él detrás. Una buena pareja e, evidentemente, mayor velocidad: yo marcaba la dirección y él daba impulso con notable eficacia y menor fatiga para mí.

Pero en cierto momento él me dijo: “¿Y si yo fuera delante?” También esa vez acepté, entre otras cosas para agradarle: el que va delante disfruta mejor del paisaje. Pero muy pronto me di cuenta de la pro-puesta y del cambio radical que ella suponía para mi marcha. Él es, desde aquel momento, el que escoge la dirección, el que decide dónde ir y por dónde pasar.

Cuando era yo el que guiaba entonces iba por el camino que conocía. Era un recorrido quizá aburrido y previsible, pero era seguro; y era también un recorrido fácil, porque yo me cuidaba bien de no equivocarme de dirección. Pero cuando dejé que fuera Jesús quien dirigiera el tándem, ya no supo adónde íbamos a parar. Entre otras cosas, porque él es muy extraño: con frecuencia o casi siempre no escoge el camino más fácil y cómodo, y, entonces, decide tirar por aquellos intransitables senderos de montaña o meterse por pendientes muy pronunciadas, me pongo nervioso y hago que él lo entienda. Pero luego descubro que la cosa iba bien así. Y de este modo he aprendido a con-fiarme a dejarle a él que elija la dirección que hay que dar a la vida. También porque veo que él conoce perfectamente los caminos que hay que seguir.

Al principio yo pensaba que se trataría solo de una alternancia de funciones, y que antes o después volvería yo a hacerme con la dirección del tándem. En efecto, a cada rato me asalta la tentación de reemprender yo mismo el control de mi vida. Pero él me hace comprender que no, que todo va bien así: él delante, preservándose del aire de la carretera y adivinando cuál es el itinerario justo; yo detrás, pedaleando. De esta manera no solo me fatigo menos, sino que principalmente tengo la certeza de que no voy a equivocarme nunca del camino”.

(Amadeo Cencini. “La verdad de la vida”. P. 290)

Elementos de toda comunidad

Algunos apuntes para empezar

Hay muchas formas, ritmos y acentos de comunidad. No se trata de copiar modelos. Por ejemplo, la vida contemplativa resalta por la alegría de sus miembros, pero no es para todos.

Lo importante es que cada cual encuentre su sitio. Tenemos una referencia muy bonita en la película “Un lugar en el mundo”. El conocer otras comunidades y modelos nos permite y posibilita descubrir los propios caminos. Es preciso partir del modelo de cada uno, y conjuntarlo, tratando de sacar algo nuevo, distinto de lo pensado por cada uno, donde todos y cada uno nos veamos. Hay que partir de las fuerzas con que se vea cada uno. Tiene que dar miedo, pero supera a este miedo la seducción.

Lo propio de la comunidad es que se avanza en la fe, el compartir y el servicio. Pero nunca se llega al final. Siempre estamos avanzando. No hay metas, listones... que una vez superados nos permita quedarnos tranquilos porque ya hemos conseguido la comunidad. Jesús no nos pide lo que no podemos hacer. Nadie puede amar hasta el extremo siempre. Lo que demos de sí es lo que Dios nos permite, sabiendo que no es mérito nuestro, sino de Dios. Esto es una liberación. En la medida en que le percibimos, damos fruto. Si damos menos, es que somos “siervos inútiles”. Si no descubrimos esto, nos angustiamos con esfuerzos titánicos y no llegaremos a nada.

Así se puede entender a Bonhoeffer: “Jesús es el que fundamenta la comunidad, el único que la hace posible y el que nos ha reunido” (“Vida en comunidad”). O la Primera Carta a los Corintios: “Aspirad a los carismas mejores” (1 Cor 12, 31), a los regalos mejores y el criterio es el amor. La comunidad es un don del Espíritu Santo. No es cuestión de puños y esfuerzo.

El criterio de la comunidad no es dar todo el dinero, ni dejarse quemar..., sino el amor. Lo más cristiano es lo que supone más amor. El criterio de la comunidad es el amor, no su ideario, ni sus normas, ni las personas que la componen.

La comunidad es para gente normal y sencilla, para todos los cristianos del mundo. No es para los escogidos, no somos bichos raros.

La comunidad es una dimensión tan fundamental como la oración o el compromiso. Y es para todos. Pero eso sí: para todo el que se tome en serio el Evangelio, que sea para él lo más importante. Y que descubre que lo demás se nos dará por añadidura.

No se trata de tener experiencias comunitarias fugaces, sino estables. La Iglesia necesita comunidades estables, que duren. No es la comunidad para los jóvenes hasta que “sienten la cabeza”. Eso no es “sentar la cabeza”, sino sentarse ellos mismos.

Hemos de partir de la opción personal

Lo primero es separar lo que me pasa como individuo de lo que pasa a mi grupo. Cada uno tiene que ver si se siente llamado a la comunidad y cuál es su proyecto concreto de comunidad. El momento individual es imprescindible. No basta con que un grupo decida pasar a comunidad, o que alguien se deje arrastrar por los demás. Es precisa la clarificación y opción personal, la personalización de dicha opción que es para toda la vida.

Esta clarificación supone sus pasos concretos integrando en nosotros cuatro niveles: cabeza, corazón, tripas y rodillas.

La cabeza, el pensamiento va rapidísimo (al leer un libro, en una convivencia, al conocer una realidad), por delante de todo el cuerpo. Las tripas, el cuerpo, mi manera de ser, suele ir a velocidad de tortuga y lucha contra la cabeza y los ideales. El corazón, la afectividad, el sentimiento, tiene que respaldar la opción para evitar la amargura y la infelicidad. Las rodillas, la oración, la experiencia de Dios, tienen que contener la cabeza y empujar al cuerpo.

El camino es ir conociendo y probando poco a poco. Es preciso, para ello, un entrenamiento para armonizar estos cuatro elementos.

Es necesario también superar el miedo en cada cual. Incluido el de los padres que quieren que vayan sus hijos a un colegio cristiano, que sean buenos y que entren en los grupos, pero que no se lo tomen muy en serio. Hoy da miedo el definirse, el vincularse a otros, el comprometerse con un proyecto comunitario que incluya el futuro. Pero si no se superan, si estos miedos son grandes, impiden la comunidad.

Hay dos elementos fundamentales en la vida de cada persona: el trabajo y la familia que tiran de nosotros con fuerza. Si no se inte-

gran en el proyecto de seguimiento comunitario se da una división intolerable. Las órdenes religiosas resuelven estos asuntos con los votos de pobreza y celibato. Pero en nuestras comunidades hay que ver la respuesta adecuada. En la medida en que el proyecto de pareja no está armonizado con el de la comunidad no hay futuro. Y algo parecido se puede decir con el trabajo y el uso del dinero que conlleva.

Hay también otros temas para más adelante: la revisión de vida, el discernimiento compartido, la comunidad de bienes, la inserción eclesial, las nuevas incorporaciones, la vida en común... Poco a poco se pasará el momento de enamoramiento de la comunidad al amor fiel mantenido en el tiempo, de “nuestra” comunidad a la “de Jesús para el Reino”.

Condiciones imprescindibles para una comunidad

Para constituir una comunidad no basta la buena voluntad y el simple deseo. Hacen falta también una serie de condiciones, de elementos, que si no se dan en un primer momento hay que ir consiguiendo en un plazo relativamente rápido.

Mientras no se responda a estos cinco retos, no es posible la comunidad:

La vocación

Es lo primero que hay que clarificar. Al inicio se suele pensar que todos están en sintonía y al mismo nivel, y que nos basta el sentirnos unidos a Jesús. En realidad, suele ser lo contrario: cada uno tiene sus expectativas (bien diferentes de los demás) y esto es lo que verdaderamente nos une. Solo al final cada uno irá descubriendo la fuerza de Jesús que nos une. En el fondo, queremos vivir una buena experiencia que pensamos que depende de nuestro esfuerzo. Y en el fondo hay contratos psicológicos, normalmente no conscientes que tienen una gran influencia.

Por eso es preciso descubrir la vocación de cada miembro del grupo. La vocación es una llamada de Dios, la perseverancia es un don. Lo primero es ver por qué nos hemos reunido y no tener miedo a decir las verdaderas razones. Son motivaciones que habrá que purificar, pero por aquí hay que empezar.

Lo importante es que Dios nos llama y nos acompaña y lo secundario es nuestra respuesta. Ante esa llamada de Dios, ya iremos avan-

zando en nuestras motivaciones. Pero es preciso saber del punto del que partimos. Se trata de distinguir lo principal de lo secundario. Lo fundamental es que Dios nos anima a esto. El grupo da el paso cuando descubre que Dios le llama. El punto de partida suele ser la amistad... pero lo central es que queremos seguir a Jesús. “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles” (Sal 126). Si no se parte de esta convicción, la tarea comunitaria se hace agotadora. Es tranquilizador saber que la velocidad de avance de la comunidad es la que Dios nos ha permitido.

En la Fraternidad hablamos siempre de un proceso previo a la entrada en comunidad, donde hay una clarificación de la propia vocación, con intervención de los acompañantes en ese proceso y de los responsables de la Fraternidad. Se trata de un proceso de discernimiento donde hay ya un tiempo de compartir en grupo y donde la decisión ha de ser siempre personal.

En el documento marco tenemos varias indicaciones en este sentido, presentando también lo que es la vocación común a todos los miembros y la necesaria diversificación de las vocaciones de cada una de las personas que forman la Fraternidad (“La Fraternidad de las Escuelas Pías, nº 13-35”).

La pertenencia

Ha de quedar claro en la Fraternidad quién está dentro y quién está fuera. No es aceptable el falso mito de que en la comunidad puede entrar cualquiera cuando quiera. No es así: hay que definir los límites. Es imprescindible señalar los rasgos de pertenencia. Hay que fijar unos mínimos claros a los que no hay que volver cada día, sino que se convierten en elementos imprescindibles para pertenecer a la comunidad. Y es algo que se hace siempre, consciente o inconscientemente.

Algunos grupos son fuertes porque dificultan la pertenencia, otros desaparecen porque no tienen claro este aspecto.

En los inicios, con la euforia, se suelen poner unos mínimos tan altos que realmente son máximos. Hay que establecer la pertenencia en una época normal.

Estos criterios tienen que provenir de todos y ser asequibles para todos, para eliminar el riesgo de la exclusión. Estos mínimos nos dan el campo de juego y evitan muchas discusiones. Esto es lo bási-

co y obligatorio. Las diferentes comunidades presentan así ofertas diferenciadas. Estos criterios tienen que provenir de la experimentación: primero conviene poner unos provisionales y verificarlos en la práctica.

Un mito frecuente es pensar que no son necesarias las normas en una comunidad.

En la Fraternidad, en el documento marco para todos los escolapios, se indican los rasgos de la vocación común (La Fraternidad de las Escuelas Pías, nº 14) que, además de definir la vocación, marcar estos criterios básicos de pertenencia.

La identidad

La identidad es bien diferente de la pertenencia. Aquí importa qué nos une y qué nos diferencia, en qué tenemos que coincidir como deseo y como meta. La identidad es la meta a la que se apunta, pero que nunca se puede alcanzar plenamente.

Lo que no es identidad es terreno libre donde cada uno elige. Esto son las Constituciones de las Órdenes religiosas, es el estilo, las líneas generales, el proyecto. Así como la pertenencia tiene que ser realista, en la identidad hay que ser audaces, marcarse ideales fuertes.

El mito aquí es pensar que todos estamos igual de convencidos en el proyecto original. La identidad más que revisarla, es el elemento de contraste, con la que hay que confrontarse para seguir avanzando siempre.

Las Congregaciones religiosas suelen orientarla en torno al estado de vida (los votos) y a la misión. En los seglares la identidad suele ir por coordinar, compartir estados, tareas... que da riqueza y fragilidad. Es preciso aspirar a una comunión con todos desde las diversas identidades. Se trata de la espiritualidad y la misión. No son mínimos de pertenencia, sino la meta ideal que nunca se acaba de cumplir, es la utopía que tira de nosotros. La identidad nos hace sentirnos partícipes del mismo proyecto, aun cuando sea a niveles distintos. No es una ley, como pueden ser los mínimos de pertenencia.

En el documento marco de la Fraternidad se presenta un capítulo, el primero, para presentar esta identidad que marca el recorrido que queremos vivir juntos (La Fraternidad de las Escuelas Pías, nº

1-12). Se trata de vivir el carisma escolapio, la espiritualidad de Calasanz actualizada en nuestro tiempo, la vida compartida con los religiosos y quienes participan de las Escuelas Pías, así como la misión escolapia de la educación cristiana transformadora, dirigida especialmente a quienes más lo necesitan.

La organización

Se trata de señalar nuestra manera de funcionar, cómo se toman las decisiones, cómo nos organizamos.

El mito aquí es que todos somos igualmente responsables, que no hace falta ninguna estructura, que las cosas funcionan “de por sí”.

Para progresar es imprescindible la organización. En cualquier grupo humano hay un líder, algún colaborador, algún crítico y alguien a quien nunca se escucha. La organización intenta precisamente que todos tengan su palabra. El grupo que no se organiza genera mucha frustración y acaba desapareciendo, porque hace falta una estructura, unos ritmos, unas tareas y unos responsables de que eso funcione.

En cristiano, es el asunto de los carismas y ministerios. No se trata de que uno tenga que cargar con todo, ni la técnica del voluntario (que siempre son los mismos y que se acaban quemando). Se trata de ver las tareas (formación, oración, celebración, tesorero, acogida, biblioteca...) y repartirlas. Hay muchas maneras de estructurarse. Lo ideal es que todos participen y sacar las máximas cualidades de cada uno. Hay que huir de la especialización, pero tampoco está mal aprender algo sobre la tarea que uno tiene que asumir. La fórmula concreta es secundaria si funcionan las tareas.

En la medida que la Fraternidad va creciendo y va asumiendo más misión y responsabilidad precisa mayor organización para que todo vaya adecuadamente.

El documento marco de la Fraternidad y los Estatutos de cada una de las Fraternidades van definiendo cómo será la marcha de cada pequeña comunidad, de la Fraternidad entera, de la vinculación en Fraternidad General, de la relación con las Escuelas Pías, de la forma de elegir a las personas con responsabilidades de animación, el funcionamiento económico, etc. También en el documento marco tenemos un capítulo en este sentido (La Fraternidad de las Escuelas Pías, nº 39-60).

El amor

El mito es que todos nos queremos y somos hermanos sin que pueda surgir diferencias.

Ser hermanos viene dado de ser hijos del mismo Padre. Es un hecho, un dato de fe.

Pero, a la vez, el otro hecho es que tenemos que trabajar para que esto sea real. Hay que desentrañar con quién me llevo bien, con quién regular y con quién fatal. Hay una llamada a la fraternidad y a querernos, pero tal y como somos cada uno. Nos hemos de amar, no porque los demás cambian en el sentido que yo deseo, sino porque aceptamos el derecho de los hermanos a ser distintos.

Para ello, el primer paso es reconocer nuestras relaciones sinceramente. Se trata de ser conscientes de nuestras limitaciones y seguir avanzando. Hay que reconocer que el otro tiene todo el derecho a ser distinto de mí. Y no descalificarle por ello. Es preciso partir de la situación en la que estamos y no tratar de tapar lo que es desagradable: solo reconociendo la realidad se puede avanzar. La tarea es armonizar la diferencia en la unidad, adquirir capacidad de comunicación, de sinceridad¹⁷...

Estos cinco retos (vocación, pertenencia, identidad, organización y amor) deben recibir una respuesta adecuada y creciente. En caso contrario no será posible una comunidad real.

Algunas indicaciones útiles

También hay algunas indicaciones que son útiles y claves en la comunidad que nace. Se trata de cuatro condiciones: interna y externa, inicial y futura, que condicionan fuertemente a la naciente comunidad.

- La condición previa es haber hecho un buen catecumenado en el cual la fe se ha personalizado, donde la fe es prioritaria en la vida de cada persona. El centro es Jesús. Si falla esto no es posible todavía la comunidad y habrá que

17 Aquí puede ser de gran interés el libro de Elkin Arango, "El camino comunitario". Verbo Divino, 1990.

realizar el catecumenado que nos lleve al descubrimiento de Jesús en nuestra vida y a la respuesta a ese amor desde nuestra manera de vivir.

- La condición interna es que la comunidad tenga una organización y un ritmo suficientes: bien claros los días de reunión, los temas que se tratan, quién se encarga de las diferentes tareas... Encontrar un ritmo que nos vaya bien a todos. Si no se da este mínimo de organización se acaba perdiendo el tiempo y desmoralizándose todos los miembros.
- La condición externa es una buena inserción eclesial. Ninguna comunidad puede sobrevivir sola. Siempre la comunidad es muy frágil y débil. La Iglesia es un espacio, por el contrario, muy grande y sólido, que cuenta con todos los carismas (teólogos, por ejemplo). Aunque la calidez de la pequeña comunidad no es comparable con la de gran Iglesia. A la Iglesia le falta vida y tiene solidez: son las mutuas aportaciones que podemos ofrecer. Es la complementariedad de la gran iglesia y las pequeñas comunidades. Es precisa la vinculación de comunidades y la inserción eclesial. Cuando la comunidad pasa por momentos difíciles, la gran iglesia da estabilidad y servicios siempre estables; y la cercanía y exigencia de las pequeñas comunidades son riqueza de la gran iglesia. Por ejemplo, en una Congregación religiosa caben comunidades de dos miembros, porque se saben dentro de un proyecto mayor, algo impensable en otro tipo de comunidades. La Fraternidad escolapia tiene una clara inserción eclesial a través de las Escuelas Pías, que le permite un marco amplio de actuación a la vez que muy consistente.
- La condición futura es vivir la comunidad polarizada hacia el servicio de los pobres. La unidad de la comunidad viene de fuera: de Jesús y del trabajo por la causa del Reino. Une más esta tarea que el intentar resolver las divergencias directamente. La Fraternidad es un regalo que se nos viene en mayor grado si lo que nos une es la misión hacia fuera, hacia los últimos.

Así pues tenemos estas cuatro condiciones para orientar la puesta en marcha y vida de la Fraternidad:

CONDICIÓN PREVIA: un buen catecumenado	CONDICIÓN INTERNA: organización
CONDICIÓN FUTURA: servicio a los pobres	CONDICIÓN EXTERNA: inserción eclesial

Carta abierta a quienes conformáis las Escuelas Pías de la I Asamblea de la Fraternidad General

Estimados religiosos escolapios, miembros de la Fraternidad escolapia, personas que compartís la misión escolapia, colaboradores y colaboradoras:

Durante la última semana de julio, hemos celebrado en Peralta de la Sal, bajo la presidencia del P. General, la I Asamblea de la Fraternidad General y el Encuentro de Responsables de Integración Carismática y Misión Compartida de la Orden.

Lo primero que os queremos comunicar es nuestro gozo y alegría. Han sido unos días de intensa reflexión, de trabajo y, también, de una profunda vivencia de comunión. En estos días hemos conocido mejor los esfuerzos que muchos religiosos y laicos escolapios están realizando en todo el mundo para fortalecer el sujeto escolapio que lleva adelante nuestra misión, allá donde el Espíritu nos ha llamado.

Hemos constatado con gozo que miles de personas, religiosos, laicos y laicas, han recibido de Dios el don y la tarea de seguir a Jesucristo continuando la misión de José de Calasanz, cada uno según su vocación específica. Muchas personas, lo hacen junto con los religiosos escolapios, desde su pertenencia a alguna de las nueve Fraternidades escolapias que hoy existen en otras tantas demarcaciones de la Orden. Otras lo hacen desde su deseo de compartir la misión escolapia y colaborar en diversas plataformas de educación formal y no formal, según las modalidades del Proyecto Institucional del Laicado, que la Orden puso en marcha hace ya dieciocho años.

Nos encontramos con alegría, que el testimonio de fe y perseverancia que han dado a lo largo de la historia tantos religiosos escolapios, ha dado un abundante y diverso fruto en todo el mundo. Además de las necesarias vocaciones religiosas escolapias, han surgido multitud de

vocaciones escolapias en personas que desean ser seguidoras de Calasanz desde su propia vocación laical.

De este modo, descubrimos que las Escuelas Pías que asumen la tarea encomendada por Dios y la Iglesia a nuestro fundador, hoy las conformamos una Orden centenaria que sigue recreándose en nuevos lugares, junto con una Fraternidad que, aun dando sus primeros pasos, quiere aportar lo mejor de sí para sumar fuerzas en donde sea preciso, así como muchas personas que comparten la misión y colaboran con nosotras y nosotros en lo que es común a todos: el convencimiento de que nos encontramos con el mismo Dios en las niñas y niños, especialmente en los más necesitados, cuando nos convertimos en sus instrumentos para llevarles amor y futuro. Esta comunión, que ha sido impulsada por cada Capítulo General desde el Concilio, es, sin duda, gracia de Dios, pero ha sido forjada tenazmente a través de estos años por numerosos religiosos, laicos y laicas que han hecho de ella su propia vocación.

Después de esta I Asamblea, el Consejo General de la Fraternidad elegido, junto con el Secretariado General de Integración Carismática y Misión Compartida, asume por los próximos seis años la tarea de profundizar en el camino recorrido. Para ello debe conformarse como un equipo que pueda acompañar a las Fraternidades que van surgiendo, así como ser una interlocución válida de la Congregación General y los Secretariados Generales para impulsar nuestro proyecto común.

En este sentido, son varios los ámbitos donde esta colaboración es necesaria y puede ser muy fructífera: es necesario seguir extendiendo el conocimiento de las opciones de la Orden y su Proyecto Institucional del Laicado entre todos los religiosos y laicos interesados en compartir nuestra misión. Es preciso diseñar y desarrollar juntos procesos de formación en clave de identidad escolapia para religiosos y laicos en los que aparezcan con claridad las claves de este proyecto común.

La propuesta de definir conjuntamente, donde sea posible, Proyectos de Presencia Escolapia en que se explicita con coherencia el papel de las comunidades religiosas, de la Fraternidad, de los equipos de Misión Compartida y de las diversas plataformas de Misión, puede ser una forma de poner en práctica los deseos de comunión que se proponen.

En estos proyectos de presencia escolapia, debe ser una referencia ineludible el horizonte de conformar en todos los lugares donde estamos presentes, una comunidad cristiana escolapia, con las comunidades religiosas y de la Fraternidad en el corazón de la misma, donde se dé cabida a todas las personas que quieran compartir y celebrar su fe en la Eucaristía, donde los procesos de pastoral, especialmente del movimiento Calasanz, vean su desembocadura natural, donde los jóvenes

que se plantean la vocación religiosa y la pertenencia a la Fraternidad puedan tener un espacio donde crecer vocacionalmente, donde se puedan suscitar los ministerios escolapios necesarios para el mejor desarrollo de nuestra misión....

En esta semana de encuentro hemos comprobado también el alcance de la Fundación Itaka-Escolapios como realización concreta de la Misión Compartida institucional entre la Orden y la Fraternidad. Estamos convencidos que esta plataforma está dando buenos frutos en nuestro empeño compartido de hacer crecer la presencia y la misión escolapia en todo el mundo. Del mismo modo, constatamos la importancia de la puesta en marcha del movimiento Calasanz en muchos lugares. Esta propuesta de la Orden está permitiendo configurar procesos pastorales completos que propician la desembocadura en la Fraternidad y en la vida religiosa escolapia, ofreciendo a los niños, jóvenes y adultos una inserción en la Iglesia con identidad escolapia.

Seguir construyendo estas Escuelas Pías en clave de comunión es tarea de todas y todos. Esta I Asamblea de la Fraternidad General ha sido un paso significativo, pero es preciso seguir trabajando y comprometiéndose en este ilusionante proyecto.

No queremos terminar sin agradecer el trabajo y la dedicación del Consejo General Provisional durante estos últimos años, que entre otros logros, ha hecho posible la celebración de esta I Asamblea.

Ponemos en manos de Dios nuestros sueños y pedimos que Calasanz nos siga señalando el camino y María, nuestra Madre, nos acompañe y nos proteja siempre. Así sea.

Peralta de la Sal, 31 de julio de 2014. Participantes en la
I Asamblea de la Fraternidad General
y Encuentro de Misión Compartida e Integración Carismática

Sabiduría de la amistad

Dice una linda leyenda árabe que dos amigos viajaban por el desierto y en un determinado punto del viaje discutieron.

El otro, ofendido, sin nada que decir, escribió en la arena: “hoy, mi mejor amigo me pego una bofetada en el rostro”.

Siguieron adelante y llegaron a un oasis donde resolvieron bañarse. El que había sido abofeteado y lastimado comenzó a ahogarse, siendo salvado por el amigo. Al recuperarse tomó un estilete y escribió en una piedra: “hoy, mi mejor amigo me salvó la vida”.

Intrigado, el amigo preguntó: “¿Por qué después que te lastimé, escribiste en la arena y ahora escribes en una piedra?”

Sonriendo, el otro amigo respondió: “Cuando un gran amigo nos ofende, deberemos escribir en la arena donde el viento del olvido y el perdón se encargarán de borrarlo y apagarlo; por otro lado, cuando nos pase algo grandioso, deberemos grabarlo en la piedra de la memoria del corazón donde viento ninguno en todo el mundo podrá borrarlo”.

Diversidad de vocaciones en la vocación común

Ya hemos apuntado en el capítulo anterior la importancia de la vocación para la puesta en marcha y para la vida de la Fraternidad. Conviene ahora detenernos en esta distinción entre vocación común y vocación particular de cada miembro de la comunidad.

Todo cristiano tiene la llamada a seguir a Jesús: es una vocación compartida con todos los cristianos del mundo.

La manera de seguir a Jesús es diferente según el entorno en el que uno está viviendo, según los descubrimientos y opciones que va tomando. Así todos los miembros de la Fraternidad de las Escuelas Pías ven en Calasanz y en la vida de los escolapios el marco donde vivir su fe y el seguimiento de Jesús. Las personas que forman la Fraternidad tienen una vocación común: vivir el carisma de Calasanz, leer el Evangelio desde Jesús Maestro y desde las intuiciones escolapias, colaborar en la construcción del Reinado de Dios por medio de la educación cristiana transformadora, celebrar y vivir la fe en los entornos escolapios... Estamos hablando ahora de la vocación común a la Fraternidad escolapia.

Ahí coincidimos personas con una vocación común y también con vocaciones más particulares: en la Fraternidad hay religiosos, sacerdotes, matrimonios y solteros, educadores y profesionales en otros ámbitos, personas más o menos sensibles a las distintas maneras de encarnar la vida y misión escolapias... Esto es lo que llamamos diversificación vocacional que impulsa a cada persona a seguir descubriendo su vocación dentro de la Fraternidad y que enriquece a toda la Fraternidad con esta variedad de carismas personales, estilos, vocaciones...

En la Fraternidad ayudamos a discernir estas vocaciones más particulares, en clave de cultura vocacional, con propuestas de avance personal y comunitaria, con concreciones de caminos que abren perspectivas vocacionales, como pueden ser los envíos a otros lugares, las encomiendas y los ministerios escolapio, el acompañamiento en el crecimiento personal, la referencia de distintas vocaciones escolapias en la misma Fraternidad (sacerdocio, vida consagrada, matrimonio, paternidad y maternidad, dedicaciones profesionales, comunidades conjuntas de religiosos y laicos...).

La Fraternidad tiene como misión atender las llamadas de nuestra sociedad, especialmente de los más vulnerables. Y también hacer avanzar a cada uno de sus miembros en el seguimiento de Jesús, en su disponibilidad a lo que Dios le pueda llamar, en la corresponsabilidad con las tareas dentro y fuera de la Fraternidad, en la fidelidad perseverante a la voluntad de Dios en cada momento de la vida.

Serán muchas las iniciativas que pueden ayudar en este discernimiento permanente de la propia vocación, la común y la particular, por medio de actividades formativas, retiros y ejercicios espirituales, oración personal y comunitaria, revisiones de vida, proyectos personales compartidos en la pequeña comunidad, acompañamiento personal, propuestas que nos hace la pequeña comunidad y la Fraternidad y la Orden, pasos en la capacidad de entrega y disponibilidad, etc.

Un momento importante en este sentido es el que propicia la Opción Definitiva por la Fraternidad, donde después de unos años de vivencia y con el necesario contraste de la comunidad y sus animadores, cada persona discierne esta vocación para siempre por la Fraternidad que puede ser complementada por otros aspectos vocacionales en los demás ámbitos de vida personal, familiar, laboral, de dedicación...

Testimonio desde el Encuentro de Fraternidades de Betania y Emaús 2015

Soñando la cultura vocacional juntos

Las Fraternidades escolapias de Emaús y Betania queremos contribuir al impulso de una cultura vocacional cristiana y escolapia com-

partida y coherente que permita que cada persona y comunidad descubra, opte y crezca en su vocación personal y común.

Nos comprometemos a...

1. Trabajar y cuidar las distintas convocatorias, dando a conocer la pluralidad de propuestas vocacionales y generando opciones para todos de tal modo que cada vez más personas se sientan convocadas y cada uno pueda crecer en su vocación. Especialmente buscaremos sacar la chispa que tiene cada joven, ofreciéndole modelos estimulantes de entrega para que descubran la llamada a buscar su máxima felicidad.

2. Preocuparnos por el surgimiento de todas las vocaciones haciendo propuestas individualizadas y aprovechando más y mejor las plataformas con las que contamos (colegios, Itaka, movimiento Calasanz, parroquias, proyectos...).

3. Ser claros y transparentes en lo que queremos decir, adaptándonos a los diferentes destinatarios y utilizando los lenguajes y las formas de comunicación más adecuadas para cada uno de ellos.

4. Convocar más con el ejemplo, el testimonio y con signos que nos hagan reconocibles personal e institucionalmente en nuestra identidad escolapia.

5. Acoger con cariño a las personas, sin dejar a nadie fuera del proyecto. Sobre todo cuidar y mimar los procesos de la gente que viene por detrás.

6. Difundir el espíritu de búsqueda de la propia vocación en cada momento, viviendo en clave de disponibilidad y dejándonos guiar con docilidad y confianza evangélica por lo que los hermanos y hermanas ven en mí. Fomentaremos el compartir y redescubrir “mi lugar en la escuela pía” para, una vez discernido, comunicarlo a la fraternidad y a la orden en clave de servicio.

7. Estar atentos a la realidad que nos rodea para dar respuesta a las nuevas necesidades escolapias, eclesiales y sociales, pidiendo ayuda si hace falta y formándonos en aquello que se nos encomienda.

8. Fomentar la participación a los encuentros fraternos, locales y provinciales, transmitiendo la importancia que tienen para crear lazos, aumentar la comunión, sentirnos parte de la Escuela Pía.

9. Querernos y que se note que nos queremos. Vivir con alegría y hacerla brotar con fuerza en las eucaristías, oraciones y celebraciones de tal modo que llegue a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana.

10. Hacer celebraciones más abiertas, cuidadas y participativas en función de los destinatarios, los acontecimientos y los momentos litúrgicos. Vivir la eucaristía como el centro de la fraternidad y la presencia escolapia.

Hacer lo que se pueda

En la selva se declaró un enorme fuego y todos los animales se dispusieron a apagarlo. Corrían peligro de quedar allí calcinados si no lo apagaban.

Los camellos llenaban sus panzas de agua, las jirafas recogían en sus bocas litros de agua... y así todos los animales.

Una manada de elefantes cogía agua a raudales del lago con sus grandes trompas. Lleno de asombro, el jefe de los elefantes vio un pajarillo rondando por el lago: “¿Qué haces tú aquí?”

El pajarillo respondió: “Me estoy mojando las plumas para luego volar por encima del fuego y echar así algunas gotas de agua”.

“¿Y crees que así vas a apagar el fuego?”, replicó el elefante.

“No lo sé – respondió el pajarillo -, pero yo hago lo que puedo”.

Cuidar la Fraternidad como cuerpo vivo

La Fraternidad es “un cuerpo habitado” por el mismo Dios, que quiere depender de nosotros, de la comunidad, para hacerse más presente en medio de nuestro mundo.

En esa comunidad, todos somos necesarios. Recordamos, una vez más, la preciosa parábola de san Pablo:

Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo...

El cuerpo no se compone de un solo miembro sino de muchos. Si el pie dijera: «Como no soy mano, no formo parte del cuerpo», ¿acaso por eso no seguiría siendo parte de él? Y si el oído dijera: «Ya que no soy ojo, no formo parte del cuerpo», ¿acaso dejaría de ser parte de él? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Y si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?

Pero Dios ha dispuesto a cada uno de los miembros en el cuerpo, según un plan establecido. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? De hecho, hay muchos miembros, pero el cuerpo es uno solo.

El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito», ni la cabeza, a los pies: «No tengo necesidad de ustedes». Más aún, los miembros

del cuerpo que consideramos más débiles también son necesarios, y los que consideramos menos decorosos son los que tratamos más decorosamente. Así nuestros miembros menos dignos son tratados con mayor respeto, ya que los otros no necesitan ser tratados de esa manera. Pero Dios dispuso el cuerpo, dando mayor honor a los miembros que más lo necesitan, a fin de que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros sean mutuamente solidarios. ¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él. ¿Un miembro es enaltecido? Todos los demás participan de su alegría.

Ustedes son el Cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese Cuerpo.

(1 Cor 12, 12-27)

Nos conviene recordar una y mil veces que los diferentes órganos son imprescindibles para el funcionamiento del cuerpo, que cada uno tiene una función para el bien común, que la labor conjunta es lo que permite al cuerpo seguir adelante, que ninguno puede creerse más que los demás, que nadie puede dejar de cumplir su tarea... y que quien da vida al cuerpo es la presencia del mismo Jesús. Gran descubrimiento es saber que es Él quien nos da vida a cada uno y a la comunidad y gran responsabilidad es asumir cada uno aquello que le es encomendado para el bien del Cuerpo de Cristo.

Será tarea de la comunidad descubrir el papel de cada miembro en ella, de valorar a cada hermano, de agradecer su aportación, de dar cada uno de nuestra parte todo lo que podamos, de alegrarnos con el bien del compañero y empatizar en sus momentos de dificultad... por el bien de todos.

Puede servirnos esta preciosa parábola sobre el ego:

Mi mano, mi mano derecha, ha escrito muchos poemas que yo compongo. Y mi mano izquierda no ha escrito ningún poema. Pero mi mano derecha no piensa: "Mano izquierda, tú no sirves para nada". Mi mano derecha no tiene ningún complejo de superioridad y por eso es muy feliz. Y mi mano izquierda no tiene ningún complejo de inferioridad. Por lo tanto en mis manos existe un tipo de sabiduría conocida como de no discriminación.

Recuerdo que un día estaba golpeando un clavo... Mi mano derecha no estaba muy firme y en lugar de darle al clavo me golpeé en un dedo. Dejé el martillo para que mi mano derecha cuidara de mi mano izquierda con mucho cariño,

como cuidándose a sí misma. Sin embargo, no le dice: “Mano izquierda, sabes que yo, la mano derecha he cuidado de ti, tienes que recordarlo y debes regresarme ese favor en el futuro”. ¡Ellas no piensan así! Y mi mano izquierda no le dice: “Mano derecha, me has hecho mucho daño, ¡dame el martillo!, ¡quiero justicia!” Porque ambas saben que están unidas y son iguales.¹⁸

Podemos enriquecer esta comparación pensando no solo en órganos individuales sino en los sistemas que dan vida al ser humano. Una vida no es la suma de una serie de órganos, sino el funcionamiento armónico de muchos sistemas:

- El sistema óseo, con sus cientos de huesos, que dan estructura y soporte a todo el cuerpo. También la Fraternidad necesita de ese esqueleto donde ir colocando todos los demás elementos.
- El sistema digestivo que da alimento a cada célula, a cada órgano. Y la comunidad ha de cuidar de la alimentación personal de cada uno de sus miembros.
- El sistema respiratorio que lleva el aire necesario para la vida, del mismo modo que la comunidad necesita del aire del Espíritu, de la Palabra, de la Fraternidad...
- El sistema circulatorio que lleva la sangre con el oxígeno y el alimento necesario a cada parte del cuerpo. Y algo semejante ha de tener la comunidad para que la fraternidad llegue a todos.
- El sistema muscular que permite el movimiento, la acción, el llevar a cabo lo que el cuerpo desea. Y la Fraternidad ha de tener músculo para moverse y llevar adelante la misión.
- El sistema reproductor que crea nueva vida, que convoca a nuevos miembros, de semejante manera a como la Fraternidad ha de crear nueva vida y nuevos hermanos y hermanas.
- El sistema excretor que elimina las toxinas y todo aquello que ni necesitamos ni nos hace bien, como la comunidad necesita de liberarse de aquello que nos intoxica.

18 Thich Nhat Hanh, “Ego” que podemos encontrar en <https://www.youtube.com/watch?v=9ORzDVGhusY>

- El sistema nervioso, encargado de captar la realidad y procesarla en pensamiento y en acción, en sentido. Y la Fraternidad ha de tener su visión, su narración, sus líneas de actuación.



- El sistema linfático y hormonal que sabe dar respuesta automática a las diversas situaciones que el cuerpo va viviendo en su desarrollo y en momentos críticos. Lo que nos puede servir para ver cómo son nuestras reacciones comunitarias habituales y lo que tendríamos que mejorar.

Puede ser interesante aprovechar esta analogía de los sistemas para hacer el chequeo de nuestra comunidad en los distintos sistemas y ámbitos que necesitamos para la vida y la misión vayan creciendo. Y, desde luego, tener muy presente la necesidad de cada órgano, de la necesidad de la labor coordinada de todos, de la complementariedad con que se ajustan los distintos elementos del cuerpo... ¡y de la Fraternidad!

Entender la Fraternidad como un cuerpo vivo, como un ecosistema que necesita de todos, nos ayuda a comprendernos mejor, a sacar el mejor partido de cada uno, a tener la vida plena que da la presencia de Jesús animando cada órgano y ámbito a la vez que se hace presente por medio del conjunto de la Fraternidad.

Testimonio de Governador Valadares – Brasil

Mi nombre es Márcio Furbino de Oliveira, soy de Governador Valadares, tengo 44 años, estoy casado con Elaine e tengo 2 hijos, Luiza y Mateus.

Siempre participé en la parroquia Nuestra Señora de las Gracias, en una pequeña Comunidad llamada “Buen Pastor”, donde fui catequi-

zado e iniciado en la fe cristiana. Mi parroquia está orientada por los padres escolapios, es decir, siempre he tenido contacto con ellos.

En 2009, juntos a otros hermanos, fuimos invitados a un encuentro en la comunidad de los padres. Teníamos curiosidad para ver de qué se trataba. Pensábamos que sería otra reunión más que los padres escolapios se habrían inventado para nosotros.

Junto a mi esposa fui para aquel encuentro que, en principio, parecía muy bueno. En aquella época estaban en Valadares el P. Alberto (que nos hizo la invitación), el P. Enivaldo, el P. Carmelo y el P. Fernando, gran incentivador de la Fraternidad en Valadares y en Brasil.

Pasamos mucho tiempo sin entender qué era lo que los escolapios querían de nosotros, pero aquel estilo de rezar, de compartir la vida y, principalmente, de formarnos, nos iba llenando de alegría y abriendo nuevos horizontes. Terminé entendiendo mejor lo que es ser católico y cristiano.

Conociendo la historia de nuestro santo fundador, san José de Calasanz, me fui apasionando por sus intuiciones y sus ideales. La Fraternidad fue dando sentido a mi vida de cristiano y me fue ayudando a vivir mejor y, con cualidad, mi fe.

Después de ocho años de camino en la Fraternidad, puedo decir con tranquilidad que este es mi estilo de vida, que llena los espacios que quedaban vacíos en mi vida pastoral. Me siento perteneciente a la Orden escolapia y quiero contribuir con mis talentos, que Dios nos da, para que el sueño de san José de Calasanz sea siempre una realidad: evangelizar pequeños y jóvenes, preferencialmente pobres.

A través de la Fraternidad, tuve el privilegio de conocer la tierra natal de san José de Calasanz, Peralta de la Sal, cuando participé del primer consejo de la Fraternidad de la Orden, junto con mis hermanas Izabel, y Cidinha de Belo Horizonte. Fue un momento de mucha alegría y de muchos descubrimientos.

Hoy continúo colaborando en la pequeña comunidad Buen Pastor, comunidad que yo amo, y colaboro en la parroquia, siempre en la liturgia y en la catequesis. Y digo que la Fraternidad es para mí espacio de compartir, de vivir la fe y lugar donde yo me alimento. Me siento un privilegiado por ser en la misión escolapia, especialmente, en la Fraternidad escolapia.

¡Merece la pena ser escolapio!

¡Calasanz nos une!

La rebelión de las cosas

Cuando miro al cielo y veo que las cosas no funcionan, pienso que algo está fallando. Buscamos explicaciones en todas partes... Echamos las culpas a América o a Rusia, a los curas o a los ateos, a un partido o a un síndico-to... a los que no piensan como yo... pero, ¿y si en el fondo la explicación fuera más profunda?

Este mundo es como un gran reloj. Y da la impresión de que alguno de sus engranajes no funciona. Por eso señala mal la hora. Y para explicarlo me he forjado un sueño, mejor dicho, una pesadilla, y pido perdón por narrarla tal como fue en su caos de imágenes.

PRIMERA VISIÓN

El río decía a la fuente: “No, no necesito de ti”. Y el río cerró su boca. Se secó y pronto no le quedó bastante agua para llorar.

La rama del cerezo decía al cerezo: “No, no necesito de tu savia”. La rama cerró la boca y se secó. El rosal decía al sol: “No, no necesito de tu luz”. Y el rosal no dio más que espinas. El jardinero lo cortó e hizo fuego en el claro.

Eso todavía no era muy grave, y la cara del mundo no había cambiado. Pero se multiplicaron los casos de los que se negaban a recibir. Los animales se negaban a beber y los hombres se negaban a comer. El bebé no tomaba el pecho de su madre. El obrero no usaba la máquina y hasta se negó a tomar su herramienta. La tierra dijo al sol: “Acuéstate y que no te vuelva a ver”. El hombre dijo a Dios: “Ya no necesito de Ti”, y luego le dijo lo mismo al hermano. Y se encontró aislado, triste, condenado a morir. La humanidad se secó sobre la tierra ennegrecida. Y el universo mismo no fue más que un inmenso estercolero.

SEGUNDA VISIÓN

Empezó por la revolución del pan. El pan decía al hombre: “Ya no quiero que me comas. Prefiero quedarme pan antes que alimentarte”. El hombre, estupefacto, le dio cinco minutos al pan para que se explicara. El pan se recogió sobre la mesa y dijo: “Estoy harto de servirte; me rebelo. Soy libre, como tú, para decir sí o no... y digo no”.

Y las legumbres, y la carne y el sol y el aire, y el agua y el vino, se negaron a dejarse comer o beber. Las cosas se sustraían a los hombres y las herramientas se les caían de las manos. Cada cosa decía no a su manera. Y los hombres siguieron el movimiento. El hombre decía no a su hermano. No había más que NO sobre la tierra; NO, NO... La tierra resonaba por el estrépito de esos NO. Los NO se contestaron en formidables ecos. La rebelión era unánime. Era un desencadenamiento in-

descriptible de NO. Desde la negativa del mínimo de los átomos, hasta la negación gigantesca de los astros y constelaciones. La piedra se negaba a caer y la luna a lucir. Los astros perdían la capacidad de girar, el sol ya no alumbraba y las plantas se secaban en los prados. Los sabios perdían la cabeza y el presidente de la república la palabra, cada uno estaba en contra de su propia ley. Todo se negaba. La humanidad decía no a Dios. Muy pronto todo se descompuso y no quedó sobre la tierra más que un inmenso estercolero.

Yo soy el primero que me río de mis sueños, pero me gusta interpretarlos. El reloj se rompe cuando cada engranaje quiere bastarse a sí mismo y dice no.

Dios no ha dado la libertad a las cosas y cada una sigue su propia ley. La manzana siempre cae y el rosal sigue dando rosas y nunca se oculta el sol. Y si en mi pesadilla di libertad a las cosas fue para enseñarles mejor a los hombres sus propias inconsecuencias. Pues bien, el hombre es libre, el hombre es capaz de negar-se... y nunca acaba de pisotear su ley, y de romper su corazón y de sabotear la creación.

Esto es un sueño, pero...

... y si las cosas cumplieran su ley como tú cumples la tuya, ¿qué pasaría?

... y si el panadero, el labrador, el ganadero... el albañil o el electricista... todos aquellos - miles de personas - que hacen posible que tú puedas vivir cumplieran su ley como tú cumples la tuya, ¿podrías ser libre?

... y si por el contrario, cada hombre cumpliera su propia ley, y la superación, la mano tendida, la amistad substituyeran a la pereza, al rencor, al cerrarse en sí... ¿no sería la tierra nueva, el hombre libre de verdad y la vida un canto de alabanza al Creador?

Etapas en la Fraternidad y Opción Definitiva

Merece la pena detenerse un momento para pensar las etapas por las que pasa una Fraternidad y también cada uno de sus miembros en ella.

Al nacer, la Fraternidad vive la aventura del inicio, de comenzar una historia, de ser los protagonistas de algo nuevo, de inventar... y todo eso es, a la vez, algo atrayente que ilusiona y algo que plantea muchos interrogantes y dudas sobre lo que conviene hacer en cada caso.

Cuando pasa algún tiempo y se van incorporando nuevos miembros a la Fraternidad, va quedando más claro el camino, la forma de

actuar, el estilo comunitario... lo cual facilita mucho la vida comunitaria. Y, al mismo tiempo, algunos aspectos son cuestionados por nuevos hermanos y hermanas: se podría funcionar otra manera.

Esto se manifiesta en el día a día y también en situaciones concretas: en asambleas, en la renovación de los Consejos, en determinadas decisiones que hay que ir tomando... Esto que sirve para que la Fraternidad se mantenga viva, puede crear también algunas tensiones.

También la ilusión primera de las personas, con el paso del tiempo, ha de pasar a ser fidelidad sostenida que purifica las motivaciones para mantenerse en el seguimiento de Jesús. No suele ser extraño que se produzcan algunas bajas de personas que se sienten decepcionadas o que no responden a los requerimientos comunitarios. Será necesario en la Fraternidad poner en marcha algunas iniciativas que ayuden a seguir creciendo personalmente, a mantener la perseverancia alegre y también en la capacidad de convocatoria e ilusión para todos.

Este proceso de la Fraternidad está unido y en mutua influencia con el proceso que va viviendo cada una de las personas que forman la comunidad. Es interesante y muy sugerente la manera de presentar esta posible evolución que hace Jean Vanier cuando habla de cuatro crisis, a partir de la figura de Pedro:

- La primera crisis, y menos difícil, es cuando la persona entra en la comunidad y renuncia a algunos aspectos de familia, trabajo, hogar, uso de dinero...
- La segunda crisis viene cuando descubrimos que la comunidad no es tan perfecta como pensábamos, que tiene sus defectos: Pedro debe aceptar que Jesús no es un Mesías lleno de poder.
- La tercera cuando uno se siente poco comprendido y valorado por la comunidad, estimado en menos: Pedro abandona y reniega de Jesús cuando anuncia su rebaja hasta la muerte.
- La cuarta crisis y más dolorosa es cuando uno se siente decepcionado de sí mismo, dominado por sus frustraciones y celos: Pedro comprende que Jesús tenía razón respecto de él y llora amargamente.

Estos momentos de crisis, cuando se superan, ayudan a purificar la propia vocación comunitaria escolar, a relativizar criterios y

expectativas que sirvieron en algún momento, a centrarse en lo que el Señor nos va proponiendo cada día por medio de la Fraternidad y las situaciones que se van presentando.

Será importante tener en la Fraternidad algunas personas (los animadores de cada comunidad, el Consejo, los religiosos de la Fraternidad, las personas con ese carisma personal) y algunos mecanismos que puedan ayudar en ese proceso de realismo y de fidelidad.

En estas etapas de la Fraternidad y de cada miembro será fundamentalmente contar con el conocimiento suficiente, con los apoyos que puedan recibirse de otras personas y comunidades, de algunas acciones que puedan ayudar (material formativo, retiros, acompañamientos, puesta en común de la vida, corrección fraterna, propuestas atractivas, etc.).

La movilidad de las personas de una pequeña comunidad a otra ayuda en gran medida a salir de la zona de confort, a resituarse en las opciones fundamentales de la vocación por la Fraternidad, a revitalizar también cada comunidad con la novedad del cambio de miembros, a cambios concretos en la dinámica comunitaria, a crecer en sentimiento de Fraternidad más allá de cada pequeña comunidad...

Esta movilidad, que ha de ser bien cuidada y dirigida por el Consejo y responsables de la Fraternidad, es un signo de madurez para las personas y grupos, además de una excelente herramienta para mantener más viva la Fraternidad.

Las renovaciones de la promesa

Podemos detenernos en la renovación periódica de la promesa de entrada en la Fraternidad, como momento de pararnos a revivir la vocación primera, de introducir los cambios necesarios, de seguir apostando por los hermanos y por la Fraternidad, de sugerir las modificaciones pertinentes en la marcha comunitaria, de volver a leer y rezar los documentos que nos definen, de analizar el recorrido personal...

En cada renovación es necesario contrastarse, al menos, con los rasgos de la vocación común (La Fraternidad de las Escuelas Pías", nº 14) que configuran a los hermanos y hermanas de la Fraternidad:

1. profundizar en su vocación cristiana y en su misión de integrantes del pueblo de Dios;

2. conocer más a fondo la persona de Jesús así como la Palabra de Dios;
3. avanzar en un mayor conocimiento de la persona y obra de Calasanz;
4. orar personalmente;
5. participar en la eucaristía semanal, a ser posible en la Comunidad cristiana escolapia;
6. poner a disposición gratuitamente un tiempo semanal para el servicio a los demás;
7. compartir económicamente para la misión escolapia y las necesidades internas;
8. colaborar en la construcción de las Escuelas Pías, especialmente en la consolidación de todas las vocaciones escolapias y su misión.
9. participar activamente en la pequeña comunidad, entendida como comunidad de referencia, donde se comparte la oración, la vida, la formación...;
10. cultivar el sentido y vínculos comunitarios con los demás grupos de la Fraternidad;
11. tomar parte en reuniones de la Fraternidad y de las Escuelas Pías, organizadas para promover la convivencia fraternal, la formación o la misión escolapia;
12. favorecer la integración de la obra, a la que pertenecen, en el entramado del país, de la Demarcación escolapia, la comunidad y la Iglesia local;
13. asumir como propia la misión escolapia;
14. animar la Comunidad cristiana escolapia.
15. sentirse parte de las Escuelas Pías y, como tales, corresponsables de las mismas.

La renovación es también un momento en el que tiene que intervenir el Consejo de la Fraternidad, los animadores de las pequeñas comunidades y todos los miembros para ayudar a cada persona a ser más fiel a la Fraternidad por medio del apoyo, la corrección o, incluso, el discernimiento sobre su continuidad.

La revisión del proyecto personal y su transformación desde el plan de cada uno a la respuesta al proyecto del Señor manifestado en las

pulsiones interiores, en las demandas de los hermanos comunitarios, en el discernimiento permanente, será un elemento para cuidar.

Es una oportunidad también la posibilidad de Opción Definitiva por la Fraternidad como un nuevo paso en la propia vida, después del catecumenado inicial y de los años ya vividos en la comunidad.

Hacia la Opción Definitiva

Durante los primeros años en Fraternidad la promesa es temporal y, tras el plazo establecido en cada caso¹⁹, con el suficiente discernimiento personal y de la Fraternidad, se realiza la Opción Definitiva por la Fraternidad, con una constancia escrita y firmada.

Esta promesa para siempre supone un avance en la vida personal y también de la Fraternidad. Para la persona es comenzar una nueva etapa, sin volver la vista atrás (Lc 9, 62), Para la Fraternidad es saber con quién se puede contar de manera permanente.

La preparación de este paso es una ayuda para quien lo da y también para toda la Fraternidad cada vez que una hermana o hermano promete para siempre seguir a Jesús en Fraternidad escolapia porque cuestiona a todos y hace revivir la Opción de cada cual.

Debe ser opción definitiva que cubra un cierto itinerario donde, además de los años ya vivido en Fraternidad, intervenga la pequeña comunidad acompañando a la persona, participen los responsables de la Fraternidad y se propicien momentos especialmente cuidados de reflexión, de oración, de discernimiento, quizá también de propuestas individualizadas...

Puede ser un momento de contar con algún acompañante personal, con alguna entrevista con el Consejo de la Fraternidad y con las mediaciones que se vean posibles y convenientes.

Conviene que haya una petición por escrito para realizar dicha opción, el Consejo habrá de aceptarla o retrasarla después de escuchar al interesado y a las personas considere oportuno.

19 Normalmente el plazo suele ser a partir de dos o tres años de vida en Fraternidad. Y también se suele indicar un tiempo máximo en torno a los siete años donde la promesa temporal ha de convertirse en definitiva.

La celebración, en el marco de la Eucaristía, será fundamental para evidenciar la centralidad de Jesús que es quien llama y quien nos invita a cada uno y a la Fraternidad entera a seguirle de manera generosa, disponible y comunitaria.

La Opción Definitiva ofrece un espacio muy adecuado para seguir profundizando en la vocación particular, que concreta la vocación común a la Fraternidad. Puede ser una oportunidad de discernimiento personal, de propuestas de la comunidad, de apertura a responder a las llamadas de nuestra realidad...

Testimonio desde Valencia – Venezuela

Ser parte de la Fraternidad escolapia ha sido un camino lleno de alegrías, retos, educativo, transformador, y todo ello enriquecido desde la luz del Evangelio de Jesús de Nazaret y al estilo escolapio. Ahora ser miembro de la Fraternidad escolapia desde el voluntariado en la obra escolapia tiene sus implicaciones –en todas las dimensiones- de mucho testimonio y compromiso, en la cual ser coherente es clave, así que no será fácil, pero tampoco habrá oportunidad para aburrirse. Les comparto un poco:

Ser miembro de la Fraternidad escolapia me ha implicado a diario (o casi) estar en varios ambientes, ya que laboro en la unidad educativa obra social san José de Calasanz en Valencia – Venezuela-, y como voluntariado estoy en la Parroquia San José de Calasanz, en menos ocasiones en Itaka-Escolapios y el centro cultural Calasanz; como pueden ver, una presencia escolapia compleja, dinámica y rica. Me he encontrado con momentos en que no distingo las labores del voluntariado, ya cuando me detengo a mirar bien, me digo a mi mismo: “en cualquiera de los ambientes, estoy haciendo misión escolapia, y ustedes también, así que manos a la obra”. En mi caso, me desenvuelvo desde la administración del colegio, y desde los otros ambientes en la logística, tal vez no sea el trabajo directo con los chicos, pero sí que nos preocupamos y ocupamos en que nada falte –en pedagogía, pastoral, infraestructura, entre otros- a nuestro personal, voluntarios y catequistas, para que ese “evangelizar educando” sea efectivo en todas las edades, para ese movimiento Calasanz desde los más chicos hasta los de juventud acumulada.

Ser miembro de la Fraternidad escolapia también implica estar disponible para otras tareas en las que la comunidad de referencia o el

Equipo de Presencia Escolapia te indique previo discernimiento, que sabremos que saldrá adelante si te pones al frente o acompañando, según la necesidad.

Participar de la Fraternidad escolapia ha implicado también compartir bienes y lo económico. Es un aspecto que lo hacemos de manera personal, aunque sabemos que es parte del paso a Fraternidad escolapia, pero cuando le damos a la clave de operaciones especiales para las transferencias bancarias, lo hacemos con gusto, con solidaridad. A todos los proyectos de aquí y de allá (de nuestra demarcación o no) debemos invertirles tiempo, habilidades y dinero, a pesar de que se nos ha hecho cuesta arriba por la difícil situación por la que estamos atravesando en los actuales momentos en Venezuela.

Ser miembro de la Fraternidad escolapia me deja claro, como lo dice el itinerario formativo previo a la comunidad, esto es “vocacional”, entendiendo lo vocacional no solo para los religiosos, sino también para nosotros los laicos, que desde nuestro estado también vivimos el carisma escolapio (misión-comunidad-espiritualidad) con todas sus letras, tal vez algunos no vivamos en comunidad de techo, pero vivimos el ser comunidad de vida, y vida en abundancia escolapia.

Para culminar, ser miembro de la Fraternidad escolapia ha hecho descubrirme y reconocermelo como hijo de Dios, y en ese descubrimiento y reconocimiento lo he puesto a la orden del más cercano y también del más lejano, una vez veces de forma directa o en otras ocasiones detrás del telón pero centrado en la misión, en la espiritualidad y comunidad, como Escuela Pía y como Iglesia.

Raúl Zambrano, Comunidad Peralta. Fraternidad de Valencia - Venezuela.

Jesús, nosotros somos tus manos

Jesús, no tienes manos. Tienes solo nuestras manos para construir un mundo donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies. Tienes solo nuestros pies para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios. Tienes solo nuestros labios para anunciar por el mundo la Buena Noticia de los pobres.

Jesús, no tienes medios. Tienes solo nuestra acción para lograr que todos los hombres seamos hermanos.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio, el único Evangelio que la gente puede leer, si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Escuelas Pías en fraternidad, un horizonte que se abre

“Los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu Nombre». Él les dijo: «... Les he dado poder de caminar sobre serpientes y escorpiones y para vencer todas las fuerzas del enemigo; y nada podrá dañarlos.

Nose alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo».

En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido.

(Lc 10, 6-21)

En capítulos anteriores indicamos ya cómo la puesta en marcha de la Fraternidad introduce un cambio cualitativo en las Escuelas Pías del lugar. Ahora vamos a desarrollar este aspecto.

Cuando la Fraternidad existe, la vida y misión escolapias quedan muy fortalecidas, tanto por el número como por la diversidad de personas que asumen como propia esta identidad escolapia. Se trata de un nuevo sujeto escolapio que, junto con la Orden, asume la corresponsabilidad en el carisma escolapia: es un “nuevo nosotros”.

Los componentes de la Fraternidad son laicos (y religiosos) escolapios que asumen el carisma escolapio desde su propia vocación y esto supone un importante refuerzo para las Escuelas Pías del lugar.

Ya no son solo los religiosos, sino también un grupo de personas fuertemente identificadas, un colectivo constituido y muy visible, con capacidades y situaciones diversas que abren más posibilidades, con sensibilidades que favorecen una mayor conexión con el entorno.

Así, por ejemplo, una Fraternidad presente en un centro educativo proporciona una mayor presencia escolapia que refuerza la labor de los religiosos, ofrece un mayor abanico de personas para las distintas tareas (pensemos en profesiones de los miembros de la Fraternidad) y para ser referencia (pueden ser familias de la Fraternidad, estudiantes que tienen sus padres en ella, edades variadas), pueden ser nuevos caminos de acercamiento al entorno, pueden favorecer la labor conjunta como educadores (papel de familias, exalumnos, educadores voluntarios o profesionales), etc.

Vivir en clave de presencia escolapia

“Para educar a un niño hace falta la tribu entera” es una constatación de todo educador que ve necesario unir su tarea a la de la familia, el entorno del niño, sus amigos, el entorno en que se mueve, los medios de comunicación, las leyes... Intentar educar individualmente es una misión destinada al fracaso.

Cada vez somos más conscientes del trabajo en equipo, de la necesidad de colaboración de los distintos agentes educativos, de las sinergias necesarias para cualquier trabajo eficiente. La mayor complejidad de nuestras obras, la creciente exigencia de nuestra sociedad, los cambios en las personas responsables en nuestras obras, las nuevas situaciones de las comunidades religiosas nos indican que es cada vez más imprescindible la labor coordinada.

Los escolapios estamos creciendo en esta conciencia y en pasos hacia una labor más conjunta y coordinada. Están acabando ya las prácticas individualistas donde cada uno es “dueño” de una parcela escolapia (sea el aula, el grupo propio, la responsabilidad concreta) para pasar a una acción más comunitaria, compartida, sostenible en el tiempo, enriquecida con las diferentes aportaciones de todas las personas que colaborar de alguna forma en la misión escolapia.

En todo lugar escolapio hay, además de las personas que impulsan la vida y misión, una serie de obras: puede ser un colegio, una pa-

roquia, una obra social, un centro social o cultural, algún tipo de movimiento infantil o juvenil, una trabajo más o menos desarrollado con familias o con el entorno, etc.

Al conjunto de personas y comunidades escolapias junto con las obras que llevan a cabo llamamos presencia escolapia, que puede ser de ámbito local, o demarcacional o, incluso, general. Se trata de un concepto recogido en la normativa escolapia desde el Capítulo General de 2015:

“Presencia escolapia es el conjunto de instituciones comunitarias y apostólicas (y de las plataformas relacionales que se establecen en su entorno) que constituyen y configuran la realidad escolapia concreta de un lugar; local, demarcacional o general. Dotaremos a nuestras presencias escolapias de los proyectos y equipos adecuados para su crecimiento y consolidación”.

(Reglas comunes, nº 12)

Introducir esta clave multiplica las posibilidades de vida y misión escolapia, ganando en satisfacción de las personas y en eficiencia de la labor.

Poner en marcha este modelo de presencia escolapia supone crecer en conciencia comunitaria por medio de la constitución de un equipo de presencia que, en cada ámbito (local, provincial o general) asuma, con el liderazgo de una persona, un proyecto de presencia que dé unidad a la vida escolapia (comunidades religiosas, de la Fraternidad, otras personas y equipos que colaboran) y a las obras escolapias.

Lo habitual debiera ser que cada Demarcación, teniendo en cuenta las líneas que marca la Orden, establezca un proyecto de presencia que, después, en cada localidad se concrete en los objetivos comunes a comunidades y obras, las acciones fundamentales de cada una de ellas, las iniciativas de colaboración conjunta, la agenda correspondiente, los órganos de coordinación, los sistemas de evaluación... y todo aquello que se vea conveniente para el desarrollo de dicho proyecto de presencia.

Esto, que puede parecer complicado en un primer momento, facilita después una línea escolapia común, el sentimiento de corresponsabilidad de todos, la labor conjunta y sostenida en el tiempo, el trabajo en equipo aun desde instancias distintas, la creatividad en nuestro quehacer, la mayor eficiencia y satisfacción...

Trabajar con esta clave de presencia permite también incluir a otras personas en la vida y misión escolapia, gracias a la información compartida, los espacios comunes que se van creando, la mentalidad de conjunto, la posibilidad de aportación de las diferentes personas y entidades, la mayor variedad de posibilidades de cooperación.

También cobra una nueva perspectiva la capacidad de convocatoria de más personas al proyecto escolapio al ganar en difusión, en riqueza de contenido por la mayor participación, en el aumento de agentes que pueden desarrollar la misión escolapia.

La Fraternidad está siendo un elemento propulsor de esta clave de presencia que le ayuda a situarse en la vida y misión escolapias, a la vez que las enriquece en gran medida con su aportación.

Son ya bastantes las Demarcaciones y Fraternidades que están desarrollando esta clave y que pueden servir a todos de orientación para avanzar en esta dirección²⁰.

Presencia escolapia y comunidad escolapia de referencia

Conviene tener en cuenta en toda presencia escolapia que es necesario contar con la comunidad escolapia de referencia.

Esto era muy claro para Calasanz que ve la necesidad de vida en común de aquellos escolapios que llevan adelante la misión en cada lugar. Es la comunidad, más allá de las personas concretas, quien da continuidad en el tiempo y en el estilo de actuación a toda obra escolapia, a toda presencia escolapia.

Durante mucho tiempo esta comunidad de referencia ha sido, y sigue siendo en muchos lugares, la comunidad religiosa. Eso es una gran riqueza que visualiza la identidad escolapia, la refuerza y le da consistencia.

Ahora bien, la situación actual está cambiando en muchos lugares escolapios por la disminución de religiosos en cada una de las obras o la pérdida de influencia por la elevada edad o por falta de salud, por la ampliación de la misión, por la existencia de dos comunidades re-

20 Podemos ver algunos proyectos y experiencias en <https://www.escolapios21.org/presencia/>

ligiosas en la misma presencia, por la aparición de la Fraternidad que también es sujeto escolapia de la misión... y todo ello aconseja actualizar esta comunidad escolapia de referencia en cada presencia.

Hoy contamos con experiencias bien variadas, unas muy exitosas y otras no tanto, que conviene conocer para acertar en la situación que se encuentra cada uno.

Hoy tenemos experiencias negativas de presencias sin comunidad de referencia, lo que provoca una debilitación a pasos agigantados. A veces se están pidiendo esfuerzos imposibles a religiosos que no pueden responder a la necesidad de estar en dos poblaciones al mismo tiempo. También se pueden dar comunidades con comportamientos individualistas que no son referencia y dependen del religioso que está en cada momento.

Gracias a Dios tenemos muchas más experiencias positivas de comunidades religiosas vivas y conjuntadas que son signo de unidad e identidad escolapia. Tenemos Fraternidades que se convierten con los religiosos en la comunidad de referencia, a veces en comunidades conjuntas que comparten la vivienda, y que son una referencia muy cercana a las personas a las que nos dirigimos. En ocasiones hay varias comunidades de referencia en la misma localidad, bien cohesionadas y referenciales. En alguna ocasión la comunidad de referencia es únicamente de la Fraternidad con el apoyo de la Provincia. Y también contamos con muchas otras realidades que están dando una respuesta escolapia muy adecuada.

Lo que parece imprescindible para el funcionamiento con este modelo de presencia es poder contar con una comunidad escolapia de referencia, donde los religiosos y la Fraternidad y las personas que se sientan llamadas puedan vivir su fe y asumir el liderazgo carismático de esa presencia.

Testimonio desde Bilbao – España

Cómo se sitúa la Fraternidad en la presencia escolapia

En un contexto de reducción numérica de la vida religiosa y del sacerdocio, de vez en cuando surge la pregunta: ¿Cuántos sois los escolapios

en Bilbao? La respuesta suele ser: 108. Quien pregunta se sorprende, porque probablemente solo pensaba en escolapios religiosos. Pero realmente son 108 las personas que en nuestra ciudad son seguidoras de Jesús viviendo la fe en comunidad escolapia y participando del carisma de Calasanz. Son 108 las personas que forman parte de la Fraternidad escolapia y que están integradas carismáticamente en la Orden de las Escuelas Pías. De ellas, 4 son religiosos escolapios y 8 escolapios laicos/as (integración carismática y jurídica).

Quiénes integran la Fraternidad escolapia reciben el carisma escolapio, un don, un regalo que aporta el Espíritu Santo, que da vida y que compromete. Aceptar el carisma supone para la Fraternidad:

1. Hacer presente a Jesús:

Esta es su principal tarea. Dar testimonio mediante la vida personal y comunitaria de Jesucristo, de su presencia viva entra nosotros. Reflejar su rostro, ser sus manos.

El rostro de Jesús es polifacético, riquísimo, inagotable. A nosotros como escolapios nos “toca” reflejar el rostro, y las manos, del Jesús que se acerca a los niños (educar), especialmente a los pobres, para anunciar el Reino (evangelizar-anunciar) y vivir ya dentro de él hoy (transformar la sociedad).

A través de la vida comunitaria, de los trabajos y misión, de la celebración de nuestra fe, en definitiva mediante nuestra espiritualidad, de nuestra vida animada por el Espíritu de Jesús, la fraternidad muestra a todas las personas, y especialmente a niños y jóvenes, el camino de la Vida en Jesucristo.

2. Asumir la responsabilidad en la misión escolapia y en sus principales mediaciones:

Acoger el carisma escolapio supone también recibir la riquísima herencia de las obras escolapias. Esto supone para un buen número de integrantes de la Fraternidad participar activamente en ellas, en algunos casos como profesionales y en muchos más desde el voluntariado. Y para todos implica sentirlas como propias, conocerlas y, respetando la autonomía de los diferentes ámbitos y equipos, aportar todo lo que se pueda al colegio, a los diferentes proyectos de Itaka-Escolapios, y en la conformación e impulso de la comunidad cristiana escolapia.

Por ser relativamente reciente (en nuestro caso 25 años) y, sobre todo por ser don del Espíritu que nunca se deja atrapar del todo, el descubrimiento de lo que supone este nuevo “sujeto” escolapio no está ni mucho menos terminado. Está contrastada la riqueza que aporta a

la vida y a la misión escolapias, pero queda camino por recorrer. En este caminar tienen una especial responsabilidad las personas que actúan como “cremallera”, uniendo ámbitos y realidades distintos como son los escolapios religiosos, los escolapios laicos y los diferentes ministerios. En esta misma línea van tomando importancia nuevas realidades que ayudan a que este sujeto escolapio vaya tomando cuerpo como son los proyectos y equipos de presencia local y provincial y la Fundación Itaka-Escolapios.

P. Alberto Prieto , Fraternidad Itaka de Emaús

Nos has reunido en comunidad

*Te damos gracias, Padre Santo,
porque, por medio de Jesús, nos has reunido en esta comunidad.*

*Queremos hacer nuestro el estilo de vida de Jesús,
escuchando su Palabra, compartiendo su misión, siendo sus discípulos.*

*Haz, Padre, que nuestro grupo no se cierre nunca en sí mismo,
que viva siempre para la misión,
que anuncie tu Reino al servicio de todos los hombres,
asumiendo la causa de los pobres.*

*Que María esté siempre en medio de nosotros,
como entre los apóstoles para ayudarnos en la tarea de evangelizar,
de la misión.*

¡Que venga tu Reino, Señor!

Posibilitar las diferentes formas de participación

La puesta en marcha y el desarrollo de la Fraternidad facilita mucho el impulso de las demás modalidades de participación en las Escuelas Pías. Evidentemente no es la única forma, pero sí un elemento que ayuda mucho al inicio y crecimiento de las personas que quieren acercarse al mundo escolapio según su propia vocación.

Recordamos el marco escolapio que nos ayuda a presentar estas posibilidades de participación:

La vida religiosa escolapia

Es, sin duda, una forma plena de vivir el carisma escolapio, que ha permitido desde Calasanz hasta hoy que las Escuelas Pías lleguen hasta todos nosotros. La consagración religiosa con sus votos y vida comunitaria suponen la vocación a imitar a Jesús pobre, casto, obediente que comparte la vida en comunidad. La ordenación sacerdotal de la mayoría de los religiosos es la vocación a ser “otro Cristo” para comunidad con su ministerio de la Palabra, la celebración, la comunión y la caridad. La vivencia del carisma que inicia Calasanz es una vocación en favor de los más pequeños y necesitados para construir un mundo mejor a través de la educación cristiana transformadora. La pertenencia de por vida a la Orden es una cristalización de esa rica vocación con el grupo de hermanos, con las obras existentes, las opciones que conjuntamente se van tomando y el camino que juntos vamos recorriendo. Todo ello constituye una manera plena de vivir y ser parte de las Escuelas Pías.

Durante siglos la vida religiosa escolapia ha vivido plenamente sin la presencia de la Fraternidad y, en ese sentido, no ha necesitado de ella. Pero siempre, incluso en vida de Calasanz, son impensables las Escuelas Pías sin seglares cercanos que colaboran y hacen posible la misión escolapia.

Cuando la Fraternidad está viva y fuerte en una Demarcación la vida religiosa se enriquece en gran medida. En primer lugar, porque se ha convertido en “madre” de la Fraternidad, porque ha sido capaz de gestar y criar una nueva vida escolapia. También porque la “hija” no solo es tarea para la Provincia, sino que también es un regalo que hace vivir en otra dimensión y que multiplica las posibilidades de la misión.

La Fraternidad da manos y corazón a la vida escolapia. Amplía las posibilidades comunitarias y de convocatoria a la mies escolapia. Facilita tareas que pueden ser asumidas en conjunto, religiosos y laicos, cada cual según su vocación y capacidades. La Fraternidad abre horizontes, aporta una nueva sensibilidad por la diversidad que conlleva y se convierte en un colaborador fundamental de la Demarcación.

Los escolapios laicos

La Fraternidad, en la medida que va creciendo, va planteando nuevos pasos para sus miembros y ayudando a discernir los as-

pectos de vocación particular que concretan la vocación común a la Fraternidad.

No es extraño que los hermanos y hermanas de la Fraternidad que están viviendo con intensidad el carisma escolapio se planteen y pidan una mayor vinculación con la Fraternidad ¡y con la misma Orden! Están pidiendo una integración carismática (que ya se da en la Fraternidad) y también una integración jurídica: son los escolapios laicos.

Esta vocación ayuda a la Fraternidad al propiciar personas llamadas a este nuevo paso de implicación y también a la Orden. Son además una realidad que une estos dos sujetos escolapios, Orden y Fraternidad, con personas que participan en ambas entidades, de manera análoga a los religiosos que participan plenamente de la Orden y también de la Fraternidad.

Una vocación así es impensable sin la existencia de una Fraternidad viva que la propone y acompaña, junto con la Orden. Abrir la puerta a esta vocación es un valiente paso de la Orden, de la Fraternidad y de las personas que la descubren como llamada del Señor.

La Fraternidad de las Escuelas Pías

La Fraternidad ha de cuidar especialmente esta forma de participar en el carisma escolapio, viviendo con intensidad la propia vida, compartiendo en la pequeña comunidad y en la Fraternidad ese carisma que nos viene de Calasanz, caminando conjuntamente con la Orden, trabajando en la misión escolapia desde la propia vocación y siempre en disponibilidad, dando a conocer y convocando a otras personas que puedan estar interesadas a esta vocación...

La Fraternidad escolapia comparte el carisma escolapio junto con la Orden. Esto significa que asume la espiritualidad, la vida y la misión escolapia. Conviene destacar la importancia de esto y, especialmente, del ministerio escolapio que asume la Fraternidad en su conjunto: ella es responsable, corresponsable, del ministerio que la Iglesia concede a Calasanz y a los escolapios. Esto es un gran regalo... ¡y una gran responsabilidad!

La pertenencia a la Fraternidad puede verse muy enriquecida con la entrada en la red internacional Itaka – Escolapios si así lo deciden junto con la Demarcación correspondiente. Supone un paso cuali-

tativo de crecimiento al contar con un instrumento que multiplica las posibilidades de misión, de pertenencia al mundo escolapio internacional, de organización interna en conexión con otras Provincias y Fraternidades, de corresponsabilidad con las escuelas, etc.

Los equipos de misión compartida

Dar forma a la modalidad de misión compartida supone organizar equipos de personas que, después de un proceso de formación y una decisión personal aceptada también por la Provincia, quieren vivir su dedicación como misión junto con los escolapios.

Una Fraternidad puede ayudar mucho a poner en marcha esta forma de participación, no solo porque son más manos para llevar adelante este camino, sino también porque pueden facilitar los inicios con la implicación personal en estos equipos. Por ejemplo, algunas personas de la Fraternidad pueden crear el grupo inicial para que otros cuenten con un espacio de garantía para ponerlo en marcha.

Contar con la Fraternidad abre más posibilidades de pensar en equipos de misión compartida de profesores, de personal profesional y / o voluntario de obras escolapias, de familias, etc.

La Fraternidad posibilita también la invitación, a quien se sienta llamado, a la misma Fraternidad después de un tiempo en estos equipos de misión compartida.

Los colaboradores

En las obras escolapios son muchos y bien diversos los colaboradores que participan en las distintas actividades: educadores, voluntarios, familias, exalumnos, socios...

La Fraternidad puede ayudar en gran medida a impulsar esta colaboración con nuevas convocatorias, con el testimonio de vida, con la formación de los colaboradores en su tarea, con la cercanía y signos de agradecimiento, con iniciativas de apoyo en determinados momentos, etc.

Al ampliar el número de personas (no son ya solo los religiosos) no solo crecen las posibilidades de colaboración, sino que además se hace más institucional y menos dependiente de la relación personal que puedan tener los colaboradores con un religioso determinado.

Los destinatarios de la misión escolapia

El centro de las Escuelas Pías son siempre los niños y jóvenes, los pobres. Cada vez que tenemos un nuevo religioso, un nuevo colaborador, un nuevo hermano de la Fraternidad o de los equipos de misión compartida, quienes resultan más beneficiados son aquellas personas a quienes servimos.

Contar con la Fraternidad es un refuerzo muy grande, pues no es solo una colaboración personal, sino también institucional, lo que da más garantía de solidez y perseverancia en el tiempo.

Una Fraternidad es un regalo para sus miembros y también para las demás formas en que las personas pueden participar en las Escuelas Pías.

Testimonio desde Bilbao – España

Los grupos de Misión Compartida son grupos de personas enviadas a impulsar y encarnar la presencia escolapia en los distintos ámbitos de cada lugar.

En nuestro caso, en Bilbao, tenemos tres grupos, uno formado por personas que trabajan en el colegio, otro formado por personas que trabajan en Itaka-Escolapios y otro por familias del colegio.

En el caso de los grupos de Itaka-Escolapios y del colegio, los que participamos hacemos de nuestro trabajo profesional misión compartida y lo vivimos en clave vocacional. Además, queremos ser motor que impulse, desde la cultura vocacional y la convocatoria a todos los que conforman el colegio e Itaka-Escolapios, a la comunidad cristiana escolapia como agente y horizonte de la misión educativa, pastoral y solidaria escolapia en Bilbao.

Por otro lado está el grupo de misión compartida de familias, formado por madres y padres del colegio, que no solo participamos y colaboramos con el colegio y/o Itaka-Escolapios, sino que compartimos la misión escolapia y la impulsamos globalmente.

Yo tengo la suerte de participar en los tres equipos, y para mí es una gran riqueza que tenemos que cuidar y seguir impulsando. A lo largo de los últimos años nos hemos dado cuenta que somos muchas las personas que nos queremos implicar más en la presencia escolapia de nuestro entorno, cada una desde su propia realidad (trabajo, familia, vocación...).

Algunas de las riquezas que hemos ido descubriendo de estos grupos a lo largo del tiempo:

- Ayudan al crecimiento personal en cada uno de los ámbitos y favorecen el trabajo conjunto con personas que soñamos juntas junto a la Escuela Pía.

- Ha impulsado la elaboración de materiales y la preparación de formaciones que no hubiéramos imaginado y que han permitido seguir avanzando en la misión.

- Ha ayudado a acercar a más gente a la comunidad cristiana escolapia, participando de la eucaristía e implicándose en proyectos que ya existían y en los nuevos que hemos ido creando.

- Ha enriquecido la presencia escolapia de Bilbao, en todos sus aspectos, facilitando la participación de más personas y ayudando a que cada una se sienta parte de los seguidores de Jesús al estilo de Calasanz.

Iratxe Meseguer, Fraternidad Itaka de Emaús

Estar unidos

Los hijos de un labrador estaban peleados. Este, a pesar de sus muchas recomendaciones, no conseguía con sus argumentos hacerles cambiar de actitud. Decidió que había que conseguirlo con la práctica. Les exhortó a que le trajeran un haz de varas. Cuando hicieron lo ordenado, les entregó primero las varas juntas y mandó que las partieran. Aunque se esforzaron no pudieron; a continuación, desató el haz y les dio las varas una a una. Al poderlas romper así fácilmente dijo: “Pues bien, hijos, también vosotros, si conseguís tener armonía seréis invencibles ante vuestros enemigos, pero si os peleáis, seréis una presa fácil”.

(Esopo)

La Comunidad cristiana escolapia

Durante mucho tiempo la comunidad religiosa era el motor y la referencia de la presencia escolapia... y lo sigue siendo en muchos

lugares. Es evidente la importancia de una comunidad que da consistencia y apoyo a cada uno de los escolapios, que hace posible la misión escolapia y da continuidad a la obra, que se convierte en referencia para el entorno y para los destinatarios de la misión en cada lugar.

Ahora bien, en muchos lugares esta constante en la historia escolapia está cambiando: en algunos lugares por la desaparición de la comunidad religiosa, en otros porque ha perdido presencia por los muchos trabajos asumidos o por la avanzada edad de los religiosos o por la asunción de mayores responsabilidades por parte de seglares... y en todos porque la participación de laicos y laicas en la obra va reclamando, más o menos claramente, una corresponsabilidad y visibilidad mayor.

Especialmente cuando surge la Fraternidad y va tomando conciencia de ser también, junto con la Orden, sujeto escolapio, se ve necesario ampliar el concepto de comunidad de referencia para que alcance también a la Fraternidad y a todas las personas que participan en esa presencia escolapia.

Estamos hablando de un cambio fundamental: está apareciendo la comunidad cristiana escolapia. Esta engloba a la comunidad religiosa, a la Fraternidad y a todas las personas que quieran compartir su fe y crecer en su identidad escolapia:

“Nos esforzaremos en fortalecer nuestra presencia en cada localidad configurando la comunidad cristiana escolapia en la que los religiosos, los miembros de las Fraternidades escolapias y todas las personas que forman parte del conjunto de la presencia escolapia, puedan encontrarse para compartir su fe y crecer en su identidad calasancia”.

(Reglas comunes, nº 103).

Esta realidad que va alcanzando cada vez a más lugares escolapios necesita ser entendida, asumida, querida y cuidada. Será necesario para ello que, en primer lugar, la Provincia y la Fraternidad vayan dando pasos en esta dirección.

En aquellas presencias en que los escolapios tengamos encomendada una parroquia o contemos con un centro de culto habrá que

dar pasos para integrarnos en la Red de parroquias escolapias²¹ con clara identidad, donde tenga un lugar adecuado esta Comunidad cristiana escolapia. Y allí donde no haya esta posibilidad habrá que ver la forma más oportuna para ofrecer este espacio tan necesario para las personas que impulsan la presencia desde esta clave.

Esta Comunidad cristiana escolapia ha de tener como centro, como toda comunidad, la Eucaristía. Y deberá contar con aquellos elementos que ayuden al crecimiento personal y comunitario cristiano, convirtiéndose en un espacio de inserción eclesial para quienes se sientan llamados a ello.

La presencia escolapia y la Comunidad cristiana escolapia son dos realidades interrelacionadas y diferentes. Esto conviene aclararlo bien: la comunidad es el grupo escolapio creyente que vive su fe, la celebra, la ofrece como referencia de vida y la traduce en misión escolapia en el lugar concreto; la presencia (con su coordinador, equipo y proyecto) es el planteamiento más organizativo y directivo donde tienen espacio personas creyentes o no, o cristianos que viven su fe en otras comunidades).

La Comunidad cristiana escolapia, formada fundamentalmente por la comunidad religiosa y de la Fraternidad, está abierta a quienes lo desean: educadores, colaboradores, familias, alumnos, personas del entorno... siempre con una clara identidad cristiana y escolapia.

En ella se visualizan las distintas vocaciones escolapias, unidas en Jesús a través del carisma y misión iniciados por Calasanz, se ofrece un buen ámbito de inserción eclesial siempre en comunión con la Iglesia local, se presenta una comunidad viva y muy presente en los distintos ámbitos comunitarios (comunidad religiosa, de la Fraternidad, familias, grupos del Movimiento Calasanz... y en las obras escolapias del lugar) y es el lugar adecuado para momentos celebrativos cristianos de la presencia (sacramentos, envíos, encomiendas, acogidas, etc.) y para convocar y acoger a niños, jóvenes y adultos en una Iglesia de rostro escolapio.

21 Documento "Red de parroquias escolapias" en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2019/08/190520-Prot.S.206.2019-red-de-parroquias-escolapias-dossier-ESP.pdf> y Carta oficial de constitución en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2019/08/190520-Prot.S.206.2019-red-de-parroquias-escolapias-ESP.pdf>

Testimonio desde Tolosa (España)

La propuesta del ministerio laico de pastoral fue un regalo inesperado. Un regalo que para que lo voy a negar, me dio miedo. La Escuela Pía hacia una apuesta a largo plazo por mi persona, y eso suponía que yo también debía apostar definitivamente por lo escolapio. Fue un momento de rezar y reflexionar mucho sobre ello. Plantearme si estaba dispuesto a seguir en este camino que tan feliz me hacía, pero con un compromiso que daría estabilidad a mi labor en la presencia de Tolosa y que vinculaba mi presente y mi futuro a ella. La ilusión por la propuesta y por la apuesta escolapia en mi persona se mezclaba con el miedo a la responsabilidad que ello suponía. Miedo a apostar a largo plazo, a volver a estudiar, a asentar mi vida de esta manera en un momento en el que nada más me ataba...

Gracias a Dios la ilusión fue más fuerte y me lancé a esta aventura, o mejor dicho continué en ella. Digo continué porque ya eran muchos años compartiendo misión. Ya que desde los 10 años soy parte de ella. Chaval del movimiento Calasanz primero, monitor después y finalmente miembro de la fraternidad, la cual me cuida y me acompaña en mi vida y ahora también en mi ministerio. Muchos años de ser y sentirme escolapio. Años de sueños, aventuras y reuniones. Pero de repente todo esto tomaba un nuevo matiz, con mi SI apostaba definitivamente por todo esto y decidía ligar mi presente y mi futuro a ello.

No me he arrepentido ni un solo segundo de mi decisión. Como decía unas líneas más arriba el ministerio ha sido un regalo. Posiblemente uno de los mejores regalos y una de las mayores aventuras a las que me ha llevado mi vida escolapia. Todavía estoy en la etapa inicial de mi ministerio. Formándome para poder dar el mejor servicio pastoral a los chavales con los que me encuentre. Esta formación me está haciendo crecer como persona, como cristiano y como escolapio. Los estudios formales, las ciencias Religiosas me están ayudado a conocer más y mejor mi fe profundizando en ella. Y los encuentros y formaciones más escolapias me están posibilitando conocer más y mejor la misión escolapia en su totalidad. Haciéndome sentir más participe y corresponsable de ella y dándome la posibilidad de conocer a personas increíbles y obras que me llenan de orgullo.

Mi labor por el momento se ha centrado sobre todo en lo relativo al movimiento Calasanz, coordinándolo en la presencia de Tolosa y acompañando varios grupos de chavales. Este año además estaré presente en el colegio como profesor. Una nueva etapa que afronto lleno

de ilusión y ganas para seguir luchando por el sueño escolapio y por la construcción del reino.

Para terminar, me gustaría transmitir mi agradecimiento a las personas que me han acompañado y me acompañan en este proceso y a todas las que han creído en mí para esta fantástica aventura.

Iván Asenjo Elizalde, Fraternidad de Tolosa de Emaús

Los radios y la llanta

No olvidemos los radios y la llanta. ¿Qué son los radios? Cada uno de nosotros. Sólidamente unidos en el centro, partimos de ese centro común del que vamos divergiendo. Esa es nuestra naturaleza y nuestra riqueza.

Pero somos inútiles hasta que la llanta viene a unir nuestras diferencias y a ensamblarnos. La llanta indispensable y de la que huimos a menudo es la comunidad, la Iglesia.

(Jacques Loew. “Fábulas y parábolas”, p. 26)

Ministerios escolapios encomendados al laicado

La misión de todo cristiano es asumir como propio el envío que Jesús nos hace:

“Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia”.

(Mt 28, 19-20).

Para llevar adelante esta misión, la Iglesia va encargando a personas concretas y a grupos algunos ministerios²² (que han de ser importantes, estables, con una preparación adecuada, encomendados

22 Un poco más de información en <https://es.catholic.net/op/articulos/18452/cat/748/los-ministerios-laicales.html#modal>

por la autoridad eclesial correspondiente, celebrados en comunidad), servicios, encargos, encomiendas...

Algunos son ministerios personales:

- Los ministerios ordenados son los que la Iglesia ha ido determinando para “ordenar”, organizar la comunidad: Obispos, presbíteros y diáconos.
- Los ministerios instituidos por la Iglesia son actualmente el lectorado y acolitado... y los que reconozcan las diferentes Conferencias Episcopales.
- Los ministerios reconocidos, que pueden ser para varones y mujeres (a diferencia de los anteriores), no son “tan oficiales” pero sí tienen reconocimiento y cierta permanencia: ministros de la Eucaristía, animación musical, atención enfermos, dedicación a los pobres, gestión administrativa...

Algunos son ministerios encomendados a entidades:

- Los más claros son los ministerios de las Congregaciones religiosas o institutos reconocidos eclesialmente.
- En ocasiones también se alude a ministerios genéricos a colectivos concretos: ministerio de los educadores o de distintas profesiones (salud, comunicación...), de los padres y madres... pero siempre es una realidad más difusa.

Hay también servicios, cargos o encargos más o menos puntuales, carismas personales, talentos de cada persona... que son muy importantes en el día a día. Pero no tienen ese reconocimiento comunitario ni la estabilidad en el tiempo que tienen los ministerios.

La Orden de los escolapios tiene reconocido en sus Constituciones, aprobadas por la Iglesia, el ministerio de la educación cristiana, especialmente para los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y pobres. La mayoría, al ser sacerdotes, tienen también el ministerio del presbiterado y los ministerios previos. Así,

- Todos los religiosos escolapios tienen dos ministerios: la educación cristiana y la atención a los niños pobres.
- Los sacerdotes escolapios tienen además los ministerios de lectorado, acolitado, diaconado y presbiterado... es de-

cir, los ministerios de pastoral instituidos y ordenados (alguno también el episcopado).

La Fraternidad de las Escuelas Pías comparte, por reconocimiento de la Orden, el carisma escolapio y participa como comunidad del ministerio escolapio.

Esto abre un camino, que puede ser compartido por la Orden y Fraternidad, de encomendar también a personas concretas de la Fraternidad algunos de los ministerios escolapios.

Desde el año 2000, ahondando en esta línea, se han puesto en marcha tres ministerios escolapios encomendados a laicos y laicas, que se corresponden con los tres ministerios de la mayoría de los religiosos escolapios:

- El ministerio de pastoral, para colaborar con el equipo de ministros ordenados escolapios en su labor de cuidado pastoral de la celebración, la Palabra, la comunión y el servicio.
- El ministerio de la educación cristiana, para impulsar aspectos fundamentales de la acción educativa escolapia (acompañamiento familiar, iniciación en la fe, atención a la diversidad, identidad institucional de las obras...)
- El ministerio de la transformación social, para impulsar nuestra opción escolapia por los más necesitados (atención a situaciones de pobreza, minorías, concienciación social...)

Para poner en marcha estos ministerios contamos con algunos criterios que conviene tener en cuenta (Secretariado de integración carismática y misión compartida, "Participar en las Escuelas Pías", nº 26):

- Elegir personas que participen en los equipos de misión compartida o, mejor todavía, en la Fraternidad escolapia.
- Marcar la etapa de formación inicial siguiendo un itinerario adecuado de preparación para el ministerio correspondiente, tanto para la persona que va a asumir el ministerio, como para la presencia escolapia en que se va a desarrollar, pues todos necesitan esa preparación.
- Hacer la encomienda desde el Superior Mayor correspondiente en nombre de la Demarcación y, si se dan las condi-

ciones necesarias, también de la Fraternidad, los equipos de misión compartida y la Comunidad cristiana escolapia.

- Un signo formal de compromiso mutuo, normalmente en el marco de una celebración de la Eucaristía de la Comunidad cristiana escolapia.
- El ministerio se encomienda por un plazo amplio y renovable.
- El ministerio escolapio siempre se realiza en equipo, que acompaña a la persona a lo largo del tiempo en su labor, decisiones, formación permanente, etc.

Son ya unos cuantos años de rica experiencia ministerial con más de 40 encomiendas ministeriales, unas cuantas de ellas también renovadas al acabar el periodo para el que fueron realizadas. En los documentos de la Orden, el Directorio de participación nº 73 y en los Estatutos de algunas Provincias podemos encontrar orientaciones más específicas²³.

En algún momento pensamos en el diaconado para personas de la Fraternidad, pero todavía no se ha recorrido este camino.

El talante comunitario y ministerial de la Iglesia es fundamental. La comunidad es el espacio de encuentro con el Señor y del envío a la misión. Y se complementa con los diversos ministerios que ayudan a llevar adelante la función de la comunidad y a ser contraste de la misma.

Sin ser ministerios, también se están dando envíos, encomiendas a personas concretas o pequeñas comunidades... y, por supuesto, cargos, encargos, servicios para llevar determinadas tareas, proyectos y obras. Sin tener el carácter de ministerios son aspectos de gran importancia para llevar adelante todas las tareas, para aprovechar los carismas personales, para corresponsabilizar más a todos y para funcionar.

23 Podemos encontrar algunos materiales y experiencias en el Directorio de Participación en las Escuelas Pías nº73, en la publicación del Secretariado de integración carismática y misión compartida, "Participar en las Escuelas Pías", nº 19-28 y en algunos Estatutos y documentos de los ministerios que podemos encontrar en <https://www.escolapios21.org/documentos-2/documentos-principales/>

Testimonio desde Pamplona – Iruña (España)

Recuerdo perfectamente la vez que me propusieron ser ministra de la educación cristiana. Tras la Eucaristía de cada sábado, un escolapio quiso hablar conmigo para hacerme la propuesta. La verdad es que no me costó nada decir que sí. ¿Cómo no te vas a fiar de quien tanto te ha cuidado y te ha dado a conocer el regalo de la fe? No podía hacer otra cosa que confiar. Otras veces lo había hecho y me había ido muy bien, así que decir que sí no tenía mucho mérito... Esa conversación acabó rápido. Sí. Ya está. Mi ministerio acababa de empezar...

Al principio estaba muy preocupada por mi formación... Quería saber mucho, “controlar”, (se ve que eso me daba mucha seguridad y me ayudaba a equilibrar la balanza de miedos que iban apareciendo conforme iba conociendo mis funciones). Afortunadamente pude acudir a un curso de formación de agentes de pastoral, a encuentros de ministros, diferentes charlas y realizar un máster de interioridad. Y conforme iba conociendo algo más, frases y dudas del tipo “pero si yo de esto no sé, “¿qué voy a aportar yo aquí?”, “a mí esto no se me da bien...” fueron apareciendo en mi día a día.

Sin embargo el Evangelio me iba susurrando al oído otro tipo de mensajes que contrarrestaban y diluían mis excusas: “Es Dios quien nos capacita” “Vosotros sois la sal y la luz del mundo”, “Venid y lo veréis”, “quien quiera ser el más grande que se haga el servidor de todos”...y, cómo no, “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Y es que me siento una privilegiada porque mi ministerio se ha ido concretando en estar cerca de los más pequeños. ¡Qué suerte la mía poder servir a niños y niñas, a lo más sagrado, puro, dulce, y bondadoso que existe en nuestro mundo! ¡Y qué responsabilidad acompañarles en el camino de la fe; a ellos y a sus familias, e ir sembrando juntos y descubriendo cómo cada niño está habitado por Dios!

El ministerio es un servicio al que te envía la Fraternidad y la Provincia. Así lo quiero y lo intento vivir. El ministerio de la educación cristiana me reta continuamente a tener un corazón cada vez más cercano a Dios, y para ello no hay mayor ejemplo que el corazón de un niño. Con mis fallos, mis perezas, mis ignorancias, mis dudas..., pero también con la convicción de que la fe sembrada en la tierna infancia ayuda a transformar el mundo y a hacer posible y factible el reino de Dios. El ministerio de la educación cristiana me habla de esperanza, de futuro, de transformación, de amor, de plenitud.

El ministerio de la educación cristiana es soñar con cada niño y familia, es sembrar y rezar por y con ellos, es trabajar para ellos, formarse,

crear, innovar, programar, jugar, cantar... En mi caso, una de mis funciones gira en torno a coordinar Tipi tapa (los grupos del movimiento Calasanz de iniciación en la fe entre los cursos de 1º a 4º de Primaria). En mi caso, concretamente, es estar como monitora, acompañar a las familias a través de diferentes encuentros y reuniones, programar junto con el equipo de monitores y formarnos conjuntamente conforme vamos aprendiendo unos de otros y con los niños con los que estamos.

Pero sobre todo, esto del ministerio resumiría que habla mucho de servir y sobre todo de CONFIAR; apartarse un poco y dejar que el Espíritu sople, que es quien al fin y al cabo hace germinar la semilla de la fe y que una persona se encuentre con el corazón de Jesús.

Maite Larrañeta. Fraternidad Lurberri de Emaús

Oración por los hermanos de la fraternidad

Padre, hoy quiero pedirte por mis hermanos de comunidad.

Tú les conoces personalmente: conoces su nombre y su apellido, sus virtudes y sus defectos, sus alegrías y sus penas, su fortaleza y su debilidad, sabes toda su historia; les aceptas y les amas como son y los vivificas con tu Espíritu.

Enséñame a quererles de verdad, no por sus palabras o por sus obras, sino por ellos mismos.

Te doy gracias por ellos, Padre. Todos son un regalo para mí.

Dame la mirada y el corazón de Jesús para contemplarles y amarles hasta el extremo porque yo quiero ser para cada uno de ellos sacramento vivo de la presencia de Jesús.

Los envíos a otros países y presencias

La Fraternidad está posibilitando también los envíos como iniciativa de gran valor para las personas implicadas, para las Fraternidades y Provincias de donde parten así como para las que llegan y, sobre todo, para la misión escolapia.

Una presentación para comenzar

Fruto del crecimiento de la Fraternidad y de las experiencias de voluntariado de verano en presencias escolapias en otros países van

surgiendo y tomando forma los envíos escolapios que actualmente impulsamos algunas Provincias y Fraternidades escolapias, así como la red Itaka – Escolapios.

Los primeros envíos de este estilo fueron de Bilbao (Emaús – España) a Venezuela en 1995. Desde entonces han sido enviadas, a través de Itaka – Escolapios a partir de envíos de Provincias y Fraternidades, más de 90 personas de la Fraternidad de siete ciudades de España (Bilbao, Granada, Madrid, Pamplona, Tafalla, Tolosa y Valencia), de Venezuela (Valencia) y de Brasil (Governador Valadares) a diferentes países: Bolivia, Brasil, Camerún, Guinea Ecuatorial, Indonesia, Nicaragua, República Dominicana y Venezuela.

También se iniciaron de modo semejante envíos de personas de la Fraternidad a otras presencias dentro del mismo país, sobre todo en España: en estos momentos hay más de veinte personas enviadas en esta modalidad.

Y, aunque aquí no entramos en ello, también ha habido y hay otra forma, desde la Orden o desde Provincias concretas, de envíos con cierta semejanza: personas que no son de la Fraternidad, que no intermedia Itaka – Escolapios, que son por tiempo más limitado, que son más contratos de trabajo... No los recogemos aquí (por la dificultad de recoger esta información y porque la valoración es bien distinta), aunque conviene dejar recogida esta mención.

Una característica común a estos envíos de Provincia (y Fraternidad) es la finalidad de impulsar la misión escolapia en un lugar concreto o una Provincia concreta. Cada vez se va centrando más en el impulso de la presencia y no solo de la misión. Y siempre con una fuerte vinculación con los religiosos y la Demarcación correspondiente, a la vez que se mantiene una relación viva con la Provincia y Fraternidad que ha enviado.

La forma de comunidad donde han vivido estas personas enviadas ha sido diversa. La mayor parte de las veces ha sido en una comunidad conjunta de religiosos y laicos, compartiendo la vivienda, la vida, la oración, la misión... con mayor o menor intensidad. En algún caso han vivido los laicos en un lugar diferente de los religiosos compartiendo algunos momentos y siempre la misión. En la medida de lo posible entendemos que el primer modelo ayuda mucho más en todos los sentidos.

Es importante, y más en estos momentos, enfocar este envío en tres ámbitos: como parte de la vocación personal de los enviados, como compromiso de la Provincia y Fraternidad en su conjunto normalmente a través de la red Itaka - Escolapios y como parte de un proyecto de presencia escolapio adonde son enviados en el que cada cual, de manera coordinada, aporta lo mejor.

Un envío es parte de la propia vocación, que se vive como respuesta a una llamada de Dios por medio de la comunidad, que se vive desde una espiritualidad cuidada, que se afronta con la confianza puesta en quien envía (el mismo Jesús, la Iglesia, las Escuelas Pías) y con la disponibilidad para estar al servicio de las Escuelas Pías de ese lugar.

Es un compromiso para la Provincia, que asume que los enviados son escolapios durante su estancia en el lugar de envío y que forman parte de la Provincia desde su propia vocación laical, a la vez que se responsabiliza de ellos en la medida de sus posibilidades.

Es un compromiso para la Fraternidad, que crece como entidad corresponsable de un envío, que cuida de su acompañamiento y de las necesidades que pudieran tener los enviados en todo momento, que vela para que haya continuidad de envíos para dar estabilidad a la misión, que siente como propia la labor de esas personas...

Es un compromiso de Itaka – Escolapios, que asume el apoyo y la experiencia en estos envíos con la aportación que sea necesaria en cada situación y que anima e impulsar esta iniciativa que tanto ayuda a las personas enviadas, a las presencias de acogida, a la Provincia y Fraternidad... ¡a todos!

Es parte de un proyecto de presencia escolapia del lugar que recibe a estos enviados, aprobado conjuntamente y liderado por el equipo correspondiente, que se convierte en la guía del ser y hacer de todos.

Todo ello supone una riqueza tan grande que ha de vivirse con apertura a la novedad, con generosidad, con espíritu de aventura y confianza, con una buena preparación y un permanente acompañamiento.

Una experiencia con trayectoria

Los años de experiencia y la cantidad de personas implicadas permiten hacer un balance muy positivo, tanto para la vida de los en-

viados como para el impulso de la misión y presencia donde han realizado su servicio.

El 90% de los enviados en estos más de 25 años siguen hoy en la Fraternidad, uno es hoy sacerdote escolapio, 12 son escolapios laicos, 14 son ministros laicos, 24 están viviendo en comunidades conjuntas...

Las experiencias han sido distintas según el lugar de acogida, las personas concretas, el momento... incluso en tres ocasiones en que se vio necesario acortar el tiempo de envío, han sido años valorados muy positivamente.

El momento de hacer el envío y también el regreso han sido momentos muy importantes para toda la Fraternidad que se ve enriquecida con una experiencia escolapia de gran intensidad que contagia a todos y anima a otras personas a tomar decisiones. Y también es importante para la Provincia y la Orden que constata el compromiso de estas personas y de la propia Fraternidad.

Hasta diciembre de 2019 han sido 92 personas enviadas. De ellas, 17 a Venezuela, 14 a Brasil, 28 a Bolivia, 2 a Camerún, 2 a Guinea, 4 a República Dominicana, 3 a Nicaragua, 2 a Indonesia, 2 a Chile, 2 a México... Y en España, 6 a Vitoria, 3 a Tolosa, 4 a Logroño, 4 a Oviedo y 2 a Salamanca. Algunos han sido enviados en dos o tres ocasiones, a diferentes lugares.

No recogemos aquí a los religiosos escolapios, donde los envíos son bastante más habituales. El envío, la obediencia, es otra preciosa característica de la vida religiosa.

Conviene recoger en un compromiso los elementos fundamentales del envío, tanto de estilo como en cuanto a las implicaciones y responsabilidades para las partes implicadas. Este compromiso lo han de suscribir tanto la persona enviada como la Demarcación y la Fraternidad de origen, con la participación también de Itaka-Escolapios. Además, la Demarcación de acogida, y la Fraternidad en su caso, estarán informadas de todos sus extremos.

Para dar solemnidad y realce a lo que supone este compromiso para la persona y la comunidad, un momento apropiado para suscribirlo es en la Eucaristía de la comunidad cristiana escolapia en la que se celebre el envío, unas semanas o días antes de la marcha de la persona.

Preparativos de la Provincia, Fraternidad e Itaka – Escolapios

Lógicamente estos envíos precisan una preparación y una serie de elementos que ahora tan solo citamos:

- Determinar el calendario que ayuda al itinerario: fecha de envío oficial, de viaje, de regreso, de actividades de preparación...
- Profundizar en el sentido del envío por parte de las personas enviadas... y también la Provincia y Fraternidad que envía y que recibe: espiritualidad misionera
- Preparación personal como enviado, a situarse en la nueva realidad, a aprender y compartir...
- Preparación para integrarse en los proyectos escolapios donde es enviado
- Compromisos de cada una de las partes
- Cómo aprovechar para la cultura vocacional en la presencia escolapia, la Fraternidad, el movimiento Calasanz...
- Determinación de la experiencia de vida y misión en el lugar de acogida
- Cuidado de aspectos concretos: pasajes, visados, vacunas, poderes, excedencia laboral, seguros,...
- Preparación de la celebración
- Etc.

Testimonio desde Anzaldo – Bolivia

Vivir las opciones importantes de la vida en fraternidad es sentirse acompañada, enviada y segura de que lo que vayas a vivir va a tener una repercusión en el mundo. Porque las locuras que vivimos, son locuras, que construyen Reino.

Pertenecer a la fraternidad me hace valiente y soñadora. Y capaz de vivir aventuras grandes. Al igual que la fraternidad me ayuda a conocerme a mí misma, lo mejor y lo peor. Y con lo peor, saber crecer y madurar. ¡Qué más decir! Que estoy muy agradecida de poder vivir

mi fe en la pequeña comunidad y celebrar la vida en la fraternidad escolapia. Esté donde esté.

Resulta que llevo casi dos años viviendo en misión y comunidad escolapias en Anzaldo (Bolivia) y siento que es lo mismo que vivía en Pamplona. ¿Será coincidencia? Pues no, es porque esto de la fe y el mundo escolapio, abarca mucho y hay lugar para todos y todas.

El compromiso que he ido adquiriendo a lo largo de mi vida en fraternidad ha ido creciendo en seriedad e importancia. Pero creo que el SI que más me ha ayudado a vivir esto como mío y no solo mío... es el haber optado por vivir la fe en pequeña comunidad.

El envío es un compromiso fuerte y recíproco entre la fraternidad, una misma, la misión y Dios. Así lo vivo yo, no estoy sola, sino que soy enviada por mis hermanos de fraternidad a cumplir un sueño de Dios. Y qué alegría haber sido protagonista de mi propia fe y testigo de la vida entregada de otros muchos y muchas. De eso se trata, de vivir la fe con alegría, con entrega y en comunidad.

Si es cierto, que hay momentos más altos y más bajos. Pero así es la vida, encuentros más tristes, desencuentros con personas, momentos inolvidables, relaciones que nos hacen crecer mucho y encontrar vida en abundancia que compartir.

En mi envío personal, creo que solo puedo elegir una palabra para describirlo, TRANSFORMADOR. Y he encontrado grandes tesoros en Bolivia, pero sola, nunca hubiera vivido mi envío como algo transformador, ni hubiera encontrado tesoros tan valiosos. Nunca podría ser seguidora de Jesús si caminara sola (ni quiero) y cada día que pasa me siento más seguidora de Jesús, que mi vida tiene mucho sentido y con más ganas de entregarme a los demás. Así que gracias pequeña comunidad, gracias comunidad cristiana escolapia: por ayudarme a crecer, acercarme a esta hermosa realidad, a sentirme cerca de Dios y cumplir grandes sueños.

Para terminar, un consejo, CONFIAD. Confiando se dan síes de compromisos emocionantes, que merecen mucho la pena, porque de verdad, se pueden mejorar las realidades de nuestro mundo.

Idoia Gil, Fraternidad Lurberri de Emaús, enviada a Anzaldo en Bolivia

Llamada a formar comunidad

Mientras subía a la montaña fue llamado a los que él quiso y se reunieron con él. Designó a doce para que fueran sus compañeros y para enviarlos con poder de expulsar demonios. Así constituyó el grupo de

los Doce: Simón, a quien puso de sobrenombre Pedro, Santiago Zebedeo y su hermano Juan, a quienes puso de sobre-nombre Bonaerges (los Rayos), Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Ta-deo, Simón el Fanático y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó.

(Marcos 3, 13-19)

Los escolapios laicos y laicas: integración también jurídica

Otra novedad que trae la Fraternidad es la modalidad de integración carismática y jurídica, los escolapios laicos (Directorio de Participación en las Escuelas Pías, Capítulo General 2015, n° 66), que van apareciendo como nueva vocación escolapia de gran interés.

Cuando se vive con intensidad la Fraternidad y se va caminando en la identificación escolapia cada vez con más generosidad y exigencia, puede aparecer el deseo de dar algún paso más: la figura del escolapio puede ser, está siendo, un paso más.

En junio de 2002 surgen los primeros escolapios laicos. Eran entonces siete: tres matrimonios y un soltero. Todos ellos habían ido caminando muchos años en la misión escolapia, en la Fraternidad, habían compartido comunidad con los religiosos por unos cuantos años, habían hecho la Opción Definitiva por la Fraternidad, casi todos habían sido enviados por tres años a Venezuela donde compartieron vida y misión escolapias... y ahora necesitaban seguir avanzando.

La vocación del escolapio laico, integración también jurídica con las Escuelas Pías, parecía una interesante opción. Se trata de vincularse con más fuerza a la Fraternidad y también con una participación jurídica en la Orden. Este es el paso más significativo y novedoso: la vinculación jurídica con la misma Orden.

Era preciso definir más esta vinculación y para ello se elabora un Estatuto del Escolapio Laico²⁴, después de un largo proceso de par-

24 Estatuto del escolapio laico (2002) que define la integración carismática y jurídica en Emaús: <https://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2014/04/2010-Estatuto-escolapio-laico.pdf>

ticipación de religiosos y laicos, también de consultas de tipo canónico y de aprobación “ad experimentum” en la Congregación General señalando que es un estatuto para la Provincia.

A aquellos primeros escolapios se han ido añadiendo otros, hasta llegar en la actualidad a ser veinte, trece con promesa definitiva y siete de compromiso todavía temporal.

En este tiempo se han publicado diversas reflexiones y materiales²⁵, se han elaborado procesos de convocatoria, de formación para el discernimiento previo y para los primeros años, se han mantenido varios encuentros de todos ellos, lo que está dando mayor consistencia a esta vocación.

Fruto de todo ello, en el Capítulo General de 2015, se aprueba definitivamente esta modalidad en el directorio de participación en las Escuelas Pías, nº 66.

Esta modalidad de participación en las Escuelas está siendo de un valor muy grande, tanto para las personas que la están viviendo como para las presencias (Provincias y Fraternidades) donde están desarrollándose. El aporte de estos escolapios laicos, la mayor parte con importantes responsabilidades en la vida y misión, es muy grande. Es también una vocación encarnada en personas que hacen de unión entre la Provincia y Fraternidad por su fuerte vinculación con ambas entidades. El tener abierta esta posibilidad vocacional es otra gran riqueza que deja abierto el abanico de maneras de formar parte de las Escuelas Pías.

Testimonio desde Bilbao (España)

Desde el año 2000 formo parte de la Fraternidad escolapia de Emaús, culminando un proceso que había comenzado en el 93, cuando conocí los grupos del colegio mientras estudiaba COU. Entré en comunidad junto a quien un año después sería mi marido, a quien también había conocido en ese fructífero curso escolar, y con quien compartí el proceso

25 En 2011 se publica un Papiro con esta finalidad: <https://www.itakaescolapios.org/wp-content/uploads/2012/07/190-ESCOLAPIOS-LAICOS.pdf>

de catecumenado. Una educación familiar profundamente religiosa y mi participación en la parroquia alimentaban mi experiencia de Dios, pero en los grupos del colegio descubrí otra manera de vivir la fe, hacer misión y compartir la vida. Así, fueron años de afianzar mi seguimiento a Jesús y descubrir la llamada a optar por las personas más pobres a través del voluntariado. Sentí, también, que Dios me ofrecía el regalo de la comunidad para poder vivir con fidelidad estas opciones.

En 2012 nos propusieron discernir la vocación de escolapios laicos. Habíamos compartido comunidad con algunas personas que habían recibido esa vocación, y la contemplábamos con respeto y cariño. No era la primera vez que nos lo planteaban, pero hasta entonces algo había faltado para que la llamada prendiera en nuestro interior. Ahora sé que era necesaria una experiencia que nos abriera íntimamente el corazón a Calasanz. ¿Cuál fue la nuestra?

En enero de 2009 habíamos adoptado a nuestros hijos, que en aquel momento tenían 4 y casi 3 años. Fue un hermano comunitario quien nos dijo que veía en nuestra opción familiar un paso profundamente escolapio. Ello me sorprendió y agradó, y me hizo releer nuestra historia de otra manera. Echando la mirada atrás me descubrí deseando servir a Dios respondiendo a su llamada a la vocación matrimonial y tratando de formar una familia. Me descubrí transitando un doloroso desierto de infertilidad. Me descubrí, en ese camino, abriendo los ojos a la realidad de la infancia desprotegida, descartando soluciones médicas, calibrando la medida de nuestro amor para realizar nuestro ofrecimiento adoptivo. Y nos descubrí comprendiendo que el amor no tiene medida, y ese ofrecimiento se fue ensanchando: un bebé sano, o por qué no, un niño o niña más mayor, o quizá más de uno, o con alguna discapacidad, o con una historia familiar especialmente dura... Y hoy comprendo que mientras meditábamos en pareja nuestro ofrecimiento una voz nos susurraba: “Mira, mira...”.

Llegaron nuestros hijos, me sentí plena, descubrí que habíamos encontrado la manera de servir a Dios, que esa era la llamada que él hacía a nuestro matrimonio... Conocimos la maravillosa experiencia de amor que es la adopción: acoger en tu hogar y tu pecho a una personita que lo necesita, dejar que su historia irrumpa en tu vida, que el dolor de su herida primaria sea tu propio dolor, y asumir la responsabilidad de sostenerla, cuidarla, y acompañarla, demostrando cada día la incondicionalidad de nuestro amor. Una aventura preciosa, no siempre fácil, pero que no cambiaríamos por nada del mundo.

Leer así mi propia historia me abrió el corazón a Calasanz. Me identifiqué con su recorrido, lo hice mío, me inspiré en su esperanza, su hu-

mildad, su perseverancia y el abandono confiado en manos del Padre. El conocimiento de su vida y misión que había tenido hasta entonces pasó a ser un verdadero encuentro. Y la propuesta de discernimiento a la vocación de escolapios laicos cayó en tierra blanda, abonada ya por nuestra rica vida comunitaria, una íntima relación con Dios, un deseo profundo de mejorar el mundo especialmente para quienes más sufren, y la acogedora compañía de algunos religiosos escolapios.

Somos escolapios laicos temporales desde octubre de 2015. Yo no me dedico profesionalmente a la educación. Soy arquitecta en una sociedad pública que fomenta la rehabilitación en barrios vulnerables, y vivo con entrega y alegría mi dedicación profesional. Encuentro múltiples situaciones de pobreza en mi paisaje cotidiano: en mi trabajo, en el barrio en el que vivo, en mi compromiso... Y ello me hace cuestionarme mi estilo de vida y mi manera de estar en el mundo. Por otra parte, descubro a diario el valor pedagógico de mi labor, y estoy convencida de que la educación transformará el futuro. Así, valoro, respeto y agradezco el trabajo de tantos maestros y maestras que realizan esta tarea desde primera línea, y busco mi propio lugar para apoyar esta misión.

Esta opción vocacional es un regalo que nos ofrece Dios a través de la Escuela Pía y la Fraternidad que nos lleva a profundizar en nuestra disponibilidad y en el compartir. La Escuela Pía nos acoge y generosamente nos hace coprotagonistas del relato de amor y entrega que Calasanz comenzó hace ya 400 años. Un relato que, manteniendo su argumento principal (educar, anunciar, transformar) se enriquece con las vidas de todos y todas nosotras.

He sido invitada a escribir parte de esta historia y lo hago con ilusión y cierto vértigo, consciente de mis limitaciones y debilidades, pero también fortalecida por las personas que encuentro a mi lado, en quienes confío y me apoyo. Me siento en un continuo proceso de discernimiento, deseando seguir profundizando en el conocimiento de Calasanz y de la Escuela Pía, pero sobre todo, deseando seguir abriéndome a experiencias y encuentros que me toquen el corazón con aroma escolapio.

Elena Pérez Hoyos, Fraternidad Itaka de Emaús, escolapia laica

Dones variados para un único cuerpo

“Los dones son variados, pero el Espíritu el mismo; las funciones son variadas, aunque el Señor es el mismo; las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien lo activa todo en todos.

La manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno para el bien común. A uno, por ejemplo, mediante el Espíritu, se le dan palabras acertadas; a otro, palabras sabias, conforme al mismo Espíritu; a un tercero, fe, por obra del mismo Espíritu; a otro, por obra del mismo Espíritu, dones para curar; a otro realizar milagros; a otro, un mensaje inspirado; a otro, distinguir inspiraciones; a aquél, hablar diversas lenguas; a otro, traducirlas. Pero todo esto lo activa el mismo y único Espíritu, que lo reparte dando a cada individuo en particular lo que a Él le parece.

Es un hecho que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros; pero los miembros, aun siendo muchos, forman entre todos un solo cuerpo. Pues también el Mesías es así, porque también a todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, nos bautizaron con el único Espíritu para formar un solo cuerpo, y sobre todos derramaron el único Espíritu; y es que tampoco el cuerpo es todo el mismo órgano, sino muchos. Aunque el pie diga: “Como no soy mano, no soy del cuerpo”, no por eso deja de serlo. Y aunque la oreja diga: “Como no soy ojo, no soy del cuerpo”, no por eso deja de serlo. Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿cómo podría oír?; si todo el cuerpo fuera oído, ¿cómo podría oler? Pero, de hecho, Dios estableció en el cuerpo cada uno de los órganos como él quiso. Si todos ellos fueran el mismo órgano, ¿qué cuerpo sería ése? Pero no, de hecho hay muchos órganos y un solo cuerpo.

Además, no puede el ojo decirle a la mano: “No me haces falta”. Al contrario, los miembros que parecen de menos categoría son los más indispensables, y los que nos parecen menos dignos los vestimos con más cuidado. Lo menos presentable lo tratamos con más miramiento; lo presentable no lo necesita.

Es más, Dios combinó las partes del cuerpo procurando más cuidado a lo que menos valía, para que no haya discordia en el cuerpo y los miembros se preocupen igualmente unos de otros. Así, cuando un órgano sufre, todos sufren con él; cuando a uno lo tratan bien, con él se alegran todos.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte es miembro”.

(1 Corintios 12, 4-27)

Red internacional Itaka – Escolapios

Otro de los valiosos frutos de la Fraternidad es la red internacional Itaka – Escolapios, creada y sostenida conjuntamente por la Orden y la Fraternidad General, como plataforma de vida y misión com-

partida institucionalmente entre ambas entidades, con las Demarcaciones y Fraternidades que lo desean, que está presente hoy en buena parte de la geografía escolapia.

La intuición original

Cuando la Fraternidad va creciendo se plantea la necesidad de impulsar la misión escolapia, además de con la dedicación de sus miembros, con la implicación institucional de la propia Fraternidad. Y se ven tres caminos para ello:

- Trabajar en las obras y proyectos que tienen la Orden y las Provincias. Es una realidad en toda Fraternidad que se valora muy positivamente y que es necesario mantener. Pero se plantea una cuestión: ¿siempre tendrá que ser la Fraternidad dependiente de las obras de la Orden? Ya sabemos que muchos laicos, de la Fraternidad o no, asumen responsabilidades personales de muchísima importancia (y está bien), pero siempre teniendo la Orden la última palabra. ¿Ha de ser así con la Fraternidad?
- Poner en marcha desde la Fraternidad algunas obras propias, donde la Fraternidad sea la responsable de las mismas. Esta es una posibilidad que se comenzó a poner en marcha, hasta que se vio el peligro que encerraba: ¿esto no llevará a una separación de la Orden? Es un camino posible que, por ahora, se está prefiriendo no recorrer.
- Iniciar una entidad compartida por la Orden y Fraternidad para llevar juntos algunas obras y proyectos: esto es Itaka – Escolapios. Compartir una entidad jurídica permite que las dos entidades seamos corresponsables, tengamos voz propia y caminemos juntas para llevar adelante la misión escolapia y apoyar la vida de ambas instituciones.

Valorando y manteniendo la primera posibilidad citada, sabiendo que hay una segunda posibilidad, las Fraternidades que actualmente tienen más recorrido están viendo en Itaka – Escolapios un camino de futuro especialmente válido. Esta es la primera intuición.

Hay una segunda intuición, posiblemente por el momento escolapio en que nace y por la misma naturaleza de una Fraternidad que

siempre está llamada a la universalidad: el planteamiento de trabajar en red internacional, de aprovechar las sinergias para funcionar como un sistema, de asumir las claves de eficiencia (trabajo de equipo, con proyecto siempre en revisión y mejora, la transparencia económica, la gestión moderna y flexible).

Esta intuición que parecería muy asumible añade mucha dificultad para ser bien comprendida por su complejidad y, sobre todo, por la novedad que trae de ser una entidad compartida, que incluye a la Orden y Fraternidad, que une distintos países, demarcaciones y proyectos con distintas mentalidades y legislación, que no tiene dificultad en aceptar distintos niveles de implicación, que está creciendo mucho y rápido, que camina a veces en paralelo con equipos de la Orden con la misma finalidad y funcionamientos diferentes, que todavía sigue definiendo su forma de ser y actuar reinventándose continuamente... No es fácil de comprender, porque es todavía un camino en construcción que va descubriendo nuevos horizontes en cada momento.

En relación con las dos intuiciones anteriores va apareciendo una tercera: el descubrimiento de que la red Itaka – Escolapios no solo impulsa la misión escolapia actual y futura, sino que además es una herramienta ideal para que tanto la Orden como la Fraternidad sigan creciendo en número e identidad escolapia por medio de este compartir que nos coloca en una nueva dimensión. No estamos ya cada uno, la Orden y las Provincias y cada Fraternidad buscando su propio camino, sino esta red nos permite compartir experiencias, vida, relaciones personales e institucionales, proyectos, que nos ayudan a avanzar a los dos respetando la identidad propia de la Orden y de la Fraternidad.

Algunos ejemplos, tan solo a modo de explicación. Itaka – Escolapios permite por medio de los proyectos que están en la red proporcionar un salario a más de cien religiosos, que ciertamente se lo merecen por su trabajo pero no lo podrían obtener de otra manera en la misión en que se encuentran. Esta capacidad económica permite vivir a las comunidades religiosas, hacerse cargo de las vocaciones, ir ganando en estructura como Provincia... El Movimiento Calasanz en la red Itaka – Escolapios no solo tiene más manos y corresponsabilidad institucional, sino que la oferta de desembocadura escolapia en la vida religiosa y la Fraternidad tiene una referencia y visibilidad más clara. Demasiadas veces los religiosos, que tenemos fundamentalmente una vocación educativa y pastoral,

tenemos que asumir labores de dirección, gestión económica, laboral y jurídica, responsabilidades en la construcción de edificios... porque todo ha de estar bajo el control de la Orden; pero en proyectos compartidos en Itaka – Escolapios muchas de estas funciones pueden ser atendidas con mucha más facilidad por miembros de la Fraternidad con esa preparación, permitiendo un desarrollo vocacional más adecuado a religiosos y laicos. Y podríamos seguir con más ejemplos muy reales hoy.

La realidad hoy

No resulta fácil presentar la realidad de Itaka – Escolapios en cada momento por lo cambiante que es, los nuevos países y presencias donde se va haciendo presente, los proyectos que van entrando y transformándose, los planes de cada momento.

Pero sí vamos a señalar algunos elementos para estar bien informados:

- Hoy la red Itaka – Escolapios está siendo impulsada por la Congregación General y el Consejo de la Fraternidad General, junto con el Consejo Asesor (los citados más los Provinciales y representantes de los consejos de Fraternidades que están en la red), por medio del Patronato (equipo permanente que representa al Consejo Asesor), por la comisión ejecutiva (equipo directivo de la Red) y los distintos equipos generales y de cada Demarcación²⁶.
- Itaka – Escolapios comienza como asociación en 1985, se convierte en Fundación en 2001, se abre a otras Provincias y países en 2005 y en el año 2015 con la Carta Programática se pone en marcha la red internacional Itaka – Escolapios. Cada año se concreta la participación de cada Provincia y Fraternidad con un acuerdo anual donde se indican los proyectos y obras que se comparten, los equipos impulsores, los objetivos del año y el presupuesto necesario²⁷.

26 Los encontramos en <https://www.escolapios21.org/red-itaka-escolapios/los-equipos-principales/>

27 Encontramos esos documentos y más en <https://www.escolapios21.org/red-itaka-escolapios/documentos-internos/>

- Cada seis años, la red elabora y el Consejo Asesor aprueba el plan estratégico donde se marcan las prioridades fundamentales para el siguiente sexenio.
- En estos momentos más de la mitad de las Demarcaciones de la Orden participan en la red. Y la mitad de las Fraternidades, las que llevan más trayectoria y reúnen a más del 80% de los miembros, están también participando en Itaka – Escolapios.
- Actualmente son 19 entidades las que están participando (la Orden, la Fraternidad General, 11 Demarcaciones y 6 Fraternidades), actuando en 19 países y cada año aumentando en alguno más, en más de 60 localidades y con más de 200 proyectos. Un funcionamiento tan diverso y amplio exige mucha flexibilidad, diversos grados de implicación, una gran complejidad... y una riqueza maravillosa.
- En la actualidad la red Itaka – Escolapios sigue avanzando, haciéndose más presente y en más lugares, creciendo en visibilidad y superando los lógicos recelos iniciales cuando una nueva realidad va enriqueciendo el mundo escolapio, descubriendo más potencialidades, ganando reconocimiento y ofreciendo siempre nuevos pasos.
- La página www.itakaescolapios.org y también www.escolapios21.org, así como las redes sociales correspondientes van recogiendo la actualidad y la información necesaria en cada momento.

Abanico de posibilidades

En el III Consejo Asesor de 2018 se presentaron varias ponencias de gran interés²⁸ reflexionando sobre las posibilidades que ofrece la red Itaka – Escolapios y la relación tan enriquecedora con la Orden y con la Fraternidad.

Presentamos ahora un resumen de la primera de ellas, a la vez que aconsejamos la lectura y reflexión detenida de todas ellas.

28 Los o encontramos en <http://www.escolapios21.org/wp-content/uploads/2018/05/01-Ponencias-y-m%C3%A1s.pdf>

Itaka – Escolapios es como esas navajas multiusos que tienen muchas posibilidades y que normalmente se utilizan para una sola. Lo mismo podríamos decir hoy de otros recursos y especialmente de los “teléfonos inteligentes”, que pueden hacer muchas tareas... y que la mayoría de las personas aprovechamos mínimamente y quizá en las posibilidades menos provechosas.

Hoy llevamos en el bolsillo, en ese pequeño aparato, el teléfono, la máquina de fotos, la agenda, el correo electrónico, todas las noticias que queramos, el acceso a toda la información que ofrece Internet, entretenimientos de todo tipo, música, lectura, el GPS, una oferta siempre creciente de nuevas posibilidades... y hasta muchos recursos para rezar. Esto nos podría librar de tener que llevar otros aparatos porque ya tenemos quien lo hace mejor y de manera integrada.

A veces el desconocimiento, la pereza, la rutina, nos impiden ver las potencialidades que tenemos en la mano y las oportunidades que podemos perder.

Algo así puede pasar con Itaka – Escolapios. Estos ejemplos nos pueden servir para conocer más esta red y las posibilidades que abre y para no quedarnos en un mínimo aprovechamiento.

Apuntamos ahora algunos de los muchos caminos que se abren, que van apareciendo cada día con las aportaciones de todos:

Algunas posibilidades de Itaka – Escolapios

- Conseguir dinero para proyectos del propio país y para compartir con otros países. Han salido más de quince millones de euros en los últimos diez años para proyectos escolapios de países diferentes de donde se consiguieron. Lógicamente es mucho más lo que se consigue y destina en cada uno de los países por medio de Itaka - Escolapios. Esta cantidad podría ser mucho mayor si trabajásemos con planificación de más tiempo, con proyectos más claros y definidos, con una mejor preparación de las personas responsables.
- Sostener, año a año, el funcionamiento de la misión y ayudar a la progresiva autofinanciación de cada proyecto por sí mismo. Este es un desafío mucho mayor que conseguir un dinero puntual para una compra o una construcción y es bastante más importante.

- Ayudar a la organización de la misión por la dinámica de funcionar con proyectos, con equipos, con un acuerdo anual al inicio de cada año donde se marcan los objetivos, equipos y presupuestos, con justificaciones de cuentas, con análisis de los resultados obtenidos...
- Poner en red escolapia, uniendo a personas muy diferentes, a entidades, Fraternidades y Provincias en objetivos comunes creciendo en sentimiento escolapio universal, conociendo más de cerca realidades escolapias bien lejanas, avanzando en corresponsabilidad, en compartir, posibilitando intercambios y envíos de personas de unos lugares a otros, etc.
- Favorecer el voluntariado y la convocatoria a la vida y misión escolapias. Las escuelas de voluntariado, su promoción y acompañamiento, las invitaciones a participar en las actividades y proyectos escolapios, las acciones de información de Itaka – Escolapios, la cantidad de personas que colaboran de diferentes maneras, la colaboración con el movimiento Calasanz, la oferta a compartir como socios... son algunas de las posibilidades que crecen.
- Fortalecer la Fraternidad porque posibilita una entidad jurídica donde funcionar para asuntos económicos y legales, desarrollar la misión escolapia de forma más corresponsable, ganar en identidad escolapia de gran implicación, crecer en el compartir económico hacia dentro de la Fraternidad y, sobre todo, hacia la misión escolapia con esa buena práctica del diezmo de solidaridad.
- Fortalecer la Provincia y la Orden, ayudando a su expansión, al inicio de nuevas presencias y obras, a colaborar especialmente donde hay mayor necesidad, a posibilitar recursos económicos también a las comunidades y demarcaciones, a la formación de los jóvenes religiosos...
- Ofrecer un nuevo marco legal, que puede ser muy interesante allí donde la entidad religiosa sea más difícil, y que puede contar con un asesoramiento de la propia Red.
- Crecer en la cultura escolapia actual de visión más sistémica, de mentalidad de Orden, de funcionamiento desde el

modelo de presencia, de la Comunidad cristiana escolapia, de la clave de vida que supone integrar las distintas modalidades de participación en las Escuelas Pías...

- Enriquecer la acción escolapia en los colegios y centros educativos, aportando un potencial de proyectos, de misión compartida, de enfoque educativo a pleno tiempo... Un colegio, con una comunidad religiosa y/o de la Fraternidad, con Movimiento Calasanz y una sede de Itaka – Escolapios es mucho más que un colegio.
- Enriquecer el Movimiento Calasanz, al ofrecer una cierta estructura de apoyo para iniciarlo y de referencia cuando va creciendo. No es casualidad que cuando el Movimiento Calasanz está integrado en la red de Itaka – Escolapios crece más y con más fuerza: la sinergia con los demás proyectos, la vinculación de la Fraternidad, la formación que pueden ofrecer las escuelas de educadores oficiales... son posibilidades más accesibles desde Itaka – Escolapios.
- Ayudas a la pastoral vocacional, implicando a más agentes escolapios de manera más formal y llegando a más personas y a más ámbitos de esas mismas personas y del entorno.
- Ayudar a crear itinerarios a las distintas modalidades de participación.
- Ayudar en la actitud de “estar en salida”, por la flexibilidad de actuación que ofrece, por la capacidad de poner rápidamente en marcha nuevas iniciativas.
- Ayudar en el desarrollo de la educación no formal, con una red que da consistencia a estos proyectos con sostenibilidad en recursos y personas.
- Crear un espacio compartido institucionalmente donde la Orden y la Fraternidad podamos ir caminando juntos en la vida y en la misión escolapia.

La Fraternidad, junto con la Orden, ha posibilitado esta realidad de Itaka – Escolapios, que está llamada a ser un instrumento de revitalización escolapia y de impulso de la misión en todo el mundo.

Testimonio desde Logroño (España)

Cuando comenzó Itaka-Escolapios en el 2001 en nuestra Provincia de Emaús yo tenía 21 años y era voluntario y parte de los grupos que llamamos ahora movimiento Calasanz. En ese momento, no fui consciente de la importancia que tuvo aquel paso en el que nuestra Fraternidad se unía a la Provincia religiosa en la responsabilidad de gestionar a todos los niveles las acciones educativas, sociales y pastorales del ámbito extraescolar que se desarrollaban en nuestro entorno escolapio.

Los siguientes años fui entendiendo que esa apuesta que habían realizado los religiosos y la respuesta que dieron las comunidades de la Fraternidad en aquel momento hacía real un estilo nuevo de Iglesia y de misión compartida escolapia en la que la comunión de vocaciones era el paradigma desde el que soñar y organizar juntos respuestas a las llamadas de la Escuela Pía. Y esa forma de hacer Iglesia me fue interpelando en mi discernimiento personal hacia la Fraternidad porque me exigía comprometerme de forma indefinida por esta misión, sin quedarme en la retaguardia o siendo un colaborador puntual, descentrándome de mis intereses personales para pensar en el bien común de la misión que dependía de todos nosotros.

Después de un discernimiento personal y de conocer también otros espacios eclesiales y otros carismas, entré en la Fraternidad y empecé a trabajar en Itaka-Escolapios en el 2007. Pronto fui testigo directo de otro salto especialmente significativo para mí. La Provincia religiosa de Emaús y nuestra Fraternidad propusimos que a través de Itaka-Escolapios adquiriéramos un compromiso constante e indefinido con la misión y vida escolapia de otros países. Hasta ese momento realizábamos algunas campañas o conseguíamos algunas ayudas para enviar un dinero cuando podíamos pero esta nueva visión nos pedía sentirnos más hermanos de toda la realidad escolapia de la Orden, compartiendo recursos económicos y humanos a diario, y comunicándonos nuestros éxitos y dificultades de forma directa con todos esos lugares. La red Itaka-Escolapios ha sido una buena plataforma desde entonces para enriquecer de esta manera mi vocación escolapia.

Desde entonces, he visto crecer mucho esta herramienta escolapia que llamamos Itaka-Escolapios con diferentes proyectos socio-educativos, con muchas acciones pastorales (principalmente a través del movimiento Calasanz) y con nuevas formas de sensibilización en muchos lugares, acercándome, especialmente, a realidades de pobreza que muchas veces no conocía y donde Dios se me ha hecho presente.

Y a través de esta herramienta he conocido a muchas personas que están dando la vida por la Escuela Pía, sintiéndome profundamente unido a ellos aunque estén a miles de kilómetros y enriqueciéndome de su testimonio, de sus fuerzas, experiencia, profesionalidad y espiritualidad.

Como miembro de la Fraternidad, siento que este camino nos ayuda a mí y a Laura a ser cristianos verdaderamente adultos y comprometidos hasta el final con la misión escolapia, ofreciendo nuestra disponibilidad y tiempo a través de la participación en Itaka-Escolapios como voluntarios y personas contratadas y poniendo cada mes nuestro dinero del diezmo para sus proyectos.

Creo que Itaka-Escolapios seguirá al servicio del carisma escolapio convocando cada vez a más personas. Y vivo con mucha alegría, y más en este año jubilar escolapio, esta búsqueda de la voluntad de Dios y de Calasanz para hacer realidad una misión compartida que lucha contra todos los tipos de pobreza que afecten a niños, niñas y jóvenes.

Jon Calleja, Fraternidad de Logroño de Itaka – Emaús

Poesía de Itaka (Kavafis)

Cuando emprendas el camino hacia ITAKA debes pedir que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de conocimientos.

*Debes pedir que el camino sea largo,
que sean muchas las madrugadas en que entres
en un puerto que tus ojos desconocían,
y vayas a las ciudades a aprender de los que saben.*

Ten siempre en el corazón la idea de ITAKA.

Has de llegar a ella, es tu destino.

Pero no fuerces jamás la travesía.

Es preferible que se prolongue muchos años.

*Y hayas envejecido al fondear en la isla,
enriquecido por todo lo que habrás ganado por el camino,
sin esperar que te ofrezca más riquezas.*

ITAKA te ha dado el hermoso viaje.

Sin ella no habrías zarpado.

Y si la encuentras pobre, no pienses que ITAKA te engañó.

*Como sabio en que te habrás convertido,
sabrás muy bien qué significan las ITAKAS.*

*Más lejos tenéis que ir,
más lejos de los árboles caídos, que ahora os aprisionan.*

Y, cuando lo hayáis conseguido, tened muy en cuenta no deteneros.

*Más lejos, id siempre más lejos,
más lejos del presente que ahora os encadena,
y cuando os sintáis liberados, emprended otra vez nuevos pasos.*

Más lejos, siempre mucho más lejos.

Más lejos del mañana que ya se está acercando.

Y cuando creáis que ya habéis llegado, sabed encontrar nuevas sendas.

.....

Distintos modelos comunitarios

El inicio de la Fraternidad trae también algunas posibilidades respecto a la posible organización de las comunidades del lugar, sobre todo si el número de miembros lo permite.

Lo más habitual suele ser la pequeña comunidad que se reúne un día por semana para compartir un momento de oración, algo de la vida y de la marcha de la misión escolapia, algún plan de formación...

Algunas comunidades se plantean dos momentos de reunión cada semana: uno para la reunión de la pequeña comunidad y otro, también de toda la comunidad, para compartir la eucaristía en la Comunidad cristiana escolapia. A veces hasta se añade otros momentos para labores concretas de la misión, aunque ya no suele ser de toda la comunidad, sino de algunos miembros por distintos tipos de labores.

El lugar de encuentro de la comunidad también puede ser diferente: a veces la reunión es en algún local de las obras escolapia (el colegio, la parroquia, el centro social...). Normalmente es donde ha ido naciendo el grupo y suele ser el lugar habitual, al menos inicialmente.

En otras situaciones la reunión es en la casa de alguno de los miembros, quizá porque tiene hijos pequeños y debe estar en casa para atenderlos, quizá porque tiene más espacio. A veces la reunión va

rotando por las distintas casas. Esto permite un ambiente más familiar, quizá compartiendo la merienda o cena. Puede también admitir un momento de la comunidad con los hijos para rezar, compartir la comida.

La forma de participar de los religiosos en las comunidades de la Fraternidad se hace de maneras bien diversas. En algunos lugares la comunidad entera religiosa se considera una comunidad también de la Fraternidad y los momentos de encuentro son en las asambleas, celebraciones, ocasiones concretas. Hay también comunidades religiosas que se reparten entre las pequeñas comunidades que hay en la presencia, en ocasiones estando cada uno fijo en una de ellas y a veces rotando los religiosos por todas. El papel de los religiosos ha de ser bien cuidado para que sea claro que es un hermano más de la comunidad, aunque tiene por su ministerio y vocación un papel especial, como lo tienen también los demás: debe huir de ser el monitor de la comunidad o el que tiene un estatus diferente, a la vez que ofrece, como todos, su propia experiencia. Esta presencia de los religiosos y la forma concreta de llevarla a cabo tiene muchas variantes y puede conllevar una gran riqueza para todos.

Cada pequeña comunidad podría recibir alguna encomienda de la Fraternidad: asumir alguna misión concreta en la presencia, responsabilizarse de algún asunto (liturgia, cercanía al catecumenado y personas en proceso de acercamiento a la Fraternidad, cuidado de algún espacio, apadrinar alguna comunidad de reciente creación...). Esto puede dar más vida a la pequeña comunidad, siempre que tenga muy presente que lo importante es la propia vida comunitaria.

Hay también comunidades conjuntas de religiosos y laicos, bien porque algunos laicos se añaden a la comunidad religiosa en el momento de reunión, bien porque conviven juntos compartiendo el día a día en la misma vivienda, con algún espacio más reservado para las distintas situaciones y compartiendo cada día la oración, las comidas, la misión... y la vida.

Esta experiencia de comunidades conjuntas tiene ya larga trayectoria en las Escuelas Pías. Se vive con mucha naturalidad cuando son personas enviadas a otros países como está sucediendo en muchos países de América y en alguno de Asia. Hoy también son una realidad en las localidades donde la Fraternidad tiene recorrido. E,

incluso, en nuevas fundaciones escolapias que se inician de forma conjunta con algunos religiosos y algunos laicos de la Fraternidad, lo que está suponiendo una preciosa vivencia.

La valoración de estas comunidades conjuntas, que son actualmente unas veinte en siete países es muy buena, tanto para los religiosos que se enriquecen con la vivencia de estas comunidades muy vivas, como para los laicos y laicas que pueden compartir la trayectoria comunitaria y espiritual de los religiosos. Convivir vocaciones tan diferentes ayuda a vivir la propia y a descubrir la complementariedad posible en la comunidad.

Otro elemento de novedad en estas comunidades conjuntas es el compartir, no solo con solteros, o con varones y mujeres, sino también con familias enteras. Aquí la experiencia tiene menos recorrido (quince años ya en algunos casos) y el compartir el crecimiento de los niños, el ambiente en que estos se van desarrollando en esta “familia ampliada”, el situarse los religiosos con estos “hijos y nietos” en otra perspectiva, es una oportunidad excepcional para todos.

También hemos de citar experiencia de comunidades, todos ellos laicos y normalmente jóvenes de la Fraternidad, conviviendo por un tiempo en la misma vivienda, a veces en un barrio marginal, con el compromiso escolapio de desarrollar alguna labor y de acercarse vitalmente a situaciones de pobreza. Están siendo experiencias más puntuales, con cambios de personas, que suponen mucho avance en la vida personal de quienes las viven.

Para acabar este capítulo, hemos de destacar la oportunidad que supone poder contar con distintos modelos de comunidad, que proporcionan espacios diferenciados para las personas y los momentos de cada una, que enriquecen a la Fraternidad y a la presencia escolapia con un colorido comunitario que comparte el mismo carisma escolapio en diversas formas.

Se podría mencionar otros elementos de diversidad: comunidades con miembros más jóvenes o más mayores, comunidades nuevas, con distintas sensibilidades quizá destacando más alguna dimensión de la Fraternidad (oración, compromiso, formación...).

Tener la posibilidad de ofrecer esta diversidad es también un buen reclamo para las personas del entorno que pueden identificarse

más o menos con los distintos modelos. Y ello puede ser la llamada inicial para adentrarse en la Fraternidad en su conjunto.

Estamos en una época, como todas las épocas posiblemente, donde hemos de actualizar la comunidad para que siga siendo signo del Reino, espacio de fraternidad, hogar y taller...

La valoración de los distintos modelos, sin pretender absolutizar ninguno de ellos, la movilidad de las personas entre las pequeñas comunidades, los momentos de encuentro tanto de toda la Fraternidad y también de alguna comunidad con otra (para una reunión, un retiro, una experiencia), el saber situarse en la Comunidad cristiana escolapia y en la Iglesia local, son grandes tesoros que tenemos que descubrir cada uno y compartirlos con los demás.

Testimonio desde Granada (España)

Vida en comunidad conjunta (“Lo que hemos visto y oído”)

Al reflexionar un poco sobre el testimonio que puede suponer nuestra vida en comunidad conjunta creemos que en buena medida supone una manera de materializar la amalgama de encuentros personales, experiencias que han ido fundando nuestra fe, propuestas vocacionales que siempre han tenido un tinte comunitario... Desde jóvenes iniciamos el recorrido en los grupos del centro juvenil Calasanz, y desde pronto tuvimos la suerte de ser catequistas de los procesos. Con una propuesta de desembocadura bien escolapia recién madurada, la Fraternidad Albisara, con el tiempo tuvimos la certeza de que nos hacía felices compartir nuestra vida y nuestra fe de aquella manera. En medio de todo aquello, alimenta de manera especial nuestra sed comunitaria el envío a Camerún durante año y medio como escolapios laicos temporales.

El deseo no del todo consciente de transmitir lo que hemos ido experimentando en nuestro recorrido personal y que nos ha hecho felices está detrás de la necesidad – más que una opción – de insertarnos en una comunidad como la nuestra, integrada este año por tres religiosos y dos familias, con 2 hijos cada una. Sin ánimo de ser exhaustivos, son varios los empujes que experimentamos en este compartir:

- certeza de que cada vocación, en su modo de ser radical, es de Dios y empapa la vida y la misión escolapias de dimensiones distintas y complementarias y de que, al hacerlo, cada una se admira y se mira en la otra, perfilándose, enterneciéndose y reforzándose mutuamente;

- la acogida de una herencia que es dinámica, es preciosa y es frágil: la de Calasanz y su encargo de educar a los más pequeños y especialmente a los más pobres

- y la responsabilidad de ser signo que convoque a muchos a cooperar estrechamente unos con otros, pues lo que tenemos entre manos apremia. En este aspecto hemos de preguntarnos si están nuestras comunidades (de religiosos, de la Fraternidad...) lo suficientemente abiertas como para resultar convocantes y si somos lo suficientemente propositivos

El trabajo codo con codo con los religiosos como catequistas, educadores, ministros..., haber experimentado especialmente en el Sur (Bolivia, Camerún...) el gozo de sentirnos en casa (descalzos pero protegidos, escuchados pero exigidos, cansados para ser aliviados) y una propuesta en un modo y un tiempo muy concretos nos animaron a iniciar hace ya 8 años (4 compartiendo también techo) la aventura de formar parte de una comunidad conjunta. A pesar de nuestros muchos fallos y flaquezas, la lectura hecha hasta ahora es en clave de don, pues estamos convencidos de la fecundidad del proyecto, de que podemos llegar a más cosas, que sentimos más nuestros incluso los proyectos que sentimos más alejados o no ocupan nuestro tiempo, de que nos ayuda a trascender nuestras proximidades y cortedad de miras.

Dos ruedas que hacen crecer una casa común

La corrección fraterna nos pone siempre en alerta, y a lo largo de estos años hemos ido aprendiendo a dejarnos acompañar, a ser cuestionados y perdonados. La experiencia de los niños en medio de la comunidad ha aportado ternura y creatividad, y hemos tenido la experiencia de ampliar espacios físicos sin renunciar a la intimidad familiar.

Esta casa común está guiada por Dios siempre hacia delante, quien también nos exige sencillez y austeridad, en medio de nuestras torpezas y egoísmos. Este compartir materializado en la mesa nos habla del cariño y el cuidado de los hermanos, unos con otros.

Y todo ello con la oración dirigida al Padre como depositaria de nuestra vida – nuestros encuentros y desencuentros – y nuestro discernir comunitario en busca de su Reino.

Inma Armillas y Alberto Márquez – Comunidad Ángel Ruiz Isla,
Fraternidad Albisara de Emaús

El Movimiento Calasanz

El Movimiento Calasanz nace oficialmente en el año 2012 para dar continuidad a la labor de grupos educativos y pastorales existentes en las Escuelas Pías, para ponerlos en conexión entre sí, para marcar algunos criterios fundamentales de identidad y funcionamiento y para orientarlos a una desembocadura adulta donde no puede faltar la propuesta de vida religiosa escolapia y de la vida en la Fraternidad.

La existencia de una Fraternidad viva es condición para que el movimiento Calasanz pueda estar bien encaminado, de la misma manera que es necesaria también la presencia de la comunidad religiosa escolapia. Y si labor de Orden y Fraternidad se visualiza en la red Itaka – Escolapios, estamos ya en las mejores condiciones para que el Movimiento Calasanz pueda nacer y desarrollarse plenamente: los dos principales sujetos escolapios asumen institucionalmente juntos su impulso y se hacen presentes como oferta de desembocadura.

Recordamos sus claves²⁹

La rica acción educativa y pastoral escolapia en centros educativos, en parroquias, en centros sociales, en distintas obras necesita un complemento, un hilo educativo, que ofrezca y haga posible procesos vocacionales en itinerarios de grupo desde la infancia a la juventud, e incluso edades adultas, que ayuden a descubrir y responder a la vocación personal.

Se trata de un proceso continuado, siempre acompañado por educadores, que va posibilitando experiencias y conocimientos que preparan para el encuentro con el Señor, para descubrir la vocación personal y para responder positivamente con la formación y decisiones que sean necesarias. Supone también una inserción eclesial en concordancia con dicha vocación.

Es fundamental que estos procesos tengan una desembocadura clara, que es la vida cristiana adulta y comprometida, lo que supone siempre un grupo de referencia, una comunidad, donde no puede faltar la oferta explícita de la vida religiosa escolapia y la Fraterni-

29 Ephemérides de junio de 2012, páginas 671-672.

dad. Si falta esta oferta de desembocadura o no llegan los grupos a esta vida cristiana adulta y comprometida, tenemos una clara señal de que nuestra acción pastoral no está desarrollando procesos educativos y pastorales adecuados.

Hay que decirlo con claridad: hoy no bastan las desembocaduras personales, ni los procesos que no llegan nunca a nada, ni el intento de continuidad del mismo grupo de manera indefinida... Es necesario presentar las distintas posibilidades de nuestra Iglesia y, de manera especial, las ofertas de inserción eclesial escolapias: la propia Orden, la Fraternidad y la Comunidad cristiana escolapia. Los modelos de referencia atractivos, los propios educadores de los procesos y la cercanía de estas realidades escolapias, son fundamentales para que sea verdaderamente un proceso que lleva a un final.

Se pueden incorporar en la dinámica del Movimiento Calasanz la preparación y celebración de los sacramentos, siempre que mantengamos el carácter procesual continuado.

Es también la comunión de grupos de distintas Demarcaciones de toda la geografía escolapia, que se unen en una misma propuesta educativa y evangelizadora, inspirada en el espíritu y el estilo de Calasanz. Se refuerzan así las realidades ya existentes, poniéndolas en conexión, para ganar en identidad escolapia y para ofrecer horizonte pastoral a quienes lo necesiten en este momento.

Los elementos fundamentales, siempre interrelacionados entre sí y con la perspectiva del seguimiento de Jesús al estilo de Calasanz, son:

- El encuentro personal con El Señor en la oración, los sacramentos, la Palabra, la lectura creyente y cristiana de la realidad, la cercanía solidaria con los pobres, la comunidad, la historia eclesial y escolapia y en el compromiso personal.
- Un estilo de vida desde las claves del Evangelio, en seguimiento de Jesús, buscando siempre la vocación a la que Dios nos llama y adecuando nuestra vida a su propuesta en actitud de conversión permanente.
- La formación humana, cristiana y escolapia que permita ser capaces de dar razón de nuestra esperanza y encarnar los valores cristianos y escolapios a la vez que vamos creciendo como personas.

- El servicio a los demás y el compromiso por la construcción del reino de Dios, especialmente con los más necesitados, desde las intuiciones de Calasanz.
- Compartir el seguimiento de Jesús y todos los aspectos de la vida con los hermanos y hermanas en pequeños grupos y comunidades, en clara comunión con las Escuelas Pías y con toda la Iglesia.

Se apuntan algunas etapas en este proceso, de tal forma que pueda llevarse a cabo en todas las edades, desde la infancia hasta las edades adultas, con especial hincapié en la juventud. Los itinerarios siempre concluyen en el discernimiento vocacional con su desembocadura en una clara inserción eclesial.

Se proponen distintas posibilidades de convocatorias a lo largo de las diferentes etapas del proceso y en función de las distintas situaciones.

El estilo del Movimiento Calasanz irá perfilándose con el tiempo, pero conviene destacar algunos principios metodológicos necesarios:

- Proceso siempre en pequeños grupos con referencia amplia al conjunto de los mismos
- Ritmo de reunión semanal
- Actividades fuertes, de forma periódica: retiro, campamento, convivencias, misiones
- Pedagogía activa con protagonismo de los miembros
- Itinerario de experiencias, de descubrimientos: oracional, social, relacional...
- Educación integral y adaptada a la edad
- Acompañamiento personal
- Acompañamiento de la comunidad cristiana escolapia y de la Fraternidad y Provincia.
- Apoyo de los mayores del proceso a los pequeños
- Centralidad de Jesús y la Palabra
- Participación en la celebración de la eucaristía
- Marco simbólico, sobre todo en las edades más tempranas

- Signos que marquen las etapas
- Proyecto de vida revisado y contrastado
- Atención a la realidad social, solidaridad
- Compromiso en cada etapa, servicios
- Voluntariado y sentido misionero
- Relación con el colegio, obra y comunidad escolapia
- Participación en la Iglesia local y en la vida de la Demarcación y la Orden

Este Movimiento Calasanz necesita educadores, siempre en equipo y con adecuada formación para llevar adelante esta iniciativa. Algunos rasgos necesarios en estos educadores son:

- Participar personalmente en etapas del propio Movimiento Calasanz, la Fraternidad o la Orden
- Contar con una formación adecuada y en permanente actualización
- Tener una clara identificación escolapia y con el estilo del Movimiento Calasanz
- Llevar una vida cristiana coherente
- Funcionar siempre en equipo de educadores

Se cuidará especialmente la preparación de estos educadores, complementando la formación personal, espiritual y escolapia que van recibiendo en sus grupos de referencia de manera constante, con la correspondiente formación inicial y permanente.

No podemos olvidar que el objetivo último es el descubrimiento de la propia vocación y conseguir el equipamiento suficiente para poder escucharla y responder fielmente. ¿Quién es Jesús para mí, a qué me invita, en qué puedo ser más útil, con quiénes quiero vivir mi vocación, cómo encajan aspectos fundamentales como el amor, la familia, la afectividad, la participación en la Iglesia y el trabajo? Y en ese proceso, quienes creemos en la vocación escolapia, religiosa y laica, hemos de invitar a conocerla y dejarse cuestionar por ella.

Fraternidad, Provincia y Movimiento Calasanz

La Fraternidad y la Orden encuentran en el Movimiento Calasanz un campo privilegiado de misión y, por ello mismo, el lugar idóneo para convocar y acompañar a los futuros miembros de las Escuelas Pías.

La Fraternidad y la Demarcación prestan un gran servicio a niños, jóvenes y adultos con su compromiso en favor del nacimiento y desarrollo del Movimiento Calasanz. Se convierten en la referencia fundamental, personal e institucional, para los participantes de este proceso escolapio.

Por ello debe ser un proyecto especialmente asumido y querido por todos los hermanos y hermanas de la Provincia y Fraternidad, cada cual según sus capacidades y posibilidades.

Y, a la vez, el Movimiento Calasanz es la cantera de futuro escolapio, de donde han de ir apareciendo con naturalidad los jóvenes y adultos que descubran su vocación escolapia en la Fraternidad o en la Orden.

Empleando un símil cinematográfico, podríamos decir que el Movimiento Calasanz ha de ayudar a que cada joven descubra el papel que quiere darle el director de la película, no quedarse como mero espectador de la vida o como figurante que solo sirve de relleno, asumir su papel protagonista y desempeñarlo en comunión con los demás para que todo vaya como Dios quiere.

El Movimiento Calasanz es un proyecto que puede y debe ser compartido por la Provincia y la Fraternidad (eso es Itaka – Escolapios) para tener más fuerza y más referencia en esta misión. Por su parte, Itaka – Escolapios considera, desde sus inicios, este proceso educativo integral como el proyecto más importante y la columna vertebral de todos porque visualiza la misión fundamental (la transformación de cada persona al descubrir su vocación) y porque es la fuente primordial de las personas que llevarán adelante los demás proyectos desde esa vocación descubierta.

Testimonio

Fraternidad y movimiento Calasanz... y en este preciso momento me viene a la cabeza el texto de San Pablo: "Porque el hecho de predicar el

evangelio no es para mí un motivo de orgullo, ese es mi sino, ¡Pobre de mí sino lo anunciara!” (1 Corintios 9,16)

Al igual recuerdo como comienza el manifiesto del movimiento Calasanz: “Nosotros, escolapios, religiosos y laicos, reunidos por el Padre en el nombre de Jesús, bajo la guía del Espíritu Santo y fieles a la inspiración de José de Calasanz, nos sentimos enviados por Cristo y por la Iglesia a evangelizar educando”

Para mí, miembro de la Fraternidad, estas palabras cobran una vital importancia, ¿cómo no dar testimonio de aquello que tanto bien me ha hecho? ¿Cómo guardarme aquello que me ha hecho ser lo que soy? ¿Cómo no hablar de lo que ha dado sentido a mi vida?

Mi experiencia en el movimiento Calasanz es maravillosa, desde que comencé en los grupos hasta que ya pasé a formar parte de la Fraternidad. No puedo dejar de agradecer haber tenido la suerte de que un día el Padre a través del encuentro con los escolapios, me diera la oportunidad de poder transmitir todo aquello que me ha regalado y que ha hecho que mi vida y con ella mi fe, haya crecido “en abundancia” en felicidad, en entrega, haya madurado y haya podido encontrar la manera de estar en la Iglesia de una manera activa y comprometida.

El regalo del Evangelio y del carisma de Calasanz que descubrí hace ya bastantes años no podía, ni puedo dejarlo guardado. Es fundamental en mi día a día transmitirlo a los demás. Desde el movimiento Calasanz encuentro un espacio para hacerlo. Vivo con profunda convicción que cuantos más descubran este precioso regalo, más manos habrá para anunciar que otro mundo es posible, donde el Amor, mensaje central de Jesús, sea vivido con intensidad.

Y tenemos el maravilloso regalo de hacerlo a través de la educación, recordemos las palabras de Calasanz “de la buena educación de los muchachos depende todo el resto del buen o mal vivir del hombre futuro”.

Malen Rebollo, Fraternidad Guadalquivir de Emaús

Misión de los escolapios (Capítulo General 1997)

Nosotros, religiosos escolapios, pobres de la Madre de Dios, reunidos por el Padre, en el nombre de Cristo, y a la escucha del Espíritu Santo, que nos abre a compartir el carisma con los laicos, interpelados por el grito de multitudes de niños y jóvenes en un mundo en rápida transformación, fieles a la inspiración del Fundador,

*profesamos nuestra fe en Cristo Jesús,
que acoge y bendice a los niños, y, por esta gracia,
significamos, como consagrados,
la radicalidad evangélica de su seguimiento,
según el camino abierto por Calasanz,
en un proceso de conversión continua;
vivimos, como convocados,
el gozo de la fraternidad, signo profético del Reino,
en comunión con la Iglesia, pueblo de Dios
y con toda la familia humana, siendo voz de los pequeños;
nos entregamos, como enviados,
en la diaconía educativa propia de nuestro ministerio
comprometiéndonos a trabajar,
unidos con los laicos en la nueva evangelización.*

*Proclamamos así nuestra fe y esperanza mundo nuevo,
ya presente en la disponibilidad de tantos hermanos, religiosos y laicos,
abiertos a la gratuidad y al carácter popular de nuestra misión,
y deseamos compartirlas con las nuevas generaciones de escolapios,
para que juntos vivamos con autenticidad y fidelidad creativa
el carisma calasancio.*

*Ponemos nuestro futuro en manos de María,
bajo cuya materna protección fue fundada nuestra Orden.*

Cultura vocacional y formativa

La existencia de la Fraternidad multiplica las posibilidades de establecer una cultura vocacional y formativa escolapia realmente presente en cada lugar y direccionada a todas las personas próximas.

Evidentemente la Orden por sí misma tiene capacidad para desarrollar esta cultura, pero cuando la Fraternidad se implica en esta tarea es mucho más posible la participación de toda la Comunidad cristiana escolapia, la preparación de un futuro con este nuevo sujeto escolapio que se suma a la Orden, la colaboración desde distintos enfoques y situaciones, la oferta vocacional y formativa más rica y en clave de comunión de las diversas vocaciones, la puesta en marcha de acciones y proyectos en esta línea.

Durante mucho tiempo se ha pensado que la vocación era algo propio de los religiosos y sacerdotes, que el laicado era quien no tenía

una vocación propia. Hoy somos conscientes de que todos los cristianos estamos llamados a la santidad y a la misión, a responder a la vocación recibida de Dios, a construir desde la comunión una Iglesia viva con todos los carismas y vocaciones.

La vocación no es hoy un asunto espiritual para algunas personas, sino una cuestión vital para todos y, todavía más si cabe, para todo cristiano. El objetivo central de la educación es crear las condiciones para que cada niño, joven, adulto desarrolle todas sus potencialidades para descubrir y llevar adelante su misión en el mundo, para ser feliz y contribuir de la mejor manera en la construcción de una sociedad mejor. La finalidad de la labor evangelizadora y pastoral es también descubrir la propia vocación y responder con generosidad. No se trata solo de conocer el Evangelio y una serie de verdades, o de recibir los sacramentos, o de mantener una determinada conducta: lo fundamental es el encuentro con Jesús vivo que nos ama y nos llama a seguirle. Lo que toda sociedad debe buscar es que cada uno de sus miembros sea feliz, pueda desarrollar plenamente su vida contribuyendo al bien común: eso es también la vocación.

Un enfoque así, una cultura vocacional así, pone el centro en cada persona, pero no en sus expectativas narcisistas e individualistas, sino situándola en un mundo que necesita de ella, en un Dios que le acompaña, en una felicidad que solo es posible cuando la persona “acierta” en el sentido de su vida. Y tiene también la potencialidad de presentarse en diferentes lugares: en la escuela, la parroquia, la familia, los medios de comunicación, el ambiente social, los colectivos ciudadanos... porque a todos interesa que cada persona sea protagonista de su vida y encuentre y desarrolle su vocación.

La cultura vocacional es el ambiente, el marco donde queremos movernos, para ayudar a los niños, adolescentes y jóvenes a encontrar su lugar en el mundo, en la Iglesia, en la vida. Y también para el adulto que, a veces, necesita reorientar la propia existencia para llenarla de sentido.

Esta cultura vocacional nos lleva a ayudar a cada persona a descubrir sus cualidades y limitaciones, sus deseos más profundos (bien distintos de los que la sociedad de consumo quiere), a la vez que plantea las necesidades de un mundo que precisa de la diversidad de vocaciones y de entenderlas siempre como necesarias en la me-

dida en que ayudan al bien común. Es el desafío de encontrar la propia identidad, lo que me hace yo mismo, en la rica asunción de diversas identidades (familia, país, aficiones, pertenencia...) siempre ordenadas según el valor de cada una de ellas para la identidad fundamental.

Esa cultura vocacional ha de ir unida a la cultura formativa. Formación es, literalmente, la acción de tomar forma propia. Y, en ese sentido, la cultura vocacional es también un proceso formativo de ir descubriendo el mundo, las culturas, las posibilidades... y mantenerse siempre en una actitud de continuo aprendizaje.

En nuestro mundo escolapio, dedicado principalmente a la educación cristiana de niños, niñas, adolescentes y jóvenes, la cultura vocacional y formativa es la línea que da continuidad a toda nuestra acción. Los conocimientos impartidos, las actitudes favorecidas, las experiencias vividas, los desafíos planteados han de ir favoreciendo el descubrimiento y desarrollo de la propia vocación.

Lógicamente los educadores y acompañantes han de ser personas que viven su vocación y se siguen formando para mantenerla siempre viva. La exhortación “Christus vivit”, después del “Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional” nos alienta en este camino y nos proporciona pistas de gran clarividencia.

Así la pastoral vocacional a la vida religiosa y a la vida laical plena, del mismo modo que la formación inicial y permanente, han de estar siempre como referencia de nuestra labor. Y la Fraternidad, junto con los religiosos, pueden ser quienes impulsan con más fuerza esta cultura que humaniza y crea las condiciones para un futuro mejor para todos.

Para ello será necesario:

1. Vivir felices la propia vocación escolapia, personal y comunitaria, como religiosos y como miembros de la Fraternidad. Lo más contagioso es la alegría y la felicidad... y, todavía más, si es comunitaria.
2. Tener una firme y esperanza convicción de que la Buena Noticia de Jesús está ya presente, incluso en las situaciones más duras.

3. Poner de manifiesto signos de nueva humanidad con la vida de amistad de Jesús que se traduce en la vida con el testimonio de la propia comunidad, con el compartir económico, con las acciones solidarias, con la dedicación voluntaria...
4. Valoración y aprecio de todas las vocaciones, especialmente de aquellas que, en cada situación, sean más necesarias. Y la preocupación para que cada cual viva con fidelidad, alegría y compromiso la propia vocación. Las celebraciones de envío y de agradecimiento a los distintos servicios, encomiendas, ministerios, pasos vocacionales, son semillas de esta cultura vocacional.
5. En los procesos educativos y pastorales ayudar, en la edad y momento adecuado, a elaborar un proyecto de vida que contemple los diversos ámbitos de la vida (estudios, profesión, servicio a los demás, familia, amistades, aficiones, formación, estilo de vida, compartir, pertenencia a grupo... relación con el Señor de la vida). Y seguir avanzando para que no sea solo un proyecto personal, sino también compartido con los educadores, los amigos... Y tratar de llegar a la pregunta vocacional que da respuesta al mejor proyecto de vida: lo que Dios ha previsto para nosotros, lo que más puede servir a los demás.
6. Para ello es fundamental ofrecer experiencias de vida: interiorización, oraciones, celebraciones, retiros, convivencias, cercanía a la Palabra, lectura creyente de la realidad, contacto con los más pobres, voluntariado, acciones solidarias compartiendo tiempo y dinero, testimonios recibidos y también ofrecidos a otros, formación...
7. Presentar las diversas vocaciones escolapias como posibles y cercanas, a ser posible con el testimonio directo y con experiencias vitales de acercamiento, entre las que no puede faltar la vida religiosa y sacerdotal escolapia, la vida en Fraternidad y las demás modalidades de participación en las Escuelas Pías y de inserción eclesial en el entorno escolapio.
8. Trabajar coordinadamente los distintos educadores "que pueden potenciar esta cultura vocacional y formativa: familia, profesores y tutores, orientadores, catequistas, educadores del movimiento Calasanz, responsables de proyectos y de voluntariado, religiosos, miembros de la Fraternidad, los propios jó-

- venes, los responsables de la comunicación escolapia... “Para educar a un niño es necesario toda la tribu”, dice un sabio proverbio y es muy real para crear esta cultura.
9. Multiplicar las convocatorias específicas y también de modo personal para formarse y discernir sobre la posible vocación religiosa y sacerdotal escolapia, con su correspondiente acompañamiento. Y lo mismo para aquellas vocaciones que lo necesitan (la Fraternidad, el escolapio laico, etc.) y a los caminos de preparación vocacional (entrada al mismo colegio u obra escolapia, movimiento Calasanz, escuela y/o formación para familias, voluntariado, etc.).
 10. La pastoral vocacional a la vida religiosa escolapia necesitaría un capítulo propio por su importancia y su especificidad. No hemos pretendido ahora abordar este asunto que requeriría más detenimiento, sino tan solo apuntarlo en este enfoque más amplio.

Testimonio desde Anzaldo (Bolivia)... y otros lugares

SER ESCOLAPIO EN FRATERNIDAD

Desde mis inicios en la vida escolapia, la misión y la vida compartida con laicos y laicas fue una constante que enriqueció mi propia vocación.

En los años 90 e inicios del nuevo siglo, tuve la suerte de poder coordinar el trabajo de la entonces viceprovincia de Venezuela para el impulso de la vida laical escolapia. Fue una experiencia apasionante, reuniendo, formando, acompañando y, sobre todo, soñando con una Escuela Pía abierta a todas las vocaciones. De aquellas siembras nació, más adelante, la Fraternidad escolapia de Venezuela que tantos frutos dio y sigue produciendo en aquella parcela de nuestra Escuela Pía.

Posteriormente, tuve también la oportunidad de vivir en una comunidad con laicos en un núcleo de vida que formaba parte de una comunidad más amplia, perteneciente a la Fraternidad de Itaka, en Bilbao. Fueron solamente dos años, pero la intensidad y profundidad con la que vivimos, reanimó por completo mi desgastada vivencia escolapia.

De nuevo las tierras latinoamericanas me llamaban, en esta ocasión era Brasil. Las circunstancias de la Demarcación me llevaron a coordinar el trabajo para crear la Fraternidad escolapia de Brasil. Du-

rante unos años tuve la suerte de acompañar personalmente los grupos de formación y discernimiento en Belo Horizonte, coordinando también el proceso que se seguía en Governador Valadares. Aquellos encuentros semanales con cada grupo eran como acompañar una gestación. Fui testigo del despertar de auténticas vocaciones escolapias en el corazón de personas adultas, cuyas vidas tomaban un nuevo sabor al calor de san José de Calasanz. Dios nos fue abriendo a una fraternidad real, aun antes de constituirnos oficialmente como tal. Los encuentros y retiros de todos los grupos de Brasil, el entusiasmo por una vida escolapia compartida, los sueños de una Escuela Pía Brasileira renovada, forjaron en todos nosotros una identidad escolapia que a día de hoy sostiene y orienta nuestras vidas.

Finalmente, en mi recorrido vital, llegué a Bolivia, también a una comunidad mixta de la Fraternidad escolapia de Bolivia. Compartir el día a día, la misión, la vida, la fe, el discernimiento y los sueños con escolapios y escolapias de diversa vocación y estados de vida, han ido abriendo mi corazón y mi mente a nuevas sensibilidades, a visiones del mundo y de la vida más reales y menos ideológicas, a vidas diversas pero enraizadas en un mismo tesoro carismático y evangélico.

La vida compartida con otras vocaciones es una oportunidad excepcional para no caer en el clericalismo, que tanto daño sigue haciendo a nuestra Iglesia y a nuestra Escuela Pía. Vivir con laicos y laicas, con parejas, con familias, es una experiencia que solo ha generado aprendizajes y transformaciones positivas en mí, en mi comprensión de mi propia vocación y ministerio, como servicio y entrega, y no desde los privilegios o el poder. La Fraternidad escolapia se ha constituido en una nueva forma de ser escolapio, descubriendo el regalo de diversos hermanos y hermanas que Dios va poniendo en mi vida. En la comunidad de la Fraternidad se hace real el mandato evangélico del servicio, callado y humilde, del amor fraterno, de la construcción de un solo corazón y una sola alma, superando con el diálogo y el perdón los conflictos que siempre existen.

La Fraternidad escolapia es un tesoro que debemos cuidar para que nuestra Escuela Pía continúe creciendo en vida evangélica y en entrega a servicio del reino de Dios.

Carlos Aguerrea

Para orar: nos llamas

Dios y Padre nuestro, tu elección llega por caminos insospechados.

Nos llamas a través de otras personas. Nos llamas a través de los acontecimientos.

Pero sobre todo, Padre, tú nos llamas por medio de los pobres, de los sencillos, de los enfermos, de los que no tienen trabajo, de los que mueren de hambre, de los que mueren por la injusticia de la guerra.

Te damos gracias porque nos has llamado y nos has elegido para ser constructores de un mundo más fraterno y solidario.

Para ser jóvenes de la paz y la tolerancia, de la justicia y de la libertad.

Nos has llamado, en definitiva, para ser creadores de una tierra nueva.

Envía tu lluvia y tu sol sobre el desierto de nuestra tierra para que hagan germinar flores y frutos de vida.

Agarra nuestras manos con tu mano para que juntos agarremos otras manos y alcemos muchas vidas hacia las alturas.

Experiencias que hacen crecer

La Fraternidad ha ido generando en estos años muchas experiencias personales y comunitarias que ayudan a crecer. La diversidad de personas, de edades, de lugares, de recorridos, permite encontrarse con muchas iniciativas que merece la pena recoger aquí, aun a sabiendas de que siempre será una presentación limitada que seguirá ampliándose cada día.

Compartir algunas de estas iniciativas es un servicio para todos.

1. La movilidad de personas entre las pequeñas comunidades. En el comienzo de la Fraternidad no es posible esta acción, que precisa contar con varios núcleos comunitarios. Pero, cuando crece la Fraternidad, ayuda mucho, a pesar de las resistencias iniciales, los cambios de personas de una comunidad a otra. Esto obliga a replantear la dinámica de cada grupo, y de cada persona, que ha podido acostumbrarse a un cierto ritmo, nos hacer sentirnos Fraternidad más allá de ser miembro de una pequeña comunidad, permite ir caminando hacia comunidades más heterogéneas así como solucionar posibles dificultades en las relaciones personales. Conviene tener un mecanismo para esta movilidad, normalmente a partir de la confianza

en el Consejo de la Fraternidad o el equipo de animadores, siempre en diálogo con cada persona, con una sensibilización de todos...

2. Es muy útil contar con un plan de formación de toda la Fraternidad, siempre flexible según la situación de cada pequeña comunidad, que haga reflexionar juntos e ir creando mentalidad común, que ayude a dar contenido a cada reunión, que nos haga progresar a lo largo de los años. Se puede aprovechar los planes de otras Fraternidades³⁰, elaborar entre los propios miembros algunos temas, escoger algún libro o documentación, pedir a algunas personas de dentro o fuera de la Fraternidad que nos acompañen periódicamente, etc.
3. El compartir económico es un rasgo de toda comunidad cristiana. Son bastantes las Fraternidades que se plantean compartir el 10% de todos los ingresos personales por medio de la red internacional Itaka – Escolapios: es una manera de participar institucionalmente en esta plataforma de misión compartida escolapia. En bastantes casos se lleva a cabo a través de domiciliación bancaria como los socios colaboradores, indicando al inicio de cada año la cantidad que les corresponde. Esto permite también, en algunos países, un cierto beneficio fiscal. Otras Fraternidades dejan este compartir como elemento importante, pero sin marcar cantidad ni forma concreta: algunos comparten en alguna campaña, otros como socios, otros por medio de la obra escolapia... Evidentemente, el compromiso de hacerlo de manera más formal es un indicativo de la madurez de la Fraternidad.
4. Independientemente de este compartir solidario es necesario siempre asumir desde la propia comunidad los gastos internos: los materiales, encuentros, actividades, cuota con la Fraternidad General, etc. Es un síntoma de la adultez de la Fraternidad que no necesita depender de otros (la obra escolapia, la Provincia...). Este compartir puede ser al inicio aportando la cantidad necesaria en cada momento o, en la medida en que se va avanzando, por medio de una cuota periódica que cubra el

30 Tenemos bastante material de formación en <https://www.escolapios21.org/fraternidades/materiales-de-formacion/>

presupuesto realizado por el Consejo y aprobado por la Fraternidad. En algunos lugares se hacen cuotas diferenciadas según la distinta situación de los miembros, o con un porcentaje del diezmo, o con aportaciones secretas que se van haciendo hasta cubrir las necesidades.

5. Hay también preciosas experiencias de compartir económico cuando alguna persona de la comunidad pasa por un momento complicado, cuando se presta dinero de aquellos que tienen algún ahorro a otros que lo necesitan con el compromiso de devolver con intervención del Consejo o algunas personas que hacen de intermediarios para mantener el anonimato, cuando se aporta un dinero mensual extraordinario para poder contratar por un tiempo a alguna persona desempleada de la Fraternidad con intención de ayudarle y también para prestar algún servicio a la comunidad y misión escolapia... y otras iniciativas de carácter más personal.
6. Los retiros comunitarios y los ejercicios de toda la Fraternidad son también interesantes iniciativas. A veces en el plan de formación va una propuesta de retiro de la pequeña comunidad. Puede ser también la invitación a juntarse dos pequeñas comunidades para tener un tiempo de retiro compartido. Otra posibilidad es encargar a alguna persona, religioso o laico, que prepare un retiro y lo ofrezca a las comunidades. También se puede aprovechar ofertas de la Iglesia local.
7. Encomendar a alguna pequeña comunidad algún servicio para el bien de toda la Fraternidad o para la misión escolapia es también una experiencia que se está valorando muy positivamente por el servicio prestado y por el compromiso de toda la comunidad que ayuda mucho a crecer. Algunas experiencias de estos encargos son el acompañamiento de algún grupo que se está iniciando en la Fraternidad, la animación de la liturgia de la comunidad cristiana escolapia, la responsabilidad en algún proyecto escolapio, la animación de la formación personal y comunitaria en la Fraternidad...
8. Algunas Fraternidades, en la medida en que van estando formadas por distintas edades y situaciones personales, han planteado algunas acciones para crecer en los distintos ciclos

vitales: un retiro por edades, alguna reunión, algún material de trabajo personal o comunitario. Suele ser muy rico tener pequeñas comunidades heterogéneas en edades y recorridos gracias a la movilidad y alguna iniciativa de cuidar los distintos momentos es muy rico para toda la Fraternidad.

9. Una interesante experiencia ha sido, por medio de personajes bíblicos, hacer propuesta temporales de profundizar en un aspecto del seguimiento de Jesús. Por ejemplo, con Zaqueo ahondar en el uso de los bienes y el compartir, con María de Betania avanzar en la oración personal, con el buen samaritano dar pasos de cercanía a los más necesitados, etc.
10. Favorecer jornadas especiales para abordar algún asunto con las personas interesadas es otra iniciativa de la Fraternidad, que puede abrirse a otras personas cercanas: cenas coloquio o encuentros con algún invitado de interés, taller de profundización de situaciones vitales (el luto ante la muerte de cercanos, la llegada de enfermedades, el compromiso social...), jornada de reflexión conjunta, etc.
11. Pensar desde el Consejo de la Fraternidad o equipo de animadores propuestas personalizadas de avance que podría dar cada uno de los miembros de la Fraternidad y, con toda delicadeza, hablar con cada uno para presentarlas.
12. Cuando hay posibilidad por el número de pequeñas comunidades, es interesante procurar una cierta diversidad en el estilo de cada una de ellas para responder mejor a las diferentes expectativas y situaciones. Por ejemplo, alguna comunidad que comparte la vivienda, o de más jóvenes o de más mayores, de miembros que trabajan en un mismo proyecto, de personas que están interesadas en el crecimiento personal en algún aspecto...
13. Hacer periódica evaluación de la marcha de cada persona, pequeña comunidad y Fraternidad es una actividad siempre necesaria. Un método apropiado puede ser un cuestionario de autoevaluación personal (podría ser con los rasgos de la vocación común y otros aspectos que interesan) que permite tener datos de cada pequeña comunidad y de la Fraternidad, que ayuda a verse también cada uno y, si se mantiene en el tiempo, permite ver la evolución que se va teniendo e introducir mejoras.

14. Cuidar la formación de los animadores de cada pequeña comunidad y de los Consejos de la Fraternidad para que reciban el apoyo necesario y para contar con algunos instrumentos y orientaciones para desarrollar su cometido de la mejor manera.
15. Impulsar la diversidad vocacional de los miembros de la Fraternidad que, además de ayudar a quien da nuevos pasos, crea el ambiente comunitario de la necesidad de seguir avanzando y nuevas perspectivas de posibilidades de futuro. Puede ser la puesta en marcha de ministerios encomendados a laicos, personas que hacen su promesa como escolapios laicos de integración también jurídica con la Orden, encargos personales o a alguna pequeña comunidad, envíos a otras presencias o países para impulsar la vida y misión escolapia...
16. La puesta en marcha de la Opción Definitiva en la Fraternidad es otro momento importante que puede orientar en los primeros años de la Fraternidad, que supone un compromiso personal y también de toda la comunidad hacia las Escuelas Pías y la misión, a la vez que introduce un paso ya consolidado.
17. La renovación anual de la promesa que se hizo en la entrada de la Fraternidad es una buena ocasión de revisión personal, de propuesta de nuevos pasos, de espiritualidad vivida más intensamente. También puede renovarse en momentos litúrgicos especiales: en Navidad, en la Pascua, en el día de Calasanz...
18. Leer periódicamente el estatuto de la Fraternidad, tanto personalmente como en comunidad, es siempre un recordatorio de aquello que nos define, nos marca metas y nos constituye como comunidad escolapia.
19. La presencia de los religiosos en la Fraternidad es un elemento de gran importancia para la Fraternidad, por la experiencia de vida comunitaria escolapia que tienen y por su formación e identidad. Es importante que participen como un miembro más, que aporta con sencillez y disponibilidad su rica vocación religiosa, evitando el papel de monitor o acompañante desde fuera de la Fraternidad. A su vez, para el religioso la experiencia de participar en la Fraternidad supone un aire fresco para su propia vocación comunitaria, escolapia y ministerial.

20. La Fraternidad puede y debe funcionar con planes y proyectos para un determinado tiempo que le ayude a marcar las prioridades y a enfocar su atención en asuntos de importancia: puede ser un proyecto comunitario, una participación en el proyecto de presencia local o provincial, el proyecto personal que no puede faltar...
21. La Fraternidad que impulsa la cultura vocacional, la constante invitación a la gente cercana a participar más activamente en las distintas formas de ser escolapia y en las distintas actividades y obras, es una Fraternidad viva que invita a vivir. Promocionar las vocaciones religiosas, invitar a los procesos hacia la Fraternidad, convidar a participar en el Movimiento Calasanz y en la colaboración con la misión escolapia... son tareas siempre fundamentales de una Fraternidad que vive el carisma de Calasanz, que está enamorado del proyecto escolapio y que necesita compartir ese tesoro de la propia vocación con las personas cercanas.
22. Esforzarnos para que la Fraternidad y la posibilidad de participar en ella llegue a todas las presencias escolapia de la Demarcación en la que nos encontramos es un gran desafío que nos ayuda a estar en talante misionero, en salida, para ofrecer a otros lo que nosotros hemos tenido la suerte de encontrar.
23. Ser exigentes en la vida de cada pequeña comunidad, no dejando pasar actitudes acomodaticias, faltas de asistencia o de compromiso, flojera en la participación... Precisamente porque somos hermanos hemos de ayudarnos a vivir con intensidad a la vocación a la que hemos sido llamados.
24. Profundizar siempre en una identidad cristiana y escolapia, evitando actitudes de creernos mejores que los demás, siendo conscientes de que esa identidad es nuestra aportación, que solo nosotros podemos hacer, a nuestra Iglesia y nuestra sociedad. Trabajar la conciencia de comunión eclesial es hoy, y siempre, un signo fundamental de nuestra fe.
25. Dar pasos en el compartir económico es uno de los grandes retos que nos ayudan a crecer espiritualmente: lo más espiritual es el dinero, porque nos muestra dónde tenemos el corazón. Hemos de avanzar siempre en la conciencia de que no somos dueños de los bienes, sino administradores de unos recursos que han de estar orientados, antes que nada, al bien común.

26. Una experiencia que está dando buenos resultados es la elaboración de presupuestos personales o familiares y compartirlos en la pequeña comunidad. Además de la organización que supone, hace reflexionar sobre el uso del dinero y nos coloca en situación de discernimiento comunitario.
27. Además del dinero hay otro indicador muy claro de nuestro compromiso: es la dedicación de tiempo al servicio de la misión y de la comunidad. Analizar el uso de nuestro tiempo, crecer en nuestra dedicación a los demás, compartir cada vez más nuestro tiempo son pasos fundamentales en la Fraternidad.
28. Compartir las decisiones más importantes en la comunidad: el trabajo que voy a asumir, el lugar de la vivienda, la forma de educar a los hijos, la organización del propio hogar, la labor voluntaria escolapia... son algunos aspectos que nos ayudan en nuestra vida cristiana y enriquecen a la comunidad. Puede ser tan sencillo como presentar en comunidad este tipo de decisiones y pedirle que nos ayude a discernir qué es lo más conforme con lo que podría indicarnos el Señor. Estos ejercicios de discernimiento comunitario hacen crecer humana y cristianamente.
29. Mantenernos siempre informados y disponibles en los grandes ámbitos escolapios: aquello que la Provincia y la Orden estás haciendo, las opciones de la Fraternidad General y la nuestra, los pasos de la red Itaka – Escolapios, del Movimiento Calasanz, de nuestra Iglesia universal y local, de nuestra presencia escolapia.
30. Escuchar con especial atención a los jóvenes, a los nuevos hermanos y hermanas de la Fraternidad, a los colaboradores cercanos, a las personas más necesitadas de nuestro entorno... pues son canales extraordinarios para seguir descubriendo lo que el Señor nos pide en cada momento.
31. Otro indicador de la madurez de la Fraternidad es cuando es capaz de salir de sí misma, para corresponsabilizarse de otras realidades escolapias, eclesiales, sociales, de la propia localidad y país o de otros.
32. ... y seguro que se nos ocurren posibles iniciativas que nos pueden ayudar a seguir avanzando a cada uno de nosotros, a cada pequeña comunidad, a la Fraternidad, a las Escuelas Pías... Es-

tar es esa actitud de seguir siempre adelante, de no conformarnos jamás, es fundamental para nuestro seguimiento a Jesús al estilo de Calasanz y de los escolapios.

Testimonio desde Belo Horizonte – Brasil

Creo en la herencia dejada por san José de Calasanz, que vivió el Evangelio de Jesucristo de una forma bonita y trabajó en la construcción de un mundo más justo y humano, en el que es preservada la dignidad de la persona humana.

Después de unos años viviendo y participando de una Parroquia escolapia, descubrí, en la catequesis, el gusto y el significado de la palabra “evangelizar”. Por medio de muchos catequistas que tuve y también por la oportunidad de ser catequista, descubrí lo que es educar en la piedad y en las letras.

Mi juventud estuvo marcada por la presencia de los padres escolapios. Poco a poco fui conociendo y entendiendo un poco mejor la dimensión de una misión que era mucho mayor de lo que me podía imaginar. Participé de los grupos de confirmación y después de la pastoral de la juventud y, con 17 años, fui invitada a ser catequista. Desde entonces fui recorriendo un camino que pasó por la catequesis de pequeños y adolescentes, pastoral del menor y otros muchos grupos. El trabajo en las obras escolapias me ayudó a descubrir el carisma escolapio. En todos estos años, pude ver personas que tuvieron sus vidas transformadas día a día, pequeños detalles que me hacen creer y continuar en esta misión.

Siento con mucha alegría que el carisma dejado por Calasanz también pertenece a personas como yo que viven su vocación cristiana a partir de la vida normal de cada día. Siento la llamada de Dios en mi vida, y esa respuesta pasa necesariamente por la Escuela Pía.

También considero que la vivencia y el compartir la vida junto a los religiosos escolapios fueron fundamentales para conocer profundamente la misión, a la vez que se establecían lazos fraternos.

La llegada de laicos escolapios de la comunidad Lur Berri (Nova Terra) de la provincia de Emaús fue una manera de despertar en nosotros la voluntad de compartir la vida, la espiritualidad y la misión. En el año 2008, cuatro laicos y yo solicitamos el acompañamiento de las Escuelas Pías para este pequeño grupo que sentía la necesidad de entender mejor la vocación de laicos escolapios, pues nos sentíamos

identificados con la misión y el carisma de Calasanz. Después de algunos meses, los padres escolapios me invitaron a participar de un grupo de discernimiento que llegaría a ser la Fraternidad escolapia. En el año 2013 celebramos la Asamblea de la Fraternidad escolapia en Gobernador Valadares. Fue elegido el primer consejo demarcacional, y yo entre ellos para representar a la Fraternidad escolapia en Belo Horizonte. Tuve también la oportunidad única de participar en la 1ª Asamblea de la Fraternidad General en Peralta de la Sal, lugar donde nació Calasanz para la vida y para la fe.

Hoy, con mucha alegría, puedo decir que también soy profesional con los escolapios, trabajando en el área de comunicación del colegio San Miguel y trabajando también en el equipo de comunicación de la provincia Brasil-Bolivia.

Agradezco a Dios y a todos los queridos hermanos fraternos y religiosos. Pongo en las manos de Dios nuestros sueños y anhelos, que Calasanz nos ayude mostrándonos el camino.

Maria Aparecida Miranda de Carvalho,
Fraternidad de Belo Horizonte – Brasil

Tu reto es vivir la fe en comunidad

Por libre, Señor Jesús, no es posible seguirte.

Tu oferta es vivir con gozo la alegría de tu Evangelio.

Tu reto es vivir con fuerza la fe en comunidad.

Tu exigencia es cargar con la cruz en alto cada día.

Tu misión es llamada profunda al compromiso por el Reino.

*Ser creyente en ti, Señor, no es jugar al protagonismo;
ser creyente en ti es aceptar las reglas limpias de tu juego;
ser creyente, Jesús, es contar y sentir al hombre a mi lado;
ser creyente en ti es hacer de la vida un servicio gratuito.*

*Tú me llamas, Señor, a buscar ‘lugar’ donde vivir mi fe;
me llamas a romper mi cáscara y derribar mi muro;
me llamas a abrir mi corazón de par en par;
me llamas a seguirte a ti con la ayuda de un grupo.*

*Tú quieres que comparta mis planes y proyectos;
tú quieres que sea sensible al misterio escondido del hombre.
tú quieres que me olvide de mí y viva en comunión de amor.*

*Yo te he entregado mi vida llena de ilusiones y utopías.
Yo sé que la opción profunda de mi vida eres tú.
Yo quiero vivirte viviendo la realidad de tu Iglesia.
Yo me pregunto, Señor: ¿dónde está mi comunidad?
¿Dónde integrar mi vida para vivir tu proyecto?
¿Dónde poner en común lo que he buscado,
lo que soy, lo que tengo?
Dónde ser y echar raíces para llegar a 'ser fecundo'?
No tengo claro, Señor, el camino de quedarme con los otros.
Tengo miedo a perder mis ideas, a dejar de ser yo mismo.
Tengo miedo a sentirme inseguro, inestable, desenraizado.
Tengo miedo, a que no me tomen en serio.
¿Cómo romper este egoísmo absurdo que llevo en mis entrañas?
¿Cómo terminar con esta desconfianza en el hermano?
Dame, Señor, la fuerza de tu Espíritu de amor;
úngeme con el óleo perfumado de la caridad ardiente;
hazme sentir mi flojedad, mi inseguridad cuando me quedo solo;
hazme experimentar la alegría de ser muchos, de ser ellos.
Señor Jesús, ponme en camino y dame sentido de Iglesia.
Rompe mi individualismo y ábreme a la fraternidad.
Enséñame a compartir los dones para que florezcan y den fruto.
Quiero ser servidor de tu Palabra y mano abierta al hombre.
Quiero ser servidor de tu Evangelio y Buena Noticia que alegre.
Quiero ser trigo molido y racimo pisado hecho Eucaristía.
Quiero ser 'enviado' por la comunidad en nombre tuyo, Señor Jesús.
Quiero ser creyente entre los creyentes reunidos en tu Espíritu.*

(Concepcionistas)

Para avanzar en fraternidad

“Nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios.

(2 Cor 4, 7)

Hemos repetido varias veces que la puesta en marcha de la Fraternidad introduce una profunda renovación en las Escuelas Pías: es un nuevo sujeto escolapio que se suma a la Orden que ha sido el sujeto escolapio desde el inicio.

Ahora los escolapios somos más. “Nosotros, los escolapios, religiosos y laicos” dice la misión que elaboró el Capítulo General de 1997, en que se dio un gran paso en la participación del laicado. Los escolapios somos un nuevo nosotros, un nuevo “nosotros y nosotras”, enriquecido por la Fraternidad y las demás modalidades de participación en las Escuelas Pías. Y estamos llamados a la fraternidad universal abriendo nuestra misión y nuestros corazones a los niños y jóvenes, a los pobres, a los voluntarios y colaboradores, a las mujeres, a las familias, a los que eran usuarios o destinatarios de nuestros proyectos y obras... para que sean, para que seamos también “nosotros”, para que seamos hermanos de la misma familia de Dios. Los pobres, los jóvenes... ¡nos evangelizan, nos evangelizamos!

Fraternidad es compartir cada vez más

Poner en marcha la Fraternidad, entrar a formar parte de ella, es un paso muy importante que abre nuevos caminos y nuevos horizontes que tenemos que seguir persiguiendo: Fraternidad es compartir

más cada día, adentrarse en la aventura de descentrarnos de criterios personales para ir descubriendo en comunidad la voluntad del Señor, porque seguir a Jesús es descubrir las nuevas sendas que nos va mostrando su Espíritu.

Aquellos primeros compañeros de la primera comunidad de Jesús eran muy diferentes, estaban más unidos a Jesús que a los demás hermanos... y, poco a poco, tendrán que compartir momentos de triunfo, decepciones personales y comunitarias, cobardías, las experiencias personales de encuentro con el Resucitado, los momentos compartidos en comunidad, la estrategia misionera, la solución de discrepancias y problemas, el discernimiento para seguir adelante con el proyecto de Jesús, la entrega de la propia vida. Así van construyendo una comunidad “con un solo corazón y una sola alma” (Hech 4, 32) porque comparten la presencia de Jesús, la oración, el compromiso, la vida, el Espíritu.

Así es necesario crecer en el compartir en comunidad, discerniendo cada día cómo compartir más. No es una técnica, sino un estilo de vida, basado en relaciones personales inspiradas en la confianza, en la estima del otro y no en la desconfianza, en la capacidad de gozar del bien del otro y no en la envidia, en el deseo de estar juntos y no en el prurito de ir en solitario, en el reconocimiento de la capacidad ajena para llegar a la vejez, no en la pretensión de autosuficiencia.

Es seguir avanzando en un estilo de vida que va unido a aquellas personas que tienen una vocación semejante, que comparten un proyecto existencial común, que comparten un idéntico objetivo de seguir a Jesús al estilo escolapio.

Es decidir, y mantener esa opción, un estilo de vida que implicar darse a la comunidad, al otro con sus luces y sus sombras, aceptando su derecho a ser diferente, confiando en su capacidad de cambio y en la aportación que puede hacer para que yo cambie. Porque somos conscientes de que todos necesitamos dar y recibir, evangelizar y ser evangelizados, para ser no solo lo que ya somos sino lo que estamos llamados a ser.

Hemos de ir asumiendo la ética del caminante, del arameo errante, que va por la vida con otros con deseo de entablar diálogo y sin conocer el camino. Y siempre con el convencimiento de que el Señor

camina junto a nosotros y se muestra en los caminantes que van por nuestras mismas sendas.

En la Fraternidad escolapia tenemos la gran fortuna de caminar juntos, religiosos y laicos, personas de distintos países y culturas, de diferentes edades e historia, sintiéndonos hermanados por el mismo carisma que Dios nos regaló en Calasanz y en la historia escolapia de más de cuatro siglos. Compartir la vocación religiosa y laical, así como las demás vocaciones profundamente escolapias, es un regalo maravilloso que nos enriquece a todos si somos capaces de aceptarlo.

La locura de Babel, donde cada uno hablaba su lengua y nadie escuchaba, se ve contrastada con la experiencia de Pentecostés, donde también habla cada uno su lengua, pero dejan que el Espíritu les haga entenderse. Esa es la experiencia del compartir en comunidad, de permitir al Espíritu que hable por medio de los hermanos.

La Fraternidad es comunicación que nos va adiestrando en el arte de ponernos en sintonía comunitaria por medio del sentir, pensar, decir, hacer, escuchar, aceptar en clave de fraternidad.

Comunidad es compartir la fe recibida como don, orada y celebrada en comunidad, vivida y traducida juntos en obras, probada y sufrida, estudiada y comprendida gracias a los demás, compartida con los hermanos y anunciada con la palabra y el testimonio personal y conjunto.

A veces en la historia de las personas o de las naciones se produce un giro inesperado del destino lo cambia todo.

Stefan Zweig en su libro “Momentos estelares de la humanidad” narra con maestría cómo una puerta entreabierta cambió el destino de la historia universal. Bizancio, también conocida como Constantinopla, la ciudad mejor fortificada de su tiempo, que había resistido heroicamente un asedio terrible, fue vencida por un descuido, por una imprudencia. Alguien se dejó una puerta abierta. A poca distancia del principal punto de asedio a la muralla, un par de guerreros otomanos consiguieron atravesar la muralla exterior y deambular tranquilamente por el interior de la ciudad. Al cerciorarse de que no era una trampa y de que habían conseguido entrar fácilmente decidieron entrar con una pequeña tropa de jenízaros. La Kerkaporta fue cruzada como sería cruzada un domingo cual-

quiera por unos mercaderes, se plantaron en el centro de la ciudad y atacaron a los defensores bizantinos de forma inesperada, gritando una frase que fue más mortífera que cualquier cañón: “¡La ciudad está tomada!”. Aquel ataque por sorpresa y aquel grito hicieron pedazos a la resistencia bizantina, que creyéndose traicionados abandonaron sus puestos para ponerse a salvo en el puerto y en los barcos. Un pequeñísimo azar, la Kerkaporta, la puerta olvidada, ha decidido la historia de Europa y del mundo...

La comunidad cristiana es uno de esas fuerzas que transforman a las personas y las sociedades con una fuerza irresistible. Pueden parecer casualidades, o intervenciones de Dios, que abren puertas a un futuro que se sigue acercándose al sueño de Jesús de un reinado de Dios donde nos vamos descubriendo cada vez más familia, más hermanos, más capaces de perdonarnos, de compartir la vida y el destino.

Hemos de crecer en el compartir, sin conformarnos nunca con lo ya conseguido, buscando siempre profundizar y ampliar la Fraternidad.

Los que hemos sentido de alguna manera la llamada de Jesús a seguirle nos vamos encontrando con quienes han recibido la misma llamada. Y vamos descubriendo que tienen nuestro mismo ADN, que son nuestros hermanos y hermanas. Ser fieles a esta llamada es compartir lo material, lo afectivo y lo espiritual.

Compartir los bienes porque nos hace más libres: “no se puede servir a Dios y al dinero”. Porque nos hace poner la seguridad en el Señor y los hermanos, y no en nuestros recursos. Porque nos permite ser más solidarios, más hermanos de todos.

Compartir lo afectivo porque estamos llamados a tener un mismo corazón, a ser parte de un mismo cuerpo. Y esto solo es posible creciendo en conocimiento, aceptación, reconocimiento, cariño, amistad, fraternidad.

Compartir lo espiritual porque nuestro nexo de unión es el Padre del cielo, nuestro hermano Jesús y su Espíritu. Porque en la Eucaristía, en la oración compartida, en la lectura creyente de la realidad, en el discernimiento compartido, es cuando nos sentimos más hermanos. Porque “de poco vale la vida en común, si no hay comunión de vida” (B. Olivera, Martiri in Algeria, Milán, 1997, p. 96).

Testimonio desde Granada – España

Desde los comienzos de la Viceprovincia de Andalucía comenzamos a tomar conciencia de las funciones que debía tener los laicos en la Iglesia. Así, en 1973 constituimos la comunidad del Cerro del Águila, en Sevilla, una comunidad formada por religiosos y laicos.

El funcionamiento de la Viceprovincia, desde su inicio, se forjaba en las convivencias trimestrales, donde se analizaba la marcha de la Viceprovincia y sus planes de futuro. En ellas participaban religiosos y laicos. Y todos con voz y voto.

Y, asimismo, funcionaban los capítulos locales y viceprovinciales, en los que siempre hubo participación de los laicos, con voz y voto excepto en la votación canónica para viceprovincial.

Con el correr de la Viceprovincia se produce una catarata de acontecimientos: proyecto de cogestión del colegio Genil religiosos-laicos (1970); organización de la catequesis extraescolar con amplia mayoría de laicos (1982); directores académicos laicos (1985); primera fraternidad san José de Calasanz (1991); director titular laico (1995); comunidad eclesial calasancia (1996); comienzo de grupos de fe religiosos-laicos en Sevilla (1997); fraternidad Albisara (2003).

En este contexto, y con las responsabilidades que me ha tocado llevar durante muchos años, me han hecho estar en permanente contacto con los laicos a todos los niveles y a trabajar en simbiosis con ellos y a todos los niveles: trabajo en los colegios, grupos y comunidades de fe, comunidades de vida... Todo esto me ha ido creando una conciencia de total unidad y complementariedad.

En la actualidad, en este rincón de las Escuelas Pías, ya no se entendería la Provincia sin la simbiosis religiosos-laicos en una unidad de proyecto que abarca la vida y la misión. A pesar de los remilgos de alguna parte de los religiosos, a decir verdad cada vez menos, que no llegan a ver este rol cada vez más importante de los laicos y que parece que tienen miedo a compartir la vida con ellos, quizás porque creen que a los religiosos les corresponde un grado más alto de escalafón.

Mi experiencia de ya muchos años es muy satisfactoria en todos los campos: en la misión, en la corresponsabilidad y en la vida.

En nuestra Provincia, donde tenemos ya andado un camino importante debemos seguir profundizando. Y lo mismo el resto de la Orden y toda la Iglesia. Creo, sinceramente, que por aquí va el futuro de la Iglesia.

No digas Padrenuestro

No digas Padre, si cada día no te portas como un hijo...

No digas nuestro, si vives aislado en tu egoísmo...

No digas santificado sea tu nombre, si no le honras...

No digas venga a nosotros tu Reino, si lo confundes con el éxito material...

No digas hágase tu voluntad, si no la aceptas cuando es dolorosa...

No digas danos hoy nuestro pan, si no te preocupas por la gente hambrienta...

No digas perdona nuestras ofensas, si guardas rencor a tu hermano...

No digas no nos dejes caer en la tentación, si tienes intención de seguir pecando...

No digas líbranos del mal, si no tomas partido contra el mal...

No digas amén, si no has tomado en serio las palabras de esta oración.

Compartir lo material

La insistencia de Jesús por el uso de los bienes, por la denuncia de quien pone en ellos su confianza, es una constante que no podemos acallar.

La Fraternidad nos ha de ayudar también en este ámbito. Ya hemos citado en capítulos anteriores algunas experiencias bien interesantes que nos pueden ayudar iluminar o sugerir iniciativas.

Entrar en la Fraternidad, es una opción radical que puede ser vivida de distintas maneras, pero nunca olvidando esta llamada a compartir los bienes. La comunidad de Jesús tenía bolsa común compartiendo sus bienes, pero había otros seguidores de Jesús (Nicodemo, José de Arimatea, Bartimeo, Lázaro...) que creen en Jesús y son llamados a compartir su vida con Él de otra manera.

La comunidad de Jerusalén tiene todo en común:

“Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos... Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades.

(Hech 4, 32-35)

Las comunidades de Pablo no comparten así sus bienes, pero son llamados a ser solidarios con las necesidades de la Iglesia de Jerusalén (1 Cor 16, 1-3). Pablo recrimina las diferencias económicas en la comunidad de Corinto, exige el amor como norma fundamental del cristiano y pide que “que cada uno dé conforme a lo que ha resuelto en su corazón, no de mala gana o por la fuerza” y nos recuerda que “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9,7).

Parece que no hay un único modelo de compartir, pero lo que está claro es que el uso del dinero es fundamental para seguir a Jesús y uno de los mejores indicadores para ver cómo es nuestra fe.

Puede ser interesante recoger algunos de los numerosos textos de los Evangelios (o del Nuevo y Antiguo Testamento) para reflexionarnos en comunidad. Solo ver la cantidad de referencias que hay nos hace ver la importancia de este aspecto. Y una lectura en común nos puede orientar en pasos que podemos dar.

También conviene considerar la importancia que dan las comunidades cristianas de los primeros siglos que se ve reflejada en muchas consideraciones de los Santos Padres. A modo de ejemplo, que podría ampliarse y trabajar en comunidad junto con los textos evangélicos, presentamos algunos:

- “No pueden servir al mismo tiempo a Dios y al dinero” (Mt. 6, 24)
- “Créanme que a un rico se le hace muy difícil entrar al Reino de los Cielos” (Mt. 19, 23)
- “¡Ay de ustedes los ricos, porque ya tienen su consuelo! (Lc 6, 24)
- “Esta noche vas a morir y ¿para quién serán todos tus bienes? Eviten toda clase de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea” (Lc. 12, 15-21)
- “El que no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (Lc. 14, 33).
- “Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Y se poseen cosas ajenas cuando se poseen cosas superfluas” (San Agustín).

- “Quien, suministrando a los necesitados lo mismo que él recibió de Dios, se convierte en Dios de los que reciben de su mano, ése es el verdadero imitador de Dios” (Discurso a Diogneto).
- “Mirad el juicio que está por venir. Los que abundáis, pues, buscad a los hambrientos” (Pastor de Hermas).
- “Así, pues, todos los que formamos un solo. corazón y una sola alma no dudamos en comunicamos los bienes materiales. Todas las cosas son comunes entre nosotros” (Tertuliano).
- “Comunicarás en todas las cosas con tu prójimo, y no dirás que las cosas son tuyas propias, pues si en lo imperecedero sois partícipes en común, ¡cuánto más en lo perecedero! No seas de los que extienden la mano para recibir y la encogen para dar” (Carta de S. Bernabé).

Analizar en comunidad posibles pasos en el compartir económico, dentro y fuera de la Fraternidad, es un necesario aspecto para avanzar en comunidad.

Otro enfoque de este compartir puede ser reflexionar sobre la capacidad de dejarnos contrastar en el uso del dinero (dentro de la propia familia, de la comunidad), sobre la forma que tenemos de conseguir los bienes (trabajos éticos, honradez en nuestra profesionalidad), sobre la aportación en trabajos caseros (no deja de ser algo económico), sobre la hospitalidad, la generosidad en situaciones de especial urgencia...

Compartir el tiempo

Además del dinero y los bienes, hay otro elemento no tan material que refleja con claridad nuestra disponibilidad a seguir a Jesús: es el tiempo.

“Quien piense que su tiempo es demasiado valioso para perderlo escuchando a los demás jamás encontrará tiempo para Dios y para su prójimo. Solo lo encontrará para sí mismo, para su palabrería y sus proyectos personales” (Bonhoeffer). Tiempo para los ancianos, los enfermos, para el hermano que nos necesita...

Un buen ejercicio es analizar en comunidad cómo es el uso de nuestro tiempo, a qué dedicamos las horas de cada semana (o mes, o año). ¿Cuánto tiempo es para nosotros, para los demás, para la co-

munidad, para Dios? Traducirlo en números es un buen examen de dónde tenemos puesto el corazón.

Un detalle, no precisamente poco importante, es la puntualidad. Quien valora a los demás se esfuerza por no hacer perder el tiempo a los demás esperando y está dispuesto a perderlo él llegando antes. Descuidar este aspecto es un signo que conviene analizar.

También puede ser útil analizar la cantidad de veces que aducimos que “no tenemos tiempo” para asuntos realmente importantes en la vida de la Fraternidad o en la misión escolapia a la que somos llamados. Es llamativo cómo las personas más comprometidas y corresponsables siempre “tienen tiempo” para una nueva tarea, mientras que los menos implicados siempre tienen esta excusa.

Más exigente y liberador es la libertad de quien se pone a disposición de la Fraternidad y de la Orden para ser enviado a otra tarea, a otro lugar, a dejar muchas de sus seguridades habituales. Supone renunciar a aparentes seguridades para descubrir la riqueza de la Providencia (Mt 6, 25s), la libertad de ponerse en las manos de la comunidad, la felicidad de anteponer el bien del otro a la propia seguridad.

Compartir los bienes, cada vez con más libertad y generosidad, es un camino que hemos de transitar en la vida y en la Fraternidad:

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”.

(1 Jn 4, 20)

Testimonio desde Bilbao (España)

Compartir bienes en comunidad

“Donde está tu tesoro, ahí también estará tu corazón” (Lc 12,34)

Comienzo estas líneas con una cita del Evangelio que nos interpela al hablar del compartir económico. Este pasaje me trae una pregunta bien concreta: ¿cuál es el tesoro que yo tengo?, ¿en dónde pongo, de verdad, mi corazón y con él mis seguridades, mi confianza, mis apuestas de futuro...? Son preguntas clave para quienes seguimos a Jesús en comunidad, que se responden no solo con palabras, sino sobre todo con obras y desde el estilo de vida.

Otra premisa para abordar el tema es cómo me situó yo ante el mundo en que me toca vivir, que sabemos es injusto, excluyente y radicalmente desigual. A poco que analizo la realidad me doy cuenta de que formo parte de una minoría privilegiada, por el bienestar material al que yo puedo acceder y otros no. Ante ello, puedo dejarme llevar e incluso “ir a por más”, como me invita la sociedad de consumo, buscando aumentar ese privilegio para mí y para los míos. O puedo situarme en una perspectiva lazarista, a la que invita el Evangelio, y valorar por tanto la situación social y mis opciones desde la óptica de los pobres y excluidos. O más concretamente, a modo de Calasanz, atreverme a algo tan escolapio como mirar la realidad desde los ojos del niño pobre.

Desde estas claves, compartir los bienes es un proceso de descubrimientos, de llamadas y de opciones en las que Dios me sale al encuentro a través de la comunidad y de la misión.

Hoy agradezco profundamente haber podido vivir desde la infancia un proceso pastoral en grupo en que el compartir solidario siempre ha sido una clave educativa fundamental: a través del “bote” del grupo, de la participación en las campañas de solidaridad, así como cultivando un estilo austero y sencillo en aquello que somos y hacemos.

Es a partir de ahí que han ido llegando otros pasos en el compartir, vividos junto a los hermanos y hermanas de la Fraternidad:

- El diezmo de solidaridad, como uno de los rasgos esenciales de nuestra vocación común, entendiendo por tal la entrega regular de al menos el diez por ciento de los ingresos, para sostener la misión a través de Itaka-Escolapios, nuestra plataforma de solidaridad.

- La aportación para cubrir los gastos internos de la propia Fraternidad, respondiendo a ellos de manera responsable y según mi capacidad. Y hacerlo no solo desde la clave de mi Fraternidad local, sino también globalmente.

- Así mismo, la participación en otras formas de compartir que han ido surgiendo entre nosotros: préstamos para atender necesidades económicas extraordinarias de los miembros (Itaka-Kutxa); un fondo común para poder contratar a quien necesita empleo (Itaka-Lan)... Propuestas que nos acercan, aunque sea limitada y parcialmente, a ese ideal de la primera comunidad cristiana: “entre ellos ninguno pasaba necesidad” (He, 4,34).

- El contraste en la pequeña comunidad del presupuesto familiar, a fin de que los hermanos y hermanas nos orienten, y nos corrijan en su caso, sobre cómo llevamos nuestra economía cotidiana y las decisiones que vamos tomando al respecto.

- Y finalmente, el compromiso como escolapio laico de compartir los ingresos y gastos con la Provincia, como uno de los aspectos concretos que implica la integración carismática y jurídica propia de esta vocación.

Dicho esto, ¿qué puedo añadir desde mi experiencia en el compartir económico?

Lo primero que puedo decir es que, aunque sea parte esencial en nuestro ser cristiano, es a la vez algo de lo que nos cuesta hablar, nos suele incomodar e incluso nos pone un poco a la defensiva. Lo percibo en mí mismo a menudo, desde mis debilidades, egoísmos e inconstancias; y lo percibo también a veces en la comunidad, cuando no somos transparentes, o somos demasiado complacientes, o demasiado poco exigentes.

Nos cuesta, sí, porque no en vano estamos tocando uno de los aspectos más contraculturales de nuestra vida comunitaria: no es habitual hoy y aquí encontrar quien se desprenda permanentemente de parte de lo suyo para compartir con otros (más allá de la propia familia); hasta se hace raro socialmente hablar del dinero abiertamente y sin tapujos.

Precisamente por ello, cobra incluso más valor esta dimensión del compartir, por lo que supone de testimonio y porque nos conecta con la propuesta evangélica de desapego (libertad) hacia lo material y de solidaridad con los que sufren. Y es que es en nuestra forma de relacionarnos con lo material donde se verifican las opciones aparente más espirituales.

Considero también muy importante mantener siempre la tensión respecto al tema económico y al compartir los bienes, tanto a nivel personal y familiar como a nivel comunitario, en la Fraternidad escolapia. Tensión para cuestionarnos lo que hacemos o dejamos de hacer en este aspecto y si con ello estamos siendo fieles en el seguimiento de Jesús al estilo de Calasanz. Pero no una tensión culpabilizadora, sino más bien tensión creativa, que nos sitúe en dinámica de crecimiento. En este sentido, para mí ha sido algo muy valioso que en nuestra Fraternidad se pusiera en marcha hace unos años la Opción Zaqueo, como propuesta de avance personal y comunitario que planteaba pasos concretos en el compartir y hacia un estilo de vida más solidario.

Finalmente, creo que desde la Fraternidad estamos llamados a vivir el compartir económico sobre todo con alegría, con confianza en los hermanos y hermanas, así como con paz ante nuestras contradicciones. El compartir es ante todo un don, no una renuncia... aunque no siempre tenga lucidez suficiente para verlo así.

Realmente, soy muy afortunado por tener una comunidad con la que compartir, una misión de transformación social con la que compro-

meterme y unas Escuelas Pías que me acogen con lo que soy y lo que tengo. Me ha tocado la lotería, ¿cómo no compartir el premio?

Igor Irigoyen. Fraternidad de Itaka – Emaús

Envío de la comunidad

Los once discípulos fueron a Galilea al monte donde Jesús los había citado. Al verlo se postra-ron ante él, aunque algunos dudaban. Jesús se acercó y les habló así: “Se me ha dado plena autoridad en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todas las naciones, bautizadlos para consagrádselos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñadles a guardar todo lo que os he mandado; mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo”.

(Mateo 28, 16-20)

Compartir lo afectivo

En aquella primera comunidad “todos tenían un mismo corazón y una sola alma”. Evidentemente, una comunidad no es un “grupo estufa” que mantiene en su interior felices a sus miembros y de donde no se quiere salir, ni es un colectivo terapéutico donde cada uno va a buscar respuesta a sus expectativas y traumas. Pero una comunidad ha de ser un espacio cálido, un lugar donde curarnos de tantas debilidades que tenemos, un ambiente donde nos sintamos queridos y crezcamos como hermanos.

Una comunidad que sea solo un “equipo de trabajo”, o un “grupo de formación” o “un centro de oración”, está necesitando ir creciendo en tener un mismo corazón y una misma alma. Y eso tiene mucho que ver con construir un oasis en medio del desierto, un hogar donde recobrar fuerzas y orientación, una familia donde sentir que tenemos la misma sangre y el mismo espíritu, un momento de reforzar el sentimiento de un Dios Padre que nos quiere hermanos y que nos envía a construir una tierra mejor.

En la comunidad hemos de crecer en compartir lo afectivo, la alegría de estar juntos, el recreo compartido, el descanso comunitario: “Ved qué delicia los hermanos unidos (Sal 133). Éste es el mejor testimo-

nio y el regalo de Dios que nos da: “Y todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt 19, 29)

Compartir lo afectivo es compartir los sentimientos de Cristo. No se trata de crear comunidades de afines, sino descubrir la fraternidad en las personas a quienes el Señor ha llamado al mismo lugar que a cada uno de nosotros. Hemos de descubrir que lo que nos une es la misma vocación, el mismo carisma, los mismos valores, la misma vocación común. Y eso está por encima de la diversidad, las diferencias, las costumbres, las sensibilidades.

Compartir lo afectivo es ir incorporando progresivamente los mismos sentimientos, deseos, proyectos e ideales de Jesús, su sensibilidad, su modo de mirar, su libertad, el cariño, la amistad (Fil 2,5), nutrirse con sus palabras, compartir sus razones para vivir. Jesús comparte su alegría, su oración, su sufrimiento con su comunidad. Y todo ello para compartir con Jesús lo espiritual, el conocimiento del Padre (Juan 15,15). Es participar de los misterios de Dios, de la vida de Jesús, de su santidad, de la Fraternidad como don.

En toda comunidad surgen dificultades, más o menos importantes, en las relaciones personales. Es normal, cuanto más se convive y la historia compartida es mayor, que aparezcan diferencias, personas que resultan más difíciles, momentos de conflicto, dudas, defectos, cansancios, manías, egoísmos, pequeñas heridas que pueden ir creciendo o curando... Aquí tenemos el reto del compartir, quizá no directamente y en grupo, pero sí viendo los caminos más adecuados de sanación que siempre pasan por compartir más también los aspectos afectivos. En capítulos posteriores analizamos algunas “enfermedades” y algunas “curas” en la vida comunitaria.

Hay quien teme los sentimientos y está bloqueado en la comunidad: será necesario ir preparando las situaciones adecuadas para favorecer la comunicación en la comunidad, quizá en una relación más personal, en un momento de oración, en un retiro...

A veces el miedo a la crítica, al conflicto, por la mala relación con otra persona de la comunidad, eludimos este compartir. Será necesario desbloquear esta situación que daña a todos. Es preciso ir pasando del egoísmo y de los criterios egocéntricos a la alteridad que mantiene nuestro ser y nos abre a reconocer al otro como distinto de mí, con derecho a ser diferente y como posibilidad de enri-

quecimiento mutuo. Es necesario cuidar con mucha delicadeza los cambios que pueden producirse y eso nos lleva a evitar clasificar al otro, a cosificarle, a marcarle para siempre, a darle por perdido. La importancia del perdón, de la confianza incondicional en el hermano por encima de las diferencias, el amor que proviene no de mi impresión sino del regalo del Padre que me da ese hermano.

Será necesario cuidar la estima mutua más allá de la cortesía o la benevolencia, los momentos que posibilitan el acercamiento personal, el descubrimiento de la necesidad de los demás y de la responsabilidad que cada uno tiene con los hermanos, las comidas compartidas, las fiestas y momentos de celebración, la hospitalidad...

Este compartir, basado inicialmente por la confianza que se va ganando poco a poco, ha de cuidarse evitando la confidencialidad de lo compartido en comunidad, con los comentarios superficiales lejanos a la aportación propia de una comunidad cristiana. Y ha de ir creciendo en el reconocimiento del hermano que va más allá de la pequeña comunidad y no se ve obstaculizado por cambios en las comunidades, sino que va ganando en sentimiento de comunidad más amplia.

También puede ir naciendo, y ha de potenciarse en lo posible, la amistad dentro de la comunidad, entre comunidades de la Fraternidad, que añade a la misma vocación común la relación amistosa de quien se siente a gusto con el hermano de comunidad.

Es fácil detectar en una comunidad si existe el ambiente acogedor, preocupado por la situación de cada uno, interesado por las preocupaciones del otro, abierto a otras personas, comunicativo de la experiencia comunitaria que se vive (no de los asuntos personales que han de quedar en el interior), dialogante...

“Enseñamos y exhortamos unos a otros con sabiduría” (Col 3,16). Es un buen consejo para toda comunidad que ha de seguir creciendo siempre en el seguimiento de Jesús y en el compartir comunitario.

Testimonio desde Governador Valadares (Brasil)

Soy María Izabel de Jesús, 51 años, casada hace once años con Carlos Antonio da Silva, padre de 2 hijos, abuelo de seis nietos. Soy la segunda esposa, no tenemos hijos en común. Pertenezco a una familia de

cinco hermanos y soy la mayor. Mi madre, con 74 años, desde muy joven, sin tener estudios, me llevaba a la Iglesia, para participar de la comunidad y de las eucaristías. Ella fue y es un verdadero testimonio de fe y resiliencia.

Comencé con los padres escolapios a los siete años de edad, participando del “catecismo”, lo que hoy llamamos en la Escuela Pía “movimiento Calasanz”. Era acogida por el padre Eulalio Lafuente, siempre con mucha alegría. A los 15 años, después del sacramento de la confirmación, fui llamada a ser catequista y a iniciar el grupo de jóvenes “MEAMÁ” (menos armas, más amor). En este grupo de jóvenes teníamos muchas actividades, momentos de oración, celebraciones, fiestas en las casas de los miembros en fechas especiales, recoger alimentos para entregar a los necesitados y cuidar la limpieza semanal de la Iglesia. Estas actividades de cada día o semana eran realizadas por mí con mucha alegría, me sentía orgullosa, porque tenía la oportunidad de compartir la vida y la misión. Así fueron pasando los años y asumí la coordinación de la catequesis parroquial y de la comunidad cristiana escolapia. Estas funciones exigían mucha dedicación. Pero nada era difícil para mí. A veces me sentía inquieta y me preguntaba de dónde venía tanto deseo de colaborar, de hacer tantas cosas sin ningún cansancio, solamente tenía un sentimiento de querer contribuir para el compromiso y crecimiento de todos los implicados en la misión.

En el año de 1999, comencé a trabajar profesionalmente con los padres escolapios, en la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, donde estuve 10 años. Desde hace ocho años trabajo como asistente social y agente de pastoral en el colegio Ibituruna. Todos estos años trabajando junto con los escolapios, voluntariamente en el ámbito de la educación de la fe y profesionalmente en la educación formal me sirvieron para confirmar la razón de la llama que ardía dentro de mí. El cuidado de los escolapios al mirar, vivir, servir, soñar y proyectar el futuro de la Escuela Pía junto a los laicos, me estimula en la pasión por vivir el carisma escolapio. En el año de 2009, al ser convidada para iniciar el camino de la Fraternidad, me asusté, pues no sabía lo que era, ni para donde iba. Pero comencé. Después de ocho años de pertenecer a la Fraternidad, me encuentro que soy una nueva mujer en la vida personal, profesional y comunitaria. Mi vida tomó un nuevo sentido. Actualmente coordino el consejo local y el demarcacional de la Fraternidad. Estoy también en el consejo general de la Fraternidad. Como escolapia que soy, quiero continuar colaborando para que el legado tan bonito que nos dejó san José de Calasanz fortalezca la misión donde ya existe y se pueda extender a otros lugares donde

todavía no está presente. Soy feliz y muy agradecida a los escolapios por pertenecer a esta familia y poder decir que en ella encontré el verdadero sentido para realizar la misión que me fue confiada.

Izabel de Jesús, Fraternidad de Valadares de Brasil

Siempre de dos en dos

Empecemos ya la marcha por las sendas de la vida.

No es necesario equipaje, bastan las manos amigas.

*Son estrechos los senderos para andarlos sin amor:
solo se llega a buen puerto si se va de dos en dos.*

*Un hombre es uno solo, y es dura la vida,
dos juntos caminando avanzan mejor.*

*Un hombre sin amigos está sin apoyo,
y para sostenerse hacen falta dos.*

En la vida no se puede caminar por separado.

Hay que apoyarse en el otro para sentirse apoyado.

*Es la vida dura senda para andarla sin amor:
solo se llega a buen puerto si se va de dos en dos.*

(G. Fernández- E. Pascual)

Compartir lo espiritual

El centro de la Fraternidad es Jesús: Él es quien nos ha convocado y nos ha mostrado al Padre de todos que nos va haciendo hermanos. Esta realidad ha de ser experiencia compartida con frecuencia en la comunidad.

La Eucaristía es el centro de la comunidad, es el signo y el motor de la comunión, no solo de la pequeña comunidad o la Fraternidad o la Orden, sino también de la Comunidad cristiana escolapia y de la Iglesia local y universal. La vivencia semanal de la Eucaristía, intentando que sea lo más comunitaria y viva posible, es fundamental para el crecimiento de la Fraternidad. En ella nos descentramos de nuestras

preocupaciones, pedimos perdón, escuchamos la Palabra con las orientaciones correspondientes, presentamos nuestras ofrendas y nuestras vidas, nos alimentamos con el pan de la comunión y la presencia de Jesucristo vivo, salimos reforzados a continuar la misión.

Algo semejante pasa con la oración común donde nos decimos unos a otros la alegría de ser hermanos y lo hermoso de vivir juntos con un solo corazón y una sola alma. Es momento de compartir la vida y la vivencia espiritual. Es una oportunidad de no perder de vista el carisma que nos une, la misión que asumimos, la vida que hemos de llevar.

Conviene revisar y revisarnos si no es así, si pasa lo contrario: la ausencia sin motivo, llegar tarde a la oración común o la Eucaristía, no participar activamente, no seguir la misma cadencia (unos corren demasiado, otros van más lentos, unos bisbisean como otros declaman, unos bostezan y otros están en otra parte)... y entonces aparece la falsedad, el honrar a Dios con los labios pero no con el corazón (Is 29, 13). Hemos de analizar nuestra forma de compartir lo espiritual como signo de la autenticidad de la fraternidad.

Compartir lo espiritual es compartir la oración y en la oración poner a quien nos saca de quicio, a quienes nos critican y pedir a Dios que nos ayude a verlos como hermanos que Él ha puesto en el camino. Es vivir el icono de la comunidad con el paralítico que es llevado ante Jesús por el grupo y descubrirnos a veces como necesitado y otras como quien lleva a los demás... y siempre en la comunidad (Lc 5,18s).

Compartir lo espiritual es redescubrir en la Eucaristía cada momento litúrgico como creador y sostenedor de la comunidad. Compartir lo espiritual es valorar y comunicar los bienes del espíritu (1 Cor 12,7), los carismas de cada uno, incluido el carisma escolapio que nos une, porque, más que educadores o personas comprometidas, hemos de ser creadores de comunidades vivas que nos hagan crecer y se conviertan en signo de Quien está en el centro. Compartir lo espiritual es compartir la lectura creyente de la realidad con espíritu de discernimiento y no de intentar convencer a los demás. Compartir lo espiritual es saber comunicar como experiencia de fe, el dinero, la interdependencia, las decisiones, las amistades, el tiempo y la vida entera.

Para avanzar en este compartir hemos de renunciar a falsos ideales que nos paralizan en la realidad y descubrirnos débiles, vulnerables, portadores de un tesoro siendo vasijas de barro (2 Cor 4, 7), ne-

cesitados de los demás y no sus jueces, conociendo y reconociendo nuestro propios límites y errores, con disponibilidad para lavar los pies de los demás... y dejarnos lavar (Jn 13, 1-17).

En nuestro corazón hay mucha agresividad oculta, inconsciente, solapada y aparentemente bajo control, pero que a menudo sale a flote, reacciona inesperadamente ante algunas situaciones y provoca situaciones y reacciones que no ayudan en la comunión con los sentimientos de los demás. Y entonces esa agresividad degenera en cólera, odio, angustia, silencios y rechazo de los demás.

Esto puede parecer excesivo, porque normalmente controlamos la agresividad y las explosiones surgen muy de vez en cuando. Pero la violencia explícita o no, física, verbal o psicológica se traduce en la falta de esfuerzo para comprender a los demás, en la lejanía emotiva, en no participar en los dolores y alegrías de los demás o hacerlo sin implicarse, en no tener empatía con los hermanos. Eso también va contra la comunidad y contra el plan de Dios.

Y bastaría poco para acabar con esa violencia: recorrer el camino que lleva al centro de nuestro corazón y nos hace ver lo estúpido y perjudicial que es poner al lobo a guardar nuestras heridas. Y, siguiendo ese camino, ver que en el fondo no somos tan distintos de aquellos que más molestos nos resultan.

Compartir lo espiritual es leer la Palabra de Dios personalmente y en comunidad. Es leer los Hechos de los Apóstoles y las cartas del Nuevo Testamento como la vida de aquellas primeras comunidades que iban descubriendo juntos el camino, compartiendo muchas dificultades y, sobre todo, un Espíritu que también sigue hoy presente en nuestra Fraternidad. Un precioso ejercicio es actualizar en nuestra comunidad cada texto que leemos de la Biblia.

Compartir lo espiritual es descubrir que tenemos el regalo de una familia escolapia, de unos hermanos bien diferentes que nos enriquecen mucho y nos recuerdan Quién nos ha convocado, que nos apoyan y nos ayudan a mejorar cada día.

La comunidad es un banco de dones espirituales para toda la humanidad, es un proyecto de hogar y de taller de nueva humanidad. Y eso solo se puede hacer haciendo palpable al Espíritu que se muestra en la comunidad, en cada Pentecostés con la Fraternidad reunida... y unida.

Compartir lo espiritual es ir tomando conciencia del “hombre planetario”, en expresión del escolapio P. Ernesto Balducci, y hacer de la comunidad un experimento de nueva humanidad unida por el amor y el compromiso de un mundo mejor para todos. En la medida en que la comunidad sea así, vamos abriendo camino para esa nueva humanidad, haremos patente la Iglesia como Cuerpo de Cristo vivo hoy, como Pueblo de Dios, como comunión católica o universal... como signo: “En esto reconocerán que sois mis discípulos...” (Jn 13, 35).

Testimonio desde Carora (Venezuela)

Quiero expresar mi agradecimiento extensivo a toda la Escuela Pía, por abrir sus puertas a los laicos, a través de la Fraternidad escolapia, especialmente de Carora-Venezuela, en donde tengo la oportunidad de compartir ese carisma tan particular dedicado a los niños y jóvenes. Quiero agradecer la confianza, el cariño y la dedicación que han puesto en mí, durante estos siete años de vida fraternal.

Haciendo retrospectiva, he palpado la presencia de Dios que va guiando mi vida desde la obra escolapia, durante estos años he tenido la cercanía con el más necesitado, sobre todo con los más pequeños; vivencias que han enriquecido mi vida y sintonizado mi misión en favor del otro. Igualmente puedo decir con certeza, que mi historia de fe ha sido custodiada por Dios, pues he tenido la bendición de pertenecer a la Fraternidad escolapia, en donde la he fortalecido, con el acompañamiento y la formación tan oportuna, de tantos Escolapios, hombres de Dios, íntegros, que hasta hoy día me han dado ejemplo de donación y han impregnado en mí, el amor por el carisma de Calasanz. Por ello, dar el paso a la Fraternidad representó para mí, el anhelo que tenía desde muy joven, de ir más allá de una reunión grupal, de profundizar y madurar en la fe, estar disponible para la misión encomendada y hacer comunidad de hermanos compartiendo este Don.

Es así como, en la comunidad “Señora del Buen Querer”, he tenido la oportunidad de conocer, disfrutar y valorar esta forma de participación en la Escuela Pía, tratando de ser coherente y respondiendo al compromiso que hace siete años asumí como laica escolapia; desde mi humilde servicio como monitora, así como llevando adelante proyectos desde Itaka Escolapios, formando parte del Equipo de Presencia y del Consejo de Fraternidad, los cuales me han dado una visión global de la Obra. También como familia cristiana, mi esposo y yo, hemos

sido fortalecidos, ayudándonos en la educación de nuestros hijos, en su desarrollo integral y que ellos continúan forjando como voluntarios y miembros del movimiento Calasanz; es decir, este amor por la Escuela Pía se renueva y sigue creciendo en la vida de los hijos, ahora con una familia más grande de hermanos diseminada por todo el mundo.

Por todo ello, la Fraternidad representa para mí la perla preciosa, la energía que me fortalece y una de las alegrías más gratificantes; en ella he encontrado la forma solidaria de entregar mi vida, de compartirla desde mis limitaciones y realidades. Es un tesoro inagotable que, aún con más de 400 años, sorprende con su novedad y su pertinencia hoy día. Finalmente, más allá de lo que pueda escribir, con profunda gratitud, le pido a Dios me conceda seguir siendo parte de la familia, creada para la Gloria de Dios y utilidad del prójimo.

Yelitza Alvarado. Comunidad Señora del Buen Querer. Carora. Venezuela

Gracias porque cuentas con nosotros

Aquella tarde, la comunidad monástica hacía, en su oratorio, una plegaria de intercesión. Una tras otra, se escuchaban las oraciones de los monjes: “Señor, te pido”, “Señor, te pido”, “Señor, te pido”. También el Abad hacía su plegaria: “Señor, te pido...”. Por fin, todos callaron largamente.

Hasta que de nuevo se dejó oír la voz del Abad: “Ahora, Señor, dinos en qué podemos ayudarte; te escuchamos en silencio”.

Al cabo de un rato concluyó: “Gracias, Padre, porque quieres contar con nosotros”. Y todos los monjes respondieron al unísono: “Amén”.

(Porque habían comprendido que la oración, como el amor, tiene dos tiempos: dar y recibir, y que si falta uno de ellos, se muere.)

Enfermedades de la comunidad

Toda comunidad, como toda persona, pasa momentos de enfermedad. Si esta es descubierta pronto y es tratada adecuadamente no tiene efectos negativos e, incluso, puede ser una vacuna para enfermedades más graves. La condición es descubrirla, diagnosticarla, tratarla a tiempo... y confiar en el Señor de la vida.

En la comunidad pueden darse las mismas enfermedades que Jesús curó: sordos que nunca escuchan a la comunidad y a las necesidades de los demás, mudos que nada dicen, ciegos que no ven o no quieren ver, enfermos y víctimas de siempre... o incluso endemoniados, que parece que solo quieren hacer daño.

La enfermedad puede ser culpa propia si no nos hemos cuidado, si no hacemos una revisión periódica, si no tenemos hábitos saludables. Y también puede ser fruto de las condiciones ambientales, de los virus del entorno, del contagio.

Conviene conocer algunas de las enfermedades más comunes para tratar de evitarlas o curarlas en los primeros síntomas. Y dejamos a cada comunidad que haga el ejercicio de señalar qué otras enfermedades se dan en su propio entorno.

El individualismo

El individualista es un enfermo que no llega a compartir el “mismo corazón y la misma alma” de la comunidad. Tiene sus propias convicciones y piensa que mantenerlas a pesar de la comunidad es algo positivo. Y no descubre que su enfermedad es dañina para él y para el conjunto, que puede ser contagiosa, que crea agresividad y puede romper la comunión.

A veces toma la forma de francotirador, que puede ser eficaz durante un corto espacio de tiempo, pero para que su intuición y su acción persistan necesitan de la comunidad. Y si se prolonga esta actitud en el tiempo, rompe la comunidad y la misión, a la vez que decepciona a las personas que han confiado en él.

El individualismo pronto lleva a la autogestión, sobre todo espiritual, y a encerrarse en uno mismo, lo que suele conllevar otros síntomas muy dañinos: falta de objetividad, conflictos con los más cercanos, distinta forma de ser según los ambientes, a veces incluso la doble vida.

Este entumecimiento individualista autosuficiente crea el fenómeno del distanciamiento psicológico, relacional y espiritual de uno respecto al otro (la dispersión) por lo que, aun viviendo juntos, cada cual atiende, más o menos elegantemente, sus propios asuntos, empezando por los espirituales, a la vez que aumenta la incapacidad de comprenderse y de encontrar un centro común, una pasión

común, una identidad común, una santidad común (la confusión de lenguas). Y cuando no se vive conjuntamente el mismo ideal, disminuye la atracción del mismo y también la vida comunitaria que se hunde en la mediocridad y la desolación. Es triste encontrar comunidades donde la confusión de lenguas ha vuelto insípidas las relaciones y ha acabado con la belleza de estar juntos.

Un signo del individualista es la falta de puntualidad, expresión delicada de amor fraterno, que queda vulnerada por los propios planes, por la mayor valoración del tiempo propio que el de los demás, por la falta de responsabilidad en los actos conjuntos.

El narcisismo va muy unido a este individualismo, donde uno se cree el centro, el único importante... sin darse cuenta de que se debe a la baja autoestima y los complejos y acaba siempre en la decepción al toparse con la realidad, los fracasos personales, la oposición de los demás. A veces se compensa siendo mendigos del reconocimiento de personas “de fuera”, el tratar de figurar, el vivir con un papel que no se corresponde con la vida interna. Conviene detectar pronto el narcisismo en uno mismo y en los hermanos para corregirlo lo antes posible.

El individualismo, que resulta contagioso al desanimar a los demás al trabajo compartido, puede llevar a hacer de una comunidad un lugar donde todo vale (el panteón que da cabida a todos los dioses), donde prevalece el más fuerte (la violencia del Far West), donde cada uno hace lo que le parece sin tener en cuenta ni valorar lo de los demás (el ejército de Pancho Villa), donde se vive cómodo (el hotel, el grupo de amigos), donde caben los raros, maniáticos y aislados... todo ello muy lejos de la Fraternidad que comparte la fe, la vida y la misión.

Criticismo... siempre contra los demás

No es extraño encontrar en la comunidad las actitudes críticas permanentes, bajo la apariencia de “profetas”, que se caracterizan por la denuncia constante, siempre contra los demás, sin asumir ninguna responsabilidad ni compromiso.

Es la enfermedad de la crítica, muchas veces en forma de chismes por la espalda, la ironía constante, la burla superficial, que se traduce muchas veces en pesimismo y en silencio cuando hay un contraste por parte de la comunidad.

Con frecuencia este criticismo va unido a la queja permanente que daña en gran medida a la comunidad. A veces lleva a la división en bandos dentro de la Fraternidad por ideología que poco tiene que ver con el Evangelio y la vocación común recibida. Suele llevar el olvido de que la comunidad la hacemos entre todos, que la culpa no siempre es de los demás. Es conveniente saber que las quejas son una jaula que nos encierran de los demás.

Esta división puede llevar al sectarismo, de considerar a los hermanos como personas “que no son de los nuestros” porque no coinciden en nuestro pequeño grupo (Mc 9, 38-40). En el fondo son celos y capillismos.

Con frecuencia nos podemos encontrar con esa actitud de la que ya nos hablaba san Pablo: “Nos enteramos de que algunos de ustedes viven ociosamente, no haciendo nada y entrometiéndose en todo (2 Tes 3,10).

Idealismo... sin realismo ni transformación personal

Una enfermedad común, normalmente presente tras el primer periodo en la Fraternidad, es cierta desilusión porque la comunidad no responde a la imagen que nos habíamos hecho, al ideal que nos había ilusionado.

Se trata de una situación común que se cura esforzándose por acercarse a ese ideal, con el contagio de la ilusión a toda la comunidad por seguir dando pasos hacia una comunidad mejor.

Pero a veces deriva en una decepción que paraliza, que lleva a abandonar la comunidad, a criticar a los demás sin compromiso personal, a acomodarse rebajando los ideales...

Una Fraternidad sana ha de acompañar esta etapa primera, ofreciendo comunicación, espacios de compartir la vivencia y de preparar nuevos pasos, intentado controlar a los escépticos de la comunidad.

Es conveniente recordar que es una enfermedad que puede ser positiva si lleva a movilizar a todos, si toca las comodidades y las rutinas comunitarias, ayudando a seguir creciendo.

Es muy conveniente leer, reflexionar, rezar con esta preciosa reflexión de D. Bonhoeffer en su libro “Vida en comunidad”):

Comunidad cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo. Ninguna comunidad podrá ser más ni menos que eso. Y esto es válido para todas las formas de comunidad. Si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en Jesucristo.

Desear algo más que lo que Cristo ha fundado entre nosotros no es desear la fraternidad cristiana, sino ir en busca de quién sabe qué experiencias extraordinarias que piensa que va a encontrar en la comunidad cristiana y que no ha encontrado en otra parte, introduciendo así en la comunidad el turbador fermento de los propios deseos. Es precisamente en este aspecto donde la fraternidad cristiana se ve amenazada (casi siempre y ya desde sus comienzos) por el más grave de los peligros: la intoxicación interna provocada por la confusión entre fraternidad cristiana y un sueño de comunidad piadosa.

Por eso es importante adquirir conciencia desde el principio de que, en primer lugar, la fraternidad cristiana no es un ideal humano, sino una realidad dada por Dios. Y, en segundo lugar, que esta realidad es de orden espiritual y no de orden psicológico.

Muchas han sido las comunidades que han fracasado por habervivido una imagen quimérica de comunidad. Es lógico que el cristiano, cuando entra en la comunidad, lleve consigo un ideal de lo que esta debe ser y que trate de realizarlo. Sin embargo, la gracia de Dios destruye constantemente esta clase de sueños.

Decepcionados por los demás y por nosotros mismos, Dios nos va llevando al conocimiento de la auténtica comunidad cristiana. En su gracia no permite que vivamos, ni siquiera unas semanas, en la comunidad de nuestros sueños. Porque Dios no es un dios de emociones sentimentales, sino el Dios de la realidad. Por eso, solo la comunidad que, consciente de sus tareas, no sucumbe a la gran decepción, comienza a ser lo que Dios quiere y alcanza por la fe la promesa que le fue hecha.

Cuanto antes llegue esta hora de desilusión para la comunidad y para el mismo creyente, tanto mejor para ambos. Querer evitarlo a cualquier precio y pretender aferrarse a una imagen quimérica de comunidad, destinada de todos modos a desinflarse, es construir sobre arena y condenarse más tarde o más temprano a la ruina.

Debemos persuadirnos de que nuestros sueños de comunidad humana, introducidos en la comunidad, son un auténtico peligro y deben ser destruidos so pena de muerte para la comunidad. Quien prefiere el propio sueño a la realidad se convierte

en un destructor de la comunidad, por más honestas, serias y sinceras que sean sus intenciones personales.

Dios aborrece los sueños piadosos porque nos hacen duros y pretenciosos. Nos hacen exigir lo imposible a Dios, a los demás y a nosotros mismos. Nos erigen en jueces de los hermanos y de Dios mismo. Nos conducimos como si nos correspondiera, a nosotros, crear una sociedad cristiana que antes no existía, adaptada a la imagen ideal que uno tiene.

Y cuando las cosas no salen como a nosotros nos gustaría, hablamos de falta de colaboración convencidos de que la comunidad se hunde cuando vemos que nuestro sueño se derrumba. De este modo, comenzamos a acusar a los hermanos, después a Dios y, finalmente, desesperados, dirigimos nuestra amargura contra nosotros mismos.

Todo lo contrario sucede cuando estamos convencidos de que Dios mismo ha puesto el fundamento único sobre el que edificar nuestra comunidad y que, antes de cualquier iniciativa por nuestra parte, nos ha unido en un solo cuerpo por Jesucristo. Entonces no entramos en la comunidad con exigencias, sino agradecidos de corazón.

Por tanto, la verdadera comunidad cristiana nace cuando, dejándonos de ensueños, nos abrimos a la realidad que nos ha sido dada.

Comodidad e inmovilismo

Esta enfermedad puede mostrarse con diferentes síntomas: “siempre se ha hecho así” para no salir de la zona de confort, despreocupación e indiferencia por el hermano y por la marcha de la Fraternidad (“¿dónde está tu hermano?”), el aprovechado que exige mucho y aporta poco, el escéptico que frena las ilusiones de los jóvenes...

En la Fraternidad hemos de poner en marcha mecanismos que ayuden ante esta amenaza siempre presente. No somos guardianes de museo, ni tristes observantes de la vida comunitaria, ni consumidores narcisistas de comunidad... sino constructores de una Fraternidad que es obra del Espíritu por medio de cada uno de nosotros.

Somos peregrinos y no vagabundos, ni turistas, sino piedras vivas de una Iglesia que toma el rostro de cada uno de nosotros cuando vivimos en Fraternidad y colaboramos en la construcción del Reino.

El consumismo es un factor muy presente hoy que afecta no solo al plano económico, sino también a la forma de relacionarnos con el riesgo de hacerlo de forma utilitaria, con el atractivo que tiene y puede convertirnos en esclavos (un ejemplo muy visible es el uso desmedido del celular), con la tendencia hacia el egoísmo y egocentrismo...

Debilidades por descuidos que se van convirtiendo en graves

El descuido de la dimensión sacramental, especialmente de la Eucaristía, nos lleva a una anemia espiritual que puede derivar en “sociologismo” e ideología sin vinculación con el Señor de la Vida que se hace presente en los sacramentos de la comunidad eclesial.

El olvido de elementos esenciales de la vivencia cristiana: la lectura constante de la Palabra, la conversión, la formación permanente, la pérdida de sentido moral quizá por asimilación con los valores sociales del entorno, la visión parcial de la Iglesia... que va fragilizando nuestro seguimiento a Jesús.

Criticismo sin consecuencias de mayor compromiso personal, con frecuencia desde la lógica de los medios de comunicación siempre interesados, que nos hace daño a nosotros mismos y a quienes nos escuchan y no aportan ninguna mejora real para la Iglesia. Algo parecido sucede con la falta de sentido de comunión e implicación eclesial que se traduce en poca presencia de acontecimientos y en la vida de la Iglesia.

La falta de formación suficiente, que ha de contar con un plan muy concreto cada año en la vida comunitaria y personal, también nos va desgastando y puede originar pequeñas grietas en nuestra fe.

La desorganización personal y en la pequeña comunidad, la impaciencia que no olvida la dura persistencia de la realidad, la inconstancia, la autosuficiencia de cada uno y de la propia comunidad que puede llevar a la sectarización, el utilitarismo de la vida comunitaria (qué me aporta a mí, dejando de lado lo que tengo que aportar a los demás) o el psicologismo (no me siento bien, no echo en falta), la integración acrítica en las modas y criterios de la sociedad sin contrastarlos con el Evangelio y la comunidad, son otras tantas debilidades con graves consecuencias si se mantienen en el tiempo.

Las personas problemáticas... ¡y la estupidez!

No es extraño encontrar en toda comunidad alguna persona problemática, que tiene motivaciones extrañas para estar en la Fraternidad, que complica en gran medida la vida comunitaria. Se trata de una grave enfermedad.

Se caracteriza por establecer extrañas relaciones personales, asimétricas de superioridad o inferioridad, con falsos papeles y roles fingidos, muy lejos de una relación sana (de interdependencia, reciprocidad, corresponsabilidad, flexibilidad sin dogmatismo), haciendo surgir problemas de todo tipo y en todo momento. Con frecuencia mantiene relaciones más significativas fuera de la comunidad, donde aparenta un papel más gratificante para él, pero que acaba siempre con nuevos problemas. A veces va unido a la indiscreción, al chismorreio, a la maledicencia, a crear mal ambiente allí por donde pasa...

Suele confundirse en un primer momento con personas necesitadas de mayor atención, o incluso con problemas psiquiátricos.

Quizá una explicación más sencilla y acertada sea considerar esta enfermedad como estupidez. Tenemos un pequeño libro, “Las leyes fundamentales de la estupidez humana” de Carlo M. Cipolla³¹, que nos puede iluminar. Presentamos ahora un breve resumen para animar a su lectura individual y comunitaria que nos ayudará mucho en el día a día y también en la vida comunitaria.

- Hay en nuestro mundo un amplio colectivo sumamente poderoso y peligroso, no organizado, que no sigue ninguna ley ni tiene ningún jefe, pero actúa en perfecta sintonía para reforzar su poder destructor: son los estúpidos.
- Una persona estúpida es una persona que causa un daño a otra persona o grupo de personas sin obtener, al mismo tiempo, un provecho para sí, o incluso obteniendo un perjuicio. Hay otros tres tipos de personas: los malvados que hacen daño para conseguir bien, los incautos (o generosos)

31 Lo encontramos en <https://detemasytemas.files.wordpress.com/2012/08/cipolla-carlo-m-las-leyes-fundamentales-de-la-estupidez-humana.pdf>

que pierden para que otros ganen y los inteligentes que consiguen que todos ganemos.

- Siempre e inevitablemente cada uno de nosotros subestima el número de individuos estúpidos que circulan por el mundo.
- La probabilidad de que una persona determinada sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de la misma persona. Así la probabilidad de encontrarse con alguien estúpido es semejante en todos países, culturas, religiones, edades, niveles de formación...
- Las personas no estúpidas subestiman siempre el potencial nocivo de las personas estúpidas. Los no estúpidos olvidan constantemente que tratar y/o asociarse con individuos estúpidos se manifiesta infaliblemente como un costosísimo error.
- La persona estúpida es el tipo de persona más peligrosa que existe, más peligroso que el malvado.
- El porcentaje de estupidez es siempre constante: solo la actuación de todos los demás puede, controlando a los malvados, reducir la capacidad dañina de los estúpidos.

Posiblemente estos breves apuntes no logren hacer ver la importancia de este análisis que puede ayudar mucho en la vida comunitaria y en todos los colectivos.

Virus contagiosos

Una buena noticia es que todas las enfermedades citadas y las que podemos añadir, tienen una constante común: descuidar la vocación recibida de Dios por la Fraternidad, dando prioridad a otros aspectos. Esto nos puede ayudar en el proceso de curación. La mala noticia es que las enfermedades comunitarias son contagiosas... si no nos esforzamos por detectarlas, aislarlas si es preciso y aplicar los remedios necesarios.

Cuando un miembro de la comunidad es individualista y no va junto a los demás, desanima a todos en el trabajo común, y puede llevar a que todos asuman actitudes individualistas. Lo mismo pasa

con la informalidad, la asistencia infrecuente a la comunidad, la falta de preparación de la reunión, el desorden, la impuntualidad, la falta de compromiso, la corrupción. Un buen ambiente de colaboración ayuda a todos a integrarse y participar; una situación de descuido contagia también a más personas o a todos.

Una comunidad es un grupo de personas reunidas en nombre de Jesucristo, para vivir el mandamiento del amor, movidos por el dinamismo del Espíritu, en función de una misión que consiste en instaurar el reino de Dios en el mundo.

La comunidad crece en la medida en que maduran cada uno de sus componentes. Lo demás es pura apariencia. Entre comunidad y el individuo hay una relación dialéctica, que puede parecer contradictoria pero es muy real: la persona crece en autonomía cuando se identifica con el proyecto común, y madura en la libertad a través de la interdependencia y el discernimiento comunitario. En la comunidad encuentra ayuda para que el respeto de la persona no se convierta en culto a la personalidad: la comunidad debe estar a favor del individuo, pero en contra del individualismo.

Hacer crecer a cada miembro de la Fraternidad, ayudar a tomar conciencia agradecida de haber sido engendrado por la fe, llamado por el Señor a una preciosa vocación, formar parte de las Escuelas Pías, asumir la misión de engendrar vida y futuro para toda la humanidad han de ser prioridades en cada pequeña comunidad y en toda Fraternidad para eliminar las enfermedades que nos pueden aquejar.

Testimonio desde Serra - Brasil

Estoy feliz por pertenecer a las Escuelas Pías a través de la Fraternidad. Hace cuatrocientos años, un hombre vio en un grupo de niños pobres y sin futuro, y en la educación, la llave de transformación social, encontrando así su manera definitiva de servir a Dios, colocándose al servicio de esos niños y jóvenes. La acción de este hombre fue como un rayo de luz y de esperanza para muchos niños y jóvenes que nacieron marcados por la pobreza y la falta de oportunidades.

Encontrarme con Calasanz me hace volver a soñar. Un sueño de que el niño no será juzgado por su condición social o por ser diferente, y sí

por lo que tiene dentro, por su carácter, y tendrá la oportunidad de probar su valor. Un sueño de un futuro mejor para todos. Un futuro en que los profesionales de la educación (Formal o No-Formal) sepan mirar a cada niño y reconocer sus especificidades y diferencias en el aprendizaje. Que entiendan que cada sujeto es único y, por eso, es necesario conocer su realidad. Un sueño de una pedagogía de autonomía y esperanza que colabore para que cada sujeto sea consciente de su papel transformador en la sociedad.

Como Fraternidad, siento el deseo de compartir esa pasión, cuidando, de la mejor forma, de los niños y jóvenes y ofreciéndoles lo mejor de mí. Trabajando, con ternura, para ayudar a sustentar y ampliar el servicio y la misión de forma dinámica. Colocándome siempre a camino, creyendo en el proyecto de modo comprometido. Confiando y garantizando por él de un modo audaz. Correspondiendo a las expectativas, sin miedo de las dificultades, con un proyecto común claro, situado en cada contexto, no para adaptarse a la demanda, sino para ofrecer un servicio válido y humilde, y lleno de convicciones. Los jóvenes y niños necesitan de educadores comprometidos. Es preciso dejar un legado, como Calasanz, descartando lo que no ofrece luz, para poder crecer. Compartir, renovar y proponer, siendo testimonio vivo de Jesucristo. Una obra escolapia debe ser un local especial para construir la felicidad, colectivamente. Debemos acoger como Calasanz a cada niño o niña con un cariño especial, principalmente aquellos rechazados por todos. Debemos preparar el futuro a partir del presente.

Es así como me siento, comprometida, implicada en este tema, perteneciente a la gran familia de Calasanz. Mis propósitos en cuanto proyecto de vida coinciden con el modo de ser calasancio de cuidar de la vida y de las personas. Pertenecer a la Fraternidad es el camino para ser más completamente escolapia.

Katiúscia Pinto Nascimento, Fraternidad de Serra – Brasil

Burros, más que burros

Dos burros estaban atados entre sí. A uno y otro lado, a cinco metros aproximadamente, su dueño había puesto dos montones de verde y rica alfalfa. Torpes, como burros que eran, acuciados por el hambre, se empeñaron en comer cada uno del montón que tenían más cerca. Tan-tas eran las ansias por comer, tanto el esfuerzo al tirar cada uno por su lado, tanta la obcecación y la cabezonería y tanto su egoísmo, que se agotaron sin probar bocado. A punto estuvieron, cada uno por su

lado, de tocar con su hocico la hierba de enfrente pero no lo logra-ron. Eso aumentó más su sufrimiento, su angustia y su esfuerzo inútil.

Pasaron así una hora, hasta que, extenuados por el hambre, el trabajo y la rabia, cayeron al suelo a dos dedos (¡a dos dedos tan solo!) de la alfalfa.

Dos vacas que pasaban por allí, en maravillosa camaradería, se pararon y, con parsimonia inteligente, liquidaron uno de los montones y, después, con idéntico entendimiento, acabaron con el segundo.

(Alfonso Francia. "Historias de la vida").

Para curar las dolencias comunitarias

Conviene ser muy conscientes de que las enfermedades señaladas, y otras que pudieran acaecer, son enfermedades y no maldades. No se trata de juzgar a las personas y apartarlas, sino considerar que son actuaciones debidas a determinados "virus" que necesitamos curar.

Evidentemente para una buena sanación es necesario conocer en detalle cada situación. Aquí simplemente presentaremos algunos remedios y terapias que pueden ser útiles.

Un buen ambiente comunitario

Cuando la comunidad goza de un buen ambiente comunitario, de unas buenas relaciones, de un espíritu de compromiso y esperanza, es más fácil que las enfermedades no aparezcan o se lleven con mucha paz.

Es por ello muy importante cuidar todo aquello que contribuye a crear una atmósfera de fraternidad, de compromiso con la misión, de espiritualidad que nos centre en un Jesús muy vivo entre nosotros. Algunos elementos que tenemos que cuidar:

- Crear espacios de comunicación, de compartir la vida. Pueden ser momentos de oración compartida, días de la comunidad, retiros, tiempos libres compartidos... Es preciso contar con momentos donde se pueden comunicar sentimientos, preocupaciones, alegrías, dificultades. Dedicar tiempo a la comunidad crea un buen espíritu de fraternidad.

- Favorecer la amistad, dentro de la comunidad y también hacia fuera, la cercanía humana, desinteresada, preocupada por el otro, caritativa y liberadora. Y tener mucho cuidado con las falsas amistades que crean grupos aparte, que dividen.
- Hacer de la comunidad un “lugar de perdón y fiesta” (merece la pena leer el libro de Jean Vanier con ese título), donde se celebra la vida, la fe, los acontecimientos de cada persona y de la comunidad: y donde sabemos pedirnos perdón con palabras y con gestos. Una comunidad que celebra el perdón a los hermanos, a las personas que hayan podido ofendernos y a nosotros mismos.
- Posibilitar una comunidad que sea “hogar y taller” (otro precioso libro, ahora de José Antonio García), donde da gusto estar y donde diseñamos el mundo que queremos, donde nos queremos y donde nos conjuramos en un compromiso transformador.
- Una comunidad abierta, que convoca, que contagia a los demás, que sabe recibir a los demás y aprende de ellos. Una comunidad que acepta a los diferentes, que valora las diferencias y sabe enriquecerse con ellas.
- Tener capacidad de controlar a las personas tóxicas que siempre pueden aparecer, a aquellas que introducen mucha cizaña y negatividad. Es necesario tratarlas con delicadeza y corrección fraterna, con cariño y con firmeza... y, si es necesario, haciendo que abandonen la comunidad.
- Crear alegría en la comunidad y en el entorno. Esta sal de la vida es un indicador y una meta de toda comunidad, que se percibe desde fuera y que mantiene esperanzados a todos. No es una alegría basada en los éxitos, en la complacencia de los logros, en los afectos y aplausos, sino en el descubrimiento del tesoro de la vida (Mt 13, 44s), en estar haciendo lo que teníamos que hacer (Lc 17, 7-10), en hacer lo que amamos y amar lo que hacemos, en saber que Dios nos quiere y nos da hermanos, en que nuestros nombres están escritos en el cielo (Lc 10, 17-24), en la alegría de colaborar con Dios en su creación y en su presencia en el mundo, en saber mirar con ojos limpios...

Un buen ambiente comunitario viene condicionado por ser comunidad abierta, unida, feliz, transformadora de la realidad con su misión y movilizadora de los propios miembros y de las personas cercanas.

Algunas herramientas concretas

Ya hemos indicado algunos elementos concretos para favorecer un buen ambiente en la Fraternidad. Señalamos otros concretos:

- El proyecto de la Fraternidad donde se señalan algunas líneas y objetivos para medio o largo plazo. Y la programación comunitaria, clara y asumida por todos, donde se concreta la organización del año: horarios, fechas, actividades, plan de formación, manera de llevar adelante la oración... Si tenemos claro a dónde vamos y con qué medios concretos, la comunidad irá funcionando mejor y no perderá tiempo y esfuerzos en la organización que debiera estar clara desde el inicio.
- La revisión de vida, personal y en la pequeña comunidad. Si es posible, con un proyecto de vida bien trabajado y sostenido en el tiempo, que se va concretando cada año en acciones compartidas en la comunidad. La Palabra, los estatutos de la Fraternidad, el proyecto de la comunidad y los propios hermanos serán el contraste y la luz para seguir avanzando en el seguimiento a Jesús.
- Momento cuidados de compartir la vida y la fe: oración cuidada y compartida que favorezca también la comunicación de vida, la ambientación de la oración y la reunión de la comunidad, algún tiempo más amplio y cuidado (un retiro, una jornada especial), tiempos dedicados a cada miembro (alguna comunidad marca cinco minutos en cada reunión a una persona para que comparta cómo está)...
- La corrección fraterna. En el Evangelio se habla de corrección fraterna (Mt 18, 15-17); en las primeras comunidades se practicaba. Pablo corrige a Pedro (Ga 2,11), y recomienda la corrección fraterna en sus cartas (1 Tes 5, 14; 2 Tim 4,2; Tit 3,10). En las comunidades de exigencia espiritual se practica, casi como un sacramento. Se sitúa en el desvelamien-

to del “yo ciego”. Pedir a los hermanos que nos corrijan es nuestro derecho; corregir al hermano es nuestro deber de amor. Por lo mismo que le pedimos al médico que nos diga la verdad sobre nuestro estado de salud, podemos esperar esa ayuda de los hermanos. El objetivo es ayudar al hermano para que se conozca mejor y pueda superar sus fallos y crecer. Debe estar siempre movida por el amor; antes de atrevernos a corregir al hermano hemos de estar muy seguros de que nos mueve el amor y no inconfesables sentimientos. Hemos de estar dispuestos a ser corregidos y agradecer vivamente su acción a quien nos corrige. Supone siempre mucha delicadeza y hay que pensar el sistema más adecuado (por medio de un responsable de la comunidad, por alguna persona más cercana, en un momento bien ambientado...)

- Una buena formación humana y teológica de la vida en comunidad que alcance también a la vida de cada día, la movilidad entre pequeñas comunidades, el acompañamiento personal, la propuesta de pasos en el crecimiento personal, son otros tantos medios que ayudan a combatir las pobreza de cada uno y de cada comunidad.
- Revisar nuestros umbrales de sensibilidad cuando nos afecta personalmente y cuando descubrimos las necesidades de los demás. Hay quien tiene el umbral bajo para sí y se siente fácilmente herido por pequeños detalles, una frase, un comentario, una situación... y es necesario ver que el problema no está fuera sino en el propio interior donde hay complejos, baja autoestima, narcisismo. A veces el umbral es tan alto que no se capta las indicaciones de los demás y será necesario abrir más los ojos, los oídos y el corazón al entorno. Y algo semejante pasa con el grado que es necesario para ver lo que está aconteciendo a nuestros hermanos de comunidad. Puede ser una buena herramienta pensar en el umbral de sensibilidad que tenemos y si es necesario adecuarlo,
- ¿Luchar contra el dragón o liberar a la princesa? En cada momento de nuestra Fraternidad, ¿qué nos puede ayudar más: destacar lo negativo para luchar contra ello o lo positivo para una mayor motivación en seguir adelante? En determinadas situaciones puede ser conveniente poner de

relieve nuestra debilidad, los problemas, lo negativo, para hacernos reaccionar. En otras ocasiones es preferible dejar “al dragón” y presentar con más fuerza las nuevas posibilidades, “la princesa” que es signo de lo que alegraría a todos, los sueños que nos animan. Lo importante es saber compaginar ambos elementos, muy reales ambos, para seguir caminando.

- “Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo; primero has de evocar en las personas el anhelo de mar libre y ancho” (Saint-Exupéry)

Autoridad y animador

Una ingenuidad que a veces se da en la comunidad cristiana es pensar que no hace falta animador, que no es necesaria ninguna autoridad en el interior de la comunidad.

Todo grupo humano, y más todavía una comunidad cristiana, precisa de alguien que pueda ayudar al grupo a crecer, a organizarse, a resolver los conflictos... Evidentemente hay diferentes maneras de liderar y, en la Fraternidad, tendremos que buscar aquellas personas y modos de funcionamiento que más nos ayuden a crecer en nuestro estilo.

En la Iglesia siempre se ha pensado en la persona del ministerio ordenado para asegurar la comunión, para ser imagen del mismo Cristo especialmente en los sacramentos, para ser orientador en la interpretación de la Palabra y para ser servidor de todos. El papel del sacerdote es fundamental en la Iglesia y también en la Fraternidad, donde tenemos la oportunidad de contar con presbíteros escolapios. Hemos que cuidar que puedan ser hermanos como todos en la Fraternidad y que puedan prestar su servicio sin absorber ni eliminar el papel de los demás miembros. Su papel es de gran importancia.

Las personas que ejercen el servicio de la animación en la Fraternidad y en cada una de sus comunidades son un regalo para cada miembro de la comunidad y para toda la Fraternidad. Será muy conveniente que sean escogidas, que tengan capacidad y disponibilidad para este servicio, que puedan recibir formación adecuada, que trabajen en equipo...

La formación de quienes asumen la dirección de la Fraternidad es imprescindible para impulsar el liderazgo, la autoridad, el poder, siempre en clave de servicio y tratando de involucrar a muchas personas. Deberán tener claro el proyecto de la Fraternidad, el cuidado de todas las personas, la situación y cultura que se va creando³², la dimensión local y global... Sin unos buenos dirigentes, la Fraternidad va sin dirección a cualquier lugar.

En cada situación habrá que ver qué tipo de animación es más conveniente y con qué medios se puede contar. Porque un buen equipo de animadores, un buen Consejo de la Fraternidad, es condición indispensable para que todo puedan funcionar.

Crecimiento personal

La comunidad necesita de cada persona y cada persona necesita la comunidad, pero a la vez hay una tensión básica entre las expectativas y necesidades de la persona y las exigencias de la vida comunitaria. Sentimos la vocación de Dios, somos capaces de reconocer los dones que nos ha otorgado, estamos dispuestos a entregar la vida... pero nos resulta difícil aceptar que esa donación debe hacerse, precisamente a través de la comunidad, donde no nos sentimos plenamente comprendidos ni amados, donde se nos plantean exigencias que no corresponden exactamente con nuestra disponibilidad. Entre persona y comunidad siempre hay una tensión que es necesaria para el crecimiento de la persona, evitando que se encierre en sí misma, y para la comunidad que necesita de fuerzas que la hagan crecer constantemente.

El crecimiento de la persona y el de la comunidad están profundamente unidos, pero no se pueden equiparar. Una buena comunidad será la que consigue que todos, o la mayor parte, vayan teniendo un buen desarrollo de su vida. Para ello, sugerimos

32 Es importante conocer y trabajar la cultura de la organización que consiste en el conjunto de creencias, valores, rituales, mitos, sentimientos, estilos de trabajo y relaciones que distinguen a una organización de las demás y que influye de una manera determinante en el comportamiento de los individuos y grupos vinculados a ella, ya que estos encuentran en ese conjunto de elementos las claves a partir de las cuales interpretan su actividad y su posición en la organización.

- Un trabajo personal de purificación de nuestras motivaciones en los diferentes ámbitos en la vida, una creciente conciencia del yo en sus distintas dimensiones, un proyecto de vida que vaya transformándose en el proyecto de Dios para mi vida...
- Un cuidado en la creciente madurez respecto al umbral de sensibilidad que tenemos ante el dolor, las críticas, las situaciones de dificultad, de disponibilidad, de corresponsabilidad... En la medida en que vamos colocando nuestra vida y nuestra sensibilidad en “el Reino de Dios y su justicia”, todo lo demás va resituándose desde esa clave haciéndonos más libres y más fraternos.
- Una vigilancia constante de nuestras diversas identidades, de los diversos papeles que desempeñamos en las distintas instancias en que nos movemos, para que se complementen y no sean vidas paralelas en la familia, el trabajo, el tiempo libre, el voluntariado, la comunidad, con el Señor...
- Caer en la cuenta del servicio de la comunidad para llegar a conocerme a mí mismo. Uno de los caminos es descubriendo cómo lo que más me molesta de los demás suele ser aquello que me define a mí mismo. Aceptarme a mí mismo y al hermano será fundamental para aceptarle y quererle como es, sin medirle con mis criterios, ni imponerle mi visión ni obligarle a comportarse como yo quiero. Aquí nos ayudan mucho las palabras mágicas de la comunidad: “por favor, gracias, te invito, lo siento mucho, me he equivocado, tienes razón, cómo lo ves, ¿me ayudas?”. Y nos ayuda también el destacar siempre lo positivo del otro.

La relación de amistad con Jesucristo, la meditación y reflexión personal, el contraste del proyecto de vida con el Señor y con la comunidad, serán instrumentos valiosos para cuidar nuestra salud humana, cristiana y escolapia.

Centrarnos en Jesús

Todo lo que sea descentrarnos de nosotros mismos para colocar nuestra vida en Jesús será fundamental para esta vida sana: salir de la auto-referencialidad para vivir en referencia a la Fraternidad, el Evangelio, Jesucristo.

Hemos de ir viviendo cada vez con más intensidad el camino de Emaús: reconocer en nuestro caminar personal y comunitario al Señor que va a nuestro lado, entender las Escrituras, sentir arder el corazón, reconocer a Jesús en la vida y el pan compartido en la Eucaristía, el ponernos en camino de nuevo para transmitir la gran noticia de que Jesús sigue vivo...

Hemos de vivir la experiencia del hijo pródigo que sabe volver a casa, hemos de tener mucha vigilancia para no ser el hermano mayor que juzga y al final se queda fuera, hemos de asumir el papel de padre que sale a buscar al hijo pródigo y también busca al hijo mayor, que se preocupa por todos y jamás pierde la esperanza.

Tenemos el ejemplo de María, a quien las Escuelas Pías toman como referencia y se apoyan en su protección. Ella, siempre junto a Jesús, es también modelo de comunidad,

- María acepta colaborar en el plan de Dios. Eso es también nuestro objetivo principal: dejar que el Señor actúe en nosotros y por nuestro medio. Son los planes de Dios quienes deben prevalecer sobre los nuestros y esto no lo debemos olvidar nunca: “He aquí la esclava del Señor” (Lc 1, 38)
- María acoge en ella a Jesús y lo entrega al mundo. Dejar un espacio central a Jesús en nuestra comunidad no es fácil, pues la agenda de nuestros propios asuntos nos hace olvidar que estamos aquí para dar a Cristo a los demás. Debíamos aprender de María a llenarnos de Dios para poder darlo después.
- María conserva y medita en su corazón la Palabra que le es dicha. Para ella es una semilla que germina y crece. A veces nos cuesta que las necesidades de la misión no anulen la escucha y meditación de la Palabra.
- María sigue a Jesús hasta la cruz, siguiéndole en todo momento, participando de su vida y de su suerte. María es una llamada a la perseverancia.
- María sigue en medio de la Iglesia: allí estaba el día de Pentecostés, manteniendo la fe y la esperanza, en medio de la comunidad. Y así nos invita a estar siempre en actitud de esperanza compartida.

Saber dar razón de nuestra esperanza

“Cuando un grupo no puede describir y explicar sus convicciones al resto de la sociedad, se ve abocado inexorablemente a adoptar un comportamiento sectario o a padecer una serie de disonancia cognitiva, una especie de esquizofrenia entre sus creencias religiosas y las convicciones de la sociedad de la que forma parte, que a la larga resulta insostenible.

Los cristianos tenemos que aportar a nuestra sociedad nuestra resistencia profética a toda situación de injusticia y de instrumentalización de las personas al mismo tiempo que el anuncio de la posibilidad de un mundo mejor por medio del amor escandalosamente universal”.

(Pedro José Gómez Serrano)

Una buena formación, siempre actualizada y adecuada a la comunidad y sus miembros, se convierte en un elemento fundamental para la buena salud de la Fraternidad. Esa formación debe ser activa para que pueda ser interiorizada, para dar respuesta al día a día, para ser testimonio y responder a los requerimientos de las personas cercanas que siempre acaban interesándose por la vida de la comunidad.

Es útil conocer la aportación del cardenal Ratzinger, antes de ser Papa, cuando comparaba a la Iglesia con la luna y señalaba que, como se ha comprobado al llegar a ella, se ha observado que es un astro sin vida propia, árido y estéril; y, sin embargo, al contemplarla desde la Tierra quedamos admirados por su luminosidad y hermosura. Ella nos refleja, en medio de la noche, la luz que proviene del Sol. Así la Iglesia, que puede parecernos pobre y carente de vitalidad, existe para reflejar el amor del Dios e iluminar y calentar a todas las personas de nuestro planeta, aun cuando no sean conscientes.

Un cuento para nuestra curación

“El abad de un monasterio se hallaba muy preocupado. Años atrás, su monasterio había visto tiempos de esplendor. Sus celdas habían estado repletas de jóvenes novicios y en la capilla resonaba el canto armonioso de sus monjes. Pero habían llegado malos tiempos: la gente ya no acudía al monasterio a alimentar su espíritu. La avalancha de jóvenes candidatos había cesado y la capilla se hallaba silenciosa. Solo quedaban unos pocos monjes que cumplían triste y rutinariamente sus obligaciones.

Un día, decidió pedir consejo, y acudió a un anciano obispo que tenía fama de ser hombre muy sabio en su avanzada edad. Empezó el viaje, y días después se encontró frente al buen hombre. Le planteó la situación y le preguntó: “¿A qué se debe esta triste situación? ¿Hemos cometido acaso algún pecado?”. A lo que el anciano obispo respondió: “Sí. Han cometido un pecado de ignorancia. El mismo Señor Jesucristo se ha disfrazado y está viviendo en medio de ustedes, y ustedes no lo saben”. Y no dijo más.

El abad se retiró y emprendió el camino de regreso a su monasterio. Durante el viaje sentía como si el corazón se le saliese del pecho. ¡No podía creerlo! ¡El mismísimo Hijo de Dios estaba viviendo ahí en medio de sus monjes! ¿Cómo no había sido capaz de reconocerle? ¿Sería el hermano sacristán? ¿Tal vez el hermano cocinero? ¿O el hermano administrador? ¡No, el no! Por desgracia, él tenía demasiados defectos... Pero el anciano obispo había dicho que se había “disfrazado”. ¿No serían acaso aquellos defectos parte de su disfraz? Bien mirado, todos en el convento tenían defectos... ¡y uno de ellos tenía que ser Jesucristo!

Cuando llegó al monasterio, reunió a sus monjes y les contó lo que había averiguado. Los monjes se miraban incrédulos unos a otros. ¿Jesucristo... aquí? ¡Increíble! Claro que si estaba disfrazado... Entonces, tal vez... Podría ser Fulano... ¿O Mengano? ¿O...?

Una cosa era cierta: Si el Hijo de Dios estaba allí disfrazado, no era probable que pudieran reconocerlo. De modo que empezaron todos a tratarse con respeto y consideración. “Nunca se sabe”, pensaba cada cual para sí cuando trataba con otro monje, “tal vez sea este...”

El resultado fue que el monasterio recobró su antiguo ambiente de gozo desbordante. Pronto volvieron a acudir decenas de candidatos pidiendo ser admitidos en la Orden, y en la capilla volvió a resonar el jubiloso canto de los monjes, radiantes del espíritu de Amor” (Anthony de Mello).

Testimonio... desde el cielo y muy presentes en la tierra

En el momento de recoger estos testimonios llega la noticia de la marcha a la Casa del Padre de una hermana de la Fraternidad de Itaka

– Emaús en Bilbao, de Mari Tere... y unos días más tarde del joven religioso Jean Luc desde Belo Horizonte. Allí, en el cielo, va creciendo la Fraternidad de las Escuelas Pías, comenzando por el mismo Calasanz, con tantos religiosos escolapios que ha dado la vida en respuesta a la llamada del Señor a cuidar a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes, pobres por medio de la educación cristiana transformadora. Allí están ya bastantes hermanos y hermanas de la Fraternidad, algunos religiosos y laicos, y desde allí siguen participando en nuestras celebraciones, reuniones, encuentros... Es imposible citar todos los nombres, pero sabemos que sus nombres están escritos en el cielo.

Sabemos que, cuando nos toque dar el paso, allí estarán esperándonos y convidándonos a ese encuentro definitivo con el Señor y con la Fraternidad definitiva.

Por eso, pedimos al Señor, y a todos esos santos y santos que están con Él, que nos acompañen, que intercedan por nosotros, que hagan crecer nuestra fe y nuestra disponibilidad para acercar el cielo a la tierra.

¡Qué difícil es el perdón!

Érase un rey que tenía tres hijos. Poseía además muchas riquezas. Sobre todo un brillante de valor extraordinario, admirado en el mundo entero. ¿Para quién sería aquel brillante al repartir la herencia? Su padre les sometió a una prueba. Sería para el que realizase la mayor hazaña el día señalado... Al llegar la noche, cada uno relató los acontecimientos de la jornada.

El mayor había dado muerte a un dragón que sembraba el pánico por todo el reino. El segundo venció a diez hombres bien armados con una pequeña daga. El tercero dijo: “Salí esta mañana y encontré a mi mayor enemigo durmiendo al borde de un acantilado... y le dejé seguir durmiendo”.

Entonces el rey se levantó de su trono, abrazó a su hijo menor y le entregó el brillante.

(Manuel Sánchez Monge. “Parábolas como dardos”, p. 116)

Felices en Fraternidad

Toda persona desea la felicidad e intenta buscarla por múltiples caminos, no siempre acertados, para encontrarla para sí mismo, para las personas cercanas y para la humanidad entera.

La Fraternidad es una propuesta de felicidad en todos los ámbitos. Personalmente, porque es un lugar privilegiado para amar y sentirse amado, para ser útil, para dar sentido a la vida, para encontrarse con el Señor de la vida y vivir en plenitud.

En una cultura de la sospecha, o al menos de la duda, que tanto ha ayudado al progreso de la humanidad, nos encontramos también con un problema grave a la hora de encontrar esa felicidad. La confianza de la persona como centro del universo y rey de la creación se ha ido desmoronando y puede dejarnos una sensación de vacío e infelicidad. La tierra y sus habitantes no somos el centro del universo, sino tan solo un minúsculo planeta en torno a una estrella pequeña de una galaxia no demasiado importante (Copérnico). El hombre es un animal más, demasiado semejante a otros y quizá solo un eslabón más de la evolución de las especies, que puede desaparecer sin que afecte a la naturaleza (Darwin). La supuesta inteligencia de las personas es muy limitada y el comportamiento está condicionado a las realidades sociales y políticas (Marx) y a un inconsciente que es mucho más influyente que la racionalidad (Freud). La misma idea de Dios como padre que nos quiere puede ser un deseo y una proyección de nosotros mismos sin ningún fundamento real (Feuerbach). La misericordia y la solidaridad humana puede ser una debilidad que va contra la misma historia y naturaleza (Nietzsche). Quizá la vida de cada persona es completamente indiferente a los demás y al curso del universo. En medio de tanta incertidumbre, ¿cómo encontrar la felicidad y una vida llena de sentido? ¿Será tan solo el placer inmediato, la evasión de las grandes preguntas?

Es interesante la aportación de Yuval Noah Harari en sus libros y especialmente en el que habla del futuro, "Homo Deus". En él plantea que los retos de la humanidad hasta el siglo XX fueron la hambruna, la peste y la guerra. En el siglo XX se consiguió la posibilidad de acabar con esos tres desafíos. No quiere decir que ya no se sigan dando hoy con mucho sufrimiento e injusticia para millones de personas, sino que ya podrían evitarse y que, de hecho, se están reduciendo. Hoy contamos con alimento y posibilidades de producción para dar de comer a toda la humanidad, aunque no lo estemos haciendo. Hoy las enfermedades están siendo controladas y se van descubriendo formas de curación, aunque todavía se reservan para quienes pueden pagarlos. Hoy la comunidad internacional podría parar

las guerras o, al menos reducirlas en gran medida, aunque todavía haya demasiados intereses que impidan que sea así.

Los desafíos para el futuro, según este autor, son tres: la inmortalidad, la felicidad y el ser dioses. En la agenda actual está la inmortalidad, el vivir más tiempo, mucho más tiempo. Cada año vamos aumentando la esperanza de vida de la humanidad y, sobre todo, de los más ricos. Evidentemente esto trae problemas que habrá que resolver: mayores gastos y dificultades de sostenimiento, problemas de convivencia... La felicidad se va entendiendo como un derecho y esto conlleva evitar el dolor, hacer más accesible el placer, utilizar drogas legales que nos libren de ansiedades y del sufrimiento... Ser como dioses parece cada día una posibilidad más real con la modificación genética, la tecnología aplicada e incorporada al propio cuerpo humano dotándole de nuevas facultades... Cada uno de estos horizontes está lleno de posibilidades y también de nuevos problemas éticos, de convivencia, de límites, que necesitamos abordar con amplitud de miras y con buen discernimiento.

Las inmensas posibilidades de la tecnología pueden también ir eliminando nuestra libertad. Hoy las redes sociales y la información de nuestros canales de comunicación pueden conocernos mejor que nosotros mismos al controlar lo que vemos, lo que compramos, lo que escogemos... Incluso podrían elegir, utilizando los algoritmos cada vez más perfeccionados, nuestra pareja, nuestros amigos, nuestra profesión, nuestro plan de vacaciones mejor que nosotros mismos. No se trata solo de que “alguna mano negra” nos controle, sino que podemos prescindir de cualquier elección para que sea “el ordenador” quien escoja por nosotros con la seguridad de que va a acertar más que nosotros mismos.

Siendo muy conscientes de estos planteamientos y de los interrogantes que se abren, estando bien integrados en nuestra sociedad, seguimos presentando la propuesta cristiana, la vida compartida en pequeña comunidad cristiana, como el camino que nos puede orientar en la vida actual y futura.

Las bienaventuranzas son la propuesta de felicidad que nos ofrece Jesús: felices quienes tienen corazón de pobre, quienes saben mirar con ojos limpios, quienes trabajan por la paz, quienes tienen hambre y sed de justicia, quienes tienen misericordia...

Las bienaventuranzas son el carnet de identidad del cristiano, sus genes... que siempre tendrán que estar en constante vigilancia para que vayan ganando espacio en la vida propia, de la comunidad y del entorno en que nos encontramos.

El mandamiento del amor, la entrega de la propia vida en favor de los demás, el descubrimiento del Padre que nos quiere, la amistad de Jesús vivo a nuestro lado, la Fraternidad que alimenta nuestra fe y compromiso, la formación adecuada en contraste siempre con los valores del Evangelio, el compromiso en la construcción de un mundo mejor para todos, son las piezas de una felicidad que ya se puede hacer muy real en medio de nosotros.

Testimonio de vida religiosa de inserción

En un encuentro de comunidades de base de Madrid, se ponían en común diferentes experiencias de vida comunitaria. Cada miembro de una de esas realidades presentaba su testimonio para riqueza de todos.

El asunto ganó en intensidad cuando uno de los participantes comentó que en su comunidad habían decidido compartir todos los bienes en comunidad, que cada uno ponía en común todo el salario que tenía para la vida de la comunidad. Aquello llamó mucho la atención y preguntaron con más intensidad cómo era posible.

Continuó diciendo que habían pedido a uno de ellos que dejara su trabajo profesional para ponerse al servicio exclusivo de la dedicación social de la comunidad. ¡Cada vez resultaba más sorprendente y continuaron las preguntas!

El aludido presentó entonces que habían pensado que la mejor manera era vivir en el mismo piso, donde podrían compartir cada día un momento de oración, donde podrían comunicarse mutuamente lo que estaban viviendo y juntos pensar cómo seguir actuando para mejorar el barrio y la propia vida. ¿Vivir en común? Aquello resultaba muy novedoso y atrevido.

Ante las numerosas preguntas, continuó explicando que todos los miembros de la comunidad habían decidido vivir célibemente para tener más disponibilidad para la acción, para poner todo el corazón en la comunidad y en el compromiso social. ¡Aquello pareció ya extraordinario! ¿Cómo podía ser? Al continuar la exposición, todo quedó aclarado al decir que eran religiosos.

¡Ah, claro, así ya no tiene mérito!, fue el comentario de alguno de ellos... hasta que tomaron conciencia de cómo habían tenido este signo delante de sus ojos y habían dejado de darle valor.

¿Pasará también esto entre nosotros?

Decir comunidad

Decir comunidad es decir camino compartido, multitud de manos que se unen para, entre todos, hacer la marcha más liviana, abrazo de miradas que se buscan para buscar, unidas, la mirada de Aquel que por nosotros dio la vida. Es compartir, la vida entrelazada, es reunir bajo las mismas esperanzas las diferencias que así no nos separan.

Decir comunidad es hablar de proyecto común, sueños compartidos, caminos acompañados. Es pensar en el otro y en lo mejor para el otro y pensar, juntos, en lo mejor de nosotros para todos los otros. Es alentarse con la palmada al hombro, es corregirse sin miedo a los enojos. Es animarse a crecer juntos poco a poco.

Decir comunidad es hablar de apertura y entrega, servicio a los demás, aprender a brindarse, generosos. Es compartir la vida de Dios, fuente de vida, de esperanza y amor.

Decir comunidad es común unidad de criterios verdaderos (los del Evangelio), de opciones valientes (las de Jesús), de desafíos audaces (los del Reino en marcha).

Decir comunidad es el encuentro de muchos que, animados y alentados por el Espíritu, buscan clamar a Dios: aquí estamos, Señor, unidos y en camino para hacer crecer tu Reino donde pidas. Amén.

Para seguir la vida de la fraternidad

“Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”.

(Mt 28, 19-20)

La Fraternidad es una realidad viva, muy cambiante, siempre en camino. Por ello es necesario contar también con alguna orientación para poder seguir la vida de la Fraternidad de las Escuelas Pías.

Situación actual de la Fraternidad

La Fraternidad está en momento de crecimiento, tanto geográficamente (nuevos países y localidades) como en número de miembros en cada lugar. Y también, poco a poco, en identidad escolapia como nuevo sujeto que, junto con la Orden, debe asumir corresponsablemente el carisma de Calasanz en nuestro mundo.

A finales del año 2019 contamos con 11 Demarcaciones (de las veinte existentes) con la Fraternidad en marcha. Son unas mil personas, de las cuales 900 son laicos y laicas junto con unos cien son religiosos, con una clara tendencia a una progresiva mayor participación de los religiosos. En la etapa de discernimiento a la Fraternidad podemos contar con unas 200 personas más.

La edad media de los miembros de la Fraternidad supera ligeramente los 40 años y comprende todos los tramos de edad, desde los más jóvenes en torno a los 24 años hasta edades más avanzadas de 80 y más años. Está muy igualado el porcentaje de género: el número de religiosos ayuda a equilibrar esta proporción.

Poco más de la mitad están trabajando profesionalmente en obras escolapias (colegios, centros sociales, parroquias, proyectos de Itaka – Escolapios...) y prácticamente la totalidad colabora de forma voluntaria en la misión escolapia.

La aportación económica de las Fraternidades, algunas tienen como criterio aportar el 10% de los ingresos personales a la misión escolapia por medio de la red Itaka – Escolapios, supone un compromiso de gran valor también para el sostenimiento de obras y proyectos escolapios.

La situación de las Fraternidades es diversa, dependiendo sobre todo de los años de funcionamiento (alguna lleva ya 25 años y otras están todavía comenzando), del procedimiento de nuevas convocatorias (están creciendo más quienes tienen ya vinculado los procesos del Movimiento Calasanz con la Fraternidad) y con la clara identidad escolapia de la Fraternidad que depende muchísimo del proceso formativo previo. Otros elementos también están teniendo gran influencia en la buena marcha de la Fraternidad: la implicación de los religiosos y de la Provincia en su conjunto, la participación en la red Itaka – Escolapios que da muchas más posibilidades a la Fraternidad, los pasos concretos que van dando los miembros de la Fraternidad (Opción definitiva, compromisos personales, vivencia de cada pequeña comunidad, envíos, ministerios, encargos...).

La Fraternidad está posibilitando y dando mayor empuje a iniciativas de gran interés para la vida escolapia: envíos a otros países y localidades para impulsar junto a los religiosos la vida y misión, comunidades conjuntas que permiten nuevos horizontes, ministerios encomendados al laicado con garantía de continuidad, el desarrollo de la vocación del escolapio laico... y aportando mucha dedicación, mucho conocimiento, mucha vida.

El Consejo de la Fraternidad General va ya por su tercer relevo, lo que va consolidando un funcionamiento más compartido de todas las Fraternidades y va descubriendo la necesidad de una mayor incidencia de este Consejo en la vida de cada Fraternidad.

Es ya bastante considerable el material disponible, tanto en cuanto se refiere a los documentos comunes como a la bibliografía, planes de formación, iniciativas que se van dando a conocer, información

por medio de las redes sociales y la web de la Fraternidad, contactos formales e informales fruto de los momentos de encuentro...

No es posible en este momento dar una panorámica que pueda valer para dentro de unos años, por los grandes cambios que se están produciendo. Pero sí puede preverse, de continuar en esta línea, un importante crecimiento de la Fraternidad y una mayor identidad como sujeto escolapio adulto que junto con la Orden puede proporcionar un salto cualitativo en la vida y misión de las Escuelas Pías.

Para tener la información actualizada será necesario recurrir a los Consejos General y Demarcacionales, así como mantenerse conectado con la página www.escolapios21.org y las redes sociales.

Testimonio desde Colombia (Nazaret) ***La Fraternidad, una experiencia progresiva***

La experiencia de la Fraternidad de las Escuelas Pías (FEP) tiene una historia que data desde hace décadas. Historia que ha ido de intuiciones a certezas. De algo en búsqueda a algo cierto y vivo.

En mí, de manera marcante desde 1995 en el primer capítulo provincial de Colombia y el Vicariato del Ecuador, en Cuenca, cuando se me encargó del “tema de los laicos” y se trató de ir recogiendo las experiencias de los que ya se autodenominaban “Fraternidad” en Pereira, Cúcuta, Cuenca, Saraguro y otras ciudades de la Provincia y el Vicariato. Apostar por el folleto verde que tenía un arbolito con una nueva rama. Un secretariado profundamente creyente en el tema y comprometido hasta dar de su propio bolsillo, con alegría, regularidad, ilusión, nos hicimos itinerantes animando a las comunidades.

El panorama se fue aclarando con el PIL (Proyecto Institucional del Laicado) de un Capítulo General y más tarde con el Directorio del Laicado, emanado de la Congregación General, pero todo ello con base en experiencias vivas.

Experiencias vivas que luego aumentaron en universalidad, como Asistente General, como en la antigua Emaús, Brasil, Venezuela, México, California...hicieron crecer en mí la fuerza, la vida y el horizonte de la Fraternidad.

Llega el momento de relanzar en la Provincia Nazaret lo que se llamó “Misión Compartida e Integración Carismática”, en sus modalidades,

pasando por todas las presencias, con un secretariado reflexionante, actuante, orante, comprometido, entusiasta, que prendió fuego a la cooperación y que dejó la aspiración a “algo más” en laicos y religiosos.

El “algo más” fue haciéndose realidad en pequeñas comunidades. Ése “algo más”, vivido en pequeñas comunidades cobró fuerza, hasta cuando el Provincial nos convocó a iniciar la Fraternidad en la Provincia. Comunidades que se llamaron primeramente de misión compartida, luego de pre-fraternidad y hoy de movimiento Calasanz adulto o Fraternidad, propiamente dichas.

Comenzamos a convocar al discernimiento para la Fraternidad, re-haciendo las diez fichas de Betania y convirtiéndolas en veinte fichas de discernimiento, con hilo Ignaciano, cada una con textos bíblicos y calasancios. Empezó un movimiento fuerte de acompañamiento, de discernimiento. Las primeras promesas. Sin prisa y sin pausa hoy somos 50, y un Consejo de la Fraternidad, activo y comprometido, con miembros de Colombia y Ecuador.

Preciosa e inigualable la experiencia de vivir en una Comunidad de la Fraternidad, donde se comparten las vivencias, las experiencias de Fe, la Lectio Divina, la revisión de vida, la evaluación de la Misión común y la celebración. Es maravilloso ver cómo la propia tienda común se ensancha y la pasión por la consagración y la misión crecen.

P. Diego Bernal, Fraternidad de Nazaret

Reunidos en tu nombre

Señor Jesús, nos hemos reunido en tu nombre y sabemos por la fe que estás en medio de nosotros para enseñarnos como maestro, para curarnos como médico, para guiarnos como pastor, para querernos como hermano.

Haznos sensibles a la acción de tu Espíritu que construye y alienta nuestra comunidad.

Que no huyamos de las tensiones que puedan surgir entre nosotros sino que acerremos a superarlas desde el Evangelio, la fe y el diálogo abierto y confiado.

Danos el coraje necesario para enfrentarnos a nuestra propia verdad.

Que no caigamos en la tentación de confundir la paz con la evasión, la fidelidad con la rigidez, la franqueza con la agresividad,

*el diálogo con la palabrería, la comprensión con la huida de los problemas,
la benevolencia con la falta de radicalidad*

*Haz, Señor, que nuestra reunión sea fecunda
y que al final del encuentro no nos quede otra cosa que amor.*

*Que nuestra fraternidad siga creciendo
hasta que no tengamos más que un solo corazón y una sola alma,
hasta que nos amemos unos a otros como Tú nos has amado.*

Momentos especialmente significativos

Recogemos como parte de la historia y de la actualidad algunos mensajes especialmente significativos del consejo de la Fraternidad General. Son textos breves y densos que van dando consistencia a la Fraternidad y que nos van configurando a todos.

Peralta de la Sal. 2014. Carta abierta a quienes formamos las Escuelas Pías

Estimados religiosos escolapios, miembros de la Fraternidad escolapia, personas que compartís la misión escolapia, colaboradores y colaboradoras:

Durante la última semana de julio, hemos celebrado en Peralta de la Sal, bajo la presidencia del P. General, la I Asamblea de la Fraternidad General y el encuentro de responsables de integración carismática y misión compartida de la Orden.

Lo primero que os queremos comunicar es nuestro gozo y alegría. Han sido unos días de intensa reflexión, de trabajo y, también, de una profunda vivencia de comunión. En estos días hemos conocido mejor los esfuerzos que muchos religiosos y laicos escolapios están realizando en todo el mundo para fortalecer el sujeto escolapio que lleva adelante nuestra misión, allá donde el Espíritu nos ha llamado.

Hemos constatado con gozo que miles de personas, religiosos, laicos y laicas, han recibido de Dios el don y la tarea de seguir a Jesucristo continuando la misión de José de Calasanz, cada uno según su vocación específica. Muchas personas, lo hacen junto con los religiosos escolapios, desde su pertenencia a alguna de las nueve Frater-

nidades escolapias que hoy existen en otras tantas demarcaciones de la Orden. Otras lo hacen desde su deseo de compartir la misión escolapia y colaborar en diversas plataformas de educación formal y no formal, según las modalidades del Proyecto Institucional del Laicado, que la Orden puso en marcha hace ya dieciocho años.

Nos encontramos con alegría, que el testimonio de fe y perseverancia que han dado a lo largo de la historia tantos religiosos escolapios, ha dado un abundante y diverso fruto en todo el mundo. Además de las necesarias vocaciones religiosas escolapias, han surgido multitud de vocaciones escolapias en personas que desean ser seguidoras de Calasanz desde su propia vocación laical.

De este modo, descubrimos que las Escuelas Pías que asumen la tarea encomendada por Dios y la Iglesia a nuestro fundador, hoy las conformamos una Orden centenaria que sigue recreándose en nuevos lugares, junto con una Fraternidad que, aun dando sus primeros pasos, quiere aportar lo mejor de sí para sumar fuerzas en donde sea preciso, así como muchas personas que comparten la misión y colaboran con nosotras y nosotros en lo que es común a todos: el convencimiento de que nos encontramos con el mismo Dios en las niñas y niños, especialmente en los más necesitados, cuando nos convertimos en sus instrumentos para llevarles amor y futuro. Esta comunión, que ha sido impulsada por cada Capítulo General desde el Concilio, es, sin duda, gracia de Dios, pero ha sido forjada tenazmente a través de estos años por numerosos religiosos, laicos y laicas que han hecho de ella su propia vocación.

Después de esta I asamblea, el Consejo General de la Fraternidad elegido, junto con el Secretariado general de integración carismática y misión compartida, asume por los próximos seis años la tarea de profundizar en el camino recorrido. Para ello debe conformarse como un equipo que pueda acompañar a las Fraternidades que van surgiendo, así como ser una interlocución válida de la Congregación General y los Secretariados Generales para impulsar nuestro proyecto común.

En este sentido, son varios los ámbitos donde esta colaboración es necesaria y puede ser muy fructífera: es necesario seguir extendiendo el conocimiento de las opciones de la Orden y su Proyecto Institucional del Laicado entre todos los religiosos y laicos intere-

sados en compartir nuestra misión. Es preciso diseñar y desarrollar juntos procesos de formación en clave de identidad escolapia para religiosos y laicos en los que aparezcan con claridad las claves de este proyecto común.

La propuesta de definir conjuntamente, donde sea posible, proyectos de presencia escolapia en que se explicita con coherencia el papel de las comunidades religiosas, de la Fraternidad, de los equipos de misión compartida y de las diversas plataformas de misión, puede ser una forma de poner en práctica los deseos de comunión que se proponen.

En estos proyectos de presencia escolapia, debe ser una referencia ineludible el horizonte de conformar en todos los lugares donde estamos presentes, una comunidad cristiana escolapia, con las comunidades religiosas y de la Fraternidad en el corazón de la misma, donde se dé cabida a todas las personas que quieran compartir y celebrar su fe en la Eucaristía, donde los procesos de pastoral, especialmente del movimiento Calasanz, vean su desembocadura natural, donde los jóvenes que se plantean la vocación religiosa y la pertenencia a la Fraternidad puedan tener un espacio donde crecer vocacionalmente, donde se puedan suscitar los ministerios escolapios necesarios para el mejor desarrollo de nuestra misión....

En esta semana de encuentro hemos comprobado también el alcance de la Fundación Itaka-Escolapios como realización concreta de la misión compartida institucional entre la Orden y la Fraternidad. Estamos convencidos que esta plataforma está dando buenos frutos en nuestro empeño compartido de hacer crecer la presencia y la misión escolapia en todo el mundo. Del mismo modo, constatamos la importancia de la puesta en marcha del Movimiento Calasanz en muchos lugares. Esta propuesta de la Orden está permitiendo configurar procesos pastorales completos que propician la desembocadura en la Fraternidad y en la vida religiosa escolapia, ofreciendo a los niños, jóvenes y adultos una inserción en la Iglesia con identidad escolapia.

Seguir construyendo estas Escuelas Pías en clave de comunión es tarea de todas y todos. Esta I asamblea de la Fraternidad General ha sido un paso significativo, pero es preciso seguir trabajando y comprometiéndose en este ilusionante proyecto.

No queremos terminar sin agradecer el trabajo y la dedicación del Consejo General Provisional durante estos últimos años, que entre otros logros, ha hecho posible la celebración de esta I asamblea.

Ponemos en manos de Dios nuestros sueños y pedimos que Calasanz nos siga señalando el camino y María, nuestra Madre, nos acompañe y nos proteja siempre. Así sea (Peralta de la Sal, 31 de julio de 2014).

Esztergom (Hungría) 2015. Comunicación del Consejo General de la Fraternidad de las Escuelas Pías al 47º Capítulo General

Querido Padre General, estimados miembros del 47º Capítulo General, estimadas hermanas y hermanos invitados:

Lo primero transmitiros el agradecimiento y el saludo del Consejo General y de todos los miembros de la Fraternidad de las Escuelas Pías, que dirigen estos días con cariño sus pensamientos y oraciones hacia este Capítulo General.

No es la primera vez que algunos laicos nos hacemos presentes en un Capítulo General para trasmitir nuestras experiencias y sueños, nuestras peticiones e incluso temores. Hace exactamente 30 años, en el Capítulo General de 1985 en Salamanca, dos hermanos que hoy pertenecen a la Fraternidad contaban a los capitulares el inicio de esta andadura.

Es la primera vez, sin embargo, que tomamos la palabra en nombre de la Fraternidad General de las Escuelas Pías. Creemos que esto es un hito histórico y un claro signo de que la Orden avanza con paso firme por la senda que desde hace ya muchos años, han ido marcando los sucesivos Capítulos Generales. Puede ser este buen momento para recordar a tantas personas, religiosos, laicos y laicas, que por medio de su intuición, a veces no demasiado comprendida, su testimonio y su trabajo en todos estos años, han posibilitado llegar hoy a donde estamos, en este camino compartido entre dos vocaciones escolapias diferentes, pero llamadas al mismo sueño.

En la sesión de ayer presentamos nuestra realidad en números y nuestro alcance en los mapas escolapios. Somos todavía una realidad incipiente y nuestros números son un reconocimiento de lo que nos falta todavía para ser una entidad escolapia arraigada,

extendida y significativa en toda la Orden. Somos conscientes de nuestra pequeñez, pero no por ello estamos menos convencidos de que portamos, y os presentamos en este Capítulo, un pequeño tesoro. Le experiencia que vamos teniendo nos indica que allí donde la Fraternidad escolapia está consiguiendo ser una realidad escolapia significativa y bien ubicada dentro de la Demarcación, se comienza a dar un cambio en la forma de entender las Escuelas Pías que abre nuevos caminos hacia el objetivo general de la revitalización.

Hacemos sin rubor este reconocimiento ante vosotros y vosotras, convencidos también de hacerlo ante quien sabe bien reconocer en lo pequeño y lo humilde, como en la más humilde de las semillas, o en la moneda más pequeña, los árboles más frondosos y los tesoros más preciados.

Hemos vuelto a recordar en la última Pascua, en una cadena que nunca se ha roto desde entonces, cómo el apóstol Pedro, en el primer sermón de la comunidad en misión, recordaba al profeta Joel: y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños (Hechos 2,17)... El sucesor de Pedro, Francisco, nos pide que seamos una Iglesia profética, en salida, y que busquemos un estilo de vida profético (Laudato si. n.222. Francisco. 2015). El P. Pedro Aguado, por su parte, en su última “carta a los hermanos” antes del Capítulo, nos recordaba la urgencia hoy de la profecía. El llamamiento a la profecía resuena por todos los rincones.

En este sentido, el filósofo cristiano Paul Ricoeur, dos años después de ser premiado por su amigo Juan Pablo II y un año antes del fallecimiento de ambos, incluía “la capacidad de prometer” entre los elementos configuradores de su concepto de identidad narrativa (Volverse capaz, ser reconocido”. Paul Ricoeur. 2004). Según este concepto, muy resumidamente, las personas somos lo que decimos y lo que contamos que somos, lo que cuentan otros de nosotros, lo que hacemos, lo que nos responsabilizamos de haber hecho y lo que proyectamos y prometemos que vamos a hacer. A partir de esta idea de incluir en nuestra identidad, lo que todavía no somos, pero queremos ser, entendemos la urgencia de la profecía que se nos pide a los cristianos en general en esta hora que nos ha tocado vivir, a nosotros como Fraternidad escolapia, y también a quienes nos encontramos en este Capítulo General.

Os hemos contado quiénes decimos que somos y hacemos, habréis escuchado lo que dicen de nosotros, pero hoy queremos contaros también lo que queremos ser. Sed conscientes de que este hecho, y por esto mismo es histórico, os compromete también a quienes escucháis. Como os habréis dado cuenta, todos los rasgos de la identidad narrativa que propone Ricoeur son necesariamente comunitarios, requieren reciprocidad. En contra de las antropologías individualistas dominantes, la antropología que subyace en este modelo de raíces bíblicas y cristianas, contempla la necesidad de una identidad como proceso de salida y de encuentro con otros, donde decir y contar, hacer, responsabilizarse y prometer, solo tiene sentido si es ante otros, para otros o con otros semejantes, y en último término, ante el Totalmente Otro.

En el caso de la capacidad de proyectar y prometer, los otros significativos, la comunidad, cobra el papel insustituible de testigo de la promesa. No hay promesa válida si no hay quien la reciba, pero tampoco si no hay quien la testifique. Quien recibe y acepta una promesa queda comprometido, y quien es testigo de ella, también. Nos gustaría que esto que hoy os contamos como proyecto y como promesa, fuese recibido y aceptado por Dios, y que vosotros fuerais nuestros testigos. Si es así, éste será nuestro compromiso y nuestra profecía, para que de este modo podamos ser los ilusionados ancianos que sueñan, los jóvenes con capacidad de ver más allá de lo inmediato y los hijos e hijas de Dios capaces de profetizar un Cielo Nuevo y una Tierra Nueva.

1. Soñamos con unas Escuelas Pías fieles a la intuición original de Calasanz. Estamos convencidos de que la Fraternidad escolapia, al igual que la Orden, existe para la misión escolapia, por lo que nos soñamos siendo partícipes de esa historia de fidelidad.
 - Vemos la extraordinaria tarea que desarrollamos a través de nuestros colegios, acompañando a los niños y niñas en su proceso de hacerse personas y a sus familias, que confían tanto en nosotros, y aportando a las naciones donde estamos insertos un indudable tesoro para su futuro.
 - Vemos un esfuerzo enorme de la Orden por mantener y ampliar presencias centenarias y, a la vez, abrirse a nuevas necesidades y hacerse más presente entre los más pobres del mundo.

- Vemos que en ese esfuerzo es necesario procurar la mayor coalición de voluntades posible que permita atender todas las necesidades que este crecimiento misionero nos va descubriendo: nuevas comunidades, nuevas casas de acogida y formación, nuevas escuelas, nuevos centros de educación no formal,..., son requerimientos que, a la vez, pueden convertirse en llamadas a la movilización y la colaboración de muchas personas sensibles que sintonizan con la misión escolapia.
- Vemos que la experiencia de misión compartida que desarrollamos personal e institucionalmente a través de Itaka-Escolapios y de otras organizaciones hermanas, es un modelo que permite, al hacer posible la propuesta de una mayor corresponsabilidad en la construcción de las Escuelas Pías, canalizar la vocación y el esfuerzo personal, voluntario, profesional, también económico, de los miembros de la Fraternidad y de muchos laicos y laicas que desean poner su grano de arena en este crecimiento de las Escuelas Pías.
- En este sentido, la Fraternidad de las Escuelas Pías, se compromete a aportar todo lo que esté en nuestras manos en este esfuerzo misionero, redoblando nuestro compromiso institucional en Itaka-Escolapios, impulsando proyectos escolapios donde sea necesario, animando la implicación voluntaria en ellos de nuestros miembros, así como exigiendo fidelidad al compromiso económico adquirido por cada miembro en apoyo de la misión escolapia.
- Nos comprometemos a formar personas de nuestras comunidades, a las que les podamos enviar durante un tiempo a donde sea más necesario, según su perfil y las necesidades que determinen los superiores correspondientes.
- Nos comprometemos a elegir y formar a algunos de nuestros miembros para encomendarles, conjuntamente con los Superiores Mayores, los ministerios escolapios en los ámbitos de la educación, la evangelización y la transformación social, para que durante el tiempo que se determine apoyen significativamente la misión escolapia.

2. Soñamos con unas Escuelas Pías conformadas por personas diversas, religiosos y laicos, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, con una inequívoca identidad escolapia.
 - Vemos la prioridad que la Orden ha definido por trabajar por el surgimiento y acompañamiento de nuevas vocaciones religiosas en todo el mundo y nos sentimos especialmente comprometidos con esta prioridad. La Fraternidad de las Escuelas Pías no existiría sin el signo de la vida religiosa escolapia, ya que es fruto de su eficiencia atrayendo a otros al seguimiento de Jesús por la senda de Calasanz.
 - Vemos también el recorrido ejemplar de la Orden, plasmado en sus reflexiones y documentos, y realizado en numerosos lugares, de búsqueda de un camino conjunto donde compartir con los laicos y laicas su propio tesoro. Humildemente, pero también claramente, debemos estar orgullosos del camino recorrido, audaz pero paciente, al estilo de nuestro Fundador, que nos ha traído hasta aquí.
 - Vemos en nuestras comunidades de la Fraternidad un esfuerzo grande por alimentar su identidad escolapia con una formación exigente, un compromiso significativo con la misión escolapia, y sobre todo, una vida espiritual cada vez más enraizada en la lectura calasancia del Evangelio de Jesucristo y forjada en el contraste fraterno de la comunidad.
 - Vemos en muchos religiosos y laicos un deseo sincero de avanzar por la senda de compartir la riqueza que cada vocación escolapia puede aportar: compartiendo experiencias formativas, responsabilidades en la misión encomendada, tiempos de oración y celebración, algunos elementos de vida comunitaria...
 - La Fraternidad de las Escuelas Pías se compromete a implicarse de forma prioritaria en la siembra y acompañamiento de nuevas vocaciones escolapias, especialmente participando en el movimiento Calasanz, proponiendo a los jóvenes la vida religiosa escolapia y la Fraternidad como ofertas de pleno sentido para sus vidas y fundamento de comunidades cristianas escolapias que en torno a la Eucaristía sean el signo de unidad que necesita nuestro mundo.

- Renovamos el compromiso de formarnos en clave de identidad escolapia, acercándonos más a la figura de nuestro Santo Calasanz, descubriendo lo que su ejemplo espiritual y vital puede aportarnos también a la vocación laical escolapia.
 - Nos comprometemos a facilitar desde la Fraternidad más experiencias de compartir este camino entre religiosos y laicos, que además de ser enriquecedoras para las personas que participan, creemos que son sumamente clarificadoras para el futuro de las Escuelas Pías: participación de religiosos en las comunidades de la Fraternidad, comunidades escolapias conjuntas de religiosos y laicos, algunas compartiendo incluso espacio vital, escolapios laicos con vinculación jurídica con la Orden...
3. Soñamos con presencias escolapias en las que comunidades religiosas y de la Fraternidad asumamos juntas la tarea de impulsar la misión escolapia en términos de complementariedad (Cf. Christífideles laici, n. 20. Juan Pablo II. 1988) y reciprocidad, reconociendo la responsabilidad y la aportación específica de cada uno, y conformando una comunidad cristiana escolapia que sea signo escolapio de Unidad.
- Vemos la magnífica oportunidad que tenemos de conformar una Fraternidad escolapia estrechamente vinculada la Orden, compartiendo con ella los elementos fundamentales del carisma escolapio.
 - Vemos la necesidad de asumir en muchos lugares la responsabilidad de hacer nuestra aportación para revitalizar la presencia escolapia, siendo comunidades significativas fieles a la vocación recibida.
 - Vemos que la Orden avanza en su propia comprensión en términos de Presencia Escolapia, asumiendo la necesidad de proyectar coherentemente el avance de todo el entramado escolapio de cada lugar.
 - Nos comprometemos a promover un estilo de Fraternidad con comunidades cristianas adultas pero firmemente arraigadas en el carisma escolapio, siempre atentas a las necesidades de la presencia escolapia donde estén insertas.

- Nos comprometemos a participar con disponibilidad en la reflexión y concreción que vaya haciendo la Orden sobre los estilos y modelos comunitarios que se vean necesarios en cada momento y en cada contexto cultural, social y eclesial.
- Nos comprometemos a participar, en los lugares donde estamos presentes, en los proyectos de presencia escolapia, asumiendo nuestro papel en diseño, desarrollo y evaluación de los mismos, siendo conscientes de la responsabilidad personal e institucional que esto conlleva.

Como podéis ver, compartimos con sencillez lo que somos y lo que queremos ser con vosotros, porque queremos formar parte de este sueño que son las Escuelas Pías. Somos conscientes de la seriedad de los planteamientos que hacemos y del compromiso que adquirimos al hacerlo en este foro. Estamos convencidos de que la presencia de la Fraternidad escolapia en una Demarcación es un importante paso que puede abrir el camino a una nueva y muy rica forma de entender las Escuelas Pías, posibilitando un salto cualitativo en la dirección que los últimos Capítulos Generales han ido marcando.

Esperamos que lo que os hemos contado os haya despertado también las ganas de soñar juntos. Nosotras y nosotros estamos dispuestos. Muchas gracias, de nuevo, por permitirnos estar aquí y compartir estos días con vosotros.

Un abrazo fraterno del Consejo General de la Fraternidad de las Escuelas Pías.

Roma 27 de noviembre de 2016. Acto de inauguración del Año Jubilar Calasancio. Construir juntos las Escuelas Pías

Se nos propone como título de esta pequeña aportación una metáfora que es, sin duda, muy sugerente. “Construir juntos las Escuelas Pías”. El verbo construir es un verbo poderoso. Además de por su sonoridad, al menos en castellano, también lo es porque sugiere una acción planificada, continuada, enérgica, y destinada a crear algo sólido, con vocación de perdurar. No se puede hablar de construir algo de la noche a la mañana, ni hacerlo con materiales endebles, ni con la perspectiva de que se lo lleve la primera tormenta de verano. El Evangelio nos recuerda la importancia de construir sobre roca para que la casa perdure y hasta los cuentos infantiles que

contamos a nuestros hijos y alumnos salvan del peligro a quienes construyen su casa con materiales sólidos.

Habría, quizás, quien nos recuerde que un verbo tan ligado a la experiencia y a la vocación humana, corre el riesgo de olvidar que la construcción de las Escuelas Pías no es solo cosa del empeño y acierto humano, sino también Gracia del mismo Dios. Y no está mal el recordatorio. Pero para quienes creemos que todo lo Bueno es obra de Dios y, por tanto, regalo incondicional de su infinito Amor de Padre, es fundamental asumir que todo Don conlleva una responsabilidad, una tarea. Asimismo, para quienes seguimos a quien fue ejemplo de tesón y de paciencia como nuestro Santo Calasanz, es ineludible recordar siempre, lo que él tantas veces nos sigue diciendo: nada de lo que hacemos tiene valor sin contar con la Gracia de Dios. Es por esto que, sin duda, las Escuelas Pías, como pequeña parcela del reino de Dios que son, solo pueden ser, a la vez, gracia y promesa. Regalo y proyecto. Don y tarea.

Construimos día a día las Escuelas Pías, pero como albañiles inútiles al servicio del primer arquitecto. Muchas veces he pensado que los escolapios deberíamos profundizar en nuestra “espiritualidad del andamio”. Cualquiera que haya descubierto el tesoro de dedicarse a la educación, ha tenido que sentir la misma sensación: acompañar a los niños y niñas desde la más tierna infancia, desde los fundamentos, ver cómo van creciendo las paredes maestras de su personalidad, cómo llegan a lo más alto las torres de su vocación, para desde el andamio, con energía, pero siempre con esmero y delicadeza, aportar el material de construcción necesario y, en un momento, retirarse sin demasiados honores, pero felices, de haber aportado algo a ese hermoso edificio que es cada persona. La espiritualidad del andamio, sentirse un sencillo albañil al servicio del Gran Arquitecto, que es quien sueña cada persona, es la vía humilde de quien no espera recompensa, menos incluso que los maestros canteros, que tenían que dejar su marca en las piedras para poder cobrar; es el camino de quien después de dejar la vida en la obra, no aspira a dejar rastro, pero guarda en su corazón la alegría del trabajo bien hecho, la admiración por la grandeza del edificio, y, al final de su obra, descansa en la mirada reconfortante del Arquitecto, cariñoso y paternal.

Como en tiempos de Calasanz, construir las Escuelas Pías requiere también de quien se preocupe por la solidez y seguridad de los an-

damios que son nuestras obras, de que no falte nunca el material de construcción, de seguir llamando a más obreros para tan “muy necesaria” Obra. Quienes tienen hoy la responsabilidad de dirigir las Escuelas Pías, recorren nuestras presencias como directores de obra, con la insustituible tarea de escuchar y animar a quienes nos afanamos en el trabajo diario de levantar los andamios escolapios y a quienes sueñan con pertenecer algún día a una plantilla tan entregada. Este año de Jubileo es también tiempo de agradecer a Dios por la vocación y el ánimo de quienes han sucedido a Calasanz en esta tarea.

Pero, además, en el andamio vamos aprendiendo que nadie construye nada que valga la pena en solitario. El mismo Dios, que se nos revela Comunidad Trinitaria y envió a su Hijo, para convocar y conformar una comunidad que anunciara su Reino, inspiró a Calasanz, hace 400 años, para que no descansara congregando colaboradores que dieran estabilidad a sus escuelas.

Y ciertamente, Calasanz sigue convocando. Como trabajadores de la última hora, la Fraternidad de las Escuelas Pías, junto a miles de colaboradores laicos en todo el mundo, hemos escuchado esta llamada que nos llega través de los siglos gracias al testimonio callado de tantos escolapios.

Los teólogos dicen que nuestro Dios es el Dios que crea el espacio junto a sí para que el hombre pueda participar de su labor creadora. Los escolapios, por inspiración del mismo Espíritu, habéis generado el espacio suficiente en vuestro andamio para que, codo con codo, podamos participar en vuestra obra. Desde que dijerais, solemneamente, en un Capítulo General, “Nosotros, escolapios, religiosos y laicos...” ya no nos sentimos solo invitados, sino convocados a trabajar en el que, cada vez más, es también nuestro andamio, nuestra obra, nuestra misión. Y no solo espacio en el andamio, en el trabajo, en el cansancio; también habéis compartido con nosotros hasta vuestros más preciados tesoros: vuestra historia, vuestra espiritualidad, vuestro carisma, hasta vuestra casa y vuestra vida, como San Pablo. Es cierto que a veces llegamos con demasiado alboroto, desordenándolo todo, cambiándoos de sitio todas las herramientas y poniéndolo todo perdido. Pero vosotros, con paciencia de buenos educadores, habéis sabido responder comprensivos, generando nuevos espacios, nuevos nombres, nuevas narraciones que nos ayuden a entendernos mejor, a recibir este regalo de la última hora que

son las Escuelas Pías de hoy. El último Capítulo General ha consagrado los nuevos nombres de esos espacios donde todos, religiosos y laicos, hombres y mujeres, casados y célibes, jóvenes y viejos, nos podemos sentir y sentar en circularidad, como en nuestra propia casa: el modelo de Presencia escolapia, la Comunidad cristiana escolapia, la misma Fraternidad escolapia, la vocación del escolapio laico, los ministerios laicales, la misión compartida, el Movimiento Calasanz, la fundación Itaka-Escolapios, son los nuevos andamios, los nuevos lugares que, junto a los que siempre han sido y serán, permiten explicar mejor qué son hoy las Escuelas Pías, tan diversas y tan ricas, y, sobre todo, qué pueden llegar a ser, con el favor de Dios.

Es muy importante que todos entendamos y sintamos que esta novedad no cuestiona, ni desfigura, ni invalida, ni mucho menos destruye todo lo que las Escuelas Pías son y han sido en estos 400 años. Por un lado, estos nuevos andamios son obra, original y exclusiva, diría con cierto orgullo, de las propias Escuelas Pías, por lo que no pueden cuestionar su propio origen. Por otro lado, la Orden los genera, sin duda, para poder responder mejor a los retos del presente y del futuro, que sigue condenando en todo el mundo a millones de niños, niñas y jóvenes al analfabetismo y la miseria, o a la desesperanza de la falta de sentido, incluso viviendo en la opulencia material. Lo hace, también para poder seguir educando y convocando a más jóvenes a que entreguen su vida como religiosos y sacerdotes, como animadores de comunidades cristianas adultas, como educadores sin tacha, como padres y madres acogedoras, como profesionales de cualquier ámbito, sensibles al dolor ajeno, sobre todo de la infancia y la juventud más vulnerable, como personas solidarias que buscan una sociedad más justa que acoja al pequeño y al pobre, a la enferma, al extranjero, a la maltratada, al excluido, a la refugiada.

La Fraternidad escolapia, junto con todos los colaboradores laicos, se siente agraciada, y por ello agradecida, de tener un lugar en la construcción de las Escuelas Pías. Somos conscientes de que una buena construcción necesita, además de andamios y albañiles, un buen cemento. La identidad escolapia es el cemento que garantiza la solidez de nuestra construcción.

No concebimos la identidad escolapia como un testigo que se entrega, como si de una carrera de relevos se tratara. Quien entrega el testigo se para, se queda sin tener qué hacer, se queda vacío, sin

razón para seguir corriendo. Y lo último que necesitamos en las Escuelas Pías es que haya quien se sienta que ya no tiene qué hacer, que ya terminó su carrera, que ya no hace falta que dé más. Entendemos la identidad escolapia, más bien, como un colorido tejido en el que empezamos a tejer todos juntos aportando cada cual sus propias hebras identitarias, cosiendo cada quien sus propios retazos de tela vocacional. En el gran relato que inició Calasanz hace 400 años, y que hoy son las Escuelas Pías, los relatos fundacionales, el relato vocacional de cada uno de nosotros, las historias vitales de cada niño y cada joven que atendemos, son hilos insustituibles que nos fortalecen y nos dan identidad a todos los demás. Nadie, joven o sabio, religioso o laico, hombre o mujer, sobra en esta tarea de tejer la identidad escolapia de nuestras obras, de dar sentido a todo que hacemos desde nuestros andamios.

La construcción de las Escuelas Pías, es, hoy más que nunca, cosa de todas y todos nosotros. Tenemos los andamios, los albañiles, los directores de obra y el cemento. Contamos, como siempre, con la mirada atenta y cariñosa del primer arquitecto y de nuestra Madre María.

Construyamos, pues, juntos, celebrémoslo juntos y, no olvidemos de seguir contándolo juntos.

Consejo General de la Fraternidad Escolapia

*Roma. Noviembre 2017. Encuentro de Superiores Mayores.
Tejiendo identidad escolapia desde la Fraternidad*

“Quien se deja guiar con fe por el Espíritu Santo es capaz de discernir en cada acontecimiento lo que ocurre entre Dios y la humanidad, reconociendo cómo él mismo, en el escenario dramático de este mundo, está tejiendo la trama de una historia de salvación. El hilo con el que se teje esta historia sacra es la esperanza y su tejedor no es otro que el Espíritu consolador.”

“Recurrir a imágenes y metáforas para comunicar la humilde potencia del Reino, no es una manera de restarle importancia y urgencia, sino una forma misericordiosa para dejar a quien escucha el «espacio» de libertad para acogerla y referirla incluso a sí mismo. Además, es el camino privilegiado para expresar la inmensa dignidad del misterio pascual, dejando que sean las imágenes “más que los conceptos” las que comuniquen la paradójica belleza de la vida nueva en Cristo”

“Invito a todos a ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo narraciones marcadas por la lógica de la «buena noticia»”. (Mensaje del Papa Francisco en la 51ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. 24-01-2017)

La imagen de la identidad personal e institucional como un tejido que se va elaborando con los hilos narrativos de la historia escolar de cada persona, de cada obra, de cada presencia o de cada Demarcación, aporta un acceso sencillo y sugerente a esta idea tan importante, que a veces es difícil de explicar y delimitar, más si cabe si lo intentamos hacer en diversas lenguas y desde diferentes registros culturales. Un tejido, sugiere, casi universalmente, trabajo, elaboración, proceso, tradición, virtuosismo, sabiduría, delicadeza, protección, calor, personalidad, belleza, pertenencia, diversidad, fortaleza,... Hay culturas que utilizan los tejidos como forma de identificación grupal, de comunicación, en definitiva, de expresión de su propia identidad.

Considerar que todas y todos estamos llamados a ir tejiendo la identidad escolar que dé calidad y calidez a nuestra misión, dirigida a niñas, niños y jóvenes, muchos de los cuales todavía hoy no tienen con qué cubrirse del frío, de la ignorancia, de la manipulación, de la pobreza material o espiritual, es un honor y una responsabilidad que desde la Fraternidad escolar asumimos con enorme ilusión.

*Una propuesta de vida cristiana adulta en, desde,
para las Escuelas Pías*

En estos momentos, dos años después de nuestra última presentación a los SS.MM. en el Capítulo General, la Fraternidad General está presente en 12 Provincias de la Orden, 14 países y 52 localidades. En estos años han surgido nuevas Fraternidades en las Provincias de Nazaret, Eslovaquia y Hungría, habiendo pasado de 700 miembros a 982.

El Consejo General de la Fraternidad, además de sus reuniones virtuales cada quince días, aproximadamente, ha celebrado dos encuentros presenciales, en Puebla (México) y Belo Horizonte (Brasil). En ellos, además, se ha encontrado con la Congregación General y el Secretariado General de Participación y juntos hemos podido conocer la realidad laical y de la Fraternidad de cada lugar.

En dos ocasiones, una virtual y otra presencial, se ha reunido el Consejo General ampliado, formado por una representación de cada una de las Fraternidades provinciales existentes. Todos ellos han sido momentos de comunión y constatación del crecimiento de esta realidad escolapia que, poco a poco, va ampliando su alcance y fortaleciendo su identidad.

La pertenencia a una pequeña comunidad es la propuesta fundamental de la Fraternidad escolapia. En ellas podemos vivir y desarrollar plenamente nuestra identidad cristiana y escolapia, compartiendo los elementos fundamentales de nuestro carisma: la propia vida, la espiritualidad y la misión escolapias, así como haciendo nuestra aportación en la recreación de las Escuelas Pías.

Para compartir la Vida

En las pequeñas comunidades tenemos la posibilidad de acompañarnos en nuestros procesos vitales. De este modo, aprendemos a aceptarnos tal como somos y a reconocer y agradecer los dones que hemos recibido. A través de este acompañamiento comunitario podemos apoyarnos y servirnos de contraste en nuestras decisiones personales y familiares, conjugando la cercanía humana con la indispensable exigencia para ser fieles a nuestra vocación.

La pequeña comunidad es el lugar privilegiado para compartir nuestros procesos vocacionales. Es una mediación fundamental, junto con la celebración de los sacramentos, para experimentar el perdón de Dios y posibilitar la conversión.

No es posible una vida cristiana adulta sin compartir con los demás lo que somos y tenemos. La pequeña comunidad es el lugar donde es posible compartir nuestros dones personales, nuestros bienes espirituales y nuestras posesiones materiales. A través de esta comunicación de bienes, descubrimos la libertad que proporciona un estilo de vida austero y humilde.

Es en comunidad donde los hermanos nos convertimos en compromisarios de las promesas y votos personales de todos. De este modo, la comunidad las recibe, es testigo y, en cierto modo, verifica el carácter profético de nuestras promesas.

La comunidad cristiana debe ser, sobre todo, lugar de celebración del Amor que Dios nos tiene. En ella recibimos y celebramos con

gozo los milagros que Él va haciendo en nosotros, y especialmente, las nuevas vocaciones escolapias, religiosas y laicas que suscita entre nosotros, que nos llenan de alegría y esperanza.

Para compartir la Espiritualidad

El objetivo central de la Fraternidad escolapia es ser comunidad de seguidores de Jesús de Nazaret, es decir, ayudar a configurar la propia vida según su experiencia de Dios, su testimonio de entrega, su propuesta, interiorizando su camino como nuestro propio camino.

Asumimos como propia la espiritualidad escolapia, por lo que nos esforzamos por conocer e identificarnos cada día más con la forma particular de seguir a Jesús de san José de Calasanz.

Contemplamos como nuestra tarea ineludible enriquecer y actualizar esta espiritualidad con nuestra propia identidad vocacional: laicos y religiosos juntos, familias, mundo del trabajo, la cultura, la política...

Queremos aportar esta espiritualidad particular de la Fraternidad escolapia a toda la Escuela Pía y a la Iglesia.

Para compartir la Misión

La Fraternidad escolapia asume como propia la misión encomendada por la Iglesia a las Escuelas Pías y desea hacer en su aportación a través del compromiso personal y material de sus miembros y comunidades.

Muchos de nosotros asumimos con disponibilidad personalmente responsabilidades en la misión escolapia, tanto desde el ámbito profesional como de voluntariado.

Se va abriendo camino en algunas Fraternidades la vía de los ministerios laicales escolapios como forma de compromiso estable de algunas personas que se forman específicamente para algún ámbito de la misión escolapia.

Del mismo modo, se va fortaleciendo la dinámica de envíos de miembros del Fraternidad a otras presencias escolapias.

La Fraternidad escolapia asume como plataforma propia de misión escolapia, compartida jurídicamente con la Orden y las Demarca-

ciones que lo desean, a la fundación Itaka-Escolapios, que va ampliando y fortaleciendo sus proyectos, dentro de sus posibilidades, allí donde es requerida.

Recreando las Escuelas Pías y la Iglesia

La Fraternidad escolapia es cada día más consciente de su papel en el proyecto de recreación y revitalización de las Escuelas Pías en el mundo.

En primer lugar, nos conformamos para las personas laicas que comparten misión escolapia como un lugar donde crecer en identidad y compromiso.

Del mismo modo, aportamos a los religiosos escolapios que lo deseen, otra mediación para crecer y desarrollar su propia vocación religiosa, y, sobre todo, un lugar privilegiado donde compartir nuestras vocaciones, diversas, y por tanto complementarias e interdependientes.

La red que estamos tejiendo en la Fraternidad escolapia, y la acogida que está teniendo, nos está permitiendo avanzar en relación y sintonía con toda la Orden.

Asumimos con ilusión la tarea de extender la cultura vocacional escolapia y apoyar la pastoral vocacional específica a la vida religiosa allí donde estamos.

Consideramos imprescindible implicarnos como acompañantes en el movimiento Calasanz, sobre todo en las etapas de discernimiento vocacional, para visibilizar la propuesta de la Fraternidad escolapia como desembocadura natural del mismo, junto con la vida religiosa escolapia.

La Fraternidad escolapia, allí donde existe, forma parte esencial del modelo de presencia escolapia, que vincula la misión escolapia con el sujeto que es agente y desembocadura de la misma.

Para ello, es fundamental que la Fraternidad se integre en el organigrama de cada Demarcación y presencia escolapia, como parte esencial del sujeto escolapio.

De este modo, podemos ser signo escolapio eficiente de unidad y comunión, deseo de Dios que convoca a todas las personas a compartir la misión escolapia y a participar en la Comunidad cristiana escolapia.

Nuestra inserción eclesial a través de las Escuelas Pías, debe ser garantía de comunión y fidelidad a la Iglesia, de manera que nuestra aportación desde nuestro propio carisma redunde en su renovación, así como en la transformación de la realidad social y cultural, según sus principios.

Aportando experiencias, narraciones, relatos, imágenes, símbolos regeneradores de identidad escolapia

La Fraternidad escolapia amplía el “campo semántico escolapio” con nuevas experiencias, relatos e imágenes de gran contenido simbólico, que expresan aspectos esenciales de unas Escuelas Pías en constante renovación y que permiten tejer una identidad narrativa actualizada, sugerente y capaz de engendrar nueva vida escolapia.

Algunas de las imágenes que estamos utilizando ya son conocidas: identidad escolapia como tejido multicolor que nos sostiene y nos mantiene unidos, nuevas realidades escolapias como andamios que nos permiten construir juntos...

Contamos, además, con experiencias que están actuando como verdaderos “elementos cremallera” que garantizan la unidad en la diversidad que se va generando, y que, por esta razón, funcionan como elementos simbólicos que realizan y concentran, dando que hablar y, por tanto, dando que pensar, algunos aspectos esenciales de la nueva visión escolapia: La formulación de la misión escolapia que hicieron los últimos capítulo Generales: (Nosotros, religiosos y laicos, ...); las comunidades conjuntas; la vocación del escolapio laico, los ministerios laicales escolapios, los envíos a otros lugares, la fundación Itaka-Escolapios, la Comunidad cristiana escolapia, el mismo modelo de presencia escolapia....

Fortaleciendo el modelo de presencia escolapia

El modelo de presencia escolapia, en el que la Fraternidad escolapia tiene su espacio natural, es una innovación en nuestra organización, que, en cierto modo, simboliza una realidad escolapia cada día más rica y compleja.

Desde esta visión de nuestra organización, es más fácil para la Orden y la Fraternidad mirar, sentir, contar y soñar juntas unas Escuelas Pías abiertas a todos.

De este modo, es posible descubrir nuevos “espacios intersticiales”, nuevas posibilidades, nuevas sinergias, que superan el alcance de cada una de nuestras plataformas y nos permiten llegar más lejos en la misión que compartimos.

El modelo de presencia escolapia se convierte en el telar donde entretrejer los hilos identitarios de una trama escolapia más fuerte a nivel local, provincial y general.

Para simbolizar la unidad en la que Dios es todo en todos y recordar que en ningún caso somos nosotros

los protagonistas de la presencia escolapia, sino que es Él quien se hace presente en el mundo a través de nosotros y nuestras obras.

Una profecía en clave de presencia escolapia

Seamos los escolapios, religiosos y laicos, jóvenes y mayores, Orden y Fraternidad, quienes, de diversos modos, pero con una sola mirada, en comunidad, acompañemos las filas por las avenidas del S. XXI, para que nuestros niños y jóvenes no se pierdan, no nos los pierdan, para que vayan y vuelvan, para que se sientan en casa, para que se encuentren con Jesús, para que cuenten sus relatos, para ser escuchados, para que hagan sus profecías, para que sean felices, como Dios manda y desea. Amén.

Consejo General de la Fraternidad Escolapia

Madrid, III Consejo Asesor Itaka-Escolapios. 2018.

Qué está aportando Itaka-Escolapios y qué podría aportar a la Fraternidad: una visión desde los 10 retos

Cuando en el verano de 2014, la I asamblea de la Fraternidad General, reunida en Peralta de la Sal, aprobó los “Diez retos de las Fraternidades escolapias” para su mantenimiento y avance, el décimo planteaba la participación en Itaka-Escolapios. Una posible lectura es que se planteaba como último reto, por ser, en un recorrido lógico, el último paso planteable, o, en algunos casos, el más complejo de dar.

Otra lectura posible, que hoy proponemos, es que lo que más facilita a las Fraternidades, y, por tanto, a las Demarcaciones donde hay Fraternidades, a avanzar en los otros nueve retos es justamente su participación en Itaka-Escolapios. Esta lectura del mismo documento de

los “Diez retos”, hecha desde el final al principio, permite ver mejor la aportación que Itaka-Escolapios hace a la Fraternidad escolapia, y por tanto a la vida y misión escolapia de cada Demarcación.

Inicio del Movimiento Calasanz

Allí donde el Movimiento Calasanz es impulsado por Itaka-Escolapios, se configura como el proyecto nuclear de la presencia escolapia. Quien ve Itaka-Escolapios como una plataforma de captación de recursos o de desarrollo de proyectos sociales, debe saber que su génesis fue justamente la contraria. Los proyectos sociales y otras acciones como la captación de recursos surgen a partir y como complemento de los procesos educativos y pastorales que hoy denominamos Movimiento Calasanz. Asumiendo el Movimiento Calasanz como eje de Itaka-Escolapios, se garantiza la conexión entre sus proyectos y los grupos pastorales, facilitando un voluntariado escolapio de calidad, la identidad misionera y escolapia del Movimiento Calasanz, la formación social de sus monitores, en definitiva, su inserción efectiva en la presencia escolapia.

Inicio del modelo de presencia escolapia

Donde existe la Fraternidad escolapia, la principal potencialidad del modelo de presencia es la de crear el espacio adecuado donde Fraternidad y Demarcación escolapia se encuentran, sueñan juntas, comparten misión, proyectan y se responsabilizan de la misión escolapia. Itaka-Escolapios, por definición, es una organización creada para realizar el modelo de presencia escolapia. A través de Itaka-Escolapios, la Orden y la Fraternidad, comparten, de hecho y de derecho, la misión escolapia, vinculando estrechamente todos los ámbitos que comprende la presencia escolapia, y, de este modo, revelándose como uno de los “elementos cremallera” más potentes de la misma. Dentro de esta vocación, Itaka-Escolapios tiene una mayor flexibilidad para asumir nuevos proyectos que den respuesta a realidades propias de un contexto o momento determinado, permitiendo que los proyectos de presencia escolapia sean instrumentos reales de actualización del análisis y de una respuesta más eficaz a la realidad en que nos encontramos y más fiel a nuestro propio carisma. De este modo, frente a las limitaciones que, a veces, junto con indudables ventajas, tienen nuestras plataformas tradicionales de misión, Itaka-Escolapios está permitiendo un sinfín de intervenciones más ágiles y ligeras que res-

ponden a realidades que se presentan como llamadas claras a nuestra identidad escolapia: atención y alfabetización de jóvenes inmigrantes, acogida en hogares e internados, presencia en ámbitos de exclusión, que, además, en muchos casos, están enriqueciendo enormemente nuestra presencia más tradicional en escuelas y colegios.

Inicio de ministerios escolapios de forma compartida entre Provincia y Fraternidad

Los ministerios escolapios son otro elemento cremallera que cohesiona fuertemente a las presencias escolapias donde se desarrollan. Se trata de personas laicas, preferentemente miembros de la Fraternidad, que asumen por un tiempo el ministerio eclesial de impulsar algún ámbito de la misión escolapia. Donde estos ministerios son impulsados conjuntamente por la Demarcación y la Fraternidad, que es la situación ideal, Itaka-Escolapios es la plataforma natural donde desarrollar estos ministerios y desde la que resolver, de forma compartida, los aspectos prácticos, jurídicos y económicos, de esta propuesta, facilitando opciones como la liberación temporal para poder realizar los estudios, posibles contratos laborales...

Impulso de la diversidad vocacional

La Fraternidad escolapia nace, esencialmente, para dar cauce a la diversidad vocacional que las Escuelas Pías reciben como don del Espíritu Santo. El hecho de que numerosas personas laicas deseen compartir con los religiosos el carisma escolapio es un signo de los tiempos al que la Orden responde con audacia y decisión creando la Fraternidad escolapia. Itaka-Escolapios nace y se extiende por el mismo impulso del Espíritu, con la intención de que esa diversidad vocacional encuentre un cauce institucional para fortalecerse y multiplicarse a través de la misión escolapia compartida de forma institucional entre laicos y religiosos. Sin elementos institucionales que permitan dar continuidad histórica a la inspiración del Espíritu de Dios, puede ocurrir, como ya nos advertía Calasanz, que esta pase sin ser escuchada y dar fruto.

Participación en la Fraternidad Local, Demarcacional, General

Una pequeña comunidad que no tenga una clara inserción en la Fraternidad local y, por ella, en la demarcacional y general, corre el peligro de depender excesivamente del aliento de personas concretas, de ver limitado el crecimiento de su identidad escolapia, o de ago-

tarse en el ciclo natural de los grupos humanos. Itaka-Escolapios, gracias a su compromiso por el crecimiento de las Escuelas Pías en todo el mundo, es un cauce efectivo para que una pequeña comunidad, una Fraternidad local o demarcacional, participe y se vincule de diversas formas en el proyecto global de las Escuelas Pías. De este modo, refuerza su identidad escolapia y participa de los proyectos de la Orden y de las Fraternidades de otros lugares, incluso de aquellos que por la distancia serían de otro modo inaccesibles. Tomar parte en campañas globales, apoyar con aportaciones económicas proyectos escolapios en otros lugares, conocer hermanos y hermanas de presencias escolapias de otros continentes, con todo lo que ello conlleva de crecimiento en identidad escolapia, es hoy posible, gracias, también, a la red y los proyectos de Itaka-Escolapios.

Flujo de nuevas incorporaciones

Una clave fundamental de crecimiento y continuidad de la Fraternidad escolapia, como de cualquier organización, es su capacidad de convocar a más personas, preferentemente jóvenes, a incorporarse a la misma. En este sentido, la vinculación de la Fraternidad con los procesos del Movimiento Calasanz y su presentación como la desembocadura natural de los mismos, junto con la vida religiosa escolapia, resulta imprescindible. La asunción de la animación del Movimiento Calasanz por parte de Itaka-Escolapios, y su enriquecimiento con todos sus proyectos y proyección, hace de esta un inestimable apoyo para garantizar la incorporación de jóvenes a la Fraternidad. Asimismo, Itaka-Escolapios es un espacio especialmente pensado para dar cauce y cabida a las nuevas propuestas de proyectos, ideas y sueños que los jóvenes, tanto religiosos como laicos, traen siempre consigo, y que, a veces, nuestras plataformas tradicionales de misión tienen más difícil asumir.

Participación adecuada de los religiosos

La participación de los religiosos en la Fraternidad es uno de los rasgos más apreciados de nuestro modelo. Además de su imprescindible papel ministerial como sacerdotes, el religioso escolapio es en la Fraternidad un hermano más donde aporta toda la riqueza que contiene su vocación religiosa y su testimonio de vida comunitaria, de pobreza, de entrega exclusiva a la misión. En ocasiones, para muchos miembros de la Fraternidad que no participan de las plata-

formas colegiales, donde el religioso desarrolla normalmente su misión, la visibilidad de este testimonio se limita a la presidencia de la Eucaristía o de otros sacramentos. Encontrar la presencia de los religiosos como acompañantes del Movimiento Calasanz, o como voluntarios donde Itaka-Escolapios desarrolla proyectos de presencia social entre quienes más lo necesitan, resulta un signo alentador, y hace más visible y cercana esta doble dimensión vocacional del religioso que también es sacerdote. En el caso de religiosos mayores, liberados ya de sus tareas colegiales, los proyectos de Itaka-Escolapios pueden ser el lugar natural donde continuar su implicación en la misión escolapia y su conexión con el mundo de los más jóvenes, con lo que ello ayuda a una vivencia positiva de ese ciclo vital.

Lugar real en la Demarcación donde compartir espiritualidad, vida y misión

La Fraternidad escolapia, necesita tener un espacio real donde insertarse en la organización de la Demarcación y aportar toda su significatividad. La Fraternidad escolapia no puede ser considerada un grupo más junto con el resto de colectivos existentes. La Fraternidad escolapia es el conjunto de comunidades de personas a las que se les reconoce que comparten el carisma escolapio con los religiosos escolapios. Es un nuevo sujeto escolapio que asume la espiritualidad, vida y misión escolapia. Esta nueva realidad modifica por completo el mapa de la organización de la Demarcación y necesita tener cauces para convertirse en vida compartida y, de este modo, ser portadora de nueva vida escolapia. El modelo de presencia escolapia, con sus equipos, responsables y proyectos de presencia, es el mapa natural para dar cabida a esta nueva realidad e Itaka-Escolapios es la entidad que mejor encarna este modelo. En ella, La Fraternidad encuentra un cauce para desarrollar su misión, para compartirla con los religiosos y para garantizar su sostenibilidad futura, tanto desde el punto de vista de las personas como de los recursos materiales. Es muy interesante destacar que Itaka-Escolapios aporta una plataforma donde las personas, que, por su dedicación o vocación, difícilmente se pueden vincular con las plataformas tradicionales de misión escolapia, pueden encontrar su lugar en la misma. Por otro lado, la dedicación de las aportaciones económicas de cada miembro de la Fraternidad, de los llamados diezmos en algunas fraternidades, a los proyectos de Itaka-Escolapios, es un cauce concreto, específico, evaluable y de innegable compromiso escolapio

que en todos los casos supone una oportunidad de crecimiento, contraste y profundización del compromiso con la misión escolapia.

Claridad en la identidad, vocación común y funcionamiento de la Fraternidad, las comunidades y sus miembros

Pero lógicamente, toda esta nueva forma de entender las Escuelas Pías solo es posible con personas, religiosos y laicos, claramente identificadas con el carisma escolapio. Para ello es imprescindible que la Fraternidad escolapia tenga muy claro los elementos fundamentales de su vocación común y sea capaz de aportar compromiso y fidelidad. Una propuesta de vinculación jurídica como es Itaka-Escolapios es, sin duda, una de las mejores pruebas de compromiso y fidelidad que se pueden dar. El hecho de que una Fraternidad escolapia sea de hecho, y también de derecho, jurídicamente cotitular, junto con su Demarcación, de sus proyectos garantiza un compromiso presente y futuro que va más allá de la buena voluntad de unas personas concretas en un momento concreto. Itaka-Escolapios es, a la vez, testimonio y profecía de la viabilidad de esta nueva forma de entender las Escuelas Pías como camino conjunto entre quienes hemos optado por seguir a Jesús de Nazaret por la senda de Calasanz.

En aquel verano de 2014 decíamos: “Ninguna Provincia ni Fraternidad debiera de dejar de plantearse su posible participación en Itaka – Escolapios”. Lo cierto es que desde aquella fecha varias Demarcaciones y Fraternidades se lo han planteado y algunas han dado una respuesta afirmativa. Es un signo efectivo de que seguimos estando atentos a la voz de Dios que toca el corazón y pasa.

Consejo General de la Fraternidad Escolapia

Madrid, 10-12 de mayo de 2018. Encuentro de la congregación general, el consejo de la fraternidad general, el secretariado general de participación, y los SS.MM. que cuentan con fraternidad en su demarcación. ¿Qué implica la existencia de una Fraternidad en una demarcación escolapia?

Con el nacimiento de las primeras Fraternidades escolapias y, especialmente, con la constitución en 2011 de la Fraternidad General, las Escuelas Pías marcan un antes y un después en su historia. El carisma escolapio, encarnado con fidelidad por los religiosos escolapios

durante 400 años, pasaba a ser el modo concreto de seguimiento de Jesucristo en una realidad eclesial distinta de la Orden. Así nacía la Fraternidad de las Escuelas Pías, llamada a vivir y trabajar junto a la Orden en el seno de la Iglesia para seguir ofreciendo al mundo el sueño que Dios regaló a Calasanz. Desde entonces, las Escuelas Pías son más que una Orden religiosa, son una “familia carismática” en la que diferentes estructuras de vida y misión escolapias, con la Orden como referente nuclear, se entrelazan para desarrollar un proyecto común: el proyecto de la presencia escolapia allí donde hay Escuelas Pías.

Este cambio decisivo en la historia de las Escuelas Pías está apenas en los inicios de su desarrollo. El cambio de paradigma que supone que la Orden dé a luz a la Fraternidad escolapia necesitará tiempo para desplegar todas las potencialidades que ya hoy empezamos a atisbar. Pero para que ello sea posible, es necesario que, desde el primer momento, en cada presencia y demarcación escolapia en la que surge la Fraternidad sepamos aprovechar todo el caudal de vida y misión que esta puede aportar.

Intentaremos ahora citar algunas de las implicaciones que conlleva la existencia de una Fraternidad escolapia en una Demarcación de la Orden. Ninguno de los elementos que a continuación se citan son mera especulación. Al contrario, son ya realidad en la vida concreta de la Fraternidad y de la Orden. Ojalá que con la gracia de Dios y nuestra disponibilidad al impulso del Espíritu se vayan consolidando y generalizando en todos los rincones de la geografía escolapia.

IMPLICACIONES ECLESIOLOGICAS

Eclesiología de comunión

Con la Fraternidad, las Escuelas Pías asumen el reto, como Iglesia, de desarrollar la eclesiología de comunión propia del Concilio Vaticano II. Las comunidades de la Fraternidad son un bello testimonio de una iglesia de carisma escolapio, y servicios y ministerios al servicio de nuestra misión y de la comunidad cristiana que formamos. Estamos llamados a ser signo del pueblo de Dios al que hemos sido convocados.

“Carisma compartido con los laicos”

La Fraternidad encarna y visibiliza algunas de las intuiciones que la Iglesia ha ido clarificando tras el Concilio. En 1996, Juan Pablo II escribía la exhortación apostólica *Vita Consecrata* en la que podemos leer:

54. (...) Debido a las nuevas situaciones, no pocos Institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados por tanto a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo. En continuidad con las experiencias históricas de las diversas Órdenes seculares o Terceras Órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado.

55. (...) No es raro que la participación de los laicos lleve a descubrir inesperadas y fecundas implicaciones de algunos aspectos del carisma, suscitando una interpretación más espiritual, e impulsando a encontrar válidas indicaciones para nuevos dinamismos apostólicos (...)

La vida de la Fraternidad confirma en el seno de las Escuelas Pías lo que Juan Pablo II escribía hace más de 20 años.

Más de 10 años antes de Vita Consecrata, nuestro querido P. Ángel Ruiz, siendo General de la Orden y con el carácter profético que tanto caracterizó su aportación a las Escuelas Pías escribía: *“El carisma escolapio no es de los escolapios. No es propiedad de la Orden. Es del pueblo de Dios. Y en este habrá y hay personas, de ambos sexos y de todas las edades, además de los escolapios, que tengan el carisma a la vocación evangelizadora de los jóvenes. Si esto fuera así, esas personas participarían del carisma calasancio”* (P. Ángel Ruiz, 1983)

Han tenido que pasar años para que la semilla plantada por Ángel Ruiz en el corazón de la Orden germinara en la realidad eclesial que hoy son las Escuelas Pías y que, con la guía del Espíritu, seguirá creciendo y desarrollándose para dar frutos en abundancia.

La Fraternidad sigue manteniendo en la Iglesia el carácter profético de las palabras del P. Ángel. Muchos institutos religiosos encuentran en las Escuelas Pías y su Fraternidad un referente muy significativo en el desarrollo de la integración del laicado en el carisma del instituto.

IMPLICACIONES EN LA CONFIGURACIÓN DEL “NUEVO SUJETO ESCOLAPIO”

“Sujeto escolapio” estructurado

Desde que el Capítulo General de 1997 acuñara aquel “nosotros, escolapios, religiosos y laicos”, la expresión “nuevo sujeto escolapio”

se ha ido haciendo familiar en la vida de las Escuelas Pías. Hace ya muchos años que sabemos que muchos laicos sintonizan personalmente con la “frecuencia carismática” de las Escuelas Pías. Pero para que el “nuevo sujeto” sea real y tangible, éste debe estar articulado y organizado. La Fraternidad supone en las Escuelas Pías el modo concreto, reconocido por la Orden, organizado y estructurado de vivencia en plenitud del carisma escolapio (espiritualidad, misión y vida fraterna) para los laicos, siempre junto a los religiosos.

Con la Fraternidad pasamos de un modelo en el que la Orden tutelaba a grupos de laicos afines y cercanos a “lo escolapio”, a un modelo en el que una asociación de fieles autónoma, inseparable de la Orden, pero autónoma, se pone al lado de la Orden (no atrás, ni debajo, ni a cierta distancia... sino al lado) para seguir impulsando en la historia el proyecto de las Escuelas Pías.

*“Nuevo sujeto escolapio” formado por dos entidades,
“cocinando juntos”*

Estamos ante un cambio de paradigma de cuyo alcance, probablemente, todavía no hemos tomado plena conciencia. Decía Ángel Ruiz que el carisma escolapio no es de los religiosos escolapios, sino del pueblo de Dios. De forma parecida podríamos decir que las Escuelas Pías, en cuanto a identidad carismática eclesial, ya no son de los religiosos escolapios, sino a un “nuevo sujeto” formado por la Orden de las Escuelas Pías y por la Fraternidad de las Escuelas Pías, dos entidades eclesiales distintas llamadas a impulsar un mismo proyecto en la Iglesia y el mundo.

Los religiosos ya no sueñan, proyectan, sufren, disfrutan, trabajan, velan y oran por el proyecto escolapio en soledad, sino que lo hacen junto a otros hermanos laicos, miembros de la Fraternidad, a los que se les ha reconocido su carisma escolapio. Y estos ya no solo colaboran, sino que se corresponsabilizan en soñar, proyectar, sufrir, disfrutar, trabajar, velar y orar por el proyecto escolapio. Como suele decir el P. Manel Camp hablando de este tema, “religiosos y laicos nos ponemos a cocinar juntos”.

“Hagan lío”, dijo Francisco

Es ya célebre esta expresión que el Papa Francisco dirigió por primera vez a los jóvenes congregados en la Jornada Mundial de la

Juventud de 2013 en Brasil, y que ha repetido en varias ocasiones. Se la tomamos prestada para aplicarla a la parte joven del “nuevo sujeto escolapio” (la Fraternidad) y destacar que las implicaciones profundas de la asunción de este nuevo paradigma es un verdadero “lío” para la Orden de las Escuelas Pías y cada una de las Provincias en las que nace una Fraternidad.

Si la aparición de la Fraternidad escolapia en una Provincia no supone que empiecen a producirse cambios, algo falla: quizá la Fraternidad no ha sido bien situada en la vida y misión de la Demarcación; quizá la dinámica de la Fraternidad ha quedado reducida a la de un grupo de fe “cualquiera” que alimenta espiritualmente la vida de sus integrantes, pero que no construye Escuelas Pías... Pero si una Fraternidad está bien situada en el entramado de las Escuelas Pías de un lugar y sus comunidades se hacen disponibles al impulso del Espíritu, empieza a haber cambios: cambios en un modo renovado de afrontar la misión educativa, en un aumento en las posibilidades de emprender proyectos, en un modo creativo de organizar las estructuras, en el impulso de la cultura vocacional, en una configuración de la comunidad cristiana más horizontal y circular, en un dinamismo que nos ayuda a estar “en salida”...

Núcleo de la Comunidad cristiana escolapia

A lo largo de la historia de las Escuelas Pías, la comunidad cristiana que ha evangelizado educando a tantos y tantos niños y jóvenes que han pasado por nuestros colegios y parroquias ha sido la comunidad religiosa. Con el nacimiento de la Fraternidad y el nuevo paradigma que conlleva, la comunidad religiosa sigue siendo fundamental en la configuración de la Comunidad cristiana escolapia, pero junto a ella se sitúan las comunidades de la Fraternidad, llamadas también a convocar, animar, acompañar y cuidar a una comunidad más amplia. A esta comunidad, junto a los religiosos y los miembros de la Fraternidad, se sumarán otras personas que participan en las Escuelas Pías de modos diversos. Esta será la comunidad responsable de mantener la identidad cristiana y calasancia de nuestras presencias, de impulsar el carácter misionero de nuestras obras, de realizar envíos, de celebrar la vida y misión escolapia, de gestar la ministerialidad necesaria para la comunidad, etc...

También aquí necesitamos un cambio de mentalidad para permitir que los religiosos escolapios compartan con el resto de la comunidad atribuciones y responsabilidades que siempre han sido de los religiosos. Otras, lógicamente, como por ejemplo la presidencia de la comunidad en la celebración sacramental, les seguirán siendo propias.

IMPLICACIONES EN EL DESARROLLO VOCACIONAL ESCOLAPIO

Promover todas las vocaciones escolapias

El gran tesoro de la vocación escolapia recibida no puede ser guardado. La vocación debe ser entregada a los niños, a los jóvenes y a los pobres en forma de servicio; y compartida con otros hermanos, religiosos o laicos, a los que el Señor pueda llamar a la mies de las Escuelas Pías. La Orden y la Fraternidad tienen la responsabilidad de proponer la vocación escolapia a los jóvenes, tanto la religiosa como la laical.

La Fraternidad, espacio de gestación de vocación religiosa escolapia

La breve historia de la Fraternidad de las Escuelas Pías nos ha demostrado que una Fraternidad que vive intensamente el carisma escolapio es un ámbito propicio para que miembros de la Fraternidad y jóvenes cercanos a ella se planteen con seriedad la pregunta por la vocación religiosa escolapia.

Clarificación vocacional del religioso y del laico

Vivimos tiempos en la Iglesia en los que surge con frecuencia la pregunta por lo específico de la vida religiosa. Poner en diálogo vital la vocación escolapia religiosa y la laical ayuda a responder esa pregunta. La existencia de la Fraternidad ayuda a los religiosos que pertenecen a ella ahondar en su identidad consagrada, y a los laicos a identificar lo propio de su vocación laical. Lejos de generar la confusión que algunos temen, la convivencia de las dos vocaciones ayuda a unos y a otros a responder más y mejor a aquello a lo que han sido llamados.

El reto de la diversidad vocacional

La creación de la Fraternidad no es, ni mucho menos, el final del camino en el desarrollo de la vocación laical escolapia. La propia vida de la Fraternidad irá demandando a la propia Fraternidad y

también a la Orden el desarrollo de otras figuras vocacionales: opción definitiva, ministerios laicales, escolapio laico... Además, la diversidad vocacional escolapia en la vida laical necesitará de otros cauces más allá de la Fraternidad: colaboradores, equipos de misión compartida, Movimiento Calasanz de Adultos, etc... La presencia de una Fraternidad en la Demarcación puede ser un punto de apoyo muy importante para el desarrollo de estos otros itinerarios vocacionales.

IMPLICACIONES EN EL IMPULSO DE LA MISIÓN ESCOLAPIA:

La fraternidad asume como propia la misión escolapia

La Fraternidad no tiene misión propia, paralela a la de la Orden, sino que siempre comparte la misión escolapia con la Orden. Esto implica que el nacimiento de una Fraternidad bien situada en una Demarcación multiplica las posibilidades de impulso de la misión en dicha Demarcación.

Sostenimiento de la identidad escolapia de nuestro ministerio

Una de las claves de vida de las Escuelas Pías busca sostener y acrecentar la identidad escolapia de nuestro ministerio. Una Fraternidad escolapia bien situada en clave de misión supone que un buen número de personas y comunidades se implican en esta tarea junto a los religiosos escolapios en nuestras escuelas, parroquias, obras de ENF, Itaka-Escolapios, etc...

Movimiento Calasanz

La Fraternidad de las Escuelas Pías y el Movimiento Calasanz son realidades interdependientes que se necesitan mutuamente. El Movimiento Calasanz encuentra en la Fraternidad una referencia fundamental en el seno de la comunidad cristiana escolapia que acompaña sus procesos grupales y personales, y que ofrece una desembocadura escolapia clara, junto a la opción a la vida religiosa.

La Fraternidad encuentra en el Movimiento Calasanz una de sus líneas de misión más específicas y el ámbito de desarrollo natural de la vocación escolapia a la Fraternidad y a la vocación religiosa. Es difícil imaginar que, si en una Demarcación las cosas van más o menos bien, la existencia de la Fraternidad no implique la creación del Movimiento Calasanz y viceversa.

Itaka-Escolapios

Un “nuevo sujeto escolapio” formado por religiosos y laicos que impulsan juntos un proyecto de misión escolapia compartido, en buena lógica terminan necesitando una plataforma de misión que pertenezca a ambos y pueda ser impulsada por ambos en la misma misión compartida integrada en el carisma escolapio jurídicamente impulsada conjuntamente por la Orden y la Fraternidad de las Escuelas Pías.

Sin duda, una Fraternidad está llamada a implicarse en los proyectos y obras de misión propios de la Orden (colegios y parroquias fundamentalmente), pero el espacio más connatural de desarrollo de la misión de la Fraternidad es, actualmente, Itaka-Escolapios. Si vocacionalmente ya hemos visto que entre religiosos y laicos no se establecen subordinaciones, Itaka-Escolapios genera un ámbito en el que tampoco se establecen subordinaciones jurídicas.

Por otra parte, la red Itaka-Escolapios amplía los horizontes de misión de la Demarcación, abriendo cauces para nuevos proyectos, obras, envíos, intercambios, formas de gestión... y ayuda a establecer dinamismos misioneros en favor de los más necesitados.

IMPLICACIONES ESTRUCTURALES Y ORGANIZATIVAS

El modelo de presencia escolapia

El nacimiento de una Fraternidad con todo lo que ella conlleva (articulación de un nuevo sujeto escolapio junto a los religiosos, configuración de una renovada Comunidad cristiana escolapia, nuevos impulsos de misión, el Movimiento Calasanz, la posibilidad de Itaka-Escolapios) requiere de un nuevo modo de pensarnos y organizarnos: el modelo de presencia escolapia, en el que todas las realidades escolapias de un lugar se articulan y alinean en función de un mismo proyecto. El dinamismo de una Fraternidad viva y con “espacio de juego” cargará de sentido y necesidad la opción por el modelo de presencia.

Funcionamiento en red

Desde hace años hemos venido avanzando en el funcionamiento como Orden global, como red de Demarcaciones interconectadas. La presencia de la Fraternidad en una Demarcación viene a profundizar esta cultura de funcionamiento en red. La propia Fraternidad General, de la que participan todas las Fraternidades Provinciales,

es una red a la que se suma la Demarcación. Pero, además, realidades que forman parte del funcionamiento sistémico de la Fraternidad como son el Movimiento Calasanz e Itaka-Escolapios también son redes en sí mismas.

ALGUNAS CLAVES PARA AVANZAR...

Todas las implicaciones anteriormente expuestas, derivadas de la existencia de una auténtica Fraternidad bien situada, y otras muchas más que se habrán quedado en el tintero, suponen un gran enriquecimiento para la vida y misión de las Demarcaciones de la Orden y para la vida de los propios miembros de la Fraternidad.

Pero para alcanzarlas, necesitamos:

- Seguir profundizando en el cambio de mentalidad que necesitamos tanto religiosos como laicos para entendernos, reconocernos y relacionarnos como verdadero “nuevo sujeto escolapio”.
- Profundizar en la identidad de la Fraternidad demarcativa. No “rebajar” el proyecto de Fraternidad; no conformarse con que la Fraternidad sea simplemente un grupo de gente afín y cercana; no consentir que la Fraternidad sea una realidad grupal más entre otras muchas posibles de la Demarcación.
- Impulsar procesos vocacionales y de formación integral, tanto de jóvenes como de adultos (entre los que destaca el movimiento Calasanz), desde los que haya laicos que descubran su vocación escolapia y puedan encontrar en la Fraternidad su lugar en la Iglesia y su misión.
- Por parte de la Demarcación, no tener miedo a compartir (vida, fe, misión, espacios, decisiones...), a “soltar” atribuciones, a abrir las puertas, a tratar a los miembros de la Fraternidad como escolapios en los que se puede confiar. Por parte de la Fraternidad, no tener miedo a asumir el reto de la corresponsabilidad y de las exigencias de la vocación compartida. Estas actitudes son fundamentales para garantizar un espacio apropiado en la Demarcación en el que la Fraternidad pueda compartir espiritualidad, vida y misión. La adecuada relación entre la Congregación Pro-

vincial y del Consejo de la Fraternidad ayuda a ir buscando juntos estos espacios necesarios para la Fraternidad.

- Favorecer y alentar la participación adecuada de los religiosos en la Fraternidad. La Fraternidad supone un espacio comunitario compartido para religiosos y laicos escolapios. Necesitamos religiosos en la Fraternidad. Cuantos más, mejor (siempre desde la libertad). Pero los necesitamos con una participación adecuada: no como consilia- rios, acompañantes, ni rectores; sino como un hermano más que, como religioso y ministro ordenado, también puede ofrecer a la comunidad su ministerio específico.
- Plantear la posibilidad del desarrollo del Movimiento Calasanz y de Itaka-Escolapios en la Demarcación. Junto con la Orden y sus obras de misión, la Fraternidad escolapia, el Mo- vimiento Calasanz y la red Itaka-Escolapios, forman un siste- ma que establece sinergias que nos ayudan mucho a crecer. Son piezas de un mismo puzle que, juntas, nos desvelan el rostro de unas Escuelas Pías en pleno “Pentecostés escolapio”.

Muchas gracias y mucho ánimo. Un abrazo en Calasanz

El Consejo de la Fraternidad General

Testimonio desde la provincia de Nazaret (Colombia, Ecuador, Perú)

Ante lo que me pides de escribir mi testimonio con respecto a la Fra- ternidad, pues, siento un poco de deuda, porque en lo que ha sido pro- piamente la dinámica de participar de las comunidades me he vivido muy pobremente, no por falta de convicción sino por el ritmo de vida que me imprime la dinámica de mi Provincia.

Puedo decir que soy un convencido de la intuición de la Orden y, con ella, de los padres generales desde la época del P. Ángel Ruiz hasta el P. Pedro Aguado, con respecto a la manera como el Espíritu Santo ha venido situando a tantos laicos que, de verdad, han descubierto el carisma de las Escuelas Pías como un vector vocacional para sus vidas. He visto con gran alegría como varios laicos de nuestra Provin-

cia, hombres y mujeres, han encontrado en la manera como la Orden comprende la participación, su mejor oportunidad para aterrizar sus búsquedas, sus dones educativos, su experiencia de fe y su amor por la educación. Algunos de ellos han expresado que, aun siendo laicos, han podido encontrar en el proyecto de las Escuelas Pías y en la dinámica de la Fraternidad, la mejor manera de vivir su vocación laical.

Con esta convicción he querido asumir con gran sentido de fidelidad y corresponsabilidad con la Orden las diferentes modalidades de participación, especialmente el impulso de la Fraternidad de las Escuelas Pías. Hemos pensado mucho la mejor manera de organizar y darle lugar a este precioso don de Dios a la Escuela Pía, y para ello hemos garantizado, en la estructura de la Provincia, las condiciones de posibilidad para ayudar a surgir, reconocer y concretar la vocación laical escolapia que algunas personas llevan en su alma.

- Queremos (he querido) dar mucho valor a la desembocadura vocacional de todos nuestros procesos pastorales.

- Trabajamos por garantizar la formación integral del sujeto escolapio para que las personas se tomen muy en serio su crecimiento humano y espiritual y poder así garantizar la idoneidad de todos aquellos que viven la Fraternidad de las Escuelas Pías como estilo de vida.

- El Consejo de la Fraternidad se está tomando muy en serio el papel de cuidar a sus miembros, motivando y acompañando los procesos de discernimiento del carisma, las dinámicas formativas de los miembros y la implicación explícita los miembros en la misión de las Escuelas Pías, ya sea en obras de la Demarcación o en los lugares de trabajo de los que no están vinculados laboralmente con nosotros.

- Uno de los grandes desafíos es aprender a situar el papel de los miembros de la Fraternidad en el impulso del carisma en todas sus facetas: espiritualidad, comunidad y misión. Para ello, hemos generado condiciones para que miembros de la Fraternidad (potentes por sus dones y compromisos) pero también otros laicos significativos muy comprometidos (pero no miembros de la Fraternidad), se impliquen en las diferentes instancias de reflexión y decisión de las grandes áreas provinciales. Para el estilo de gobierno que queremos imprimir en la Provincia, es muy importante la participación de miembros de la Fraternidad y laicos, que hemos situado en la estructura del gobierno provincial, pero también en cada uno de los secretariados y equipos que trabajan por lograr los grandes objetivos de nuestra provincia.

- Personalmente me he sentido muy enriquecido con este caminar juntos en la construcción de la Provincia y de las Escuelas Pías en Nazaret:

el diálogo frecuente con varios miembros de la Fraternidad, la confianza plena en muchos de ellos (incluyendo laicos significativos), la oración conjunta y la celebración eucarística en todos nuestros encuentros provinciales son la mejor expresión de la Fraternidad y de la participación auténtica en las Escuelas Pías, en cuanto yo le he podido vivir.

P. Juan Carlos Sevillano

Gritar para quedar a salvo... E incólume

Una vez llegó un profeta a una ciudad con el fin de convertir a sus habitantes. Al principio la gente le escuchaba cuando hablaba, pero poco a poco se fueron apartando, hasta que no hubo nadie que escuchara, las palabras del profeta.

Cierto día, un viajante le dijo al profeta: “¿Por qué sigues predicando? ¿No ves que tu misión es imposible?”.

Y el profeta le respondió: “Al principio tenía la esperanza de poder cambiarlos. Pero si ahora sigo gritando es únicamente para que no me cambien ellos a mí” (Anthony de Melo. El canto del pájaro)

Ven siempre con nosotros

Oh, Señor, ve delante de nosotros para guiarnos.

Ve detrás de nosotros para impulsarnos.

Ve debajo de nosotros para levantarnos.

Ve sobre nosotros para bendecirnos.

Ve alrededor de nosotros para protegernos.

Ve dentro de nosotros para que, con cuerpo y alma, te sirvamos para gloria de tu nombre.

(N. Söderblom)

Los desafíos de la Fraternidad

En la primera Asamblea de la Fraternidad General se plantearon algunos retos de la Fraternidad que siguen siendo actuales, más o menos según las diversas situaciones, en la mayor parte de nuestra realidad escolar.

Para tener continuidad y mayor fortaleza

Los cinco primeros se refieren a claves para la pervivencia y fortalecimiento de las Fraternidades ya existentes o las que se vayan poniendo en marcha:

Claridad en la identidad, vocación común y funcionamiento de la Fraternidad, cada una de las pequeñas comunidades y sus miembros.

Las Fraternidades necesitan, sobre todo en estos momentos todavía bastante iniciales, cuidar con fuerza la calidad de vida cristiana y escolapia de las personas que las conforman y de las comunidades en su conjunto.

Ha de estar clara la referencia al documento de la Fraternidad general que establece un marco común que define a todas. Algunas actuaciones particulares de poner en marcha grupos con el nombre de Fraternidad supone una confusión al ofrecer algo que no responde a la realidad y es, además, dañar el desarrollo de una apuesta decisiva actualmente para el futuro de las Escuelas Pías.

La claridad de los elementos que componen esta vocación a la Fraternidad, su integración en el carisma escolapio, en su espiritualidad, vida y misión, han de estar presentes formal y realmente en el día a día de cada Fraternidad.

También en el interior de cada Fraternidad, y en cada una de las pequeñas comunidades que la componen, ha de estar clara la pertenencia de sus miembros, quién sí y quién no está en la Fraternidad. Los rasgos de la vocación común y el esfuerzo por ser fieles a ellos han de estar muy claros y definidos, como ya lo está en el documento marco de la Fraternidad que hemos de tomar siempre como orientación fundamental. El Consejo de cada una de esas Fraternidades deberá velar por ello.

Lugar real en la Demarcación donde compartir espiritualidad, vida y misión

La Fraternidad necesita un espacio claro, unas instancias en las que compartir vida, espiritualidad y misión con la Demarcación. Este nuevo sujeto escolapio, que es la Fraternidad, al responder a la modalidad de integración carismática, necesita que su vinculación al

carisma sea algo palpable para no quedar como rasgo etéreo que fácilmente se disuelve.

Esto supone que se ponen en marcha algunas iniciativas que hacen presente a la Fraternidad en la vida y misión escolapia, como por ejemplo, incluyéndola en el organigrama de las Escuelas Pías de cada Demarcación, poniendo en marcha los equipos de presencia donde la Fraternidad es un pilar fundamental, encuentros de la Congregación Provincial con el Consejo de la Fraternidad, el vínculo jurídico que supone la integración en la red Itaka – Escolapios, etc.

Participación adecuada de los religiosos

Otro aspecto muy importante para el crecimiento y consolidación de la Fraternidad es la adecuada participación de los religiosos en ella.

Los religiosos participan plenamente del carisma escolapio. No necesitan la Fraternidad ni pertenecer a ella para estar en el corazón mismo del carisma, como ha sido durante estos siglos anteriores.

Y, sin embargo, al reconocer que la Fraternidad también comparte el carisma, los religiosos nos encontramos con unos nuevos hermanos escolapios en el camino. Parece muy conveniente caminar con ellos, animarles en su opción por la Fraternidad, implicarnos también en ella como demostración real de nuestra apuesta por unas nuevas Escuelas Pías.

En algún momento y lugar se ha podido entender la pertenencia de los religiosos a la Fraternidad como una grave dificultad al suponer una doble pertenencia respecto a la Orden. Nada más lejano de la realidad. Todas las personas tenemos muchas pertenencias: ellas son las que nos van dando la identidad a cada uno. Lo importante es tener esas pertenencias en un claro orden.

Un religioso escolapio pertenece a la Orden, a su Provincia, a su pequeña comunidad, a su colegio u obra escolapia. Pertenece a su familia. Pertenece quizá como socio a alguna entidad piadosa, a una ONGD, a un club deportivo, a alguna asociación. Pertenece a un pueblo, a un país. Pertenece a una Iglesia.

La dificultad puede venir si estas pertenencias no están ordenadas o son contradictorias en sus planteamientos. No es, desde luego, el caso de la Orden y de la Fraternidad de las Escuelas Pías que com-

parten el mismo carisma en la Iglesia al servicio de la sociedad en la que están.

¿Cómo es la pertenencia de los religiosos a la Fraternidad? Por un lado son un miembro como todos los demás: no son monitores, responsables, consiliarios,... sino un hermano más. Por otro lado, por su condición de sacerdotes y por su vocación religiosa, son una gran aportación para toda la Fraternidad. Entre estos dos polos se ha de mover la participación de los religiosos en la Fraternidad.

El religioso, y también muchos laicos, participan en las dos comunidades, la suya de religiosos y la de la Fraternidad. Posiblemente también en otros grupos de jóvenes, de familias,... La prioridad a su propia vocación es clara y es, precisamente por ella, que se vincula a la Fraternidad.

En ocasiones, toda la comunidad religiosa participa junto con algunos laicos y laicas como pequeña comunidad de la Fraternidad. Es una interesante posibilidad que abre algún espacio de la comunidad religiosa (algún día o varios días y momentos) a la Fraternidad.

También contamos con la experiencia ya contrastada y perseverante, de manera ininterrumpida desde 1995, de comunidades conjuntas donde conviven religiosos con algunos laicos solteros o con familias con sus hijos. Sabiendo salvaguardar los espacios y momentos necesarios para el desarrollo de cada vocación particular, están siendo una gran riqueza para todos y para la misión escolapia.

Otra experiencia interesante está siendo la participación en la Fraternidad de una comunidad religiosa con todos sus miembros, o incluso una comunidad de formación. Es necesario definir qué momentos serán compartidos y cuáles es conveniente reservar para los religiosos. Sin perder nada de la comunidad religiosa participa como una comunidad más de la Fraternidad. Algo parecido podría hacerse, aunque todavía no existe, con otras comunidades religiosas.

Sí conviene, en todo caso, que los religiosos que pertenecen a la Fraternidad lo hagan con claridad, sin que sea una participación intermitente o difusa. Puede ayudar para ello, no tanto la promesa por la Fraternidad puesto que ya tienen sus votos religiosos en la Orden, sino algún signo donde quede patente su momento de entrada: podría ser la renovación de su propia profesión religiosa en

la Fraternidad o algo semejante. Hay diversas concreciones que han sabido responder con acierto en este punto.

Flujo de nuevas incorporaciones

La Fraternidad, como la propia Orden, necesita mantener un flujo mantenido de nuevas incorporaciones para su pervivencia.

El trabajo vocacional en sentido amplio, tanto para la vida religiosa como para la vocación a la Fraternidad, es una prioridad ineludible. Sin nuevas vocaciones no solo se pone en peligro el futuro, sino que estamos dejando de atender un ámbito fundamental de nuestra misión, quizá el fundamental, de invitar a participar en la construcción del Reino, cada cual desde la vocación recibida.

El esfuerzo por ir logrando una cultura vocacional en el entorno, el fortalecimiento de los procesos educativos y pastorales que puedan desembocar en vocaciones adultas, la implicación personal de los miembros de la Fraternidad en estos procesos, la orientación pastoral de todas nuestras obras escolapias, son algunas de las acciones que hemos de cuidar.

El Consejo de la Fraternidad, en conexión con la Congregación provincial y los demás órganos de cada Demarcación, ha de estar atento para que se pueda lograr un flujo mantenido de nuevas incorporaciones.

Participación en la Fraternidad Local, Demarcacional, General

Es importante ir generando una identidad de los miembros de la Fraternidad que supere su participación y pertenencia a la propia pequeña comunidad, pasando por la pertenencia a la Fraternidad local y demarcacional y a la Fraternidad General.

El rasgo que define a la Fraternidad es la integración en el carisma escolapio. Y esto supera con creces los pequeños límites de cada referencia particular. Somos católicos porque somos universales, porque descubrimos hermanos en toda la humanidad, porque nos sentimos parte del mundo, de la Iglesia, de las Escuelas Pías, de la Fraternidad,...

Aquí nos jugamos mucho de la identidad. Y las todavía nacientes fraternidades pueden aportar este signo de su sentimiento general de Escuelas Pías con las consecuencias correspondientes.

Posiblemente los religiosos escolapios hemos pecado de los particularismos de mi parcela de responsabilidad, de mi obra, de mi comunidad, de mi Demarcación,... La opción actual por vivir funcionar desde mentalidad de Orden es una importante decisión en estos momentos³³. La Fraternidad puede ser una oportunidad también en este sentido.

Para lograr esto, habrá que posibilitar experiencias y pasos para que los miembros de la Fraternidad trasciendan su pertenencia a la pequeña comunidad con la movilidad en su propia Fraternidad o incluso en otras presencias escolapias, los encuentros de diverso tipo (entre fraternidades, de religiosos y laicos, con otras entidades eclesiales), la comunicación e información cuidada,...

Para avanzar más junto con la Provincia o Demarcación

Caben algunas propuestas de avance que van más allá de la pervivencia y consolidación de la Fraternidad. Son posibilidades, siempre con la Provincia, que permiten dar saltos importantes en la vida y marcha de las Escuelas Pías, tanto de la Demarcación como de la propia Fraternidad. Apuntamos cinco desafíos:

Impulso de la diversidad vocacional

Ya hemos indicado anteriormente la importancia y necesidad de una cultura vocacional donde situar nuestra misión escolapia y también la pastoral vocacional específica a la vida religiosa y a la Fraternidad escolapia.

Conviene ampliarlo ahora con la propuesta de que la Fraternidad, junto con la Provincia, asuma como prioridad esta cultura vocacional cuidando, por supuesto, la vocación común a cada una de estas dos realidades y, además, la diversificación vocacional que permita visualizar la necesidad de los distintos órganos en el “Cuerpo de la Iglesia”.

Cada cual ha de buscar y orar para descubrir la propia vocación a la que Dios le llama en la vida. La posibilidad de visualizar unas cuantas de ellas, las propuestas concretas desde los educadores, el testimonio de vida, son actuaciones imprescindibles para ello.

33 Salutato del P. General publicada en Ephemerides de junio de 2011.

No se trata de exponer como en un mercado las distintas vocaciones para que cada cual elija, sino de hacer palpable que son diversas y todas necesarias y complementarias cuando contribuyen al bien común. Y que cada cual ha de buscar, orar, discernir, aquella llamada particular que Dios le hace para su vida.

A la vez, la Fraternidad gana en riqueza vocacional, carismática y ministerial creciendo así como comunidad.

Algunas posibilidades vocacionales que no pueden faltar, atendiendo a las modalidades de participación en las Escuelas Pías: la vida consagrada escolapia, el ministerio sacerdotal, el escolapio laico (integración carismática y jurídica), la vocación a la Fraternidad, la misión compartida, las distintas formas de colaboración,...

Ayuda también la diversidad de modelos comunitarios en la Fraternidad, quizá alguna pequeña comunidad con un encargo concreto, con algún rasgo que le define especialmente. Puede ser muy interesante el conseguir que haya alguna comunidad motor de la presencia escolapia en cada lugar, en el sentido de que pueda ofrecer mayor referencia a los jóvenes, a la vida y a la misión del lugar. La implicación de la Fraternidad, siempre con la Provincia, es muy importante.

Podemos incluir en esta diversificación vocacional determinadas encomiendas personales o comunitarias. Por ejemplo, a asumir una responsabilidad en la misión escolapia en una obra o en la Provincia. Puede ser también un envío a otro lugar, incluso a otro país, para animar la presencia y la misión escolapia. Son ya actuaciones que implican vocacionalmente a las personas y que suponen un salto de calidad en la realidad de la Fraternidad.

Más sencillo, aunque bien importante por su contenido y por su alcance a más personas, es la Opción definitiva por la Fraternidad después de algunos años de recorrido en ella. Se convierte en un momento privilegiado para el crecimiento personal también vocacionalmente y para el crecimiento de la Fraternidad que ve cómo una persona apuesta para siempre por el seguimiento de Jesús al estilo de Calasanz desde ella.

Inicio de ministerios escolapios de forma compartida entre Provincia y Fraternidad

Anteriormente hemos dedicado un espacio para hablar de la importancia de estos ministerios escolapios. No es cuestión de redun-

dar en la misma reflexión, pero sí de caer en la cuenta de que nos encontramos ante una gran posibilidad de avance para la Fraternidad, para la Provincia, para la misión escolapia y también una gran aportación a nuestra Iglesia.

Ministerios escolapios han existido desde el inicio de la Orden. Los religiosos los hemos ido asumiendo a lo largo de los siglos. Y así ha de seguir.

Ahora se abre una gran oportunidad vocacional y ministerial para las Escuelas Pías. Los laicos pueden estar llamados también a participar de estos ministerios escolapios³⁴.

Estamos proponiendo tres grandes ministerios escolapios que podemos encomendar a laicos bien cercanos e identificados con las Escuelas Pías, posiblemente en la Fraternidad³⁵. De ahí la necesaria colaboración de la Provincia y Fraternidad en este aspecto.

Como ya hemos señalado, nos referimos al ministerio laico de pastoral, al ministerio de la educación cristiana y al ministerio de la atención a los pobres para la transformación social.

Inicio del modelo de presencia escolapia

También está presentado en el apartado anterior. Y, por ello, no repetimos lo ya dicho. Pero sí conviene ahora insistir en que nos encontramos ante una oportunidad de hacer crecer Provincia, Fraternidad y misión escolapia con la puesta en marcha de este modelo.

Hablar de presencia escolapia supone la apuesta por aunar todo lo escolapio en cada lugar, siempre desde la orientación provincial y de la Orden. Es optar por un trabajo conjunto y coordinado, movido por un proyecto compartido, dando voz y espacio a todos los agentes que participan en esa amplia realidad de presencia escolapia, es hacer crecer con fuerza el sujeto y la misión escolapia.

Si ponemos en marcha el modelo de presencia escolapia comenzaremos por indicar quiénes los impulsan. Y aparecerá inmediata-

34 Merece la pena leer la *Salutatio* del P. General publicada en Ephemerides de abril y mayo de 2011.

35 Ver el documento "Participar en las Escuelas Pías" presentado en el encuentro de Superiores Mayores de octubre de 2011 en Peralta.

mente la Provincia y ahora también la Fraternidad. Y, por supuesto, todas las demás modalidades de participación en las Escuelas Pías (misión compartida, colaboradores, destinatarios). Ya hemos dado un importante paso.

Al poner este modelo de presencia, aunamos la misión del lugar, partimos de su situación actual, la analizamos, marcamos conjuntamente objetivos y caminos, implicamos a más personas... y, con todo ello, avanzamos mucho en la misión.

En el momento de iniciar el modelo de presencia escolapia clarificamos la organización, el funcionamiento, las tareas. Contamos con un coordinador, un equipo impulsor de todos los equipos que pueda haber, un proyecto que orienta a todos y cada uno.

Poner en marcha el modelo de presencia escolapia es una excelente oportunidad que no debemos dejar pasar de largo.

Inicio del Movimiento Calasanz

Al hablar de la urgencia de la evangelización, hemos reflexionado sobre la propuesta de la Orden para iniciar el Movimiento Calasanz.

Se trata de una opción de la Orden para poner en marcha procesos de grupos con niños, jóvenes y adultos con clara oferta de desembocadura en clave vocacional escolapia a la vida religiosa escolapia y a la Fraternidad.

Es momento de que la Provincia y la Fraternidad se marquen conjuntamente esta tarea de impulsar el Movimiento Calasanz en su ámbito y coordinarlo con el resto de las Escuelas Pías.

Esta responsabilidad compartida no solo hace crecer a ambos y a la misión, sino que también permite abrir una interesante convocatoria que puede redundar en nuevas incorporaciones a la Orden y a la Fraternidad.

Participar en la red Itaka – Escolapios

Son bastantes las Demarcaciones y Fraternidades que hacen posible hoy la red internacional Itaka – Escolapios como espacio compartido, como plataforma de misión escolapia, como realidad de integración carismática y jurídica entre instituciones.

Se trata de una realidad con una cierta historia, avalada por sus resultados en la misión y en la vida de quienes participan, que abre muchas posibilidades a la Orden, a las Demarcaciones, a las Fraternidad y a la misión.

En este momento, basta con destacar la oportunidad que supone para conectar en red Provincias y Fraternidades, para ayudar en la misión escolapia especialmente donde más se necesita y para proporcionar un lugar institucional claro a la Fraternidad y su misión en el conjunto de las Escuelas Pías.

Toda Provincia y Fraternidad tiene la oportunidad de participar en la red internacional Itaka – Escolapios. Sería, sin duda, un gran paso para ellas y también para esta red escolapia que tan buenos servicios está prestando a las Escuelas Pías y a su misión.

Y más...

Después de esta presentación de algunos grandes desafíos, hemos de pensar también en aquellos retos que nos plantea nuestra realidad más cercana. Definirlos es ya un importante paso para seguir avanzando por las sendas que Calasanz nos mostró para construir un mundo mejor por medio de la vida, espiritualidad y misión escolapias.

En la presentación del Documento de la Fraternidad de 2011³⁶

... En el seno de las Escuelas Pías viven hoy diversas Fraternidades escolapias, que han ido constituyéndose con la aprobación y apoyo de los respectivos Superiores Mayores y, sobre todo, con el esfuerzo, ilusión, autenticidad de vida y compromiso escolapio de quienes forman parte de ellas. Todas han ido definiendo en documentos escritos su identidad, estructura y misión. Todas ellas son un extraordinario don para las Escuelas Pías y para la misión que estamos llamados a impulsar en el seno de la Iglesia y al servicio de la sociedad.

36 Resumen de la presentación del documento “La Fraternidad de las Escuelas Pías”. Ediciones Calasancias, 2011.

... Invito a los religiosos escolapios a acoger las Fraternidades como un don que enriquece y fortalece a las Escuelas Pías, y a todas las personas que forman parte de las Fraternidades escolapias o se sienten llamados a ellas a vivir según el don carismático recibido para que, todos unidos, contribuyamos al fortalecimiento y renovación de las Escuelas Pías, para bien de los niños y niñas, de los jóvenes, de los pobres y de todas las personas a las que estamos enviados por Dios, a través de la Iglesia, por el afortunado atrevimiento y tesonera paciencia de san José de Calasanz.

Pedimos la bendición de Dios para con todos los que soñamos con unas Escuelas Pías fieles y renovadas, bajo la protección de María, reina de las Escuelas Pías, y de San José de Calasanz.

Regreso de la comunidad a Jesús

Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. Y les decía: “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros... sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios...”

Volvieron los setenta con gozo, diciendo: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”.

Y les dijo: “... no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”.

(Lucas 10, 1-20)

No es un final...

“Si anuncio el Evangelio, no lo hago para gloriarme: al contrario, es para mí una necesidad imperiosa. ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!”.

(1 Cor 9, 16-19)

Nos acercamos al final de estas páginas, pero no al final del camino que hemos de seguir descubriendo y recorriendo. Lo más importante será estar abierto al Espíritu del Señor que nos sigue llamando y mostrando nuevas sendas para seguir a Jesús en comunidad, en Fraternidad, en Escuelas Pías.

Tenemos la suerte, la gran fortuna, de contar con una historia de cientos de años, con una experiencia comunitaria de vida religiosa, con personas muy diferentes y complementarias, con unas instituciones que nos ayudan a vivir y a desarrollar la misión, con una llamada personal que hemos recibido para juntarnos en Fraternidad y seguir avanzando juntos... Tanto regalo recibido conlleva un compromiso agradecido de seguir adelante, de transmitir la Buena Nueva a toda la humanidad, de vivir con intensidad el don que nos ha sido encomendado.

Algunos libros y materiales de referencia fundamental

1. Presentamos algunos documentos de referencia obligada y también alguna bibliografía que puede ayudarnos. Evidentemente tendremos que actualizarla constantemente.
2. El laicado en las Escuelas Pías. Es el documento fundamental que recoge el Proyecto institucional con el laicado. Capítulo General de 1997.
3. El carisma escolapio. Capítulo General de 1997.
4. Clarificación de la identidad del religioso y laico escolapios. Congregación General de 1999.
5. El Directorio de la participación en las Escuelas Pías. Capítulo General de 2015.
6. La Fraternidad de las Escuelas Pías. Congregación General de 2011. (El documento inicial con ese mismo título de 1988)
7. Participar en las Escuelas Pías. Secretariado General de Ic-MC de 2012. PORTUGUÊS: Participar nas Escolas Pias.
8. Constituciones (2004) y Reglas comunes (2016). (Las Reglas de 2009).
9. Directorio de formación del religioso escolapio (Capítulo General, 2015)
10. Directorio de formación permanente (Congregación General, 1994)

*Referencias sobre el Escolapio Laico:
integración carismática y jurídica*

1. Estatutos de la Fundación Itaka – Escolapios (2001) donde participan con los correspondientes acuerdos Demarcaciones y Fraternidades, así como la Congregación General.
2. Carta programática de adhesión a la red Itaka – Escolapios.
3. Estatuto del escolapio laico (2002) que define la integración carismática y jurídica en Emaús.
4. El Papiro 190 (2011) recoge la reflexión y práctica de esta vocación de escolapio laico.

*Referencias sobre los Ministerios escolapios
encomendados a laicos y laicas*

1. Estatuto de los ministerios escolapios para las Escuelas Pías de Emaús (2002). PORTUGUÊS: Estatuto dos ministérios escolápios em Emaús,
2. Ministerios laicales en Betania (2015).
3. Colaboradores en la viña del Señor. Obispos USA 2005
4. Missao e Ministerios dos Cristaos Leigos. Obispos Brasil 1999
5. Congar y la teología del laicado.
6. Raúl Berzosa. Los ministerios.
7. Los ministerios: dossier presentado en el Foro de Nazaret 2017.
8. Ministerios conferidos a laicos en Emaús. Foro de Nazaret 2017
9. Misión y ministerios de los laicos. México
10. Los ministerios, Carta a los hermanos del P., General 2011.
11. Documentos de las Demarcaciones
12. Escuelas Pías entre todos y todas (Estatuto de participación de Emaús, 2014)
13. Estatuto de la participación – Betania (2019)
14. Estatuto de participación de Nazaret – borrador (2019)

Y más...

1. I Asamblea de la Fraternidad General y encuentro de responsables de integración carismática y misión compartida de la Orden (Peralta 2014)
2. Encontramos disponibles estos documentos y actualizados con los que vayan saliendo en www.escolapios21.org

Alguna bibliografía de interés

- Elkin ARANGO. “El caminho comunitário”. Verbo Divino, 1990.
- José M^a ARNAIZ. “Vida y misión compartidas”. PPC, 2014.
- Miguel Ángel ASIAIN. “Laicos y religiosos: luces y sombras de una relación de gracia”, Confer 148 (1999), pp. 629-653.
- Berzosa, Raúl. “Ser laicos en la Iglesia y en el mundo”, DDB, Bilbao 2000.
- Leonardo BOFF. “Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia”. Sal Terrae, 1986
- Dietrich BONHOEFFER. “Vida en comunidad”. Sígueme. 2003.
- Antonio BOTANA. “Compartir carisma y misión con los laicos”. Frontera Hegian 62. 2009.
- Antonio BOTANA. “Iniciación a la comunidad”. Centro Vocacional La Salle. 1990.
- José Pascual BURGÚES. “La experiencia comunitaria del escolapio”. ICCE. Madrid, 1993
- José M^a CASTILLO. “La alternativa cristiana”. Sígueme. 1985.
- José M^a CASTILLO. “Teología para comunidades”. Paulinas. 1990.
- José M^a CASTILLO. “La Iglesia que quiso el Concilio”. PPC. 2001.
- Amadeo CENCINI. Vida en comunidad: reto y maravilla. Sociedad de Educación Atenas. Madrid, 1996.

- Amadeo CENCINI. Relacionarse para compartir. Sal Terrae. Bilbao, 2006
- Carlo M. CIPOLLA. "Las leyes fundamentales de la estupidez humana". Booket, 1996.
- Jesús ESPEJA. El ministerio en la Iglesia. Un cambio de perspectiva. San Esteban – Edibesa. 2001
- Juan Antonio ESTRADA. "La identidad de los laicos". Paulinas, 1990.
- Juan Antonio ESTRADA. "La espiritualidad de los laicos". Paulinas, 1991.
- Juan Antonio ESTRADA. "Una eclesiología desde los laicos". Frontera Hegian 60, 2008.
- José Antonio GARCÍA. "Hogar y taller". Sal Terrae, 1991.
- Carlos, GARCIA DE ANDOIN. "Laicos cristianos, Iglesia en el mundo", Ed. HOAC, Madrid, 2004.
- Pedro José GÓMEZ SERRANO. "Nos sobran los motivos". PPC. 2011.
- Carlos GONZÁLEZ VALLÉS. "Viviendo juntos". Sal Terrae. 1994.
- Yuval Noah Harari. "Homo Deus". Debate, 2016.
- Antonio HORTELANO. "Las comunidades de base". Sígueme, 1987.
- Marcelino LEGIDO. "Fraternidad en el mundo". Sígueme. 1987.
- Alessandro MANENTI. "Vivir en comunidad". Sal Terrae, 1998.
- José M^a MARDONES. "Hay lugar para Dios hoy?" PPC, 2005.
- Juan MARTÍN VELASCO. "La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea". Sal Terrae, 2002
- Jesús MARTÍNEZ GORDO. "Los laicos y el futuro de la Iglesia". PPC, 2005

- Carlos MESTERS. “Vivir y anunciar la Palabra; las primeras comunidades”. Verbo Divino, 2001.
- Asaamblea de OBISPOS DE QUEBEC. “Proponer la fe hoy”. Sal Terrae. 2000.
- José Antonio PAGOLA. “Creer, ¿para qué?” PPC, 2008.
- José Luis PÉREZ. “Dios me dio hermanos”. CCS, 1993.
- Revista SAL TERRAE. “Misión compartida”, nº 1157 de junio 2011
- Bernard SESBOÛÉ. “¿No tengáis miedo! Los ministerios en la Iglesia”. Sal Terrae, 1998.
- Gabino URÍBARRI. “Portar las marcas de Jesús”. Comillas, 2001.
- Jean VANIER. “Comunidad, lugar de perdón y fiesta”. Narcea. 1983.

Gracias... y seguimos

Lo más importante de una Fraternidad son las personas que las formamos, los hermanos y hermanas que nos reunimos convocados por Jesucristo para colaborar en el anuncio de la Buena Noticia y la construcción del reinado de Dios.

Por eso, GRACIAS A TI DE TODO CORAZÓN

La Fraternidad de las Escuelas Pías te necesita, agradece tu dedicación... porque sin ti no existiría. Gracias de corazón por lo que ya has aportado y por lo que vas a aportar. Gracias.

Gracias a Ti, Jesús, porque Tú nos has llamado personalmente y nos has convocado para que descubramos a nuestro Padre del cielo y al Espíritu que nos sostiene y guía. Porque eres el centro de la Fraternidad.

Gracias a todas las personas que han hecho posible la Fraternidad de las Escuelas Pías... y, especialmente, por quienes nos siguen acompañando desde el cielo.

Gracias a Abel, Adalberto, Adela, Adelio, Adolfo, Adrián, Adriana, Agendia, Agnaldo, Agustín, Aimar, Ainara, Ainhoa, Aitana, Aitor,

Aintzane, Aitzol, Alain, Alair, Alazne, Alba, Albert, Alberto, Albino, Alcendiney, Aldwin, Alejandro, Alessandra, Alex, Alexandre, Alexis, Alfonso, Alfredo, Aline, Altair, Álvaro, Amador, Amagoia, Amarildo, Amaya, Amós, Amparo, Ana, Ander, Andoni, Andrea, Andréia, Andreas, Andrés, Andrew, Ane, Ángel, Angela, Angelo, Ángeles, Angelica, Aníbal, Anil, Antón, Antoine, Antonio, Antxon, Aparecida, Arantxa, Arelys, Ariel, Arilson, Arnel, Arnoldo, Arrate, Arturo, Asdrúbal, Asier, Assedina, Atila, Augustine, Avelino, Axun, Balleneyne, Baltasar, Bárbara, Baudilio, Beatriz, Begonia, Belén, Benedito, Benigno, Benito, Benjamín, Berna, Bernardeta, Bernardo, Bertrand, Beth, Bibiane, Bienve, Binod, Blanca, Borja, Breno, Bruna, Bruno, Buenaventura, Camila, Camilo, Canisio, Carla, Carles, Carlos, Carmelo, Carmen, Carmina, Carolina, Casilda, Casimiro, Caterina, Cecilia, Cecilio, Ceferino, Celestino, Celia, Celso, César, Cesáreo, Charleyson, Charo, Chiquinquirá, Christian Cidinha, Cipriano, Cirilo, Ciryllle, Clara, Claude, Claudia, Claudio, Claudionor, Clement, Clemente, Clícia, Conchi, Constanza, Corina, Crisanto, Crispín, Cristian, Cristiane, Cristina, Cristóbal, Cristophorus, Curro, Dalgisa, Dámaso, Damián, Daniel, Daniela, Danilo, Dante, Darío, David, Deibson, Demetrio, Diana, Didier, Diego, Dionisio, Divino, Domingo, Doris, Eba, Eddy, Eder, Edgar, Edinéia, Edixon, Edmundo, Eduard, Eduardo, Edurne, Edwin, Efraín, Efren, Egidio, Eladio, Elaine, Elena, Elene, Elías, Eligio, Elisa, Elizabeth, Eloy, Elton, Elvis, Elzana, Emanuel, Emelio, Emília, Emiliano, Emilio, Eneko, Enivaldo, Enrique, Ernesto, Emmanuel, Ermelio, Esperanza, Esteban, Esther, Estibaliz, Eugenio, Eulalio, Eunice, Eva, Evaristus, Ever, Everth, Fabiana, Fabiano, Fabiola, Fabrício, Fátima, Faustino, Federico, Feliciano, Felicien, Felicita, Felipe, Félix, Fermín, Fernanda, Fernando, Fidel, Fidencio, Flaminio, Flavia, Flaviany, Flavio, Florencio, Francesc, Francia, Francisco, Franklin, Fred, Gabino, Gabriela, Garazi, Gartxot, Geilsa, Gemma, Geni, Genoveva, George, Georges, Georgina, Gerald, Geraldine, Gerardo, Germán, Gil, Gilberto, Gilmar, Gisele, Glaucilene, Gloria, Gonzalo, Gorka, Gotzone, Gregorio, Grover, Guadalupe, Guerrero, Guilherme, Guillermo, Gumersindo, Gustavo, Haroldo, Héctor, Helaine, Helena, Helton, Heliodoro, Henrique, Heyder, Hilario, Hugo, Humberto, Ibon, Ignacio, Igone, Igor, Iker, Imanol, Inés, Ingrid, Inma, Inocencio, Inohelia, Iñaki, Iñigo, Ion, Irati, Iratxe, Irene, Ireneo, Iris, Iru-ne, Isabel, Isac, Isaac, Isidora, Isidoro, Ismelda, Israel, Itxaso, Itziar,

Iván, Ivanete, te, Ivomar, Ixone, Izaskun, Jacinto, Jacobo, Jackson, Jacqueline, Jakobo, Jaime, Jan, Javier, Jardel, Jazmín, Jarbas, Jau-me, Jean, Jennifer, Jeremías, Jéssica, Jesús, Jins, Joane, João, Joa-quin, Joel, Jon, Jone, Jorge, Josafá, José, Joseba, Josefa, Joseila, Josélia, Joseph, Josi, Josineia, Josu, Jovino, Józef, Juan, Juanjo, Juan, Jucelina, Judas, Jude, Judith, Julen, Julián, Juliano, Juli-mar, Julio, Jumkwa, Juncal, Justine, Justino, Kazimierz, Katiuscia, Kattalin, Kelvin, Kepa, Kike, Kisito, Kossi, Kumar, Ladislao, Laida, Laura, Lara, Leandro, Leire, Lenin, Leonard, Leonardo, Léster, Le-ticia, Libia, Lidia, Lino, Livio, Loles, Loli, Lorea, Lorenzo, Lourdes, Luc, Luca, Luciane, Luciano, Luciene, Lúcio, Ludovico, Luis, Luisi, Luiz, Luz, Luziane, Mabel, Macario, Magda, Mahylda, Maia, Maider, Maipi, Maite, Malen, Manel, Manolo, Manuel, Marcel, Marcelino, Marcelo, Marcia, Marcio, Marcos, Marek, Marga, Mari, María, Ma-ribel, Marilia, Marina, Mario, Maritza, Mariví, Mariano, Marisete, Markel, Marlene, Marly, Marta, Martín, Martiniano, Mary, Mateo, Mateusz, Mattin, Matxalen, Mauricio, Max, Maximiliano, Maximino, Máximo, May, Melchiades, Melvin, Mercedes, Mertxe, Micaías, Miguel, Mikel, Miren, Miriam, Mirosław, Modesta, Modesto, Moisés, Mónica, Montse, Moses, Murilo, Muskilda, Nacil, Nagore, Naia, Nany, Natalia, Natalio, Nati, Natxo, Nazaret, Nazario, Ndze, Neida, Nekane, Nelyimar, Nerea, Neziame, Nicolás, Nidia, Nieves, Nikhil, Nisséria, Nivaldo, Noelia, Norberto, Norival, Norma, Numa, Nuze, Nisséria, Odirley, Ofeliz, Oier, Olegario, Olga, Orlando, Oscar, Os-ka, Pablo, Paco, Paloma, Pantaleón, Pascual, Patricia, Patxi, Paula, Paulino, Paz, Pedro, Pepe, Pierre, Pilar, Plácido, Poliana, Primitivo, Priscila, Puri, Radoslav, Rafael, Raimundo, Raju, Rakel, Ramón, Ra-quel, Raúl, Regina, Renata, Renato, Reyes, Resu, Ricardo, Riselha, Roberto, Robinson, Rodolfo, Rogelio, Roger, Rogerio, Rolando, Ro-meo, Rommel, Romualdo, Ronaldo, Roniyer, Rosa, Rosalinda, Ro-salío, Rosario, Roseane, Rosiane, Rozilda, Rubén, Rubia, Rudy, Saji, Salvador, Salvadora, Samara, Samson, Sandra, Santiago, Sara, Satu-rio, Saturnino, Sebastião, Secundino, Sergio, Severino, Sexto, Sher-lock, Shinto, Shirley, Sidonio, Silas, Silvana, Sílvia, Silvio, Simón, Sonia, Stalin, Stanislaw, Stephano, Stephen, Stevons, Sueli, Suely, Susana, Tailo, Teodora, Teodoro, Terence, Teresa, Terezinha, Tha-deus, Thuerryu, Thomas, Tiburcio, Tomás, Tulio, Txemi, Ugo, Unai, Unax, Urbano, Uxue, Valdésia, Valentín, Valeriano, Vanda, Vander-leia, Vanderson, Vanessa, Venio, Vera, Verônica, Vicente, Víctor,

Victorien, Victorino, Vilma, Vinod, Virgile, Viviane, Walberleno, Warlem, Washington, Wemerson, Wilfred, William, Willians, Wilson, Xabier, Yelitza, Yefrin, Yolanda, Yrene, Zacarías, Zaida, Zigor, Zoraida, Zsolt, Zuriñe³⁷ (perdonad que no repita cuando coinciden dos nombres o cuando son nombres compuestos. Gracias a todos).

Para mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo

37 Para simplificar, no repetimos nombres y van por separado los nombres compuestos. Si te cuesta reconocerte en la lista, perdona, no te preocupes y gracias por tu contribución a la Fraternidad de las Escuelas Pías y su misión.

